

ANTOLOGÍA CUENTO POLICIAL

"La carta robada", de Edgar Allan Poe (1844)

"Los asesinos", de Hernest Hemingway (1926)

"El triple robo de Bellamore", de Horacio Quiroga (1903)

"Las fieras", de Roberto Arlt (1933)

"El misterio de los tres sobretodos", de Roberto Arlt (1937)

"El crimen casi perfecto", de Roberto Arlt (1940)

"La muerte y la brujula", de Jorge Luis Borges (1944)

"Emma Zunz", de Jorge Luis Borges (1949)

"La espera", de Jorge Luis Borges (1952)

"Cuento para tahúres", de Rodolfo Walsh (1953)

"Zugzwang", de Rodolfo Walsh (1956)

"El lápiz", de Raymond Chandler (1952)

"Rhadamanthos", de Silvina Ocampo (1961)

"El crimen perfecto", de Silvina Ocampo (1961)

"Cavar un foso", de Adolfo Bioy Casares (1962)

"La loca y el relato del crimen", de Ricardo Piglia (1975)

"Marcado", de Haroldo Conti (1963)

"Kincón", de Miguel Briante (1964)

"Cinegética", de Haroldo Conti (1967)

"El naufrago de las sombras", de Carlos Dámaso Martínez (1983)

"Estaba escrito", de Vicente Battista (1985)

"La fuente de Lerna", de Angélica Gorodischer (2001)

"Un error de Ludueña", de Elvio Gandolfo (2003)

"La marca del ganado", de Pablo de Santis (2003)

"Todo movimiento es cacería", de M. Teresa Andruetto (2006)

La carta robada

[Cuento - Texto completo.]

Edgar Allan Poe

Nil sapientiae odiosius acumine nimio.
Séneca

Me hallaba en París en el otoño de 18... Una noche, después de una tarde ventosa, gozaba del doble placer de la meditación y de una pipa de espuma de mar, en compañía de mi amigo C. Auguste Dupin, en su pequeña biblioteca o gabinete de estudios del n.º 33, rue Dunot, au troisième, Faubourg Saint-Germain. Llevábamos más de una hora en profundo silencio, y cualquier observador casual nos hubiera creído exclusiva y profundamente dedicados a estudiar las onduladas capas de humo que llenaban la atmósfera de la sala. Por mi parte, me había entregado a la discusión mental de ciertos tópicos sobre los cuales habíamos departido al comienzo de la velada; me refiero al caso de la rue Morgue y al misterio del asesinato de Marie Rogêt. No dejé de pensar, pues, en una coincidencia, cuando vi abrirse la puerta para dejar paso a nuestro viejo conocido G..., el prefecto de la policía de París.

Lo recibimos cordialmente, pues en aquel hombre había tanto de despreciable como de divertido, y llevábamos varios años sin verlo. Como habíamos estado sentados en la oscuridad, Dupin se levantó para encender una lámpara, pero volvió a su asiento sin hacerlo cuando G... nos hizo saber que venía a consultarnos, o, mejor dicho, a pedir la opinión de mi amigo sobre cierto asunto oficial que lo preocupaba grandemente.

-Si se trata de algo que requiere reflexión -observó Dupin, absteniéndose de dar fuego a la mecha- será mejor examinarlo en la oscuridad.

-He aquí una de sus ideas raras -dijo el prefecto, para quien todo lo que excedía su comprensión era «raro», por lo cual vivía rodeado de una verdadera legión de «rarezas».

-Muy cierto -repuso Dupin, entregando una pipa a nuestro visitante y ofreciéndole un confortable asiento.

-¿Y cuál es la dificultad? -pregunté-. Espero que no sea otro asesinato.

-¡Oh, no, nada de eso! Por cierto que es un asunto muy sencillo y no dudo de que podremos resolverlo perfectamente bien por nuestra cuenta; de todos modos pensé que a Dupin le gustaría conocer los detalles, puesto que es un caso muy raro.

-Sencillo y raro -dijo Dupin.

-Justamente. Pero tampoco es completamente eso. A decir verdad, todos estamos bastante confundidos, ya que la cosa es sencillísima y, sin embargo, nos deja perplejos.

-Quizá lo que los induce a error sea precisamente la sencillez del asunto -observó mi amigo.

-¡Qué absurdos dice usted! -repuso el prefecto, riendo a carcajadas.

-Quizá el misterio es un poco demasiado sencillo -dijo Dupin.

-¡Oh, Dios mío! ¿Cómo se le puede ocurrir semejante idea?

-Un poco demasiado evidente.

-¡Ja, ja! ¡Oh, oh! -reía el prefecto, divertido hasta más no poder-. Dupin, usted acabará por hacerme morir de risa.

-Veamos, ¿de qué se trata? -pregunté.

-Pues bien, voy a decírselo -repuso el prefecto, aspirando profundamente una bocanada de humo e instalándose en un sillón-. Puedo explicarlo en pocas palabras, pero antes debo advertirles que el asunto exige el mayor secreto, pues si se supiera que lo he confiado a otras personas podría costarme mi actual posición.

-Hable usted -dije.

-O no hable -dijo Dupin.

-Está bien. He sido informado personalmente, por alguien que ocupa un altísimo puesto, de que cierto documento de la mayor importancia ha sido robado en las cámaras reales. Se sabe quién es la persona que lo ha robado, pues fue vista cuando se apoderaba de él. También se sabe que el documento continúa en su poder.

-¿Cómo se sabe eso? -preguntó Dupin.

-Se deduce claramente -repuso el prefecto- de la naturaleza del documento y de que no se hayan producido ciertas consecuencias que tendrían lugar inmediatamente después que aquél pasara a otras manos; vale decir, en caso de que fuera empleado en la forma en que el ladrón ha de pretender hacerlo al final.

-Sea un poco más explícito -dije.

-Pues bien, puedo afirmar que dicho papel da a su poseedor cierto poder en cierto lugar donde dicho poder es inmensamente valioso.

El prefecto estaba encantado de su jerga diplomática.

-Pues sigo sin entender nada -dijo Dupin.

-¿No? Veamos: la presentación del documento a una tercera persona que no nombraremos pondría sobre el tapete el honor de un personaje de las más altas esferas y ello da al poseedor del documento un dominio sobre el ilustre personaje cuyo honor y tranquilidad se ven de tal modo amenazados.

-Pero ese dominio -interrumpí- dependerá de que el ladrón supiera que dicho personaje lo conoce como tal. ¿Y quién osaría...?

-El ladrón -dijo G...- es el ministro D..., que se atreve a todo, tanto en lo que es digno como lo que es indigno de un hombre. La forma en que cometió el robo es tan ingeniosa como audaz. El documento en cuestión -una carta, para ser francos- fue recibido por la persona robada mientras se hallaba a solas en el boudoir real. Mientras la leía, se vio repentinamente interrumpida por la entrada de la otra eminente persona, a la cual la primera deseaba ocultar especialmente la carta. Después de una apresurada y vana tentativa de esconderla en un cajón, debió dejarla, abierta como estaba, sobre una mesa. Como el sobrescrito había quedado hacia arriba y no se veía el contenido, la carta podía pasar sin ser vista. Pero en ese momento aparece el ministro D... Sus ojos de lince perciben inmediatamente el papel, reconoce la escritura del sobrescrito, observa la confusión de la persona en cuestión y adivina su secreto. Luego de tratar algunos asuntos en la forma expeditiva que le es usual, extrae una carta parecida a la que nos ocupa, la abre, finge leerla y la coloca luego exactamente al lado de la otra. Vuelve entonces a departir sobre las cuestiones públicas durante un cuarto de hora. Se levanta, finalmente, y, al despedirse, toma la carta que no le pertenece. La persona robada ve la maniobra, pero no se atreve a llamarle la atención en presencia de la tercera, que no se

mueve de su lado. El ministro se marcha, dejando sobre la mesa la otra carta sin importancia.

-Pues bien -dijo Dupin, dirigiéndose a mí-, ahí tiene usted lo que se requería para que el dominio del ladrón fuera completo: éste sabe que la persona robada lo conoce como el ladrón.

-En efecto -dijo el prefecto-, y el poder así obtenido ha sido usado en estos últimos meses para fines políticos, hasta un punto sumamente peligroso. La persona robada está cada vez más convencida de la necesidad de recobrar su carta. Pero, claro está, una cosa así no puede hacerse abiertamente. Por fin, arrastrada por la desesperación, dicha persona me ha encargado de la tarea.

-Para la cual -dijo Dupin, envuelto en un perfecto torbellino de humo- no podía haberse deseado, o siquiera imaginado, agente más sagaz.

-Me halaga usted -repuso el prefecto-, pero no es imposible que, en efecto, se tenga de mi tal opinión.

-Como hace usted notar -dije-, es evidente que la carta sigue en posesión del ministro, pues lo que le confiere su poder es dicha posesión y no su empleo. Apenas empleada la carta, el poder cesaría.

Muy cierto -convino G...-. Mis pesquisas se basan en esa convicción. Lo primero que hice fue registrar cuidadosamente la mansión del ministro, aunque la mayor dificultad residía en evitar que llegara a enterarse. Se me ha prevenido que, por sobre todo, debo impedir que sospeche nuestras intenciones, lo cual sería muy peligroso.

-Pero usted tiene todas las facilidades para ese tipo de investigaciones -dije-. No es la primera vez que la policía parisiense las practica.

-¡Oh, naturalmente! Por eso no me preocupé demasiado. Las costumbres del ministro me daban, además, una gran ventaja. Con frecuencia pasa la noche fuera de su casa. Los sirvientes no son muchos y duermen alejados de los aposentos de su amo; como casi todos son napolitanos, es muy fácil inducirlos a beber copiosamente. Bien saben ustedes que poseo llaves con las cuales puedo abrir cualquier habitación de París. Durante estos tres meses no ha pasado una noche sin que me dedicara personalmente a registrar la casa de D... Mi honor está en juego y, para confiarles un gran secreto, la recompensa prometida es enorme. Por eso no abandoné la búsqueda hasta no tener seguridad completa de que el ladrón es más astuto que yo. Estoy seguro de haber mirado en cada rincón posible de la casa donde la carta podría haber sido escondida.

-¿No sería posible -pregunté- que si bien la carta se halla en posesión del ministro, como parece incuestionable, éste la haya escondido en otra parte que en su casa?

-Es muy poco probable -dijo Dupin-. El especial giro de los asuntos actuales en la corte, y especialmente de las intrigas en las cuales se halla envuelto D..., exigen que el documento esté a mano y que pueda ser exhibido en cualquier momento; esto último es tan importante como el hecho mismo de su posesión.

-¿Que el documento pueda ser exhibido? -pregunte.

-Si lo prefiere, que pueda ser destruido -dijo Dupin.

-Pues bien -convine-, el papel tiene entonces que estar en la casa. Supongo que podemos descartar toda idea de que el ministro lo lleve consigo.

-Por supuesto -dijo el prefecto-. He mandado detenerlo dos veces por falsos salteadores de caminos y he visto personalmente cómo le registraban.

-Pudo usted ahorrarse esa molestia -dijo Dupin-. Supongo que D... no es completamente loco y que ha debido prever esos falsos asaltos como una consecuencia lógica.

-No es *completamente* loco -dijo G...-, pero es un poeta, lo que en mi opinión viene a ser más o menos lo mismo.

-Cierto -dijo Dupin, después de aspirar una profunda bocanada de su pipa de espuma de mar-, aunque, por mi parte, me confieso culpable de algunas malas rimas.

-¿Por qué no nos da detalles de su requisición? -pregunté.

-Pues bien; como disponíamos del tiempo necesario, buscamos en todas partes. Tengo una larga experiencia en estos casos. Revisé íntegramente la mansión, cuarto por cuarto, dedicando las noches de toda una semana a cada aposento. Primero examiné el mobiliaje. Abrimos todos los cajones; supongo que no ignoran ustedes que, para un agente de policía bien adiestrado, no hay cajón secreto que pueda escapársele. En una búsqueda de esta especie, el hombre que deja sin ver un cajón secreto es un imbécil. ¡Son tan evidentes! En cada mueble hay una cierta masa, un cierto espacio que debe ser explicado. Para eso tenemos reglas muy precisas. No se nos escaparía ni la quincuagésima parte de una línea.

»Terminada la inspección de armarios pasamos a las sillas. Atravesamos los almohadones con esas largas y finas agujas que me han visto ustedes emplear. Levantamos las tablas de las mesas.»

-¿Porqué?

-Con frecuencia, la persona que desea esconder algo levanta la tapa de una mesa o de un mueble similar, hace un orificio en cada una de las patas, esconde el objeto en cuestión y vuelve a poner la tabla en su sitio. Lo mismo suele hacerse en las cabeceras y postes de las camas.

-Pero, ¿no puede localizarse la cavidad por el sonido? -pregunté.

-De ninguna manera si, luego de haberse depositado el objeto, se lo rodea con una capa de algodón. Además, en este caso estábamos forzados a proceder sin hacer ruido.

-Pero es imposible que hayan ustedes revisado y desarmado todos los muebles donde pudo ser escondida la carta en la forma que menciona. Una carta puede ser reducida a un delgadísimo rollo, casi igual en volumen al de una aguja larga de tejer, y en esa forma se la puede insertar, por ejemplo, en el travesaño de una silla. ¿Supongo que no desarmaron todas las sillas?

-Por supuesto que no, pero hicimos algo mejor: examinamos los travesaños de todas las sillas de la casa y las juntas de todos los muebles con ayuda de un poderoso microscopio. Si hubiera habido la menor señal de un reciente cambio, no habríamos dejado de advertirlo instantáneamente. Un simple grano de polvo producido por un barreno nos hubiera saltado a los ojos como si fuera una manzana. La menor diferencia en la encoladura, la más mínima apertura en los ensamblajes, hubiera bastado para orientarnos.

-Supongo que miraron en los espejos, entre los marcos y el cristal, y que examinaron las camas y la ropa de la cama, así como los cortinados y alfombras.

-Naturalmente, y luego que hubimos revisado todo el mobiliaje en la misma forma minuciosa, pasamos a la casa misma. Dividimos su superficie en compartimentos que numeramos, a fin de que no se nos escapara ninguno; luego escrutamos cada pulgada cuadrada, incluyendo las dos casas adyacentes, siempre ayudados por el microscopio.

-¿Las dos casas adyacentes? -exclamé-. ¡Habrán tenido toda clase de dificultades!

-Sí. Pero la recompensa ofrecida es enorme.

-¿Incluían ustedes el terreno contiguo a las casas?

-Dicho terreno está pavimentado con ladrillos. No nos dio demasiado trabajo comparativamente, pues examinamos el musgo entre los ladrillos y lo encontramos intacto.

-¿Miraron entre los papeles de D..., naturalmente, y en los libros de la biblioteca?

-Claro está. Abrimos todos los paquetes, y no sólo examinamos cada libro, sino que lo hojeamos cuidadosamente, sin conformarnos con una mera sacudida, como suelen hacerlo nuestros oficiales de policía. Medimos asimismo el espesor de cada encuadernación, escrutándola luego de la manera más detallada con el microscopio. Si se hubiera insertado un papel en una de esas encuadernaciones, resultaría imposible que pasara inadvertido. Cinco o seis volúmenes que salían de manos del encuadernador fueron probados longitudinalmente con las agujas.

-¿Exploraron los pisos debajo de las alfombras?

-Sin duda. Levantamos todas las alfombras y examinamos las planchas con el microscopio.

-¿Y el papel de las paredes?

-Lo mismo.

-¿Miraron en los sótanos?

-Miramos.

-Pues entonces -declaré- se ha equivocado usted en sus cálculos y la carta no está en la casa del ministro.

-Me temo que tenga razón -dijo el prefecto-. Pues bien, Dupin, ¿qué me aconseja usted?

-Revisar de nuevo completamente la casa.

-¡Pero es inútil! -replicó G...-. Tan seguro estoy de que respiro como de que la carta no está en la casa.

-No tengo mejor consejo que darle -dijo Dupin-. Supongo que posee usted una descripción precisa de la carta.

-¡Oh, sí!

Luego de extraer una libreta, el prefecto procedió a leernos una minuciosa descripción del aspecto interior de la carta, y especialmente del exterior. Poco después de terminar su lectura se despidió de nosotros, desanimado como jamás lo había visto antes.

Un mes más tarde nos hizo otra visita y nos encontró ocupados casi en la misma forma que la primera vez. Tomó posesión de una pipa y un sillón y se puso a charlar de cosas triviales. Al cabo de un rato le dije:

-Veamos, G..., ¿qué pasó con la carta robada? Supongo que, por lo menos, se habrá convencido de que no es cosa fácil sobrepujar en astucia al ministro.

-¡El diablo se lo lleve! Volví a revisar su casa, como me lo había aconsejado Dupin, pero fue tiempo perdido. Ya lo sabía yo de antemano.

-¿A cuánto dijo usted que ascendía la recompensa ofrecida? -preguntó Dupin.

-Pues... a mucho dinero... muchísimo. No quiero decir exactamente cuánto, pero eso sí, afirmo que estaría dispuesto a firmar un cheque por cincuenta mil francos a cualquiera que me consiguiese esa carta. El asunto va adquiriendo día a día más importancia, y la recompensa ha sido recientemente doblada. Pero, aunque ofrecieran tres veces esa suma, no podría hacer más de lo que he hecho.

-Pues... la verdad... -dijo Dupin, arrastrando las palabras entre bocanadas de humo-, me parece a mí, G..., que usted no ha hecho... todo lo que podía hacerse. ¿No cree que... aún podría hacer algo más, eh?

-¿Cómo? ¿En qué sentido?

-Pues... puf... podría usted... puf, puf... pedir consejo en este asunto... puf, puf, puf... ¿Se acuerda de la historia que cuentan de Abernethy?

-No. ¡Al diablo con Abernethy!

-De acuerdo. ¡Al diablo, pero bienvenido! Érase una vez cierto avaro que tuvo la idea de obtener gratis el consejo médico de Abernethy. Aprovechó una reunión y una conversación corrientes para explicar un caso personal como si se tratara del de otra persona. «Supongamos que los síntomas del enfermo son tales y cuales -dijo-. Ahora bien, doctor: ¿qué le aconsejaría usted hacer?» «Lo que yo le aconsejaría -repuso Abernethy- es que consultara a un médico.»

-¡Vamos! -exclamó el prefecto, bastante desconcertado-. Estoy plenamente dispuesto a pedir consejo y a pagar por él. De verdad, daría cincuenta mil francos a quienquiera me ayudara en este asunto.

-En ese caso -replicó Dupin, abriendo un cajón y sacando una libreta de cheques-, bien puede usted llenarme un cheque por la suma mencionada. Cuando lo haya firmado le entregaré la carta.

Me quedé estupefacto. En cuanto al prefecto, parecía fulminado. Durante algunos minutos fue incapaz de hablar y de moverse, mientras contemplaba a mi amigo con ojos que parecían salirse de las órbitas y con la boca abierta. Recobrándose un tanto, tomó una pluma y, después de varias pausas y abstraídas contemplaciones, llenó y firmó un cheque por cincuenta mil francos, extendiéndolo por encima de la mesa a Dupin. Éste lo examinó cuidadosamente y lo guardó en su cartera; luego, abriendo un escritorio, sacó una carta y la entregó al prefecto. Nuestro funcionario la tomó en una convulsión de alegría, la abrió con manos trémulas, lanzó una ojeada a su contenido y luego, lanzándose vacilante hacia la puerta, desapareció bruscamente del cuarto y de la casa, sin haber pronunciado una sílaba desde el momento en que Dupin le pidió que llenara el cheque.

Una vez que se hubo marchado, mi amigo consintió en darme algunas explicaciones.

-La policía parisiense es sumamente hábil a su manera -dijo-. Es perseverante, ingeniosa, astuta y muy versada en los conocimientos que sus deberes exigen. Así, cuando G... nos explicó su manera de registrar la mansión de D..., tuve plena confianza en que había cumplido una investigación satisfactoria, hasta donde podía alcanzar.

-¿Hasta donde podía alcanzar? -repetí.

-Sí -dijo Dupin-. Las medidas adoptadas no solamente eran las mejores en su género, sino que habían sido llevadas a la más absoluta perfección. Si la carta hubiera estado dentro del ámbito de su búsqueda, no cabe la menor duda de que los policías la hubieran encontrado.

Me eché a reír, pero Dupin parecía hablar muy en serio.

-Las medidas -continuó- eran excelentes en su género, y fueron bien ejecutadas; su defecto residía en que eran inaplicables al caso y al hombre en cuestión. Una cierta cantidad de recursos altamente ingeniosos constituyen para el prefecto una especie de lecho de Procusto, en el cual quiere meter a la fuerza sus designios. Continuamente se equivoca por ser demasiado profundo o demasiado superficial para el caso, y más de un colegial razonaría mejor que él. Conocí a uno que tenía ocho años y cuyos triunfos en el juego de «par e impar» atraían la admiración general. El juego es muy sencillo y se juega con bolitas. Uno de los contendientes oculta en la mano cierta cantidad de bolitas y pregunta al otro: «¿Par o impar?» Si éste adivina correctamente, gana una bolita; si se equivoca, pierde una. El niño de quien hablo ganaba todas las bolitas de la escuela. Naturalmente, tenía un método de adivinación que consistía en la simple observación y en el cálculo de la astucia de sus adversarios. Supongamos que uno de éstos sea un perfecto tonto y que, levantando la mano cerrada, le pregunta: «¿Par o impar?» Nuestro colegial responde: «Impar», y pierde, pero a la segunda vez gana, por cuanto se ha dicho a sí mismo: «El tonto tenía pares la primera vez, y su astucia no va más allá de preparar impares para la segunda vez. Por lo tanto, diré impar.» Lo dice, y gana. Ahora bien, si le toca jugar con un tonto ligeramente superior al anterior, razonará en la siguiente forma: «Este muchacho sabe que la primera vez elegí impar, y en la segunda se le ocurrirá como primer impulso pasar de par a impar, pero entonces un nuevo impulso le sugerirá que la variación es demasiado sencilla, y finalmente se decidirá a poner bolitas pares como la primera vez. Por lo tanto, diré pares.» Así lo hace, y gana. Ahora bien, esta manera de razonar del colegial, a quien sus camaradas llaman «afortunado», ¿en qué consiste si se la analiza con cuidado?

-Consiste -repuse- en la identificación del intelecto del razonador con el de su oponente.

-Exactamente -dijo Dupin-. Cuando pregunté al muchacho de qué manera lograba esa total identificación en la cual residían sus triunfos, me contestó: «Si quiero averiguar si alguien es inteligente, o estúpido, o bueno, o malo, y saber cuáles son sus pensamientos en ese momento, adapto lo más posible la expresión de mi cara a la de la suya, y luego espero hasta ver qué pensamientos o sentimientos surgen en mi mente o en mi corazón, coincidentes con la expresión de mi cara.» Esta respuesta del colegial está en la base de toda la falsa profundidad atribuida a La Rochefoucauld, La Bruyère, Maquiavelo y Campanella.

-Si comprendo bien -dije- la identificación del intelecto del razonador con el de su oponente depende de la precisión con que se mida la inteligencia de este último.

-Depende de ello para sus resultados prácticos -replicó Dupin-, y el prefecto y sus cohortes fracasan con tanta frecuencia, primero por no lograr dicha identificación y segundo por medir mal -o, mejor dicho, por no medir- el intelecto con el cual se miden. Sólo tienen en cuenta sus propias ideas ingeniosas y, al buscar alguna cosa oculta, se fijan solamente en los métodos que ellos hubieran empleado para ocultarla. Tienen mucha razón en la medida en que su propio ingenio es fiel representante del de la masa; pero, cuando la astucia del malhechor posee un carácter distinto de la suya, aquél los derrota, como es natural. Esto ocurre siempre cuando se trata de una astucia superior a la suya y, muy frecuentemente, cuando está por debajo. Los policías no admiten variación de principio en sus investigaciones; a lo sumo, si se ven apurados por algún caso insólito, o movidos por una recompensa extraordinaria, extienden o exageran sus viejas modalidades rutinarias, pero sin tocar los principios. Por ejemplo, en este asunto de D..., ¿qué se ha hecho para modificar el principio de acción? ¿Qué son esas perforaciones, esos escrutinios con el microscopio, esa división de la superficie del edificio en pulgadas cuadradas numeradas? ¿Qué representan sino la aplicación exagerada del principio o la serie de principios que rigen una búsqueda, y que se basan a su vez en una serie de nociones sobre el ingenio humano, a las cuales se ha

acostumbrado el prefecto en la prolongada rutina de su tarea? ¿No ha advertido que G... da por sentado que todo hombre esconde una carta, si no exactamente en un agujero practicado en la pata de una silla, por lo menos en algún agujero o rincón sugerido por la misma línea de pensamiento que inspira la idea de esconderla en un agujero hecho en la pata de una silla? Observe asimismo que esos escondrijos rebuscados sólo se utilizan en ocasiones ordinarias, y sólo serán elegidos por inteligencias igualmente ordinarias; vale decir que en todos los casos de ocultamiento cabe presumir, en primer término, que se lo ha efectuado dentro de esas líneas; por lo tanto, su descubrimiento no depende en absoluto de la perspicacia, sino del cuidado, la paciencia y la obstinación de los buscadores; y si el caso es de importancia (o la recompensa magnífica, lo cual equivale a la misma cosa a los ojos de los policías), las cualidades aludidas no fracasan jamás. Comprenderá usted ahora lo que quiero decir cuando sostengo que si la carta robada hubiese estado escondida en cualquier parte dentro de los límites de la perquisición del prefecto (en otras palabras, si el principio rector de su ocultamiento hubiera estado comprendido dentro de los principios del prefecto) hubiera sido descubierta sin la más mínima duda. Pero nuestro funcionario ha sido mistificado por completo, y la remota fuente de su derrota yace en su suposición de que el ministro es un loco porque ha logrado renombre como poeta. Todos los locos son poetas en el pensamiento del prefecto, de donde cabe considerarlo culpable de un *non distributio medii* por inferir de lo anterior que todos los poetas son locos.

-¿Pero se trata realmente del poeta? -pregunté-. Sé que D... tiene un hermano, y que ambos han logrado reputación en el campo de las letras. Creo que el ministro ha escrito una obra notable sobre el cálculo diferencial. Es un matemático y no un poeta.

-Se equivoca usted. Lo conozco bien, y sé que es ambas cosas. Como poeta y matemático es capaz de razonar bien, en tanto que como mero matemático hubiera sido capaz de hacerlo y habría quedado a merced del prefecto.

-Me sorprenden esas opiniones -dije-, que el consenso universal contradice. Supongo que no pretende usted aniquilar nociones que tienen siglos de existencia sancionada. La razón matemática fue considerada siempre como la razón por excelencia.

-*Il y a à parier* -replicó Dupin, citando a Chamfort- *que toute idée publique, toute convention reçue est une sottise, car elle a convenu au plus grand nombre*. Le aseguro que los matemáticos han sido los primeros en difundir el error popular al cual alude usted, y que no por difundido deja de ser un error. Con arte digno de mejor causa han introducido, por ejemplo, el término «análisis» en las operaciones algebraicas. Los franceses son los causantes de este engaño, pero si un término tiene alguna importancia, si las palabras derivan su valor de su aplicación, entonces concedo que «análisis» abarca «álgebra», tanto como en latín *ambitus* implica «ambición»; *religio*, «religión», u *homines honesti*, la clase de las gentes honorables.

-Me temo que se malquiste usted con algunos de los algebristas de París. Pero continúe.

-Niego la validez y, por tanto, los resultados de una razón cultivada por cualquier procedimiento especial que no sea el lógico abstracto. Niego, en particular, la razón extraída del estudio matemático. Las matemáticas constituyen la ciencia de la forma y la cantidad; el razonamiento matemático es simplemente la lógica aplicada a la observación de la forma y la cantidad. El gran error está en suponer que incluso las verdades de lo que se denomina álgebra pura constituyen verdades abstractas o generales. Y este error es tan enorme que me asombra se lo haya aceptado universalmente. Los axiomas matemáticos no son axiomas de validez general. Lo que es cierto de la relación (de la forma y la cantidad) resulta con frecuencia erróneo aplicado, por ejemplo, a la moral. En esta última ciencia suele no ser cierto que el todo sea igual a la suma de las partes. También en química este axioma no se cumple. En la

consideración de los móviles falla igualmente, pues dos móviles de un valor dado no alcanzan necesariamente al sumarse un valor equivalente a la suma de sus valores. Hay muchas otras verdades matemáticas que sólo son tales dentro de los límites de la relación. Pero el matemático, llevado por el hábito, arguye, basándose en sus verdades finitas, como si tuvieran una aplicación general, cosa que por lo demás la gente acepta y cree. En su erudita Mitología, Bryant alude a una análoga fuente de error cuando señala que, «aunque no se cree en las fábulas paganas, solemos olvidarnos de ello y extraemos consecuencias como si fueran realidades existentes». Pero, para los algebristas, que son realmente paganos, las «fábulas paganas» constituyen materia de credulidad, y las inferencias que de ellas extraen no nacen de un descuido de la memoria sino de un inexplicable reblandecimiento mental. Para resumir: jamás he encontrado a un matemático en quien se pudiera confiar fuera de sus raíces y sus ecuaciones, o que no tuviera por artículo de fe que x^2+px es absoluta e incondicionalmente igual a q . Por vía de experimento, diga a uno de esos caballeros que, en su opinión, podrían darse casos en que x^2+px no fuera absolutamente igual a q ; pero, una vez que le haya hecho comprender lo que quiere decir, sálgase de su camino lo antes posible, porque es seguro que tratará de golpearlo.

»Lo que busco indicar -agregó Dupin, mientras yo reía de sus últimas observaciones- es que, si el ministro hubiera sido sólo un matemático, el prefecto no se habría visto en la necesidad de extenderme este cheque. Pero sé que es tanto matemático como poeta, y mis medidas se han adaptado a sus capacidades, teniendo en cuenta las circunstancias que lo rodeaban. Sabía que es un cortesano y un audaz *intrigant*. Pensé que un hombre semejante no dejaría de estar al tanto de los métodos policiales ordinarios. Imposible que no anticipara (y los hechos lo han probado así) los falsos asaltos a que fue sometido. Reflexioné que igualmente habría previsto las pesquisas secretas en su casa. Sus frecuentes ausencias nocturnas, que el prefecto consideraba una excelente ayuda para su triunfo, me parecieron simplemente astucias destinadas a brindar oportunidades a la perquisición y convencer lo antes posible a la policía de que la carta no se hallaba en la casa, como G... terminó finalmente por creer. Me pareció asimismo que toda la serie de pensamientos que con algún trabajo acabo de exponerle y que se refieren al principio invariable de la acción policial en sus búsquedas de objetos ocultos, no podía dejar de ocurrírsele al ministro. Ello debía conducirlo inflexiblemente a desdeñar todos los escondrijos vulgares. Reflexioné que ese hombre no podía ser tan simple como para no comprender que el rincón más remoto e inaccesible de su morada estaría tan abierto como el más vulgar de los armarios a los ojos, las sondas, los barrenos y los microscopios del prefecto. Vi, por último, que D... terminaría necesariamente en la simplicidad, si es que no la adoptaba por una cuestión de gusto personal. Quizá recuerde usted con qué ganas rió el prefecto cuando, en nuestra primera entrevista, sugerí que acaso el misterio lo perturbaba por su absoluta evidencia.

-Me acuerdo muy bien -respondí-. Por un momento pensé que iban a darle convulsiones.

-El mundo material -continuó Dupin- abunda en estrictas analogías con el inmaterial, y ello tiñe de verdad el dogma retórico según el cual la metáfora o el símil sirven tanto para reforzar un argumento como para embellecer una descripción. El principio de la vis inertiae, por ejemplo, parece idéntico en la física y en la metafísica. Si en la primera es cierto que resulta más difícil poner en movimiento un cuerpo grande que uno pequeño, y que el impulso o cantidad de movimiento subsecuente se hallará en relación con la dificultad, no menos cierto es en metafísica que los intelectos de máxima capacidad, aunque más vigorosos, constantes y eficaces en sus avances que los de grado inferior, son más lentos en iniciar dicho avance y se muestran más embarazados y vacilantes en los primeros pasos. Otra cosa: ¿Ha observado usted alguna vez, entre las muestras de las tiendas, cuáles atraen la atención en mayor grado?

-Jamás se me ocurrió pensarlo -dije.

-Hay un juego de adivinación -continuó Dupin- que se juega con un mapa. Uno de los participantes pide al otro que encuentre una palabra dada: el nombre de una ciudad, un río, un Estado o un imperio; en suma, cualquier palabra que figure en la abigarrada y complicada superficie del mapa. Por lo regular, un novato en el juego busca confundir a su oponente proponiéndole los nombres escritos con los caracteres más pequeños, mientras que el buen jugador escogerá aquellos que se extienden con grandes letras de una parte a otra del mapa. Estos últimos, al igual que las muestras y carteles excesivamente grandes, escapan a la atención a fuerza de ser evidentes, y en esto la desatención ocular resulta análoga al descuido que lleva al intelecto a no tomar en cuenta consideraciones excesivas y palpablemente evidentes. De todos modos, es éste un asunto que se halla por encima o por debajo del entendimiento del prefecto. Jamás se le ocurrió como probable o posible que el ministro hubiera dejado la carta delante de las narices del mundo entero, a fin de impedir mejor que una parte de ese mundo pudiera verla.

»Cuanto más pensaba en el audaz, decidido y característico ingenio de D..., en que el documento debía hallarse siempre a mano si pretendía servirse de él para sus fines, y en la absoluta seguridad proporcionada por el prefecto de que el documento no se hallaba oculto dentro de los límites de las búsquedas ordinarias de dicho funcionario, más seguro me sentía de que, para esconder la carta, el ministro había acudido al más amplio y sagaz de los expedientes: el no ocultarla.

»Compenetrado de estas ideas, me puse un par de anteojos verdes, y una hermosa mañana acudí como por casualidad a la mansión ministerial. Hallé a D... en casa, bostezando, paseándose sin hacer nada y pretendiendo hallarse en el colmo del ennuí. Probablemente se trataba del más activo y enérgico de los seres vivientes, pero eso tan sólo cuando nadie lo ve.

»Para no ser menos, me quejé del mal estado de mi vista y de la necesidad de usar anteojos, bajo cuya protección pude observar cautelosa pero detalladamente el aposento, mientras en apariencia seguía con toda atención las palabras de mi huésped.

»Dediqué especial cuidado a una gran mesa-escritorio junto a la cual se sentaba D..., y en la que aparecían mezcladas algunas cartas y papeles, juntamente con un par de instrumentos musicales y unos pocos libros. Pero, después de un prolongado y atento escrutinio, no vi nada que procurara mis sospechas.

»Dando la vuelta al aposento, mis ojos cayeron por fin sobre un insignificante tarjetero de cartón recortado que colgaba, sujeto por una sucia cinta azul, de una pequeña perilla de bronce en mitad de la repisa de la chimenea. En este tarjetero, que estaba dividido en tres o cuatro compartimentos, vi cinco o seis tarjetas de visitantes y una sola carta. Esta última parecía muy arrugada y manchada. Estaba rota casi por la mitad, como si a una primera intención de destruirla por inútil hubiera sucedido otra. Ostentaba un gran sello negro, con el monograma de D... muy visible, y el sobrescrito, dirigido al mismo ministro revelaba una letra menuda y femenina. La carta había sido arrojada con descuido, casi se diría que desdeñosamente, en uno de los compartimentos superiores del tarjetero.

»Tan pronto hube visto dicha carta, me di cuenta de que era la que buscaba. Por cierto que su apariencia difería completamente de la minuciosa descripción que nos había leído el prefecto. En este caso el sello era grande y negro, con el monograma de D...; en el otro, era pequeño y rojo, con las armas ducales de la familia S... El sobrescrito de la presente carta mostraba una letra menuda y femenina, mientras que el otro, dirigido a cierta persona real, había sido trazado con caracteres firmes y decididos. Sólo el tamaño mostraba analogía. Pero, en cambio, lo radical de unas diferencias que resultaban

excesivas; la suciedad, el papel arrugado y roto en parte, tan inconciliables con los verdaderos hábitos metódicos de D..., y tan sugestivos de la intención de engañar sobre el verdadero valor del documento, todo ello, digo sumado a la ubicación de la carta, insolentemente colocada bajo los ojos de cualquier visitante, y coincidente, por tanto, con las conclusiones a las que ya había arribado, corroboraron decididamente las sospechas de alguien que había ido allá con intenciones de sospechar.

»Prolongué lo más posible mi visita y, mientras discutía animadamente con el ministro acerca de un tema que jamás ha dejado de interesarle y apasionarlo, mantuve mi atención clavada en la carta. Confiaba así a mi memoria los detalles de su apariencia exterior y de su colocación en el tarjetero; pero terminé además por descubrir algo que disipó las últimas dudas que podía haber abrigado. Al mirar atentamente los bordes del papel, noté que estaban más ajados de lo necesario. Presentaban el aspecto típico de todo papel grueso que ha sido doblado y aplastado con una plegadera, y que luego es vuelto en sentido contrario, usando los mismos pliegues formados la primera vez. Este descubrimiento me bastó. Era evidente que la carta había sido dada vuelta como un guante, a fin de ponerle un nuevo sobrescrito y un nuevo sello. Me despedí del ministro y me marché en seguida, dejando sobre la mesa una tabaquera de oro.

»A la mañana siguiente volví en busca de la tabaquera, y reanudamos placenteramente la conversación del día anterior. Pero, mientras departábamos, oyóse justo debajo de las ventanas un disparo como de pistola, seguido por una serie de gritos espantosos y las voces de una multitud aterrorizada. D... corrió a una ventana, la abrió de par en par y miró hacia afuera. Por mi parte, me acerqué al tarjetero, saqué la carta, guardándola en el bolsillo, y la reemplacé por un facsímil (por lo menos en el aspecto exterior) que había preparado cuidadosamente en casa, imitando el monograma de D... con ayuda de un sello de miga de pan.

»La causa del alboroto callejero había sido la extravagante conducta de un hombre armado de un fusil, quien acababa de disparar el arma contra un grupo de mujeres y niños. Comprobóse, sin embargo, que el arma no estaba cargada, y los presentes dejaron en libertad al individuo considerándolo borracho o loco. Apenas se hubo alejado, D... se apartó de la ventana, donde me le había reunido inmediatamente después de apoderarme de la carta. Momentos después me despedí de él. Por cierto que el pretendido lunático había sido pagado por mí.»

-¿Pero qué intención tenía usted -pregunté- al reemplazar la carta por un facsímil? ¿No hubiera sido preferible apoderarse abiertamente de ella en su primera visita, y abandonar la casa?

-D... es un hombre resuelto a todo y lleno de coraje -repuso Dupin-. En su casa no faltan servidores devotos a su causa. Si me hubiera atrevido a lo que usted sugiere, jamás habría salido de allí con vida. El buen pueblo de París no hubiese oído hablar nunca más de mí. Pero, además, llevaba una segunda intención. Bien conoce usted mis preferencias políticas. En este asunto he actuado como partidario de la dama en cuestión. Durante dieciocho meses, el ministro la tuvo a su merced. Ahora es ella quien lo tiene a él, pues, ignorante de que la carta no se halla ya en su posesión, D... continuará presionando como si la tuviera. Esto lo llevará inevitablemente a la ruina política. Su caída, además, será tan precipitada como ridícula. Está muy bien hablar del facilis descensus Averni; pero, en materia de ascensiones, cabe decir lo que la Catalani decía del canto, o sea, que es mucho más fácil subir que bajar. En el presente caso no tengo simpatía -o, por lo menos, compasión- hacia el que baja. D... es el monstrum horrendum, el hombre de genio carente de principios. Confieso, sin embargo, que me gustaría conocer sus pensamientos cuando, al recibir el desafío de aquélla a quien el prefecto llama «cierta persona», se vea forzado a abrir la carta que le dejé en el tarjetero.

-¿Cómo? ¿Escribió usted algo en ella?

-¡Vamos, no me pareció bien dejar el interior en blanco!

Hubiera sido insultante. Cierta vez, en Viena, D... me jugó una mala pasada, y sin perder el buen humor le dije que no la olvidaría. De modo que, como no dudo de que sentirá cierta curiosidad por saber quién se ha mostrado más ingenioso que él, pensé que era una lástima no dejarle un indicio. Como conoce muy bien mi letra, me limité a copiar en mitad de la página estas palabras:

...Un dessein si funeste, S'il n'est digne d'Atrée, est digne de Thyeste.

»Las hallará usted en el Atrée de Crébillon.»

Los asesinos

[Cuento - Texto completo.]

Ernest Hemingway

La puerta del restaurante de Henry se abrió y entraron dos hombres que se sentaron al mostrador.

-¿Qué van a pedir? -les preguntó George.

-No sé -dijo uno de ellos-. ¿Tú qué tienes ganas de comer, Al?

-Qué sé yo -respondió Al-, no sé.

Afuera estaba oscureciendo. Las luces de la calle entraban por la ventana. Los dos hombres leían el menú. Desde el otro extremo del mostrador, Nick Adams, quien había estado conversando con George cuando ellos entraron, los observaba.

-Yo voy a pedir costillitas de cerdo con salsa de manzanas y puré de papas -dijo el primero.

-Todavía no está listo.

-¿Entonces para qué carajo lo pones en la carta?

-Esa es la cena -le explicó George-. Puede pedirse a partir de las seis.

George miró el reloj en la pared de atrás del mostrador.

-Son las cinco.

-El reloj marca las cinco y veinte -dijo el segundo hombre.

-Adelanta veinte minutos.

-Bah, a la mierda con el reloj -exclamó el primero-. ¿Qué tienes para comer?

-Puedo ofrecerles cualquier variedad de sándwiches -dijo George-, jamón con huevos, tocineta con huevos, hígado y tocineta, o un bisté.

-A mí dame suprema de pollo con arvejas y salsa blanca y puré de papas.

-Esa es la cena.

-¿Será posible que todo lo que pidamos sea la cena?

-Puedo ofrecerles jamón con huevos, tocineta con huevos, hígado...

-Jamón con huevos -dijo el que se llamaba Al. Vestía un sombrero hongo y un sobretodo negro abrochado. Su cara era blanca y pequeña, sus labios angostos. Llevaba una bufanda de seda y guantes.

-Dame tocineta con huevos -dijo el otro. Era más o menos de la misma talla que Al. Aunque de cara no se parecían, vestían como gemelos. Ambos llevaban sobretodos demasiado ajustados para ellos. Estaban sentados, inclinados hacia adelante, con los codos sobre el mostrador.

-¿Hay algo para tomar? -preguntó Al.

-Gaseosa de jengibre, cerveza sin alcohol y otras bebidas gaseosas -enumeró George.

-Dije si tienes algo para *tomar*.

-Sólo lo que nombré.

-Es un pueblo caluroso este, ¿no? -dijo el otro- ¿Cómo se llama?

-Summit.

-¿Alguna vez lo oíste nombrar? -preguntó Al a su amigo.

-No -le contestó éste.

-¿Qué hacen acá a la noche? -preguntó Al.

-Cenan -dijo su amigo-. Vienen acá y cenan de lo lindo.

-Así es -dijo George.

-¿Así que crees que así es? -Al le preguntó a George.

-Seguro.

-Así que eres un chico vivo, ¿no?

-Seguro -respondió George.

-Pues no lo eres -dijo el otro hombrecito-. ¿No es cierto, Al?

-Se quedó mudo -dijo Al. Giró hacia Nick y le preguntó-: ¿Cómo te llamas?

-Adams.

-Otro chico vivo -dijo Al-. ¿No es vivo, Max?

-El pueblo está lleno de chicos vivos -respondió Max.

George puso las dos bandejas, una de jamón con huevos y la otra de tocineta con huevos, sobre el mostrador. También trajo dos platos de papas fritas y cerró la portezuela de la cocina.

-¿Cuál es el suyo? -le preguntó a Al.

-¿No te acuerdas?

-Jamón con huevos.

-Todo un chico vivo -dijo Max. Se acercó y tomó el jamón con huevos. Ambos comían con los guantes puestos. George los observaba.

-¿Qué *miras*? -dijo Max mirando a George.

-Nada.

-Cómo que nada. Me estabas mirando a mí.

-En una de esas lo hacía en broma, Max -intervino Al.

George se rió.

-Tú no te rías -lo cortó Max-. No tienes nada de qué reírte, ¿entiendes?

-Está bien -dijo George.

-Así que piensas que está bien -Max miró a Al-. Piensa que está bien. Esa sí que está buena.

-Ah, piensa -dijo Al. Siguieron comiendo.

-¿Cómo se llama el chico vivo ése que está en la punta del mostrador? -le preguntó Al a Max.

-Ey, chico vivo -llamó Max a Nick-, anda con tu amigo del otro lado del mostrador.

-¿Por? -preguntó Nick.

-Porque sí.

-Mejor pasa del otro lado, chico vivo -dijo Al. Nick pasó para el otro lado del mostrador.

-¿Qué se proponen? -preguntó George.

-Nada que te importe -respondió Al-. ¿Quién está en la cocina?

-El negro.

-¿El negro? ¿Cómo el negro?

-El negro que cocina.

-Dile que venga.

-¿Qué se proponen?

-Dile que venga.

-¿Dónde se creen que están?

-Sabemos muy bien dónde estamos -dijo el que se llamaba Max-. ¿Parecemos tontos acaso?

-Por lo que dices, parecería que sí -le dijo Al-. ¿Qué tienes que ponerte a discutir con este chico? -y luego a George-: Escucha, dile al negro que venga acá.

-¿Qué le van a hacer?

-Nada. Piensa un poco, chico vivo. ¿Qué le haríamos a un negro?

George abrió la portezuela de la cocina y llamó:

-Sam, ven un minutito.

El negro abrió la puerta de la cocina y salió.

-¿Qué pasa? -preguntó. Los dos hombres lo miraron desde el mostrador.

-Muy bien, negro -dijo Al-. Quédate ahí.

El negro Sam, con el delantal puesto, miró a los hombres sentados al mostrador:

-Sí, señor -dijo. Al bajó de su taburete.

-Voy a la cocina con el negro y el chico vivo -dijo-. Vuelve a la cocina, negro. Tú también, chico vivo.

El hombrecito entró a la cocina después de Nick y Sam, el cocinero. La puerta se cerró detrás de ellos. El que se llamaba Max se sentó al mostrador frente a George. No lo

miraba a George sino al espejo que había tras el mostrador. Antes de ser un restaurante, el lugar había sido una taberna.

-Bueno, chico vivo -dijo Max con la vista en el espejo-. ¿Por qué no dices algo?

-¿De qué se trata todo esto?

-Ey, Al -gritó Max-. Acá este chico vivo quiere saber de qué se trata todo esto.

-¿Por qué no le cuentas? -se oyó la voz de Al desde la cocina.

-¿De qué crees que se trata?

-No sé.

-¿Qué piensas?

Mientras hablaba, Max miraba todo el tiempo al espejo.

-No lo diría.

-Ey, Al, acá el chico vivo dice que no diría lo que piensa.

-Está bien, puedo oírte -dijo Al desde la cocina, que con una botella de ketchup mantenía abierta la ventanilla por la que se pasaban los platos-. Escúchame, chico vivo -le dijo a George desde la cocina-, aléjate de la barra. Tú, Max, córrete un poquito a la izquierda -parecía un fotógrafo dando indicaciones para una toma grupal.

-Dime, chico vivo -dijo Max-. ¿Qué piensas que va a pasar?

George no respondió.

-Yo te voy a contar -siguió Max-. Vamos a matar a un sueco. ¿Conoces a un sueco grandote que se llama Ole Andreson?

-Sí.

-Viene a comer todas las noches, ¿no?

-A veces.

-A las seis en punto, ¿no?

-Si viene.

-Ya sabemos, chico vivo -dijo Max-. Hablemos de otra cosa. ¿Vas al cine?

-De vez en cuando.

-Tendrías que ir más seguido. Para alguien tan vivo como tú, está bueno ir al cine.

-¿Por qué van a matar a Ole Andreson? ¿Qué les hizo?

-Nunca tuvo la oportunidad de hacernos algo. Jamás nos vio.

-Y nos va a ver una sola vez -dijo Al desde la cocina.

-¿Entonces por qué lo van a matar? -preguntó George.

-Lo hacemos para un amigo. Es un favor, chico vivo.

-Cállate -dijo Al desde la cocina-. Hablas demasiado.

-Bueno, tengo que divertir al chico vivo, ¿no, chico vivo?

-Hablas demasiado -dijo Al-. El negro y mi chico vivo se divierten solos. Los tengo atados como una pareja de amigas en el convento.

-¿Tengo que suponer que estuviste en un convento?

-Uno nunca sabe.

-En un convento judío. Ahí estuviste tú.

George miró el reloj.

-Si viene alguien, dile que el cocinero salió. Si después de eso se queda, le dices que cocinas tú. ¿Entiendes, chico vivo?

-Sí -dijo George-. ¿Qué nos harán después?

-Depende -respondió Max-. Esa es una de las cosas que uno nunca sabe en el momento.

George miró el reloj. Eran las seis y cuarto. La puerta de la calle se abrió y entró un conductor de tranvías.

-Hola, George -saludó-. ¿Me sirves la cena?

-Sam salió -dijo George-. Volverá en alrededor de una hora y media.

-Mejor voy a la otra cuadra -dijo el chofer. George miró el reloj. Eran las seis y veinte.

-Estuviste bien, chico vivo -le dijo Max-. Eres un verdadero caballero.

-Sabía que le volaría la cabeza -dijo Al desde la cocina.

-No -dijo Max-, no es eso. Lo que pasa es que es simpático. Me gusta el chico vivo.

A las siete menos cinco George habló:

-Ya no viene.

Otras dos personas habían entrado al restaurante. En una oportunidad George fue a la cocina y preparó un sándwich de jamón con huevos "para llevar", como había pedido el cliente. En la cocina vio a Al, con su sombrero hongo hacia atrás, sentado en un taburete junto a la portezuela con el cañón de un arma recortada apoyado en un saliente. Nick y el cocinero estaban amarrados espalda con espalda con sendas toallas en las bocas. George preparó el pedido, lo envolvió en papel manteca, lo puso en una bolsa y lo entregó. El cliente pagó y salió.

-El chico vivo puede hacer de todo -dijo Max-. Cocina y hace de todo. Harías de alguna chica una linda esposa, chico vivo.

-¿Sí? -dijo George- Su amigo, Ole Andreson, no va a venir.

-Le vamos a dar otros diez minutos -repuso Max.

Max miró el espejo y el reloj. Las agujas marcaban las siete en punto, y luego siete y cinco.

-Vamos, Al -dijo Max-. Mejor nos vamos de acá. Ya no viene.

-Mejor esperamos otros cinco minutos -dijo Al desde la cocina.

En ese lapso entró un hombre, y George le explicó que el cocinero estaba enfermo.

-¿Por qué carajo no consigues otro cocinero? -lo increpó el hombre- ¿Acaso no es un restaurante esto? -luego se marchó.

-Vamos, Al -insistió Max.

-¿Qué hacemos con los dos chicos vivos y el negro?

-No va a haber problemas con ellos.

-¿Estás seguro?

-Sí, ya no tenemos nada que hacer acá.

-No me gusta nada -dijo Al-. Es imprudente, tú hablas demasiado.

-Uh, qué te pasa -replicó Max-. Tenemos que entretenernos de alguna manera, ¿no?

-Igual hablas demasiado -insistió Al. Éste salió de la cocina, la recortada le formaba un ligero bulto en la cintura, bajo el sobretodo demasiado ajustado que se arregló con las manos enguantadas.

-Adiós, chico vivo -le dijo a George-. La verdad es que tuviste suerte.

-Cierto -agregó Max-, deberías apostar en las carreras, chico vivo.

Los dos hombres se retiraron. George, a través de la ventana, los vio pasar bajo el farol de la esquina y cruzar la calle. Con sus sobretodos ajustados y esos sombreros hongos parecían dos artistas de variedades. George volvió a la cocina y desató a Nick y al cocinero.

-No quiero que esto vuelva a pasarme -dijo Sam-. No quiero que vuelva a pasarme.

Nick se incorporó. Nunca antes había tenido una toalla en la boca.

-¿Qué carajo...? -dijo pretendiendo seguridad.

-Querían matar a Ole Andreson -les contó George-. Lo iban a matar de un tiro ni bien entrara a comer.

-¿A Ole Andreson?

-Sí, a él.

El cocinero se palpó los ángulos de la boca con los pulgares.

-¿Ya se fueron? -preguntó.

-Sí -respondió George-, ya se fueron.

-No me gusta -dijo el cocinero-. No me gusta para nada.

-Escucha -George se dirigió a Nick-. Tendrías que ir a ver a Ole Andreson.

-Está bien.

-Mejor que no tengas nada que ver con esto -le sugirió Sam, el cocinero-. No te conviene meterte.

-Si no quieres no vayas -dijo George.

-No vas a ganar nada involucrándote en esto -siguió el cocinero-. Mantente al margen.

-Voy a ir a verlo -dijo Nick-. ¿Dónde vive?

El cocinero se alejó.

-Los jóvenes siempre saben qué es lo que quieren hacer -dijo.

-Vive en la pensión Hirsch -George le informó a Nick.

-Voy para allá.

Afuera, las luces de la calle brillaban por entre las ramas de un árbol desnudo de follaje. Nick caminó por el costado de la calzada y a la altura del siguiente poste de luz tomó por una calle lateral. La pensión Hirsch se hallaba a tres casas. Nick subió los escalones y tocó el timbre. Una mujer apareció en la entrada.

-¿Está Ole Andreson?

-¿Quieres verlo?

-Sí, si está.

Nick siguió a la mujer hasta un descanso de la escalera y luego al final de un pasillo. Ella llamó a la puerta.

-¿Quién es?

-Alguien que viene a verlo, señor Andreson -respondió la mujer.

-Soy Nick Adams.

-Pasa.

Nick abrió la puerta e ingresó al cuarto. Ole Andreson yacía en la cama con la ropa puesta. Había sido boxeador peso pesado y la cama le quedaba chica. Estaba acostado con la cabeza sobre dos almohadas. No miró a Nick.

-¿Qué pasa? -preguntó.

-Estaba en el negocio de Henry -comenzó Nick-, cuando dos tipos entraron y nos ataron a mí y al cocinero, y dijeron que iban a matarlo.

Sonó tonto decirlo. Ole Andreson no dijo nada.

-Nos metieron en la cocina -continuó Nick-. Iban a dispararle apenas entrara a cenar.

Ole Andreson miró a la pared y siguió sin decir palabra.

-George creyó que lo mejor era que yo viniera y le contase.

-No hay nada que yo pueda hacer -Ole Andreson dijo finalmente.

-Le voy a decir cómo eran.

-No quiero saber cómo eran -dijo Ole Andreson. Volvió a mirar hacia la pared: -Gracias por venir a avisarme.

-No es nada.

Nick miró al grandote que yacía en la cama.

-¿No quiere que vaya a la policía?

-No -dijo Ole Andreson-. No sería buena idea.

-¿No hay nada que yo pueda hacer?

-No. No hay nada que hacer.

-Tal vez no lo dijeron en serio.

-No. Lo decían en serio.

Ole Andreson volteó hacia la pared.

-Lo que pasa -dijo hablándole a la pared- es que no me decido a salir. Me quedé todo el día acá.

-¿No podría escapar de la ciudad?

-No -dijo Ole Andreson-. Estoy harto de escapar.

Seguía mirando a la pared.

-Ya no hay nada que hacer.

-¿No tiene ninguna manera de solucionarlo?

-No. Me equivoqué -seguía hablando monótonamente-. No hay nada que hacer. Dentro de un rato me voy a decidir a salir.

-Mejor vuelvo adonde George -dijo Nick.

-Chau -dijo Ole Andreson sin mirar hacia Nick-. Gracias por venir.

Nick se retiró. Mientras cerraba la puerta vio a Ole Andreson totalmente vestido, tirado en la cama y mirando a la pared.

-Estuvo todo el día en su cuarto -le dijo la encargada cuando él bajó las escaleras-. No debe sentirse bien. Yo le dije: "Señor Andreson, debería salir a caminar en un día otoñal tan lindo como este", pero no tenía ganas.

-No quiere salir.

-Qué pena que se sienta mal -dijo la mujer-. Es un hombre buenísimo. Fue boxeador, ¿sabías?

-Sí, ya sabía.

-Uno no se daría cuenta salvo por su cara -dijo la mujer. Estaban junto a la puerta principal-. Es tan amable.

-Bueno, buenas noches, señora Hirsch -saludó Nick.

-Yo no soy la señora Hirsch -dijo la mujer-. Ella es la dueña. Yo me encargo del lugar. Yo soy la señora Bell.

-Bueno, buenas noches, señora Bell -dijo Nick.

-Buenas noches -dijo la mujer.

Nick caminó por la vereda a oscuras hasta la luz de la esquina, y luego por la calle hasta el restaurante. George estaba adentro, detrás del mostrador.

-¿Viste a Ole?

-Sí -respondió Nick-. Está en su cuarto y no va a salir.

El cocinero, al oír la voz de Nick, abrió la puerta desde la cocina.

-No pienso escuchar nada -dijo y volvió a cerrar la puerta de la cocina.

-¿Le contaste lo que pasó? -preguntó George.

-Sí. Le conté pero él ya sabe de qué se trata.

-¿Qué va a hacer?

-Nada.

-Lo van a matar.

-Supongo que sí.

-Debe haberse metido en algún lío en Chicago.

-Supongo -dijo Nick.

-Es terrible.

-Horrible -dijo Nick.

Se quedaron callados. George se agachó a buscar un repasador y limpió el mostrador.

-Me pregunto qué habrá hecho -dijo Nick.

-Habrá traicionado a alguien. Por eso los matan.

-Me voy a ir de este pueblo -dijo Nick.

-Sí -dijo George-. Es lo mejor que puedes hacer.

-No soporto pensar que él espera en su cuarto y sabe lo que le pasará. Es realmente horrible.

-Bueno -dijo George-. Mejor deja de pensar en eso.

El triple robo de Bellamore

[Cuento - Texto completo.]

Horacio Quiroga

Días pasados los tribunales condenaron a Juan Carlos Bellamore a la pena de cinco años de prisión por robos cometidos en diversos bancos. Tengo alguna relación con Bellamore: es un muchacho delgado y grave, cuidadosamente vestido de negro. Lo creo tan incapaz de esas hazañas como de otra cualquiera que pida nervios finos. Sabía que era empleado eterno de bancos; varias veces se lo oí decir, y aun agregaba melancólicamente que su porvenir estaba cortado; jamás sería otra cosa. Sé además que si un empleado ha sido puntual y discreto, él es ciertamente Bellamore. Sin ser amigo suyo, lo estimaba, sintiendo su desgracia. Ayer de tarde comenté el caso en un grupo.

-Sí; -me dijeron- le han condenado a cinco años. Yo lo conocía un poco; era bien llamado. ¿Cómo no se me ocurrió que debía ser él? La denuncia fue a tiempo.

-¿Qué cosa? -interrogué sorprendido.

-La denuncia; fue denunciado.

-En los últimos tiempos -agregó otro- había adelgazado mucho.

-Y concluyó sentenciosamente-: lo que es yo no confío más en nadie.

Cambié rápidamente de conversación. Pregunté si se conocía al denunciante.

-Ayer se supo. Es Zaninski.

Tenía grandes deseos de oír la historia de boca de Zaninski; primero, la anormalidad de la denuncia, falta en absoluto de interés personal; segundo, los medios de que se valió para el descubrimiento. ¿Cómo había sabido que era Bellamore?

Este Zaninski es ruso, aunque fuera de su patria desde pequeño. Habla despacio y perfectamente el español, tan bien que hace un poco de daño esa perfección, con su ligero acento del norte. Tiene ojos azules y cariñosos que suele fijar con una sonrisa dulce y mortificante. Cuentan que es raro. Lástima que en estos tiempos de sencilla estupidez no sepamos ya qué creer cuando nos dicen que un hombre es raro. Esa noche le hallé en una mesa de café, en reunión. Me senté un poco alejado, dispuesto a oír prudentemente de lejos. Conversaban sin ánimo. Yo esperaba mi historia, que debía llegar forzosamente. En efecto, alguien, examinando el mal estado de un papel con que se pagó algo, hizo recriminaciones bancarias, y Bellamore, crucificado, surgió en la memoria de todos. Zaninski estaba allí, preciso era que contara. Al fin se decidió; yo acerqué un poco más la silla.

-Cuando se cometió el robo en el Banco Francés -comenzó Zaninski- yo volvía de Montevideo. Como a todos, me interesó la audacia del procedimiento: un subterráneo de tal longitud ha sido siempre cosa arriesgada. Todas las averiguaciones resultaron infructuosas. Bellamore como empleado de la caja, fue especialmente interrogado; pero

nada resultó contra él ni contra nadie. Pasó el tiempo y todo se olvidó. Pero en abril del año pasado oí recordar incidentalmente el robo efectuado en 1900 en el Banco de Londres de Montevideo. Sonaron algunos nombres de empleados comprometidos, y entre ellos Bellamore. El nombre me chocó; pregunté y supe que era Juan Carlos Bellamore. En esa época no sospechaba absolutamente de él; pero esa primera coincidencia me abrió rumbo, y averigüé lo siguiente:

En 1898 se cometió un robo en el Banco Alemán de San Pablo, en circunstancias tales que sólo un empleado familiar a la caja podía haberlo efectuado Bellamore formaba parte del personal de la caja.

Desde ese momento no dudé un instante de la culpabilidad de Bellamore.

Examiné escrupulosamente lo sabido referente al triple robo, y fijé toda mi atención en estos tres datos:

1° La tarde anterior al robo de San Pablo, coincidiendo con una fuerte entrada en caja, Bellamore tuvo un disgusto con el cajero, hecho altamente de notar, dada la amistad que los unía, y, sobre todo, la placidez de carácter de Bellamore.

2° También en la tarde anterior al robo de Montevideo, Bellamore había dicho que solo robando podía hacerse hoy fortuna, y agregó riendo que su víctima ocurrente era el banco de que formaba parte.

3° La noche anterior al robo en el banco Francés de Buenos Aires, Bellamore, contra todas sus costumbres, pasó la noche en diferentes cafés, muy alegre.

Ahora bien, estos tres datos eran para mí tres pruebas al revés, desarrolladas en la siguiente forma:

En el primer caso, solo una persona que hubiera pasado la noche con el cajero podía haberle quitado la llave. Bellamore estaba disgustado con el cajero casualmente esa tarde.

En el segundo caso, ¿qué persona preparada para un robo, cuenta el día anterior lo que va a hacer? Sería sencillamente estúpido.

En el tercer caso, Bellamore hizo todo lo posible por ser visto, exhibiéndose, en suma, como para que se recordara bien que él, Bellamore, pudo menos que nadie haber maniobrado en subterráneos esa accidentada noche.

Estos tres rasgos eran para mí absolutos -tal vez arriesgados de sutileza en un ladrón de bajo fondo, pero perfectamente lógicos en el fino Bellamore

Fuera de esto, hay algunos detalles privados, de más peso normal que los anteriores.

Así, pues, la triple fatal coincidencia, los tres rasgos sutiles de muchacho culto que va a robar, y las circunstancias consabidas, me dieron la completa convicción de que Juan Carlos Bellamore, argentino, de veintiocho años de edad, era el autor del triple robo efectuado en el Banco Alemán de San Pablo, el de Londres y Río de la Plata de Montevideo y el Francés de Buenos Aires. Al otro día mandé la denuncia.

Zaninsky concluyó. Después de cuantiosos comentarios se disolvió el grupo; Zaninski y yo seguimos juntos por la misma calle. No hablábamos, Al despedirme le dije de repente, desahogándome:

-¿Pero usted cree que Bellamore haya sido condenado por las pruebas de su denuncia? Zaninski me miró fijamente con sus ojos cariñosos.

-No sé; es posible.

-¡Pero esas no son pruebas! ¡Eso es una locura! -agregué con calor-. ¡ Eso no basta para condenar a un hombre!

No me contestó, silbando al aire. Al rato murmuro:

-Debe ser así... cinco años es bastante... -Se le escapó de pronto: - A usted se le puede decir todo: estoy completamente convencido de la inocencia de Bellamore.

Me di vuelta de golpe hacia él, mirándonos en los ojos.

-Era demasiada coincidencia -concluyó con el gesto cansado.

Las fieras

[Cuento - Texto completo.]

Roberto Arlt

No te diré nunca cómo fui hundiéndome, día tras día, entre los hombres perdidos, ladrones y asesinos y mujeres que tienen la piel del rostro más áspero que cal agrietada. A veces, cuando reconsidero la latitud a que he llegado, siento que en mi cerebro se mueven grandes lienzos de sombra, camino como un sonámbulo y el proceso de mi descomposición me parece engastado en la arquitectura de un sueño que nunca ocurrió.

Sin embargo, hace mucho tiempo que estoy perdido. Me faltan fuerzas para escaparme a ese engranaje perezoso, que en la sucesión de las noches me sumerge más y más en la profundidad de un departamento prostibulario, donde otros espantosos aburridos como yo soportan entre los dedos una pantalla de naipes y mueven con desgano fichas negras o verdes, mientras que el tiempo cae con gotear de agua en el sucio pozal de nuestras almas.

Jamás le he hablado a ninguno de mis compañeros de ti, ¿y para qué?

La única informada de tu existencia es Tacuara. Apretando en el bolsillo un rollo de dinero, entra a la pieza después de las cuatro de la madrugada. El pelo de Tacuara es lacio y renegrido; los ojos oblicuos y pampas; la cara redonda y como espolvoreada de carbón, y la nariz chata. Tacuara tiene una debilidad: es la lectura de la “Vida Social”, y una virtud, la de gustarle a los descargadores de naranjas y hombres de la ribera de San Fernando.

Ceba mate mientras yo, espatarrado en la cama, pienso en ti, a quien he perdido para siempre.

Lo dificultoso es explicarte cómo fui hundiéndome día tras día.

A medida que pasan los años, cae sobre mi vida una pesada losa de inercia y acostumbramiento. La actitud más ruin y la situación más repugnante me parece natural y aceptable. Me falta extrañeza para recordar los muros de los calabozos donde he dormido tantas veces.

Pero a pesar de haberme mezclado con los de abajo, jamás hombre alguno ha vivido más aislado entre estas fieras que yo. Aún no he podido fundirme con ellos, lo cual no me impide sonreír cuando alguna de estas bestias la estropea a golpes a una de las desdichadas que lo mantiene, o comete una salvajada inútil, por el solo gusto de jactarse de haberla realizado.

Muchas veces acude tu nombre a mis labios. Recuerdo la tarde cuando estuvimos juntos, en la iglesia de Nueva Pompeya. También me acuerdo del podenco del sacristán. Empinando el hocico y el paso tardo, cruzaba el mosaico del templo por entre la fila de bancos... pero han pasado tantos cientos de días, que ahora me parece vivir en una ciudad profundísima, infinitamente abajo, sobre el nivel del mar. Una neblina de carbón flota permanente en este socavón de la infrahumanidad; de tanto en tanto chasquea el estampido de una pistola automática, y luego todos volvemos a nuestra postura primera, como si no hubiera ocurrido nada.

Incluso he cambiado de nombre, de manera que aunque a todos los que pasan les preguntaras por mí, nadie sabría contestarte.

Sin embargo, vivimos aquí en la misma ciudad, bajo idénticas estrellas.

Con la diferencia, claro está, que yo exploto a una prostituta, tengo prontuario y moriré con las espaldas desfondadas a balazos mientras tú te casarás algún día con un empleado de banco o un subteniente de la reserva.

Y si me resta tu recuerdo es por representar posibilidades de vida que yo nunca podré vivir. Es terrible, pero rubricado en ciertos declives de la existencia, no se escoge. Se acepta.

Estalló tu recuerdo, una noche que tiritaba de fiebre arrojado al rincón de un calabozo. No estaba herido, pero me habían golpeado mucho con un pedazo de goma y la temperatura de la fiebre movía ante mis ojos paisajes de perdición.

Grisáceo como el trozo de un film, pasaba el recuerdo del primer viaje que efectué a un prostíbulo de provincia, con Tacuara. Era la una de la tarde y un coche desvencijado nos llevaba por un callejón sombrío, acolchado de polvo. El sol centelleaba en el muro rojo del prostíbulo, y frente a la puerta de chapa de hierro engastada en la muralla de ladrillo había un pantano de orines y un poste para atar los caballos. El viento hacia chirriar en su soporte un farol de petróleo.

Nunca olvidaré. El macro judío me adelantó cincuenta latas sobre el trabajo de la mujer en la semana, y entonces marché a entrevistarme con el jefe político y el comisario... Estas iniquidades pasaban por mi memoria mientras estaba tendido en el piso de portland del calabozo. A momentos creía que iba a morir. Entreabría los párpados y distinguía murallas rodeadas de otros cercos por otros subsuelos, y durante un minuto mi vida transcurrió el espacio de un siglo en el fondo de los calabozos. Otros hombres, como yo, tenían los pulmones machucados a golpes de goma. Una cuña de gran sufrimiento me partió el cerebro, y más allá de la ferocidad de todos nosotros, oprimidos u opresores, más allá de la dureza de las grises piedras cuadradas, distinguí tu semblante pálido y la almendra aceituna de tus ojos.

Fue un martillazo en la sensibilidad. Nunca pude despierto imaginarme tu rostro con la nitidez que en la vorágine del delirio destacaba su relieve, luego la obsesión del castigo me volcó en la crueldad del interrogatorio. Me indagaban a golpes por el asesinato de una mujer con la cual nada tenía que ver.

Después salí. Más tarde me detuvieron otra vez. En la sombra me acompañaba tu recuerdo y en la vida, fiel como una perra, la mulata Tacuara.

¡Tacuara! ¿A dónde no habré ido con Tacuara?

Por ella conocí el asqueroso aburrimiento complicado con olores de polvo de arroz de los lenocinios de provincias, la regenta en chancletas cuidando un brasero que enceniza el piso de la sala, el mate que rueda lentamente entre las manos de diez rameritas pitañosas, el viento que sacude la madera de los postigos porque los vidrios están rotos y se han sustituido los cristales con alambre de fiambra, mientras llega desde afuera el ruido informe de un carro de ruedas gigantesco, cargado con una pirámide de bolsas de maíz, y el látigo chasquea junto a las orejas de los ocho caballos envueltos en grandes nubes de tierra amarilla.

Por Tacuara conocí los prostibulos más espantosos de provincias. Aquellos en que la pieza no tiene cama, sino un jergón de chala tirado en el suelo de ladrillos, y mujeres con labios perforados de chancros sifilíticos. He comido sopa de locro y he bailado tangos más siniestros que agonía en salas tan inmensas como cuerdas de un cuartel. Había allí bancos de madera sin cepillar y en los rincones negras sosteniendo con un brazo a un recién nacido a quien amamanta con un pecho, mientras que para no perder tiempo con la mano libre le desprendían los pantalones a un ebrio rijoso.

¡A dónde no habré ido con Tacuara!

En su compañía he recorrido todo el sur de la provincia, Bahía Blanca, Marcos Juárez y Azul, después estuvimos en Rosario de Santa Fe, Córdoba, Río Cuarto, Villa María y Bell Ville.

Con el auxilio de los políticos, a veces fui timbero y otras despaché chinchulines y parrilla criolla en bodegones montados a la orilla de establecimientos donde trabajaba con todos los hombres mi único amor.

Viajamos por agua.

Estuve en Paraná, Corrientes, Misiones. Pasé a Santa Ana do Livramento, Río Grande do Sul, San Pablo. En San Pablo, al expulsarme de la ciudad los carabineros, me tiraron encima de un vagón de carga y me rompieron tres costillas. Pasamos a Río de Janeiro, y Tacuara se inscribió en un prostíbulo de Laranyeiras. La casa de piedra mostraba en el frontón un mosaico con la Virgen y el Niño, y bajo el mosaico una lámpara eléctrica que iluminaba una garita abierta en la pared y entrelazada de perpendiculares barras de hierro a la altura de la cintura. En esta hornacina, tiesa como una estatua, de pie, Tacuara hacía cinco horas de guardia. A través de las rejas los hombres que le apetecían podían tocarle las carnes para constatar su dureza. En aquel barrio de mil prostitutas, y adornado de palmas y Cirios los días de Pascua, un retén de gendarmes, armados de carabinas, mantenían el orden para evitar que catangas y marineros se liaran a cuchilladas.

Volvimos a Buenos Aires.

Yo extrañaba mi calle Corrientes, y ella su dormitorio con olor a naranjas en la barrera de San Fernando y el dulce y monótono zumbido de las sierras de las cajonerías para fruta del Delta.

Y así, fui hundiéndome día tras día, hasta venir a recalar en este rincón de Ambos Mundos. Aquí es donde nos reunimos Cipriano, Guillermito el Ladrón, Uña de Oro, el Relojero y Pibe Repoyo.

Por la noche llegan perezosamente hasta la mesa de junto a la vidriera, se sientan, saludan de soslayo a la muchacha de la victrola, piden un café y en la posición que se han sentado permanecen horas y más horas, mirando con expresión desgarrada, por el vidrio, la gente que pasa.

En el fondo de los ojos de estos ex hombres se diluye una niebla gris. Cada uno de ellos ve en sí un misterio inexplicable, un nervio aún no clasificado, roto en el mecanismo de la voluntad. Esto los convierte en muñecos de cuerda relajada, y este relajamiento se traduce en el silencio que guardamos. Nadie aún lo ha observado, pero hay días que entre cuatro apenas si pronunciamos veinte palabras.

De un modo o de otro hemos robado, algunos han llegado hasta el crimen; todos, sin excepción, han destruido la vida de una mujer, y el silencio es el vaso comunicante por el cual nuestra pesadilla de aburrimiento y angustia pasa de alma a alma con roce oscuro. Esta sensación de aniquilamiento torvo, con las muecas inconscientes que acompañan al recuerdo canalla, nos pone en el rostro una máscara de fealdad cínica y dolorosa.

¡Y qué prójimos los nuestros! ¡Qué historias las que pueden contar!

Por ejemplo... el negro Cipriano:

Es rechoncho como un ídolo de chocolate.

En otros tiempos trabajó de cocinero en un prostíbulo. Cuenta, y orgullosamente, que vestido de blanco le servía a una escogida concurrencia de rufianes y macró un congrio aderezado en una bandeja de plata.

Aunque no lo diga, se entenece evocando los paisajes sonrosados.

Los ojos se le humedecen e inundan de venitas de sangre, y bien se comprende: siente nostalgia de los tiempos en que era confidente de la regenta. Ésta, con las tetas volcadas entre las puntillas de su peinador, prostituía menores de catorce años, para servir las a la voracidad de terribles magistrados y potentados ancianos. Luego secreteaba con Cipriano cuanto había ganado, y el negro era feliz, se comprendía el hombre de confianza de la casa. No se llega impunemente a estas alturas. Con los achocolatados párpados entreabiertos y las quijadas apoyadas en los puños, Cipriano, como un yacaré que sueña con la manigua, persigue con ojos amarillos fabulosas memorias, fiestas de traficantes polacos y marselleses, rufianes grasientos como fardos de sebo, e implacables como verdugos.

Estos hombres tenían la piel del cogote más roja que el colodrillo de los pavos, y ricitos de oro se escapaban por los agujeros de las narices y las orejas.

Despreciaban profundamente los países donde medraban, les escupían en la cara a los empleados de policía inferiores, y compraban a los jefes políticos con cheques que firmaban guiñando un ojo socarronamente.

Cipriano sabe muchas cosas, y cuando se le apura, confiesa que nada le agrada tanto como violar a un muchachito, o acostarse con un marinero de la Martinica.

Y sin embargo sonríe con la ingenuidad de un monstruo jovial.

Nadie, viéndolo, pensaría que él, el cocinero de los prostíbulos, era además el encargado de tatuarle con un látigo rayas moradas en las nalgas a las prostitutas desobedientes. Cuando recuerda las mujeres que castigó, sonríe con dulzura de hipopótamo resoplando agua y barro en el cañaveral de una manigua.

Y más dulzura bondadosa encierra su sonrisa, al recordar los menores que violó, dramas de leonera, un chico maniatado por cinco ladrones que le apretaban contra el suelo tapándole la boca, luego ese grito de entraña roto que sacude como una descarga de voltaje el cuerpo sujetado... y la fila de hombres, que con los pantalones sostenidos con una mano, aguardan turno, mientras que el cuerpo del niño perforado por un dolor terrible se arquea y luego cae exánime.

Y si alguien, para mofarse, le pregunta qué es lo que prefiere, una muchacha o un ladroncito, Cipriano que se jacta de haber “desmayado grandes”, entrecierra los ojos y hace rechinar los dientes. Como un cocodrilo adormilado en la marisma, apetece la inmundicia, y sólo cuando está muy contento dice algunas palabras en un dulce francés de la Martinica.

Por otra parte es muy católico y siempre que pasa ante una iglesia se descubre respetuosamente.

Tosiendo penosamente se sienta algunas veces a nuestra mesa Angelito el Potrillo, ratero y tuberculoso.

Tiene treinta años de edad, de los cuales ha pasado diez en el cuadro quinto, cansado de repetir siempre la misma infracción inexistente “portación de armas”

Lo perdieron las malas juntas.

Cuando se enoja tartamudea. Con la visera de la gorra hundida sobre los ojos se sumerge en intrincados problemas de ajedrez, y se jacta de ser campeón de damas, y aunque ello es verosímil, para expresar sus ideas utiliza un procedimiento un poco absurdo. Por ejemplo, dice del Japonés, un ladrón oscuro y feroz, que siempre encuentra laudables pretextos para desenvainar el cuchillo:

-Es como una niña.

Indudablemente, resulta dificultoso comprender qué es lo que entiende por “una niña” Angelito el Potrillo.

Cuando Angelito está bien de salud y no se encuentra preso, desaparece durante un tiempo de la ciudad en compañía del Japonés. Recorren el interior explotando el cuento de “filo misho” y otros ardidés más o menos sutiles, pues Angelito el Potrillo no es como aquellos perdularios que no practican sino su especialidad, sino que a él, “le da tanto un barrido como un fregado”.

Por ahora Angelito está muy débil y no viaja.

Permanece horas y horas con una sien apoyada en el vidrio, mirando hacia la calle, y los pesquisas que pasan saben que él está enfermo, que no puede robar y no lo detienen. Incluso algunos lo saludan y Angelito hace un gesto ahuecado en sonrisa. Dice que “es un consuelo saber que se va a morir entre la consideración de la gente correcta”. ¡No te diré como fui hundiéndome día tras día!

Ahora cada uno de nosotros lleva un recuerdo terrible que es una bazofia de tristeza. Ayer... hoy .. mañana...

Hundiéndome día tras día.

Cómo explicar este fenómeno que deja libre la inteligencia, mientras los sentimientos embadurnados de inmundicia nos aplastan más y más en toda renunciación a la luz. Por eso la mala palabra nos muequea en la jeta, y para cada rostro de mujer la mano se nos crispa en una tentación de cachetada, porque junto a nosotros no se encuentra aquella, la preciosísima que nos destrozó la vida en una encrucijada del tiempo que fue. ¿Para qué hablar? Si todo lo dice el silencio de sombras que entolda el bar amarillo, donde se inclinan las cabezas que ya no tienen esperanzas terrestres. Fieras enjauladas, permanecemos tras los barrotes de los pensamientos residuos, y por eso es que la sonrisa canalla se despega tan dificultosamente del semblante encolado en una contracción de aburrimiento perrero.

Los días son negros, las noches más encajonadas que calabozos.

A veces pasa tu recuerdo por mi memoria como una estrella de siete puntas, y Tacuara como si adivinara tu tránsito celeste por mi vida, me examina rápidamente de pies a cabeza y me dice como si ella fuera mi igual:

-¿Qué te pasa? ¿Te duele el corazón?

Su ojo derecho se entrecierra casi, alarga el cuello, frunce los labios finos, y a medias torcida como si hubiera quedado desfigurada por una hemiplejía, me pregunta:

-¿Te acordás de ella?

No te diré cómo fui hundiéndome día tras día. Quizá ocurrió después del horrible pecado. La verdad es que fui quedando aislado.

Caminaba como antes por las calles, miraba los objetos que se exhiben en las vitrinas, y hasta me detenía sorprendido frente a ciertas ingeniosidades de la industria, mas la verdad es que estaba horriblemente solo.

Alguna que otra vez sentía en mis mejillas el frío roce de un alma que me buscaba por la tierra con su pobre pensamiento encadenado. Un escalofrío se descargaba entonces a través de los intersticios de mis vértebras.

Luego la noche del pensamiento caía sobre mí y estuve mucho tiempo sumergido en el crepúsculo que ya no era terrestre, y tal como deben conocerlo aquellos que la medicina clasifica con el nombre de idiotas profundos.

Llegué así por descendimientos progresivos hasta la miseria de esta amistad silenciosa, en la que los infaltables son Uña de Oro, el Pibe Repoyo y el Relojero.

El Relojero no habla nunca. A lo más sonrío melancólicamente. De vez en cuando le suministra a su “señora” una paliza brutal, y si Guillermito el Ladrón le pregunta por qué le pega, el Relojero se encoge de hombros, sonrío dolorosamente y contesta después de rumiar largo rato su respuesta:

-Qué sé yo. Será porque estoy aburrido.

Guillermito cuida el físico, gasta reloj pulsera de oro, se da fomentos faciales y rayos ultravioletas, pero en la frente tiene el croquis de una arruga rápida, crispación que anticipa el gesto de echar la mano a la cintura para sacar el revólver y resolver un asunto de vida o de muerte. Jamás ha robado en la ciudad, y siempre conversa de instalar una timba. Aspira como yo lo fui en otros tiempos, a ser dueño de un recreo con parrilla criolla, pero aún no dispone del necesario capital y sus opiniones políticas no pueden ser más estúpidas.

Está con Yrigoyen y la democracia.

Uña de Oro seduce a las “loquitas” con su perfil de gavilán y los transparentes ojos verdosos y la crueldad felina de sus maxilares que acompañan el impulso de las sienas huidas hacia las orejas puntiagudas. Cuando está cansado apoya los brazos en la mesa, agacha la cabeza y se duerme en la turbamulta del café, con ronquido feroz

¿Es necesario describir estas cosas simples, bestiales, primitivas?

Nos comunicamos con el silencio. Un silencio que se descarga en la mirada o en una inflexión de los labios respondiendo con un monosílabo a otro monosílabo. Cada uno de nosotros está sumergido en un pasado oscuro donde los ojos de tanto haber fijado, se han inmovilizado como los de cretinos que miran absurdamente un rincón sucio.

¿Qué miramos?

No te lo podría decir. Sé que por donde he ido me he acordado de ti, y que llegué a profundidades increíblemente tristes. Ahora mismo.. cierro los ojos, como Uña de Oro cargo la frente sobre el dorso de las manos... pero no duermo. Pienso que es triste no saber a quién matar.

De pronto el choque del cubilete de los dados revienta en mis oídos como la descarga de un revólver, levanto la cabeza y revuelvo una saliva de veneno. La vida continúa siempre igual, adentro y afuera, y este silencio es una verdad, un intervalo donde descansa nuestra expectativa de una mala noticia, ya que es necesario aguardaría siempre, aguardaría siempre en el desconocido que entre inopinadamente al café o en el temblequeo de la campanilla del teléfono.

Jugando a los naipes o al dominó, volteando dados o una moneda, bajo la apariencia de olvido persiste una constante tensión nerviosa, una especie de “alerta está”, vigilancia inconsciente, sobresalto imperceptible que mueve permanentemente los párpados y las pupilas, en un soslayar siniestro.

Ningún desconocido al entrar a este café escapa a ese examen, tendido en invisible abanico de noventa grados, sobre el círculo de los naipes o las geometrías blancas y negras de las fichas de dominó.

Cuando no se juega, los mentones descansan engastados en las palmas de las manos. El cigarrillo se consume lentamente en el vértice de los labios y entonces... cuando menos se espera aparece el sufrimiento sordo, una como nostalgia de las entrañas que ignoran lo que quieren, arruga las frentes, ¡ah! cómo explicar esta desesperación, nos lanzamos a la calle, vamos hacia los departamentos donde nunca falta una atorranta con la cual acostarse, y desfogar babeando en un mal sueño este dolor que no se sabe de dónde viene ni para qué.

Y es que todos llevamos adentro un aburrimiento horrible, una mala palabra retenida, un golpe que no sabe dónde descargarse, y si el Relojero la desencuaderna a puntapiés a su mujer, es porque en la noche sucia de su pieza, el alma le envasa un dolor que es como desazón de un nervio en un diente podrido.

Y cuando este dolor, que ellos ignoran con qué palabras se puede nombrar, estalla en un corazón, el que permanecía callado barbotea una injuria, y por resonancia los otros también responden, y de pronto la mesa que hasta ese momento parecía un círculo de dormidos se anima de injurias terribles y de odios sin razón, y sin saber cómo surgen agravios antiguos y ofensas olvidadas. Y si no llegan a las manos es porque nunca falta un comedido que interviene a tiempo y recuerda con melifluido palabrerío las consecuencias de la gresca.

Una fiesta que no hay dinero con qué pagarla, es la llegada de desconocidos y amigos perdidos a la mesa. Vienen del interior. Han estado robando en provincias. O purgando una pena en la cárcel. O estafando en los trenes. Pero, tengan la cabeza rapada o melenuda, no importa: sus historias y su dinero bien valen la acogida que se les hace; y entonces por un minuto el mozo se soflama. Tal diversidad de bebidas solicitan los gatzates distintos. Una alegría espantosa estalla en el interior de cada fiera, y siguiendo el impulso de una vanidad inexplicable, de un orgullo demoníaco, se habla... Si se habla es de cacerías de mujeres en el corazón de la ciudad, su persecución en los clandestinos de extramuros donde se ocultan; si se habla, es de riñas con bandas enemigas que las han raptado, de asaltos, de emboscadas, de robos, escalamientos y fracturas. Si se habla es de viajes en transportes nacionales a “la tierra”, si se habla es de la cárcel, de las eternas noches en la “berlina” (calabozo triangular donde el detenido no puede acostarse ni sentarse), si se habla es de los procedimientos de los jueces, de los políticos a quienes están vendidos, de los pesquisas y sus ferocidades, de interrogatorios, careos, indagatorias y reconstrucciones, si se habla es de castigos, dolores, torturas, golpes sobre el rostro, puñetazos en el estómago, retorcimiento de testículos, puntapiés en las tibias, dedos prensados, manos retorcidas, flagelaciones con la goma, martillazo con la culata del revólver... si se habla es de mujeres asesinadas, robadas, fugitivas, apaleadas...

Siempre los mismos temas: el crimen, la venalidad, el castigo, la traición, la ferocidad. Lentamente humean los cigarros. Cada frente crispera un mal recuerdo. En una distancia Luego sobreviene el silencio. Los desconocidos se marchan acompañados del camarada que los presentó.

Entonces las miradas recorren las mesas próximas, se detienen en la muchacha que atiende la victrola, estalla un comentario breve y cruel como un petardo, una sonrisa fría encrespa algún labio, ya que se sabe con quién está por caer la desgraciada, incluso el que la ronda ya ha anticipado el número de palizas que le suministrará, un fósforo crepita al encenderse entre dos dedos y el humo azulento sube despacio hacia el plafond.

¡Oh! cuántas, cuántas cosas se cuentan en pocas palabras en estas interminables noches negras

Una vez es Guillermito, otras Uña de Oro. Uña de Oro, por ejemplo, cuenta cómo fue que una vez le atravesó con un cortaplumas la palma de la mano a una mujer.

Ella quería irse a vivir con él, y Uña le preguntó si estaba dispuesta a darle una prueba de amor, y cuando la meretriz le preguntó en qué consistía la prueba de amor, él le contestó: dejarse atravesar la mano con un cuchillo, y como ella accedió, le clavó la mano en la tabla de la mesa.

Relatos de esta índole son frecuentes, pero para qué criticar las ferocidades inútiles. Todos estamos conscientes que en un momento dado de nuestras vidas, por aburrimiento o angustia, seremos capaces de cometer un acto infinitamente más bellaco que el que no condenamos. A decir la verdad, aploma a nuestras conciencias un sentimiento implacable, quizá la misma fiera voluntad que encrespa a las bestias carniceras en sus cubiles de los bosques y las montañas.

Además, conocemos muchas tristezas que ni el mismo naípe es capaz de disolver, hastíos semejantes a chalecos de fuerza ciñen nuestros instintos hasta el día que caigamos bajo el cuchillo de un enemigo, o la bala de alguien que hace mucho tiempo nos está esperando entre las tinieblas. Porque a cada uno de nosotros, lo espera alguien.

Después de haber vivido de esta manera, es lógico estar colmado de un silencio tan hosco, mudez de fiera que ha recibido de la vida una fuerza maldita, utilizable sólo en los bajos del mal.

Ahora en la mesa del café, bajo las luces amarillas, blancas y azules, el silencio constituye un reposo. Tenemos necesidad de un poco de descanso, para que se asienten nuestras infamias calladas, nuestros crímenes flojos.

La música retoba el aburrimiento

Un tango antiguo nos recuerda un momento carcelario, otros la noche del hallazgo de una mujer, otros un instante terrible de cuando andábamos en la mala.

Si el tango se hace bronco, un espasmo nos retuerce el alma. Se recuerda entonces el placer rojo y terrible de aplastarle a puñetazos la cara a una mujer, o también el goce de bailar trezados con una hembra esquiva en una milonga asesina, o también el primer dinero que nos dio la mujer que nos inició en la vida, billete de diez pesos que ella sacó de la liga y que nosotros recibimos con alegría temblorosa porque ese dinero lo había ganado acostándose con otros.

Lloro de bandoneones que lo despeina a uno en dulces recuerdos, primeras emociones agridulces de vida de cafishio: la mujer que va por la calle con un hombre; la mujer que ríe en la mesa acompañada de tres hombres, sensación de procacidad y ráfaga; la mujer que durante la noche ha hecho la recorrida del café y la pieza del brazo de clientes que pasaban ante los ojos, emoción que colma la expectativa de algunas palabras susurradas subrepticamente: “Espera un momento, querido, que pronto me desocupo”.

El tango nos empenacha el alma del recuerdo de primitivas alegrías: la mujer de todos pavoneándose en compañía de aquel a quien le regala su dinero, la gente mirándonos al pasar, los giles asombrándose de las pornografías de la conversación, las tenidas en las piezas de las amigas, las presentaciones de rigor: “Le presento a mi marido”.

Tardes de lluvia desperdigadas entre largas rondas de mate, la victrola en un rincón, la bandeja de masas arrumbada entre tarros de gomina. Si la mujer hace la calle, la reglamentaria despedida a las cuatro, el “hasta luego querido”, el “tené cuidado con los tiras, nena” y la mujer que en el instante de la despedida siempre tiene un gesto raro,

casi doloroso al principio en el oficio y que mediante un esfuerzo de voluntad recubre su rostro de una máscara de impasibilidad convirtiéndose instantáneamente en otra, mezclándose a los transeúntes con el tardo paso de la yiranta. Inmediatamente a uno le cruza la mente esta preocupación: “En fija la encanan hoy” o “¿No será la última vez que la veo hoy?”

Por eso, cuando en el silencio que guardamos junto a la mesa de café, repiquetea el timbre del teléfono, un sobresalto nos mueve las cabezas, y si no es para nosotros, bajo las luces blancas, bermejas o azules, Uña de Oro bosteza y Guillermito el Ladrón barbota una injuria, y una negrura que ni las mismas calles más negras tienen en sus profundidades de barro, se nos entra a los ojos, mientras tras el espesor de la vidriera que da a la calle pasan mujeres honradas del brazo de hombres honrados.

El misterio de los tres sobretodos

[Cuento - Texto completo.]

Roberto Arlt

De haberse sabido que fue Ernestina la que descubrió al ladrón, probablemente Ernestina hubiera ido a parar a presidio por un largo tiempo de su vida... Nunca pudo ser aclarado el misterio de la oficina. Ateniéndose a los sucesos tal me fueron narrados, podría afirmar que “el enigma de la oficina” fue uno de los tantos dramas oscuros que se gestan en las entrañas de las grandes ciudades, donde las bagatelas terminan por revestir un contorno de episodio cruento en la conciencia de las personas que a diario se soportan en un ambiente estrecho de trabajo y duro de responsabilidades.

La policía realizó investigaciones superficiales en torno del grave suceso, pero acabó por abandonar la búsqueda del autor o autora, por creer en cierto modo que el asunto no merecía el tiempo que absorbía a las actividades de los funcionarios, ocupados en novedades de mayor trascendencia.

He aquí cómo se gestó el suceso conocido entre los empleados de la “Casa Xenius, ropería para hombres y mujeres, artículos de confección, etc.” bajo el nombre de “El misterio de los tres sobretodos”.

En la oficina de “Expedición al interior” de la casa Xenius comenzaron a desaparecer prendas de vestir.

Un día fue un cinturón, ¡un cinturón sin hebilla!, lo que demuestra que el ladrón echaba mano a lo que podía; otra vez fue un sobre con la suma de doce pesos, olvidado en el cajón de Ernestina; otra vez fue un retazo de seda. Un retazo de un metro, valuado en ocho pesos...

Semejantes robos, mejor dicho, hurtos, traían revuelta a la gente de la oficina. No se trataba de la cantidad en sí, aunque sí se trataba. Los valores que el ladrón substraía, por insignificantes que fueran, estacionaban en la prudencia de los empleados una atmósfera de inquietud. Allí, entre ellos, se encontraba un ladrón o una ladrona. Cada uno era responsable directamente de los artículos recibidos, esto sin dejar de tener en cuenta otro detalle:

Las víctimas de los robos no eran personas a las que se pudiera afectar impunemente en sus intereses.

Todos ellos vivían sobrellevando estrecheces: sus reducidos sueldos les alcanzaban apenas para cubrir sus necesidades más inmediatas. La desaparición de un objeto valuado en cinco o en diez pesos no constituía, precisamente, una desgracia, pero sí desequilibraba desagradablemente el presupuesto del damnificado. Además, aquel que había sido robado pensaba que otro día podría volver a ocurrir semejante accidente, y tal la posibilidad traía alborotado el magín de los empleados, que hasta en sueños se veían reintegrando indemnizaciones de daños que aún no habían sufrido.

No estaban agotados los comentarios sobre el robo del retazo de un metro de seda, ocurrido en la semana anterior, cuando una noticia nueva estalló como una bomba, entre la consternación de todos: ¡Habían desaparecido tres sobretodos!...

El mismo gerente de la casa Xenius no pudo evitar un escalofrío al enterarse.

El robo de tres sobretodos en una casa organizada es motivo más que suficiente para alarmar a los mismos accionistas. Sin embargo, a pedido de los empleados de la sección “Ropería de hombres”, el gerente no dio noticias del escándalo a los accionistas. Los siete empleados de la sección “Ropería de hombres” desembolsaron el importe de los tres sobretodos.

Yo podría escribir un libro con los diálogos, respuestas, preguntas, conjeturas y deducciones que se hicieron sobre aquel suceso, pero tendré que limitarme a escribir tres líneas.

¿Quién se había llevado los tres sobretodos? La argumentación de los damnificados era de este tenor:

—¿Puede un empleado o una empleada o el sereno robarse un corte de seda?

—Sí, puede.

—¿Puede un empleado, una empleada o el sereno robarse un par de medias?

—Sí, puede.

—¿Puede un empleado, una empleada o el sereno robarse tres sobretodos?

—No; no puede. No puede, porque tres sobretodos son inocultables en un bolsillo. Tres sobretodos hacen un bulto fenomenal. De consiguiente, el robo de tres sobretodos es materialmente imposible.

—Pero es que los sobretodos faltan —replicaban los damnificados.

—Se robaron uno a uno —replicaban los más sutiles.

—¿Cómo los sacaron de la sección?

Nadie sabía qué responder. El robo carecía prácticamente de explicación. Carecía de explicación porque la casa permanecía por la noche estrictamente cerrada. En el interior de la tienda, aparte del sereno, trabajaban tres hombres en la limpieza. Se hubiera podido sospechar del sereno, pero el sereno no se movía de la tienda, y al retirarse por la mañana del comercio lo hacía en presencia del jefe, cuya mirada avizora registraba al cojo de pies a cabeza. El hombre no hubiera podido envolverse un sobretodo en una pierna, porque ello era materialmente imposible. Ni ponerse un sobretodo nuevo debajo del viejo, porque el tamaño saltaría a la vista. Además, hubiera tenido que complicar a la gente de la limpieza en estos robos, y nadie iba a arriesgarse por una bagatela. Y, en última instancia, ¿por qué iba a ser precisamente el sereno el ladrón?

Existía otra posibilidad: que los hombres de la limpieza o el mismo sereno pasaran las prendas robadas por la terraza a una casa vecina. Los empleados preguntaron por la

terrazza. La casa Xenius no tenía terraza, el piso inmediato superior estaba ocupado por escritorios. Quedaba el recurso de las ventanas que daban a un patio oscuro. Las ventanas estaban enrejadas, además cada piso sobre el patio estaba separado del otro por una malla de alambre, de manera que si alguien que robaba en el cuarto piso quería arrojar el producto de su robo a un cómplice que le esperaba en el patiecillo, las redes de alambre no hubieran permitido pasar los paquetes.

Puntualizo estos detalles porque no trabajaba en la casa Xenius ni un solo empleado que no los conociera ni los comentara.

Evidentemente, el ladrón o la ladrona estaba allí, entre ellos, era un camarada, quizá un empleado inferior o superior, un hombre de la limpieza o un chico de mandados, pero el ladrón o la ladrona estaba allí. Y era de cuidado.

¡Había robado tres sobretodos! ¡Tres sobretodos de sesenta y cinco pesos cada uno! Es decir, ciento noventa y cinco pesos. Los siete empleados que fueron víctimas del robo tuvieron que retirar de sus sueldos la suma aproximada de treinta pesos para indemnizar a la casa, y la noticia del suceso no llegó a los accionistas. El gerente, piadosamente, la calló. Pero desde el gerente, que esa noche comentó el suceso con su señora, hasta el chico del ascensor, todos estaban preocupados.

¿Qué iba a ocurrir allí?

Una de las más interesadas con los robos que se cometieron era Ernestina, empleada de la sección “Expedición al interior”.

Esta Ernestina es la muchacha de cuyo cajón el misterioso ladrón substrajo el sobre que contenía doce pesos.

Ernestina creía tener un hilo que podía llevarla a establecer la identidad del ratero. Esta empleada merece una referencia, porque su actuación fue importante y curiosa:

Activa como la mujer de un enano, Ernestina, físicamente, era más flaca que un gato famélico. Cuando se sentía contenta trepaba por los árboles, también como un gato. Observando su minúscula figura no se imaginara jamás que fuera tan vigorosa y resistente. Daba puñetazos tremendos.

Ernestina aspiraba a ser. Vaya a saber lo que aspiraba a ser, pero cuando salía de la oficina, un día sí y un día no, se metía en un montón de academias diferentes. Seguía cursos de inglés, de estenografía, de francés. Los que la conocían no sabían qué admirar más: si su flacura, su resistencia o su actividad.

Personalmente estaba indignada contra el ladrón.

—Ese hombre es un canalla —decía—. Nos está robando a nosotros, que somos más pobres que las ratas.

Lo que no dijo fue esto:

—Es tan ladrón que hasta se roba las “medialunas” que tomamos con el café con leche.

No lo dijo, pero lo pensó.

Efectivamente, el misterioso ladrón de los tres sobretodos, del cinturón sin hebilla, de las medias de seda, acostumbraba a robarse las “medialunas” que las muchachas no terminaban de comer con el café con leche que tomaban por la tarde.

Casi todas las empleadas llevaban a la tienda el café con leche en un termo. Ernestina había observado que cuando no tenía ganas de comerse las “medialunas” y las dejaba en el cajón de su escritorio, para comerlas al día siguiente, una mano misteriosa que había revisado el cajón, se había llevado las “medialunas”.

Ahora bien: aunque Ernestina no hizo ningún comentario al respecto, dedujo:

1° El ladrón de la tienda no era empleado ni empleada, porque ningún empleado ni empleada se quedaba después de la hora de salida y, además, ninguno de ellos le hubiera robado a su compañero una o dos “medialunas” para tomar con el café con leche.

2° Por lo tanto, el ladrón de las “medialunas” era un hombre que merodeaba por las oficinas después que ellos salían.

3° Un hombre que es capaz de revisar un cajón y robarse una “medialuna” es un ser humano sin sensibilidad, con la justa mentalidad para robarse un cinturón sin hebilla, un metro de seda o los tres sobretodos.

4° En consecuencia, el ladrón de las “medialunas” era el ladrón de las prendas anteriores, y actuaba en el comercio exclusivamente por la noche.

Sin embargo, Ernestina tuvo un escrúpulo. ¿Y si se equivocaba?

He aquí en qué podía consistir su equivocación:

Pudiera ser que, por la noche, uno de los hombres encargados de la limpieza revisara los cajones, encontrara las “medialunas” abandonadas, y suponiendo que eran desperdicios, las arrojara a la basura. Si así ocurría, su tesis era equivocada.

Resolvió hacer una prueba.

Aquel día, a la hora de tomar café con leche, comió bollitos en vez de “medialunas”, y después de arrancar un pedazo de un mordisco, dejó el bollito mordido en el cajón.

Pasaron tres días. El bollito mordido continuaba en el cajón, en consecuencia el hombre que robaba las “medialunas” no era el hombre de la limpieza, porque si no el bollito hubiera seguido el camino de la otra factura.

Y de pronto estalló otra bomba:

De la sección “Sombreros para hombres” desaparecieron veinte sombreros. Veinte sombreros no se ocultan entre pecho y espalda, ni tampoco metidos en un bolsillo. El personal de la tienda Xenius estaba atónito. Uno mencionó la película del “Hombre invisible”, y muchos se sintieron tentados a admitir que el ladrón de la tienda era un ente de condiciones sobrenaturales. Fue interrogado el sereno, los hombres de la limpieza; intervino la policía y no se aclaró nada. La situación de los empleados de la tienda se tornó insostenible. A la salida del empleo tropezaban con vigilantes que les

escudriñaban de pies a cabeza. Muchos de ellos, sin que se enteraran los otros, fueron revisados. Por supuesto, inútilmente. Ernestina, una tarde, a la hora de salir, fue llamada a la gerencia. La aguardaba allí una señora que le indicó que debía dejarse registrar. Ernestina llegó a su casa hirviendo de ira. Aquella humillación era insoportable. Pero ella no estaba en condiciones de renunciar al empleo, porque su inglés era deficiente. Meditaba aquel anochecer, apoyada de codos en la mesa, cuando una idea diabólica se detuvo en su cerebro.

¿Si ella atrapara al ladrón? Al ladrón de los sombreros, de los sobretodos. Al ladrón de las “medialunas”. Tenía un plan. Sin vacilar, entró en el laboratorio fotográfico de su hermano. En un rincón del estante había un bote con cianuro de potasio. Echó aproximadamente un gramo de veneno en un papel, entró a su cuarto, tomó una “medialuna, con un cortaplumas separó delicadamente la corteza, abrió en la masa un agujero, y allí vertió el veneno. Con un poco de engrudo obturó el agujero, volvió a cubrirlo con su corteza y metió la “medialuna” en su valijita, junto al termo.

Al día siguiente, por la tarde, antes de salir de la oficina, en un momento que nadie la veía, dejó la “medialuna” abandonada en el interior del cajón.

Regresó a su casa, emocionada por la calidad de la trampa que dejaba preparada. Pero era indispensable que procediera así.

Luego, para olvidarse de la magnitud del acto, fue al cine, en compañía de sus hermanas. A pesar de que trataba de separar su pensamiento del drama en preparación, el drama latía con violencia en todas sus venas.

Durmió y no durmió aquella noche. Una mano carnuda y fuerte, de dedos gruesos, pasaba ante sus ojos, le rozaba el brazo y el rostro con su manga tosca, tomaba el cajón de su escritorio por la anilla, lo entreabría, hurgaba en las tinieblas y retiraba la “medialuna”...

El cansancio fue más fuerte que su temor secreto, y al amanecer terminó por dormirse. Tuvieron que despertarla repetidas veces para que se levantara. Se vistió sobresaltada.

Al llegar a la tienda y entrar al ascensor, le dijo el chico:

—Señorita Ernestina, ¿no sabe que encontraron al ladrón?

Ernestina dejó caer su cartera al suelo. Se inclinó a recogerla, pero ya recobrado por completo el dominio de sí misma.

—¿Sí?

—Era el sereno.

—¿El sereno?

—Le encontraron una pierna llena de corbatas. Parece que se suicidó.

Al entrar a la sección “Expedición al interior”, todos comentaban el suceso:

Resulta que al amanecer, los peones de limpieza encontraron al sereno muerto junto a su taza de café con leche. Al levantarlo, descubrieron que llevaba una pierna postiza. Vino la policía. Al sereno le faltaba una pierna. Usaba una ortopédica; en su interior esa noche había guardado dos docenas de cintas de máquina de escribir y siete corbatas de seda.

La policía allanó la casa donde vivía el sereno. En su habitación encontraron otra pierna. Una pierna de madera maciza. Cuando el sereno no estaba dispuesto a robar, usaba la pierna sin trampa. Se comprobó que en la pierna hueca cabía holgadamente un sobretodo arrollado, siempre que se le descosieran las mangas.

Tal fue la razón por la que la policía no extremó las investigaciones para determinar quién había hecho llegar a las manos del sereno la “medialuna” cargada de veneno.

Y aquel día todos los empleados de la casa Xenius, incluso Ernestina, se sintieron enormemente felices.

Un crimen casi perfecto

[Cuento - Texto completo.]

Roberto Arlt

La coartada de los tres hermanos de la suicida fue verificada. Ellos no habían mentido. El mayor, Juan, permaneció desde las cinco de la tarde hasta las doce de la noche (la señora Stevens se suicidó entre siete y diez de la noche) detenido en una comisaría por su participación imprudente en un accidente de tránsito. El segundo hermano, Esteban, se encontraba en el pueblo de Lister desde las seis de la tarde de aquel día hasta las nueve del siguiente, y, en cuanto al tercero, el doctor Pablo, no se había apartado ni un momento del laboratorio de análisis de leche de la Erpa Cía., donde estaba adjunto a la sección de dosificación de mantecas en las cremas.

Lo más curioso de caso es que aquel día los tres hermanos almorzaron con la suicida para festejar su cumpleaños, y ella, a su vez, en ningún momento dejó de traslucir su intención funesta. Comieron todos alegremente; luego, a las dos de la tarde, los hombres se retiraron.

Sus declaraciones coincidían en un todo con las de la antigua doméstica que servía hacía muchos años a la señora Stevens. Esta mujer, que dormía afuera del departamento, a las siete de la tarde se retiró a su casa. La última orden que recibió de la señora Stevens fue que le enviara por el portero un diario de la tarde. La criada se marchó; a las siete y diez el portero le entregó a la señora Stevens el diario pedido y el proceso de acción que ésta siguió antes de matarse se presume lógicamente así: la propietaria revisó las adiciones en las libretas donde llevaba anotadas las entradas y salidas de su contabilidad doméstica, porque las libretas se encontraban sobre la mesa del comedor con algunos gastos del día subrayados; luego se sirvió un vaso de agua con whisky, y en esta mezcla arrojó aproximadamente medio gramo de cianuro de potasio. A continuación se puso a leer el diario, bebió el veneno, y al sentirse morir trató de ponerse de pie y cayó sobre la alfombra. El periódico fue hallado entre sus dedos tremendamente contraídos.

Tal era la primera hipótesis que se desprendía del conjunto de cosas ordenadas pacíficamente en el interior del departamento pero, como se puede apreciar, este proceso de suicidio está cargado de absurdos psicológicos. Ninguno de los funcionarios que intervinimos en la investigación podíamos aceptar congruentemente que la señora Stevens se hubiese suicidado. Sin embargo, únicamente la Stevens podía haber echado el cianuro en el vaso. El whisky no contenía veneno. El agua que se agregó al whisky también era pura. Podía presumirse que el veneno había sido depositado en el fondo o las paredes de la copa, pero el vaso utilizado por la suicida había sido retirado de un anaquel donde se hallaba una docena de vasos del mismo estilo; de manera que el presunto asesino no podía saber si la Stevens iba a utilizar éste o aquél. La oficina policial de química nos informó que ninguno de los vasos contenía veneno adherido a sus paredes.

El asunto no era fácil. Las primeras pruebas, pruebas mecánicas como las llamaba yo, nos inclinaban a aceptar que la viuda se había quitado la vida por su propia mano, pero la evidencia de que ella estaba distraída leyendo un periódico cuando la sorprendió la muerte transformaba en disparatada la prueba mecánica del suicidio.

Tal era la situación técnica del caso cuando yo fui designado por mis superiores para continuar ocupándome de él. En cuanto a los informes de nuestro gabinete de análisis, no cabía dudas. Únicamente en el vaso, donde la señora Stevens había bebido, se encontraba veneno. El agua y el whisky de las botellas eran completamente inofensivos. Por otra parte, la declaración del portero era terminante; nadie había visitado a la señora

Stevens después que él le alcanzó el periódico; de manera que si yo, después de algunas investigaciones superficiales, hubiera cerrado el sumario informando de un suicidio comprobado, mis superiores no hubiesen podido objetar palabra. Sin embargo, para mí cerrar el sumario significaba confesarme fracasado. La señora Stevens había sido asesinada, y había un indicio que lo comprobaba: ¿dónde se hallaba el envase que contenía el veneno antes de que ella lo arrojara en su bebida?

Por más que nosotros revisáramos el departamento, no nos fue posible descubrir la caja, el sobre o el frasco que contuvo el tóxico. Aquel indicio resultaba extraordinariamente sugestivo. Además había otro: los hermanos de la muerta eran tres bribones.

Los tres, en menos de diez años, habían despilfarrado los bienes que heredaron de sus padres. Actualmente sus medios de vida no eran del todo satisfactorios.

Juan trabajaba como ayudante de un procurador especializado en divorcios. Su conducta resultó más de una vez sospechosa y lindante con la presunción de un chantaje. Esteban era corredor de seguros y había asegurado a su hermana en una gruesa suma a su favor; en cuanto a Pablo, trabajaba de veterinario, pero estaba descalificado por la Justicia e inhabilitado para ejercer su profesión, convicto de haber dopado caballos. Para no morir de hambre ingresó en la industria lechera, se ocupaba de los análisis.

Tales eran los hermanos de la señora Stevens. En cuanto a ésta, había enviudado tres veces. El día del "suicidio" cumplió 68 años; pero era una mujer extraordinariamente conservada, gruesa, robusta, enérgica, con el cabello totalmente renegrido. Podía aspirar a casarse una cuarta vez y manejaba su casa alegremente y con puño duro. Aficionada a los placeres de la mesa, su despensa estaba provista de vinos y comestibles, y no cabe duda de que sin aquel "accidente" la viuda hubiera vivido cien años. Suponer que una mujer de ese carácter era capaz de suicidarse, es desconocer la naturaleza humana. Su muerte beneficiaba a cada uno de los tres hermanos con doscientos treinta mil pesos. La criada de la muerta era una mujer casi estúpida, y utilizada por aquélla en las labores groseras de la casa. Ahora estaba prácticamente aterrorizada al verse engranada en un procedimiento judicial.

El cadáver fue descubierto por el portero y la sirvienta a las siete de la mañana, hora en que ésta, no pudiendo abrir la puerta porque las hojas estaban aseguradas por dentro con cadenas de acero, llamó en su auxilio al encargado de la casa. A las once de la mañana, como creo haber dicho anteriormente, estaban en nuestro poder los informes del laboratorio de análisis, a las tres de la tarde abandonaba yo la habitación que quedaba detenida la sirvienta, con una idea brincando en el magín: ¿y si alguien había entrado en el departamento de la viuda rompiendo un vidrio de la ventana y colocando otro después que volcó el veneno en el vaso? Era una fantasía de novela policial, pero convenía verificar la hipótesis.

Salí decepcionado del departamento. Mi conjetura era absolutamente disparatada: la masilla solidificada no revelaba mudanza alguna.

Eché a caminar sin prisa. El "suicidio" de la señora Stevens me preocupaba (diré una enormidad) no policialmente, sino deportivamente. Yo estaba en presencia de un asesino sagacísimo, posiblemente uno de los tres hermanos que había utilizado un recurso simple y complicado, pero imposible de presumir en la nitidez de aquel vacío.

Absorbido en mis cavilaciones, entré en un café, y tan identificado estaba en mis conjeturas, que yo, que nunca bebo bebidas alcohólicas, automáticamente pedí un whisky.

¿Cuánto tiempo permaneció el whisky servido frente a mis ojos?

No lo sé; pero de pronto mis ojos vieron el vaso de whisky, la garrafa de agua y un plato con trozos de hielo. Atónito quedé mirando el conjunto aquel. De pronto una idea alumbró mi curiosidad, llamé al camarero, le pagué la bebida que no había tomado, subí apresuradamente a un automóvil y me dirigí a la casa de la sirvienta. Una hipótesis daba grandes saltos en mi cerebro. Entré en la habitación donde estaba detenida, me senté frente a ella y le dije:

- Míreme bien y fíjese en lo que me va a contestar: la señora Stevens, ¿tomaba el whisky con hielo o sin hielo?

-Con hielo, señor.

-¿Dónde compraba el hielo?

- No lo compraba, señor. En casa había una heladera pequeña que lo fabricaba en pancitos. - Y la criada casi iluminada prosiguió, a pesar de su estupidez.-

.-Ahora que me acuerdo, la heladera, hasta ayer, que vino el señor Pablo, estaba descompuesta. Él se encargó de arreglarla en un momento.

Una hora después nos encontrábamos en el departamento de la suicida el químico de nuestra oficina de análisis, el técnico retiró el agua que se encontraba en el depósito congelador de la heladera y varios pancitos de hielo. El químico inició la operación destinada a revelar la presencia del tóxico, y a los pocos minutos pudo manifestarnos:

- El agua está envenenada y los panes de este hielo están fabricados con agua envenenada.

Nos miramos jubilosamente. El misterio estaba desentrañado.

Ahora era un juego reconstruir el crimen. El doctor Pablo, al reparar el fusible de la heladera (defecto que localizó el técnico) arrojó en el depósito congelador una cantidad de cianuro disuelto. Después, ignorante de lo que aguardaba, la señora Stevens preparó un whisky; del depósito retiró un pancito de hielo (lo cual explicaba que el plato con hielo disuelto se encontrara sobre la mesa), el cual, al desleírse en el alcohol, lo envenenó poderosamente debido a su alta concentración. Sin imaginarse que la muerte la aguardaba en su vicio, la señora Stevens se puso a leer el periódico, hasta que juzgando el whisky suficientemente enfriado, bebió un sorbo. Los efectos no se hicieron esperar.

No quedaba sino ir en busca del veterinario. Inútilmente lo aguardamos en su casa. Ignoraban dónde se encontraba. Del laboratorio donde trabajaba nos informaron que llegaría a las diez de la noche.

A las once, yo, mi superior y el juez nos presentamos en el laboratorio de la Erpa. El doctor Pablo, en cuanto nos vio comparecer en grupo, levantó el brazo como si quisiera anatémizar nuestras investigaciones, abrió la boca y se desplomó inerte junto a la mesa de mármol. Lo había muerto de un síncope. En su armario se encontraba un frasco de veneno. Fue el asesino más ingenioso que conocí.

La muerte y la brújula

[Cuento - Texto completo.]

Jorge Luis Borges

A Mandie Molina Vedia

De los muchos problemas que ejercitaron la temeraria perspicacia de Lönnrot, ninguno tan extraño —tan rigurosamente extraño, diremos— como la periódica serie de hechos de sangre que culminaron en la quinta de Triste-le-Roy, entre el interminable olor de los eucaliptos. Es verdad que Erik Lönnrot no logró impedir el último crimen, pero es indiscutible que lo previó. Tampoco adivinó la identidad del infausto asesino de Yarmolinsky, pero sí la secreta morfología de la malvada serie y la participación de Red Scharlach, cuyo segundo apodo es Scharlach el Dandy. Ese criminal (como tantos) había jurado por su honor la muerte de Lönnrot, pero éste nunca se dejó intimidar. Lönnrot se creía un puro razonador, un Auguste Dupin, pero algo de aventurero había en él y hasta de tahir.

El primer crimen ocurrió en el Hôtel du Nord, ese alto prisma que domina el estuario cuyas aguas tienen el color del desierto. A esa torre (que muy notoriamente reúne la aborrecida blancura de un sanatorio, la numerada divisibilidad de una cárcel y la apariencia general de una casa mala) arribó el día tres de diciembre el delegado de Podólsk al Tercer Congreso Talmúdico, doctor Marcelo Yarmolinsky, hombre de barba gris y ojos grises. Nunca sabremos si el Hôtel du Nord le agradó: lo aceptó con la antigua resignación que le había permitido tolerar tres años de guerra en los Cárpatos y tres mil años de opresión y de pogroms. Le dieron un dormitorio en el piso R, frente a la suite que no sin esplendor ocupaba el Tetrarca de Galilea. Yarmolinsky cenó, postergó para el día siguiente el examen de la desconocida ciudad, ordenó en un placard sus muchos libros y sus muy pocas prendas, y antes de medianoche apagó la luz. (Así lo declaró el chauffeur del Tetrarca, que dormía en la pieza contigua.) El cuatro, a las 11 y 3 minutos A.M., lo llamó por teléfono un redactor de la Yidische Zaitung; el doctor Yarmolinsky no respondió; lo hallaron en su pieza, ya levemente oscura la cara, casi desnudo bajo una gran capa anacrónica. Yacía no lejos de la puerta que daba al corredor; una puñalada profunda le había partido el pecho. Un par de horas después, en el mismo cuarto, entre periodistas, fotógrafos y gendarmes, el comisario Treviranus y Lönnrot debatían con serenidad el problema.

—No hay que buscarle tres pies al gato —decía Treviranus, blandiendo un imperioso cigarro—. Todos sabemos que el Tetrarca de Galilea posee los mejores zafiros del mundo. Alguien, para robarlos, habrá penetrado aquí por error. Yarmolinsky se ha levantado; el ladrón ha tenido que matarlo. ¿Qué le parece?

—Posible, pero no interesante —respondió Lönnrot—. Usted replicará que la realidad no tiene la menor obligación de ser interesante. Yo le replicaré que la realidad puede prescindir de esa obligación, pero no las hipótesis. En la que usted ha improvisado interviene copiosamente el azar. He aquí un rabino muerto; yo preferiría

una explicación puramente rabínica, no los imaginarios percances de un imaginario ladrón.

Treviranus repuso con mal humor:

—No me interesan las explicaciones rabínicas; me interesa la captura del hombre que apuñaló a este desconocido.

—No tan desconocido —corrigió Lönnrot—. Aquí están sus obras completas—. Indicó en el placard una fila de altos volúmenes; una Vindicación de la cábala; un Examen de la filosofía de Robert Fludd; una traducción literal del Sepher Yezirah; una Biografía del Baal Shem; una Historia de la secta de los Hasidim; una monografía (en alemán) sobre el Tetragrámaton; otra, sobre la nomenclatura divina del Pentateuco. El comisario los miró con temor, casi con repulsión. Luego, se echó a reír.

—Soy un pobre cristiano —repuso—. Llévese todos esos mamotretos, si quiere; no tengo tiempo que perder en supersticiones judías.

—Quizás este crimen pertenece a la historia de las supersticiones judías —murmuró Lönnrot.

—Como el cristianismo —se atrevió a completar el redactor de la Yidische Zaitung. Era miope, ateo y muy tímido.

Nadie le contestó. Uno de los agentes había encontrado en la pequeña máquina de escribir una hoja de papel con esta sentencia inconclusa

La primera letra del Nombre ha sido articulada.

Lönnrot se abstuvo de sonreír. Bruscamente bibliófilo o hebraísta, ordenó que le hicieran un paquete con los libros del muerto y los llevó a su departamento. Indiferente a la investigación policial, se dedicó a estudiarlos. Un libro en octavo mayor le reveló las enseñanzas de Israel Baal Shem Tobh, fundador de la secta de los Piadosos; otro, las virtudes y terrores del Tetragrámaton, que es el inefable Nombre de Dios; otro, la tesis de que Dios tiene un nombre secreto, en el cual está compendiado (como en la esfera de cristal que los persas atribuyen a Alejandro de Macedonia), su noveno atributo, la eternidad, es decir, el conocimiento inmediato de todas las cosas que serán, que son y que han sido en el universo. La tradición enumera noventa y nueve nombres de Dios; los hebraístas atribuyen ese imperfecto número al mágico temor de las cifras pares; los Hasidim razonan que ese hiato señala un centésimo nombre. El Nombre Absoluto.

De esa erudición lo distrajo, a los pocos días, la aparición del redactor de la Yidische Zaitung. Este quería hablar del asesinato; Lönnrot prefirió hablar de los diversos nombres de Dios; el periodista declaró en tres columnas que el investigador Erik Lönnrot se había dedicado a estudiar los nombres de Dios para dar con el nombre del asesino. Lönnrot, habituado a las simplificaciones del periodismo, no se indignó.

Uno de esos tenderos que han descubierto que cualquier hombre se resigna a comprar cualquier libro, publicó una edición popular de la Historia de la secta de los Hasidim.

El segundo crimen ocurrió la noche del tres de enero, en el más desamparado y vacío de los huecos suburbios occidentales de la capital. Hacia el amanecer, uno de los gendarmes que vigilan a caballo esas soledades vio en el umbral de una antigua pintorería un hombre emponchado, yacente. El duro rostro estaba como enmascarado de sangre; una puñalada profunda le había rajado el pecho. En la pared, sobre los rombos amarillos y rojos, había unas palabras en tiza. El gendarme las deletreó... Esa tarde, Treviranus y Lönnrot se dirigieron a la remota escena del crimen. A izquierda y derecha del automóvil, la ciudad se desintegraba; crecía el firmamento y ya importaban poco las casas y mucho un horno de ladrillos o un álamo. Llegaron a su pobre destino: un callejón final de tapias rosadas que parecían reflejar de algún modo la desafortada puesta de sol. El muerto ya había sido identificado. Era Daniel Simó Azevedo, hombre de alguna fama en los antiguos arrabales del Norte, que había ascendido de carrero a guapo electoral, para degenerar después en ladrón y hasta en delator. (El singular estilo de su muerte les pareció adecuado: Azevedo era el último representante de una generación de bandidos que sabía el manejo del puñal, pero no del revólver.) Las palabras en tiza eran las siguientes:

La segunda letra del Nombre ha sido articulada.

El tercer crimen ocurrió la noche del tres de febrero. Poco antes de la una, el teléfono resonó en la oficina del comisario Treviranus. Con ávido sigilo, habló un hombre de voz gutural; dijo que se llamaba Ginzberg (o Ginsburg), y que estaba dispuesto a comunicar, por una remuneración razonable, los hechos de los dos sacrificios de Azevedo y Yarmolinsky. Una discordia de silbidos y de cornetas ahogó la voz del delator. Después, la comunicación se cortó. Sin rechazar la posibilidad de una broma (al fin, estaban en carnaval), Treviranus indagó que le habían hablado desde el Liverpool House, taberna de la Rue de Toulon —esa calle salobre en la que conviven el cosmorama y la lechería, el burdel y los vendedores de biblias. Treviranus habló con el patrón. Este (Black Finnegan, antiguo criminal irlandés, abrumado y casi anulado por la decencia) le dijo que la última persona que había empleado el teléfono de la casa era un inquilino, un tal Gryphius, que acababa de salir con unos amigos. Treviranus fue enseguida al Liverpool House. El patrón le comunicó lo siguiente: Hace ocho días, Gryphius había tomado pieza en los altos del bar. Era un hombre de rasgos afilados, de nebulosa barba gris, trajeado pobremente de negro; Finnegan (que destinaba esa habitación a un empleo que Treviranus adivinó) le pidió un alquiler sin duda excesivo; Gryphius inmediatamente pagó la suma estipulada. No salía casi nunca; cenaba y almorzaba en su cuarto; apenas si le conocían la cara en el bar. Esa noche, bajó a telefonar al despacho de Finnegan. Un cupé cerrado se detuvo ante la taberna. El cochero no se movió del pescante; algunos parroquianos recordaron que tenía máscara de oso. Del cupé bajaron dos arlequines; eran de reducida estatura y nadie pudo no observar que estaban muy borrachos. Entre balidos de cornetas, irrumpieron en el escritorio de Finnegan; abrazaron a Gryphius, que pareció reconocerlos, pero que les

respondió con frialdad; cambiaron unas palabras en yiddish —él en voz baja, gutural, ellos con las voces falsas, agudas— y subieron a la pieza del fondo. Al cuarto de hora bajaron los tres, muy felices; Gryphius, tambaleante, parecía tan borracho como los otros. Iba, alto y vertiginoso, en el medio, entre los arlequines enmascarados. (Una de las mujeres del bar recordó los losanges amarillos, rojos y verdes.) Dos veces tropezó; dos veces lo sujetaron los arlequines. Rumbo a la dársena inmediata, de agua rectangular, los tres subieron al cupé y desaparecieron. Ya en el estribo del cupé, el último arlequín garabateó una figura obscena y una sentencia en una de las pizarras de la recova.

Treviranus vio la sentencia. Era casi previsible; decía:

La última de las letras del Nombre ha sido articulada.

Examinó, después, la piecita de Gryphius—Ginzberg. Había en el suelo una brusca estrella de sangre; en los rincones, restos de cigarrillo de marca húngara; en un armario, un libro en latín —el *Philologus hebraeograecus*(1739), de Leusden— con varias notas manuscritas. Treviranus lo miró con indignación e hizo buscar a Lönnrot. Este, sin sacarse el sombrero, se puso a leer, mientras el comisario interrogaba a los contradictorios testigos del secuestro posible. A las cuatro salieron. En la torcida Rue de Toulon, cuando pisaban las serpentinas muertas del alba, Treviranus dijo:

—¿Y si la historia de esta noche fuera un simulacro?

Erik Lönnrot sonrió y le leyó con toda gravedad un pasaje (que estaba subrayado) de la disertación trigésima tercera del *Philologus*: *Dies Judaeorum incipit a solis occasu usque ad solis occasum diei sequentis*. Esto quiere decir —agregó—, El día hebreo empieza al anochecer y dura hasta el siguiente anochecer.

El otro ensayó una ironía.

—¿Ese dato es el más valioso que usted ha recogido esta noche?

—No. Más valiosa es una palabra que dijo Ginzberg.

Los diarios de la tarde no descuidaron esas desapariciones periódicas. La Cruz de la Espada las contrastó con la admirable disciplina y el orden del último Congreso Eremítico; Erns Palast, en *El Mártir*, reprobó “las demoras intolerables de un pogrom clandestino y frugal, que ha necesitado tres meses para liquidar tres judíos”; la *Yidische Zaitung* rechazó la hipótesis horrorosa de un complot antisemita, “aunque muchos espíritus penetrantes no admiten otra solución del triple misterio”; el más ilustre de los pistoleros del Sur, Dandy Red Scharlach, juró que en su distrito nunca se producirían crímenes de éstos y acusó de culpable negligencia al comisario Franz Treviranus.

Este recibió, la noche del primero de marzo, un imponente sobre sellado. Lo abrió: el sobre contenía una carta firmada Baruj Spinoza y un minucioso plano de la ciudad, arrancado notoriamente de un Baedeker. La carta profetizaba que el tres de marzo no

habría un cuarto crimen, pues la pinturería del Oeste, la taberna de la Rue de Toulon y el Hôtel du Nord eran “los vértices perfectos de un triángulo equilátero y místico”; el plano demostraba en tinta roja la regularidad de ese triángulo. Treviranus leyó con resignación ese argumento more geometrico y mandó la carta y el plano a casa de Lönnrot, indiscutible merecedor de tales locuras.

Erik Lönnrot las estudió. Los tres lugares, en efecto, eran equidistantes. Simetría en el tiempo (3 de diciembre, 3 de enero, 3 de febrero); simetría en el espacio también... Sintió, de pronto, que estaba por descifrar el misterio. Un compás y una brújula completaron esa brusca intuición. Sonrió, pronunció la palabra Tetragrámaton (de adquisición reciente) y llamó por teléfono al comisario. Le dijo:

—Gracias por ese triángulo equilátero que usted anoche me mandó. Me ha permitido resolver el problema. Mañana viernes los criminales estarán en la cárcel; podemos estar muy tranquilos.

—Entonces, ¿no planean un cuarto crimen?

—Precisamente, porque planean un cuarto crimen, podemos estar muy tranquilos.

—Lönnrot colgó el tubo. Una hora después, viajaba en un tren de los Ferrocarriles Australes, rumbo a la quinta abandonada de Triste-le-Roy. Al sur de la ciudad de mi cuento fluye un ciego riachuelo de aguas barrosas, infamado de curtiembres y de basuras. Del otro lado hay un suburbio donde, al amparo de un caudillo barcelonés, medran los pistoleros. Lönnrot sonrió al pensar que el más afamado —Red Scharlach— hubiera dado cualquier cosa por conocer su clandestina visita. Azevedo fue compañero de Scharlach; Lönnrot consideró la remota posibilidad de que la cuarta víctima fuera Scharlach. Después, la desechó... Virtualmente, había descifrado el problema; las meras circunstancias, la realidad (nombres, arrestos, caras, trámites judiciales y carcelarios) apenas le interesaban ahora. Quería pasear, quería descansar de tres meses de sedentaria investigación. Reflexionó que la explicación de los crímenes estaba en un triángulo anónimo y en una polvorienta palabra griega. El misterio casi le pareció cristalino; se abochornó de haberle dedicado cien días.

El tren paró en una silenciosa estación de cargas. Lönnrot bajó. El aire de la turbia llanura era húmedo y frío. Lönnrot echó a andar por el campo. Vio perros, vio un furgón en una vía muerta, vio el horizonte, vio un caballo plateado que bebía del agua crapulosa de un charco. Oscurecía cuando vio el mirador rectangular de la quinta de Triste-le-Roy, casi tan alto como los negros eucaliptos que lo rodeaban. Pensó que apenas un amanecer y un ocaso (un viejo resplandor en el oriente y otro en el occidente) lo separaban de la hora anhelada por los buscadores del Nombre.

Una herrumbrosa verja definía el perímetro irregular de la quinta. El portón principal estaba cerrado. Lönnrot, sin mucha esperanza de entrar, dio toda la vuelta. De nuevo ante el porton infranqueable, metió la mano entre los barrotes, casi maquinalmente, y dio con el pasador. El chirrido del hierro lo sorprendió. Con una pasividad laboriosa, el portón entero cedió.

Lönnrot avanzó entre los eucaliptos, pisando confundidas generaciones de rotas hojas rígidas. Vista de cerca, la casa de la quinta de Triste-le-Roy abundaba en inútiles

simetrías y en repeticiones maniáticas: a una Diana glacial en un nicho lóbrego correspondía en un segundo nicho otra Diana; un balcón se reflejaba en otro balcón; dobles escalinatas se abrían en doble balaustrada. Lönnrot rodeó la casa como había rodeado la quinta. Todo lo examinó: bajo el nivel de la terraza vio una estrecha persiana.

La empujó: unos pocos escalones de mármol descendían a un sótano. Lönnrot, que ya intuía las preferencias del arquitecto, adivino que en el opuesto muro del sótano había otros escalones. Los encontró, subió, alzó las manos y abrió la trampa de salida.

Un resplandor lo guió a una ventana. La abrió: una luna amarilla y circular definía en el triste jardín dos fuentes cegadas. Lönnrot exploró la casa. Por ante comedores y galerías salió a patios iguales y repetidas veces al mismo patio. Subió por escaleras polvorientas a antecámaras circulares; infinitamente se multiplicó en espejos opuestos; se cansó de abrir o entreabrir ventanas que le revelaban, afuera, el mismo desolado jardín desde varias alturas y varios ángulos; adentro, muebles con fundas amarillas y arañas embaladas en tarlatán. un dormitorio lo detuvo; en ese dormitorio, una sola flor en una copa de porcelana; al primer roce los pétalos antiguos se deshicieron. En el segundo piso, en el último, la casa le pareció infinita y creciente. La casa no es tan grande, pensó. La agrandan la penumbra, la simetría, los espejos, los muchos años, mi desconocimiento, la soledad.

Por una escalera espiral llegó al mirador. La luna de esa tarde atravesaba los losanges de las ventanas; eran amarillos, rojos y verdes. Lo detuvo un recuerdo asombrado y vertiginoso. Dos hombres de pequeña estatura, feroces y fornidos, se arrojaron sobre él y lo desarmaron; otro, muy alto, lo saludó con gravedad y le dijo:

—Usted es muy amable. Nos ha ahorrado una noche y un día.

Era Red Scharlach. Los hombres maniataron a Lönnrot. Este, al fin, encontró su voz.

—Scharlach, ¿usted busca el Nombre Secreto?

Scharlach seguía de pie, indiferente. No había participado en la breve lucha, apenas si alargó la mano para recibir el revólver de Lönnrot. Habló; Lönnrot oyó en su voz una fatigada victoria, un odio del tamaño del universo, una tristeza no menor que aquel odio.

—No —dijo Scharlach—. Busco algo más efímero y deleznable, busco a Erik Lönnrot. Hace tres años, en un garito de la Rue de Toulon, usted mismo arrestó e hizo encarcelar a mi hermano. En un cupé, mis hombres me sacaron del tiroteo con una bala policial en el vientre. Nueve días y nueve noches agoniqué en esta desolada quinta simétrica; me arrasaba la fiebre, el odioso Jano bifronte que mira los ocasos y las auroras daban horror a mi ensueño y a mi vigilia. Llegué a abominar de mi cuerpo, llegué a sentir que dos ojos, dos manos, dos pulmones, son tan monstruosos como dos caras. Un irlandés trató de convertirme a la fe de Jesús; me repetía la sentencia de los goim: Todos los caminos llevan a Roma. De noche, mi delirio se alimentaba de esa metáfora: yo sentía que el mundo es un laberinto, del cual era imposible huir, pues todos los caminos, aunque fingieran ir al Norte o al Sur, iban realmente a Roma, que era

también la cárcel cuadrangular donde agonizaba mi hermano y la quinta de Triste-le-Roy. En esas noches yo juré por el dios que ve con dos caras y por todos los dioses de la fiebre y de los espejos tejer un laberinto en torno del hombre que había encarcelado a mi hermano. Lo he tejido y es firme: los materiales son un heresiólogo muerto, una brújula, una secta del siglo XVIII, una palabra griega, un puñal, los rombos de una pinturería.

El primer término de la serie me fue dado por el azar. Yo había tramado con algunos colegas —entre ellos, Daniel Azevedo— el robo de los zafiros del Tetrarca. Azevedo nos traicionó: se emborrachó con el dinero que le habíamos adelantado y acometió la empresa el día antes. En el enorme hotel se perdió; hacia las dos de la madrugada irrumpió en el dormitorio de Yarmolinsky. Este, acosado por el insomnio, se había puesto a escribir. Verosímilmente, redactaba unas notas o un artículo sobre el Nombre de Dios; había escrito ya las palabras La primera letra del Nombre ha sido articulada. Azevedo le intimó silencio; Yarmolinsky alargó la mano hacia el timbre que despertaría todas las fuerzas del hotel; Azevedo le dio una sola puñalada en el pecho. Fue casi un movimiento reflejo; medio siglo de violencia le había enseñado que lo más fácil y seguro es matar... A los diez días yo supe por la Yidische Zaitung que usted buscaba en los escritos de Yarmolinsky la clave de la muerte de Yarmolinsky. Leí la Historia de la secta de los Hasidim; supe que el miedo reverente de pronunciar el Nombre de Dios había originado la doctrina de que ese Nombre es todopoderoso y recóndito. Supe que algunos Hasidim, en busca de ese Nombre secreto, habían llegado a cometer sacrificios humanos... Comprendí que usted conjeturaba que los Hasidim habían sacrificado al rabino; me dediqué a justificar esa conjetura.

Marcelo Yarmolinsky murió la noche del tres de diciembre; para el segundo “sacrificio” elegí la del tres de enero. Muró en el Norte; para el segundo “sacrificio” nos convenía un lugar del Oeste. Daniel Azevedo fue la víctima necesaria. Merecía la muerte: era un impulsivo, un traidor; su captura podía aniquilar todo el plan. Uno de los nuestros lo apuñaló; para vincular su cadáver al anterior, yo escribí encima de los rombos de la pinturería La segunda letra del Nombre ha sido articulada.

El tercer “crimen” se produjo el tres de febrero. Fue, como Treviranus adivinó, un mero simulacro. Gryphius-Ginzberg-Ginsburg soy yo; una semana interminable sobrellevé (suplementado por una tenue barba postiza) en ese perverso cubículo de la Rue de Toulon, hasta que los amigos me secuestraron. Desde el estribo del cupé, uno de ellos escribió en un pilar La última de las letras del Nombre ha sido articulada. Esa escritura divulgó que la serie de crímenes era triple. Así lo entendió el público; yo, sin embargo, intercalé repetidos indicios para que usted, el razonador Erik Lönnrot, comprendiera que es cuádruple. Un prodigio en el Norte, otros en el Este y en el Oeste, reclaman un cuarto prodigio en el Sur; el Tetragrámaton —el nombre de Dios, JHVH— consta de cuatro letras; los arlequines y la muestra del pinturero sugieren cuatro términos. Yo subrayé cierto pasaje en el manual de Leusden: ese pasaje manifiesta que los hebreos computaban el día de ocaso a ocaso; ese pasaje da a entender que las muertes ocurrieron el cuatro de cada mes. Yo mandé el triángulo equilátero a Treviranus. Yo presentí que usted agregaría el punto que falta. El punto que determina un rombo perfecto, el punto que prefija el lugar donde una exacta muerte lo espera. Todo lo he premeditado, Erik Lönnrot, para atraerlo a usted a las soledades de Triste-le-Roy.

Lönnrot evitó los ojos de Scharlach. Miró los árboles y el cielo subdivididos en rombos turbiamente amarillos, verdes y rojos. Sintió un poco de frío y una tristeza impersonal, casi anónima. Ya era de noche; desde el polvoriento jardín subió el grito inútil de un pájaro. Lönnrot consideró por última vez el problema de las muertes simétricas y periódicas.

—En su laberinto sobran tres líneas —dijo por fin—. Yo sé de un laberinto griego que es una línea única, recta. En esa línea se han perdido tantos filósofos que bien puede perderse un mero detective. Scharlach, cuando en otro avatar usted me dé caza, finja (o cometa) un crimen en A, luego un segundo crimen en B, en 8 kilómetros de A, luego un tercer crimen en C, a 4 kilómetros de A y de B, a mitad de camino entre los dos. Aguárdeme después en D, a 2 kilómetros de A y de C, de nuevo a mitad de camino. Máteme en D, como ahora va a matarme en Triste-le-Roy.

Para la otra vez que lo mate —replicó Scharlach—, le prometo ese laberinto, que consta de una sola línea recta y que es indivisible, incesante.

Retrocedió unos pasos. Después, muy cuidadosamente, hizo fuego.

De los muchos problemas que ejercitaron la temeraria perspicacia de Lönnrot, ninguno tan extraño —tan rigurosamente extraño, diremos— como la periódica serie de hechos de sangre que culminaron en la quinta de Triste-le-Roy, entre el interminable olor de los eucaliptos. Es verdad que Erik Lönnrot no logró impedir el último crimen, pero es indiscutible que lo previó. Tampoco adivinó la identidad del infausto asesino de Yarmolinsky, pero sí la secreta morfología de la malvada serie y la participación de Red Scharlach, cuyo segundo apodo es Scharlach el Dandy. Ese criminal (como tantos) había jurado por su honor la muerte de Lönnrot, pero éste nunca se dejó intimidar. Lönnrot se creía un puro razonador, un Auguste Dupin, pero algo de aventurero había en él y hasta de tahir.

El primer crimen ocurrió en el Hôtel du Nord, ese alto prisma que domina el estuario cuyas aguas tienen el color del desierto. A esa torre (que muy notoriamente reúne la aborrecida blancura de un sanatorio, la numerada divisibilidad de una cárcel y la apariencia general de una casa mala) arribó el día tres de diciembre el delegado de Podólsk al Tercer Congreso Talmúdico, doctor Marcelo Yarmolinsky, hombre de barba gris y ojos grises. Nunca sabremos si el Hôtel du Nord le agradó: lo aceptó con la antigua resignación que le había permitido tolerar tres años de guerra en los Cárpatos y tres mil años de opresión y de pogroms. Le dieron un dormitorio en el piso R, frente a la suite que no sin esplendor ocupaba el Tetraca de Galilea. Yarmolinsky cenó, postergó para el día siguiente el examen de la desconocida ciudad, ordenó en un placard sus muchos libros y sus muy pocas prendas, y antes de medianoche apagó la luz. (Así lo declaró el chauffeur del Tetrarca, que dormía en la pieza contigua.) El cuatro, a las 11 y 3 minutos A.M., lo llamó por teléfono un redactor de la Yidische Zaitung; el doctor Yarmolinsky no respondió; lo hallaron en su pieza, ya levemente oscura la cara, casi desnudo bajo una gran capa anacrónica. Yacía no lejos de la puerta que daba al corredor; una puñalada profunda le había partido el pecho. Un par de horas después, en el mismo cuarto, entre periodistas, fotógrafos y gendarmes, el comisario Treviranus y Lönnrot debatían con serenidad el problema.

—No hay que buscarle tres pies al gato —decía Treviranus, blandiendo un imperioso cigarro—. Todos sabemos que el Tetrarca de Galilea posee los mejores zafiros del mundo. Alguien, para robarlos, habrá penetrado aquí por error. Yarmolinsky se ha levantado; el ladrón ha tenido que matarlo. ¿Qué le parece?

—Posible, pero no interesante —respondió Lönnrot—. Usted replicará que la realidad no tiene la menor obligación de ser interesante. Yo le replicaré que la realidad puede prescindir de esa obligación, pero no las hipótesis. En la que usted ha improvisado interviene copiosamente el azar. He aquí un rabino muerto; yo preferiría una explicación puramente rabínica, no los imaginarios percances de un imaginario ladrón.

Treviranus repuso con mal humor:

—No me interesan las explicaciones rabínicas; me interesa la captura del hombre que apuñaló a este desconocido.

—No tan desconocido —corrigió Lönnrot—. Aquí están sus obras completas—. Indicó en el placard una fila de altos volúmenes; una Vindicación de la cábala; un Examen de la filosofía de Robert Fludd; una traducción literal del Sepher Yezirah; una Biografía del Baal Shem; una Historia de la secta de los Hasidim; una monografía (en alemán) sobre el Tetragrámaton; otra, sobre la nomenclatura divina del Pentateuco. El comisario los miró con temor, casi con repulsión. Luego, se echó a reír.

—Soy un pobre cristiano —repuso—. Llévase todos esos mamotretos, si quiere; no tengo tiempo que perder en supersticiones judías.

—Quizás este crimen pertenece a la historia de las supersticiones judías —murmuró Lönnrot.

—Como el cristianismo —se atrevió a completar el redactor de la Yidische Zaitung. Era miope, ateo y muy tímido.

Nadie le contestó. Uno de los agentes había encontrado en la pequeña máquina de escribir una hoja de papel con esta sentencia inconclusa

La primera letra del Nombre ha sido articulada.

Lönnrot se abstuvo de sonreír. Bruscamente bibliófilo o hebraísta, ordenó que le hicieran un paquete con los libros del muerto y los llevó a su departamento. Indiferente a la investigación policial, se dedicó a estudiarlos. Un libro en octavo mayor le reveló las enseñanzas de Israel Baal Shem Tobh, fundador de la secta de los Piadosos; otro, las virtudes y terrores del Tetragrámaton, que es el inefable Nombre de Dios; otro, la tesis de que Dios tiene un nombre secreto, en el cual está compendiado (como en la esfera de cristal que los persas atribuyen a Alejandro de Macedonia), su noveno atributo, la eternidad, es decir, el conocimiento inmediato de todas las cosas que serán, que son y que han sido en el universo. La tradición enumera noventa y nueve nombres de Dios;

los hebraístas atribuyen ese imperfecto número al mágico temor de las cifras pares; los Hasidim razonan que ese hiato señala un centésimo nombre. El Nombre Absoluto.

De esa erudición lo distrajo, a los pocos días, la aparición del redactor de la *Yidische Zaitung*. Este quería hablar del asesinato; Lönnrot prefirió hablar de los diversos nombres de Dios; el periodista declaró en tres columnas que el investigador Erik Lönnrot se había dedicado a estudiar los nombres de Dios para dar con el nombre del asesino. Lönnrot, habituado a las simplificaciones del periodismo, no se indignó. Uno de esos tenderos que han descubierto que cualquier hombre se resigna a comprar cualquier libro, publicó una edición popular de la Historia de la secta de los Hasidim.

El segundo crimen ocurrió la noche del tres de enero, en el más desamparado y vacío de los huecos suburbios occidentales de la capital. Hacia el amanecer, uno de los gendarmes que vigilan a caballo esas soledades vio en el umbral de una antigua pintorería un hombre emponchado, yacente. El duro rostro estaba como enmascarado de sangre; una puñalada profunda le había rajado el pecho. En la pared, sobre los rombos amarillos y rojos, había unas palabras en tiza. El gendarme las deletreó... Esa tarde, Treviranus y Lönnrot se dirigieron a la remota escena del crimen. A izquierda y derecha del automóvil, la ciudad se desintegraba; crecía el firmamento y ya importaban poco las casas y mucho un horno de ladrillos o un álamo. Llegaron a su pobre destino: un callejón final de tapias rosadas que parecían reflejar de algún modo la desafortunada puesta de sol. El muerto ya había sido identificado. Era Daniel Simó Azevedo, hombre de alguna fama en los antiguos arrabales del Norte, que había ascendido de carrero a guapo electoral, para degenerar después en ladrón y hasta en delator. (El singular estilo de su muerte les pareció adecuado: Azevedo era el último representante de una generación de bandidos que sabía el manejo del puñal, pero no del revólver.) Las palabras en tiza eran las siguientes:

La segunda letra del Nombre ha sido articulada.

El tercer crimen ocurrió la noche del tres de febrero. Poco antes de la una, el teléfono resonó en la oficina del comisario Treviranus. Con ávido sigilo, habló un hombre de voz gutural; dijo que se llamaba Ginzberg (o Ginsburg), y que estaba dispuesto a comunicar, por una remuneración razonable, los hechos de los dos sacrificios de Azevedo y Yarmolinsky. Una discordia de silbidos y de cornetas ahogó la voz del delator. Después, la comunicación se cortó. Sin rechazar la posibilidad de una broma (al fin, estaban en carnaval), Treviranus indagó que le habían hablado desde el *Liverpool House*, taberna de la Rue de Toulon —esa calle salobre en la que conviven el cosmorama y la lechería, el burdel y los vendedores de biblias. Treviranus habló con el patrón. Este (Black Finnegan, antiguo criminal irlandés, abrumado y casi anulado por la decencia) le dijo que la última persona que había empleado el teléfono de la casa era un inquilino, un tal Gryphius, que acababa de salir con unos amigos. Treviranus fue enseguida al *Liverpool House*. El patrón le comunicó lo siguiente: Hace ocho días, Gryphius había tomado pieza en los altos del bar. Era un hombre de rasgos afilados, de nebulosa barba gris, trajeado pobremente de negro; Finnegan (que destinaba esa

habitación a un empleo que Treviranus adivinó) le pidió un alquiler sin duda excesivo; Gryphius inmediatamente pagó la suma estipulada. No salía casi nunca; cenaba y almorzaba en su cuarto; apenas si le conocían la cara en el bar. Esa noche, bajó a telefonar al despacho de Finnegan. Un cupé cerrado se detuvo ante la taberna. El cochero no se movió del pescante; algunos parroquianos recordaron que tenía máscara de oso. Del cupé bajaron dos arlequines; eran de reducida estatura y nadie pudo no observar que estaban muy borrachos. Entre balidos de cornetas, irrumpieron en el escritorio de Finnegan; abrazaron a Gryphius, que pareció reconocerlos, pero que les respondió con frialdad; cambiaron unas palabras en yiddish —él en voz baja, gutural, ellos con las voces falsas, agudas— y subieron a la pieza del fondo. Al cuarto de hora bajaron los tres, muy felices; Gryphius, tambaleante, parecía tan borracho como los otros. Iba, alto y vertiginoso, en el medio, entre los arlequines enmascarados. (Una de las mujeres del bar recordó los losanges amarillos, rojos y verdes.) Dos veces tropezó; dos veces lo sujetaron los arlequines. Rumbo a la dársena inmediata, de agua rectangular, los tres subieron al cupé y desaparecieron. Ya en el estribo del cupé, el último arlequín garabateó una figura obscena y una sentencia en una de las pizarras de la recova.

Treviranus vio la sentencia. Era casi previsible; decía:

La última de las letras del Nombre ha sido articulada.

Examinó, después, la piecita de Gryphius—Ginzberg. Había en el suelo una brusca estrella de sangre; en los rincones, restos de cigarrillo de marca húngara; en un armario, un libro en latín —el *Philologus hebraeograecus*(1739), de Leusden— con varias notas manuscritas. Treviranus lo miró con indignación e hizo buscar a Lönnrot. Este, sin sacarse el sombrero, se puso a leer, mientras el comisario interrogaba a los contradictorios testigos del secuestro posible. A las cuatro salieron. En la torcida Rue de Toulon, cuando pisaban las serpentinas muertas del alba, Treviranus dijo:

—¿Y si la historia de esta noche fuera un simulacro?

Erik Lönnrot sonrió y le leyó con toda gravedad un pasaje (que estaba subrayado) de la disertación trigésima tercera del *Philologus*: *Dies Judaeorum incipit a solis occasu usque ad solis occasum diei sequentis*. Esto quiere decir —agregó—, El día hebreo empieza al anochecer y dura hasta el siguiente anochecer.

El otro ensayó una ironía.

—¿Ese dato es el más valioso que usted ha recogido esta noche?

—No. Más valiosa es una palabra que dijo Ginzberg.

Los diarios de la tarde no descuidaron esas desapariciones periódicas. La Cruz de la Espada las contrastó con la admirable disciplina y el orden del último Congreso Eremitico; Erns Palast, en *El Mártir*, reprobó “las demoras intolerables de un pogrom clandestino y frugal, que ha necesitado tres meses para liquidar tres judíos”; la *Yidische*

Zaitung rechazó la hipótesis horrorosa de un complot antisemita, “aunque muchos espíritus penetrantes no admiten otra solución del triple misterio”; el más ilustre de los pistoleros del Sur, Dandy Red Scharlach, juró que en su distrito nunca se producirían crímenes de éstos y acusó de culpable negligencia al comisario Franz Treviranus.

Este recibió, la noche del primero de marzo, un imponente sobre sellado. Lo abrió: el sobre contenía una carta firmada Baruj Spinoza y un minucioso plano de la ciudad, arrancado notoriamente de un Baedeker. La carta profetizaba que el tres de marzo no habría un cuarto crimen, pues la pinturería del Oeste, la taberna de la Rue de Toulon y el Hôtel du Nord eran “los vértices perfectos de un triángulo equilátero y místico”; el plano demostraba en tinta roja la regularidad de ese triángulo. Treviranus leyó con resignación ese argumento more geometrico y mandó la carta y el plano a casa de Lönnrot, indiscutible merecedor de tales locuras.

Erik Lönnrot las estudió. Los tres lugares, en efecto, eran equidistantes. Simetría en el tiempo (3 de diciembre, 3 de enero, 3 de febrero); simetría en el espacio también... Sintió, de pronto, que estaba por descifrar el misterio. Un compás y una brújula completaron esa brusca intuición. Sonrió, pronunció la palabra Tetragrámaton (de adquisición reciente) y llamó por teléfono al comisario. Le dijo:

—Gracias por ese triángulo equilátero que usted anoche me mandó. Me ha permitido resolver el problema. Mañana viernes los criminales estarán en la cárcel; podemos estar muy tranquilos.

—Entonces, ¿no planean un cuarto crimen?

—Precisamente, porque planean un cuarto crimen, podemos estar muy tranquilos.

—Lönnrot colgó el tubo. Una hora después, viajaba en un tren de los Ferrocarriles Australes, rumbo a la quinta abandonada de Triste-le-Roy. Al sur de la ciudad de mi cuento fluye un ciego riachuelo de aguas barrosas, infamado de curtiembres y de basuras. Del otro lado hay un suburbio donde, al amparo de un caudillo barcelonés, medran los pistoleros. Lönnrot sonrió al pensar que el más afamado —Red Scharlach— hubiera dado cualquier cosa por conocer su clandestina visita. Azevedo fue compañero de Scharlach; Lönnrot consideró la remota posibilidad de que la cuarta víctima fuera Scharlach. Después, la desechó... Virtualmente, había descifrado el problema; las meras circunstancias, la realidad (nombres, arrestos, caras, trámites judiciales y carcelarios) apenas le interesaban ahora. Quería pasear, quería descansar de tres meses de sedentaria investigación. Reflexionó que la explicación de los crímenes estaba en un triángulo anónimo y en una polvorienta palabra griega. El misterio casi le pareció cristalino; se abochornó de haberle dedicado cien días.

El tren paró en una silenciosa estación de cargas. Lönnrot bajó. El aire de la turbia llanura era húmedo y frío. Lönnrot echó a andar por el campo. Vio perros, vio un furgón en una vía muerta, vio el horizonte, vio un caballo plateado que bebía del agua crapulosa de un charco. Oscurecía cuando vio el mirador rectangular de la quinta de Triste-le-Roy, casi tan alto como los negros eucaliptos que lo rodeaban. Pensó que apenas un amanecer y un ocaso (un viejo resplandor en el oriente y otro en el occidente) lo separaban de la hora anhelada por los buscadores del Nombre.

Una herrumbrada verja definía el perímetro irregular de la quinta. El portón principal estaba cerrado. Lönnrot, sin mucha esperanza de entrar, dio toda la vuelta. De nuevo ante el porton infranqueable, metió la mano entre los barrotes, casi maquinalmente, y dio con el pasador. El chirrido del hierro lo sorprendió. Con una pasividad laboriosa, el portón entero cedió.

Lönnrot avanzó entre los eucaliptos, pisando confundidas generaciones de rotas hojas rígidas. Vista de cerca, la casa de la quinta de Triste-le-Roy abundaba en inútiles simetrías y en repeticiones maniáticas: a una Diana glacial en un nicho lóbrego correspondía en un segundo nicho otra Diana; un balcón se reflejaba en otro balcón; dobles escalinatas se abrían en doble balaustrada. Lönnrot rodeó la casa como había rodeado la quinta. Todo lo examinó: bajo el nivel de la terraza vio una estrecha persiana.

La empujó: unos pocos escalones de mármol descendían a un sótano. Lönnrot, que ya intuía las preferencias del arquitecto, adivino que en el opuesto muro del sótano había otros escalones. Los encontró, subió, alzó las manos y abrió la trampa de salida.

Un resplandor lo guió a una ventana. La abrió: una luna amarilla y circular definía en el triste jardín dos fuentes cegadas. Lönnrot exploró la casa. Por ante comedores y galerías salió a patios iguales y repetidas veces al mismo patio. Subió por escaleras polvorientas a antecámaras circulares; infinitamente se multiplicó en espejos opuestos; se cansó de abrir o entreabrir ventanas que le revelaban, afuera, el mismo desolado jardín desde varias alturas y varios ángulos; adentro, muebles con fundas amarillas y arañas embaladas en tarlatán. un dormitorio lo detuvo; en ese dormitorio, una sola flor en una copa de porcelana; al primer roce los pétalos antiguos se deshicieron. En el segundo piso, en el último, la casa le pareció infinita y creciente. La casa no es tan grande, pensó. La agrandan la penumbra, la simetría, los espejos, los muchos años, mi desconocimiento, la soledad.

Por una escalera espiral llegó al mirador. La luna de esa tarde atravesaba los losanges de las ventanas; eran amarillos, rojos y verdes. Lo detuvo un recuerdo asombrado y vertiginoso. Dos hombres de pequeña estatura, feroces y fornidos, se arrojaron sobre él y lo desarmaron; otro, muy alto, lo saludó con gravedad y le dijo:

—Usted es muy amable. Nos ha ahorrado una noche y un día.

Era Red Scharlach. Los hombres maniataron a Lönnrot. Este, al fin, encontró su voz.

—Scharlach, ¿usted busca el Nombre Secreto?

Scharlach seguía de pie, indiferente. No había participado en la breve lucha, apenas si alargó la mano para recibir el revólver de Lönnrot. Habló; Lönnrot oyó en su voz una fatigada victoria, un odio del tamaño del universo, una tristeza no menor que aquel odio.

—No —dijo Scharlach—. Busco algo más efímero y deleznable, busco a Erik Lönnrot. Hace tres años, en un garito de la Rue de Toulon, usted mismo arrestó e hizo encarcelar a mi hermano. En un cupé, mis hombres me sacaron del tiroteo con una bala

policial en el vientre. Nueve días y nueve noches agonice en esta desolada quinta simétrica; me arrasaba la fiebre, el odioso Jano bifronte que mira los ocasos y las auroras daban horror a mi ensueño y a mi vigilia. Llegué a abominar de mi cuerpo, llegué a sentir que dos ojos, dos manos, dos pulmones, son tan monstruosos como dos caras. Un irlandés trató de convertirme a la fe de Jesús; me repetía la sentencia de los goim: Todos los caminos llevan a Roma. De noche, mi delirio se alimentaba de esa metáfora: yo sentía que el mundo es un laberinto, del cual era imposible huir, pues todos los caminos, aunque fingieran ir al Norte o al Sur, iban realmente a Roma, que era también la cárcel cuadrangular donde agonizaba mi hermano y la quinta de Triste-le-Roy. En esas noches yo juré por el dios que ve con dos caras y por todos los dioses de la fiebre y de los espejos tejer un laberinto en torno del hombre que había encarcelado a mi hermano. Lo he tejido y es firme: los materiales son un heresiólogo muerto, una brújula, una secta del siglo XVIII, una palabra griega, un puñal, los rombos de una pinturería.

El primer término de la serie me fue dado por el azar. Yo había tramado con algunos colegas —entre ellos, Daniel Azevedo— el robo de los zafiros del Tetrarca. Azevedo nos traicionó: se emborrachó con el dinero que le habíamos adelantado y acometió la empresa el día antes. En el enorme hotel se perdió; hacia las dos de la madrugada irrumpió en el dormitorio de Yarmolinsky. Este, acosado por el insomnio, se había puesto a escribir. Verosímilmente, redactaba unas notas o un artículo sobre el Nombre de Dios; había escrito ya las palabras La primera letra del Nombre ha sido articulada. Azevedo le intimó silencio; Yarmolinsky alargó la mano hacia el timbre que despertaría todas las fuerzas del hotel; Azevedo le dio una sola puñalada en el pecho. Fue casi un movimiento reflejo; medio siglo de violencia le había enseñado que lo más fácil y seguro es matar... A los diez días yo supe por la Yidische Zaitung que usted buscaba en los escritos de Yarmolinsky la clave de la muerte de Yarmolinsky. Leí la Historia de la secta de los Hasidim; supe que el miedo reverente de pronunciar el Nombre de Dios había originado la doctrina de que ese Nombre es todopoderoso y recóndito. Supe que algunos Hasidim, en busca de ese Nombre secreto, habían llegado a cometer sacrificios humanos... Comprendí que usted conjeturaba que los Hasidim habían sacrificado al rabino; me dediqué a justificar esa conjetura.

Marcelo Yarmolinsky murió la noche del tres de diciembre; para el segundo “sacrificio” elegí la del tres de enero. Muró en el Norte; para el segundo “sacrificio” nos convenía un lugar del Oeste. Daniel Azevedo fue la víctima necesaria. Merecía la muerte: era un impulsivo, un traidor; su captura podía aniquilar todo el plan. Uno de los nuestros lo apuñaló; para vincular su cadáver al anterior, yo escribí encima de los rombos de la pinturería La segunda letra del Nombre ha sido articulada.

El tercer “crimen” se produjo el tres de febrero. Fue, como Treviranus adivinó, un mero simulacro. Gryphius-Ginzberg-Ginsburg soy yo; una semana interminable sobrellevé (suplementado por una tenue barba postiza) en ese perverso cubículo de la Rue de Toulon, hasta que los amigos me secuestraron. Desde el estribo del cupé, uno de ellos escribió en un pilar La última de las letras del Nombre ha sido articulada. Esa escritura divulgó que la serie de crímenes era triple. Así lo entendió el público; yo, sin embargo, intercalé repetidos indicios para que usted, el razonador Erik Lönnrot, comprendiera que es cuádruple. Un prodigio en el Norte, otros en el Este y en el Oeste, reclaman un cuarto prodigio en el Sur; el Tetrágramaton —el nombre de Dios, JHVH—

consta de cuatroletras; los arlequines y la muestra del pinturero sugieren cuatro términos. Yo subrayé cierto pasaje en el manual de Leusden: ese pasaje manifiesta que los hebreos computaban el día de ocaso a ocaso; ese pasaje da a entender que las muertes ocurrieron el cuatro de cada mes. Yo mandé el triángulo equilátero a Treviranus. Yo presenté que usted agregaría el punto que falta. El punto que determina un rombo perfecto, el punto que prefija el lugar donde una exacta muerte lo espera. Todo lo he premeditado, Erik Lönnrot, para atraerlo a usted a las soledades de Triste-le-Roy.

Lönnrot evitó los ojos de Scharlach. Miró los árboles y el cielo subdivididos en rombos turbiamente amarillos, verdes y rojos. Sintió un poco de frío y una tristeza impersonal, casi anónima. Ya era de noche; desde el polvoriento jardín subió el grito inútil de un pájaro. Lönnrot consideró por última vez el problema de las muertes simétricas y periódicas.

—En su laberinto sobran tres líneas —dijo por fin—. Yo sé de un laberinto griego que es una línea única, recta. En esa línea se han perdido tantos filósofos que bien puede perderse un mero detective. Scharlach, cuando en otro avatar usted me dé caza, finja (o cometa) un crimen en A, luego un segundo crimen en B, en 8 kilómetros de A, luego un tercer crimen en C, a 4 kilómetros de A y de B, a mitad de camino entre los dos. Aguárdeme después en D, a 2 kilómetros de A y de C, de nuevo a mitad de camino. Máteme en D, como ahora va a matarme en Triste-le-Roy.

Para la otra vez que lo mate —replicó Scharlach—, le prometo ese laberinto, que consta de una sola línea recta y que es indivisible, incesante.

Retrocedió unos pasos. Después, muy cuidadosamente, hizo fuego.

Emma Zunz

[Cuento - Texto completo.]

Jorge Luis Borges

El catorce de enero de 1922, Emma Zunz, al volver de la fábrica de tejidos Tarbuch y Loewenthal, halló en el fondo del zaguán una carta, fechada en el Brasil, por la que supo que su padre había muerto. La engañaron, a primera vista, el sello y el sobre; luego, la inquietó la letra desconocida. Nueve diez líneas borroneadas querían colmar la hoja; Emma leyó que el señor Maier había ingerido por error una fuerte dosis de veronal y había fallecido el tres del corriente en el hospital de Bagé. Un compañero de pensión de su padre firmaba la noticia, un tal Feino Fain, de Río Grande, que no podía saber que se dirigía a la hija del muerto.

Emma dejó caer el papel. Su primera impresión fue de malestar en el vientre y en las rodillas; luego de ciega culpa, de irrealidad, de frío, de temor; luego, quiso ya estar en el día siguiente. Acto continuo comprendió que esa voluntad era inútil porque la muerte de su padre era lo único que había sucedido en el mundo, y seguiría sucediendo sin fin. Recogió el papel y se fue asuquarto. Furtivamente lo guardó en un cajón, como si de algún modo ya conociera los hechos ulteriores. Ya había empezado a vislumbrarlos, tal vez; ya era la que sería.

En la creciente oscuridad, Emma lloró hasta el fin de aquel día del suicidio de Manuel Maier, que en los antiguos días felices fue Emanuel Zunz. Recordó veraneos en una chacra, cerca de Gualeguay, recordó (trató de recordar) a su madre, recordó la casita de Lanús que les remataron, recordó los amarillos losanges de una ventana, recordó el auto de prisión, el oprobio, recordó los anónimos con el suelto sobre «el desfalco del cajero», recordó (pero eso jamás lo olvidaba) que su padre, la última noche, le había jurado que el ladrón era Loewenthal. Loewenthal, Aarón Loewenthal, antes gerente de la fábrica y ahora uno de los dueños. Emma, desde 1916, guardaba el secreto. A nadie se lo había revelado, ni siquiera a su mejor amiga, Elsa Urstein. Quizá rehuía la profana incredulidad; quizá creía que el secreto era un vínculo entre ella y el ausente. Loewenthal no sabía que ella sabía; Emma Zunz derivaba de ese hecho ínfimo un sentimiento de poder.

No durmió aquella noche, y cuando la primera luz definió el rectángulo de la ventana, ya estaba perfecto su plan. Procuró que ese día, que le pareció interminable, fuera como los otros. Había en la fábrica rumores de huelga; Emma se declaró, como siempre, contra toda violencia. A las seis, concluido el trabajo, fue con Elsa a un club de mujeres, que tiene gimnasio y pileta. Se inscribieron; tuvo que repetir y deletrear su nombre y su apellido, tuvo que festejar las bromas vulgares que comentan la revisión. Con Elsa y con la menor de las Kronfuss discutió a qué cinematógrafo irían el domingo a la tarde. Luego, se habló de novios y nadie esperó que Emma hablara. En abril cumpliría diecinueve años, pero los hombres le inspiraban, aún, un temor casi patológico... De vuelta, preparó una sopa de tapioca y unas legumbres, comió temprano, se acostó y se obligó a dormir. Así, laborioso y trivial, pasó el viernes quince, la víspera.

El sábado, la impaciencia la despertó. La impaciencia, no la inquietud, y el singular alivio de estar en aquel día, por fin. Ya no tenía que tramar y que imaginar; dentro de algunas horas alcanzaría la simplicidad de los hechos. Leyó en La Prensa que el Nordstjärnan, de Malmö, zarparía esa noche del dique 3; llamó por teléfono a Loewenthal, insinuó que deseaba comunicar, sin que lo supieran las otras, algo sobre la huelga y prometió pasar por el escritorio, al oscurecer. Le temblaba la voz; el temblor convenía a una delatora. Ningún otro hecho memorable ocurrió esa mañana. Emma trabajó hasta las doce y fijó con Elsa y con Perla Kronfuss los pormenores del paseo del domingo. Se acostó después de almorzar y recapituló, cerrados los ojos, el plan que había tramado. Pensó que la etapa final sería menos horrible que la primera y que le depararía, sin duda, el sabor de la victoria y de la justicia. De pronto, alarmada, se levantó y corrió al cajón de la cómoda. Lo abrió; debajo del retrato de Milton Sills, donde la había dejado la antenoche, estaba la carta de Fain. Nadie podía haberla visto; la empezó a leer y la rompió.

Referir con alguna realidad los hechos de esa tarde sería difícil y quizá improcedente. Un atributo de lo infernal es la irrealidad, un atributo que parece mitigar sus terrores y que los agrava tal vez. ¿Cómo hacer verosímil una acción en la que casi no creyó quien la ejecutaba, cómo recuperar ese breve caos que hoy la memoria de Emma Zunz repudia y confunde? Emma vivía por Almagro, en la calle Liniers; nos consta que esa tarde fue al puerto. Acaso en el infame Paseo de Julio se vio multiplicada en espejos, publicada por luces y desnudada por los ojos hambrientos, pero más razonable es conjeturar que al principio erró, inadvertida, por la indiferente recova... Entró en dos o tres bares, vio la rutina o los manejos de otras mujeres. Dio al fin con hombres del Nordstjärnan. De uno, muy joven, temió que le inspirara alguna ternura y optó por otro, quizá más bajo que ella y grosero, para que la pureza del horror no fuera mitigada. El hombre la condujo a una puerta y después a un turbio zaguán y después a una escalera tortuosa y después a un vestíbulo (en el que había una vidriera con losanges idénticos a los de la casa en Lanús) y después a un pasillo y después a una puerta que se cerró. Los hechos graves están fuera del tiempo, ya porque en ellos el pasado inmediato queda como tronchado del porvenir, ya porque no parecen consecutivas las partes que los forman.

¿En aquel tiempo fuera del tiempo, en aquel desorden perplejo de sensaciones inconexas y atroces, pensó Emma Zunz una sola vez en el muerto que motivaba el sacrificio? Yo tengo para mí que pensó una vez y que en ese momento peligró su desesperado propósito. Pensó (no pudo no pensar) que su padre le había hecho a su madre la cosa horrible que a ella ahora le hacían. Lo pensó con débil asombro y se refugió, en seguida, en el vértigo. El hombre, sueco o finlandés, no hablaba español; fue una herramienta para Emma como ésta lo fue para él, pero ella sirvió para el goce y él para la justicia. Cuando se quedó sola, Emma no abrió en seguida los ojos. En la mesa de luz estaba el dinero que había dejado el hombre: Emma se incorporó y lo rompió como antes había roto la carta. Romper dinero es una impiedad, como tirar el pan; Emma se arrepintió, apenas lo hizo. Un acto de soberbia y en aquel día... El temor se perdió en la tristeza de su cuerpo, en el asco. El asco y la tristeza la encadenaban, pero Emma lentamente se levantó y procedió a vestirse. En el cuarto no quedaban colores vivos; el último crepúsculo se agravaba. Emma pudo salir sin que lo advirtieran; en la esquina subió a un Lacroze, que iba al oeste. Eligió, conforme a su plan, el asiento más

delantero, para que no le vieran la cara. Quizá le confortó verificar, en el insípido trajín de las calles, que lo acaecido no había contaminado las cosas. Viajó por barrios decrecientes y opacos, viéndolos y olvidándolos en el acto, y se apeó en una de las bocacalles de Warnes. Pardójicamente su fatiga venía a ser una fuerza, pues la obligaba a concentrarse en los pormenores de la aventura y le ocultaba el fondo y el fin.

Aarón Loewenthal era, para todos, un hombre serio; para sus pocos íntimos, un avaro. Vivía en los altos de la fábrica, solo. Establecido en el desmantelado arrabal, temía a los ladrones; en el patio de la fábrica había un gran perro y en el cajón de su escritorio, nadie lo ignoraba, un revólver. Había llorado con decoro, el año anterior, la inesperada muerte de su mujer - ¡una Gauss, que le trajo una buena dote! -, pero el dinero era su verdadera pasión. Con íntimo bochorno se sabía menos apto para ganarlo que para conservarlo. Era muy religioso; creía tener con el Señor un pacto secreto, que lo eximía de obrar bien, a trueque de oraciones y devociones. Calvo, corpulento, enlutado, de quevedos ahumados y barba rubia, esperaba de pie, junto a la ventana, el informe confidencial de la obrera Zunz.

La vio empujar la verja (que él había entornado a propósito) y cruzar el patio sombrío. La vio hacer un pequeño rodeo cuando el perro atado ladró. Los labios de Emma se atareaban como los de quien reza en voz baja; cansados, repetían la sentencia que el señor Loewenthal oiría antes de morir.

Las cosas no ocurrieron como había previsto Emma Zunz. Desde la madrugada anterior, ella se había soñado muchas veces, dirigiendo el firme revólver, forzando al miserable a confesar la miserable culpa y exponiendo la intrépida estratagema que permitiría a la Justicia de Dios triunfar de la justicia humana. (No por temor, sino por ser un instrumento de la Justicia, ella no quería ser castigada.) Luego, un solo balazo en mitad del pecho rubricaría la suerte de Loewenthal. Pero las cosas no ocurrieron así.

Ante Aarón Loewenthal, más que la urgencia de vengar a su padre, Emma sintió la de castigar el ultraje padecido por ello. No podía no matarlo, después de esa minuciosa deshonra. Tampoco tenía tiempo que perder en teatralerías. Sentada, tímida, pidió excusas a Loewenthal, invocó (a fuer de delatora) las obligaciones de la lealtad, pronunció algunos nombres, dio a entender otros y se cortó como si la venciera el temor. Logró que Loewenthal saliera a buscar una copa de agua. Cuando éste, incrédulo de tales aspavientos, pero indulgente, volvió del comedor, Emma ya había sacado del cajón el pesado revólver. Apretó el gatillo dos veces. El considerable cuerpo se desplomó como si los estampidos y el humo lo hubieran roto, el vaso de agua se rompió, la cara la miró con asombro y cólera, la boca de la cara la injurió en español y en ídish. Las malas palabras no cejaban; Emma tuvo que hacer fuego otra vez. En el patio, el perro encadenado rompió a ladrar, y una efusión de brusca sangre manó de los labios obscenos y manchó la barba y la ropa. Emma inició la acusación que había preparado (“He vengado a mi padre y no me podrán castigar...”), pero no la acabó, porque el señor Loewenthal ya había muerto. No supo nunca si alcanzó a comprender.

Los ladridos tirantes le recordaron que no podía, aún, descansar. Desordenó el diván, desabrochó el saco del cadáver, le quitó los quevedos salpicados y los dejó sobre el fichero. Luego tomó el teléfono y repitió lo que tantas veces repetiría, con esas y con

otras palabras: Ha ocurrido una cosa que es increíble... El señor Loewenthal me hizo venir con el pretexto de la huelga... Abusó de mí, lo maté...

La historia era increíble, en efecto, pero se impuso a todos, porque sustancialmente era cierta. Verdadero era el tono de Emma Zunz, verdadero el pudor, verdadero el odio. Verdadero también era el ultraje que había padecido; sólo eran falsas las circunstancias, la hora y uno o dos nombres propios.s propios.

La espera

[Cuento - Texto completo.]

Jorge Luis Borges

EL COCHE LO dejó en el cuatro mil cuatro de esa calle del Noroeste. No habían dado las nueve de la mañana; el hombre notó con aprobación los manchados plátanos, el cuadrado de tierra al pie de cada uno, las decentes casas de balconcito, la farmacia contigua, los desvaídos rombos de la pinturería y ferretería. Un largo y ciego paredón de hospital cerraba la acera de enfrente; el sol reverberaba, más lejos, en unos invernáculos. El hombre pensó que esas cosas (ahora arbitrarias y casuales y en cualquier orden, como las que se ven en los sueños) serían con el tiempo, si Dios quisiera, invariables, necesarias y familiares. En la vidriera de la farmacia se leía en letras de loza: Breslauer, los judíos estaban desplazando a los italianos, que habían desplazado a los criollos. Mejor así; el hombre prefería no alternar con gente de su sangre.

El cochero le ayudó a bajar el baúl; una mujer de aire distraído o cansado abrió por fin la puerta. Desde el pescante el cochero le devolvió una de las monedas, un vintén oriental que estaba en su bolsillo desde esa noche en el hotel de Melo. El hombre le entregó cuarenta centavos, y en el acto sintió: “Tengo la obligación de obrar de manera que todos se olviden de mí. He cometido dos errores: he dado una moneda de otro país y he dejado ver que me importa esa equivocación”.

Precedido por la mujer, atravesó el zaguán y el primer patio. La pieza que le habían reservado daba, felizmente, al segundo. La cama era de hierro, que el artífice había deformado en curvas fantásticas, figurando ramas y pámpanos; había, asimismo, un alto ropero de pino, una mesa de luz, un estante con libros a ras del suelo, dos sillas desparejas y un lavatorio con su palangana, su jarra, su jabonera y un botellón de vidrio turbio. Un mapa de la provincia de Buenos Aires y un crucifijo adornaban las paredes; el papel era carmesí, con grandes pavos reales repetidos, de cola desplegada. La única puerta daba al patio. Fue necesario variar la colocación de las sillas para dar cabida al baúl. Todo lo aprobó el inquilino; cuando la mujer le preguntó cómo se llamaba, dijo Villari, no como un desafío secreto, no para mitigar una humillación que, en verdad, no sentía, sino porque ese nombre lo trabajaba, porque le fue imposible pensar en otro. No lo sedujo, ciertamente, el error literario de imaginar que asumir el nombre del enemigo podía ser una astucia.

El señor Villari, al principio, no dejaba la casa; cumplidas unas cuantas semanas, dio en salir, un rato, al oscurecer. Alguna noche entró en el cinematógrafo que había a las tres cuadras. No pasó nunca de la última fila; siempre se levantaba un poco antes del fin de la función. Vio trágicas historias del hampa; éstas, sin duda, incluían errores, éstas, sin duda, incluían imágenes que también lo eran de su vida anterior; Villari no las advirtió porque la idea de una coincidencia entre el arte y la realidad era ajena a él. Dócilmente trataba de que le gustaran las cosas; quería adelantarse a la intención con que se las mostraban. A diferencia de quienes han leído novelas, no se veía nunca a sí mismo como un personaje del arte.

No le llegó jamás una carta, ni siquiera una circular, pero leía con borrosa esperanza una de las secciones del diario. De tarde, arribaba a la puerta una de las sillas y mateaba con seriedad, puestos los ojos en la enredadera del muro de la inmediata casa de altos. Años de soledad le habían enseñado que los días, en la memoria, tienden a ser iguales, pero que no hay un día, ni siquiera de cárcel o de hospital, que no traiga sorpresas, que no sea al trasluz una red de mínimas sorpresas. En otras reclusiones había cedido a la tentación de contar los días y las horas, pero esta reclusión era distinta, porque no tenía término —salvo que el diario, una mañana, trajera la noticia de la muerte de Alejandro Villari. También era posible que Villari ya hubiera muerto y entonces esta vida era un sueño. Esa posibilidad lo inquietaba, porque no acabó de entender si se parecía al alivio o a la desdicha; se dijo que era absurda y la rechazó. En días lejanos, menos lejanos por el curso del tiempo que por dos o tres hechos irrevocables, había deseado muchas cosas, con amor sin escrúpulo; esa voluntad poderosa, que había movido el odio de los hombres y el amor de alguna mujer; ya no quería cosas particulares: sólo quería perdurar, no concluir. El sabor de la yerba, el sabor del tabaco negro, el creciente filo de sombra que iba ganando el patio, eran suficientes estímulos.

Había en la casa un perro lobo, ya viejo. Villari se amistó con él. Le hablaba en español, en italiano y en las pocas palabras que le quedaban del rústico dialecto de su niñez. Villari trataba de vivir en el mero presente, sin recuerdos ni previsiones; los primeros le importaban menos que las últimas. Oscuramente creyó intuir que el pasado es la sustancia de que el tiempo está hecho; por ello es que éste se vuelve pasado en seguida. Su fatiga, algún día, se pareció a la felicidad; en momentos así, no era mucho más complejo que el perro.

Una noche lo dejó asombrado y temblando una íntima descarga de dolor en el fondo de la boca. Ese horrible milagro recurrió a los pocos minutos y otra vez hacia el alba. Villari, al día siguiente, mandó buscar un coche que lo dejó en un consultorio dental del barrio del Once. Ahí le arrancaron la muela. En ese trance no estuvo más cobarde ni más tranquilo que otras personas.

Otra noche, al volver del cinematógrafo, sintió que lo empujaban. Con ira, con indignación, con secreto alivio, se encaró con el insolente. Le escupió una injuria soez; el otro, atónito, balbuceó una disculpa. Era un hombre alto, joven, de pelo oscuro, y lo acompañaba una mujer de tipo alemán; Villari, esa noche, se repitió que no los conocía. Sin embargo, cuatro o cinco días pasaron antes que saliera a la calle.

Entre los libros del estante había una Divina Comedia, con el viejo comentario de Andreoli. Menos urgido por la curiosidad que por un sentimiento de deber, Villari acometió la lectura de esa obra capital; antes de comer, leía un canto, y luego, en orden riguroso, las notas. No juzgó inverosímiles o excesivas las penas infernales y no pensó que Dante lo hubiera condenado al último círculo donde los dientes de Ugolino roen sin fin la nuca de Ruggieri.

Los pavos reales del papel carmesí parecían destinados a alimentar pesadillas tenaces, pero el señor Villari no soñó nunca con una glorieta monstruosa hecha de inextricable: pájaros vivos. En los amaneceres soñaba un sueño de fondo igual y de circunstancias variables. Dos hombres y Villar entraban con revólveres en la pieza y lo

agredían al salir del cinematógrafo o eran, los tres a un tiempo, el desconocido que lo había empujado, o lo esperaban tristemente en el patio y parecían no conocerlo. Al fin del sueño, él sacaba el revólver del cajón de la inmediata mesa de luz (y es verdad que en ese cajón guardaba un revólver) y lo descargaba contra los hombres. El estruendo del arma lo despertaba, pero siempre era un sueño y en otro sueño tenía que volver a matarlos.

Una turbia mañana del mes de julio, la presencia de gente desconocida (no el ruido de la puerta cuando la abrieron) lo despertó. Altos en la penumbra del cuarto, curiosamente simplificados por la penumbra (siempre en los sueños de temor habían sido más claros), vigilantes, inmóviles y pacientes, bajos los ojos como si el peso de las armas los encorvara Alejandro Villari y un desconocido lo habían alcanzado, por fin. Con una seña les pidió que esperaran y se dio vuelta contra la pared, como si retomara el sueño. ¿Lo hizo para despertar la misericordia de quienes lo mataron, o porque es menos duro sobrellevar un acontecimiento espantoso que imaginarlo aguardarlo sin fin, o —y esto es quizá lo más verosímil— para que los asesinos fueran un sueño, como ya lo habían sido tantas veces, en el mismo lugar, a la misma hora?

En esa magia estaba cuando lo borró la descarga.

Cuentos para tahúres

[Cuento - Texto completo.]

Rodolfo Walsh

Salió no más el 10 -un 4 y un 6- cuando ya nadie lo creía. A mí qué me importaba, hacía rato que me habían dejado seco. Pero hubo un murmullo feo entre los jugadores acodados a la mesa del billar y los mirones que formaban rueda. Renato Flores palideció y se pasó el pañuelo a cuadros por la frente húmeda. Después juntó con pesado movimiento los billetes de la apuesta, los alisó uno a uno y, doblándolos en cuatro, a lo largo, los fue metiendo entre los dedos de la mano izquierda, donde quedaron como otra mano rugosa y sucia entrelazada perpendicularmente a la suya. Con estudiada lentitud puso los dados en el cubilete y empezó a sacudirlos. Un doble pliegue vertical le partía el entrecejo oscuro. Parecía barajar un problema que se le hacía cada vez más difícil. Por fin se encogió de hombros.

-Lo que quieran... -dijo.

Ya nadie se acordaba del tachito de la coima. Jiménez, el del negocio, presenciaba desde lejos sin animarse a recordarlo. Jesús Pereyra se levantó y echó sobre la mesa, sin contarlos, un montón de plata.

-La suerte es la suerte -dijo con una lucecita asesina en la mirada-. Habrá que irse a dormir.

Yo soy hombre tranquilo; en cuanto oí aquello, gané el rincón más cercano a la puerta. Pero Flores bajó la vista y se hizo el desentendido.

-Hay que saber perder -dijo Zúñiga sentenciosamente, poniendo un billetito de cinco en la mesa. Y añadió con retintín-: Total, venimos a divertirnos.

-¡Siete pases seguidos! -comentó, admirado, uno de los de afuera.

Flores lo midió de arriba abajo.

-¡Vos, siempre rezando! -dijo con desprecio.

Después he tratado de recordar el lugar que ocupaba cada uno antes de que empezara el alboroto. Flores estaba lejos de la puerta, contra la pared del fondo. A la izquierda, por donde venía la ronda, tenía a Zúñiga. Al frente, separado de él por el ancho de la mesa del billar, estaba Pereyra. Cuando Pereyra se levantó dos o tres más hicieron lo mismo. Yo me figuré que sería por el interés del juego, pero después vi que Pereyra tenía la vista clavada en las manos de Flores. Los demás miraban el paño verde donde iban a caer los dados, pero él sólo miraba las manos de Flores.

El montoncito de las apuestas fue creciendo: había billetes de todos tamaños y hasta algunas monedas que puso uno de los de afuera. Flores parecía vacilar. Por fin largó los dados. Pereyra no los miraba. Tenía siempre los ojos en las manos de Flores.

-El cuatro -cantó alguno.

En aquel momento, no sé por qué, recordé los pases que había echado Flores: el 4, el 8, el 10, el 9, el 8, el 6, el 10... Y ahora buscaba otra vez el 4.

El sótano estaba lleno del humo de los cigarrillos. Flores le pidió a Jiménez que le trajera un café, y el otro se marchó rezongando. Zúñiga sonreía maliciosamente mirando

la cara de rabia de Pereyra. Pegado a la pared, un borracho despertaba de tanto en tanto y decía con voz pastosa:

-¡Voy diez a la contra! -Después se volvía a quedar dormido.

Los dados sonaban en el cubilete y rodaban sobre la mesa. Ocho pares de ojos rodaban tras ellos. Por fin alguien exclamó:

-¡El cuatro!

En aquel momento agaché la cabeza para encender un cigarrillo. Encima de la mesa había una lamparita eléctrica, con una pantalla verde. Yo no vi el brazo que la hizo añicos. El sótano quedó a oscuras. Después se oyó el balazo.

Yo me hice chiquito en mi rincón y pensé para mis adentros: “Pobre Flores, era demasiada suerte”. Sentí que algo venía rodando y me tocaba en la mano. Era un dado. Tanteando en la oscuridad, encontré el compañero.

En medio del desbande, alguien se acordó de los tubos fluorescentes del techo. Pero cuando los encendieron, no era Flores el muerto. Renato Flores seguía parado con el cubilete en la mano, en la misma posición de antes. A su izquierda, doblado en su silla, Ismael Zúñiga tenía un balazo en el pecho.

“Le erraron a Flores”, pensé en el primer momento, “y le pegaron al otro. No hay nada que hacerle, esta noche está de suerte.”

Entre varios alzarón a Zúñiga y lo tendieron sobre tres sillas puestas en hilera. Jiménez (que había bajado con el café) no quiso que lo pusieran sobre la mesa de billar para que no le mancharan el paño. De todas maneras ya no había nada que hacer.

Me acerqué a la mesa y vi que los dados marcaban el 7. Entre ellos había un revólver 48.

Como quien no quiere la cosa, agarré para el lado de la puerta y subí despacio la escalera. Cuando salí a la calle había muchos curiosos y un milico que doblaba corriendo la esquina.

Aquella misma noche me acordé de los dados, que llevaba en el bolsillo -¡lo que es ser distraído!-, y me puse a jugar solo, por puro gusto. Estuve media hora sin sacar un 7. Los miré bien y vi que faltaban unos números y sobraban otros. Uno de los “chivos” tenía el 8, el 4 y el 5 repetidos en caras contrarias. El otro, el 5, el 6 y el 1. Con aquellos dados no se podía perder. No se podía perder en el primer tiro, porque no se podía formar el 2, el 3 y el 12, que en la primera mano son perdedores. Y no se podía perder en los demás porque no se podía sacar el 7, que es el número perdedor después de la primera mano. Recordé que Flores había echado siete pases seguidos, y casi todos con números difíciles: el 4, el 8, el 10, el 9, el 8, el 6, el 10... Y a lo último había sacado otra vez el 4. Ni una sola clavada. Ni una barraca. En cuarenta o cincuenta veces que habría tirado los dados no había sacado un solo 7, que es el número más salidor.

Y, sin embargo, cuando yo me fui, los dados de la mesa formaban el 7, en vez del 4, que era el último número que había sacado. Todavía lo estoy viendo, clarito: un 6 y un 1.

Al día siguiente extravié los dados y me establecí en otro barrio. Si me buscaron, no sé; por un tiempo no supe nada más del asunto. Una tarde me enteré por los diarios que Pereyra había confesado. Al parecer, se había dado cuenta de que Flores hacía trampa. Pereyra iba perdiendo mucho, porque acostumbraba jugar fuerte, y todo el mundo sabía que era mal perdedor. En aquella racha de Flores se le habían ido más de tres mil pesos.

Apagó la luz de un manotazo. En la oscuridad erró el tiro, y en vez de matar a Flores mató a Zúñiga. Eso era lo que yo también había pensado en el primer momento.

Pero después tuvieron que soltarlo. Le dijo al juez que lo habían hecho confesar a la fuerza. Quedaban muchos puntos oscuros. Es fácil errar un tiro en la oscuridad, pero Flores estaba frente a él, mientras que Zúñiga estaba a un costado, y la distancia no habrá sido mayor de un metro. Un detalle lo favoreció: los vidrios rotos de la lamparita eléctrica del sótano estaban detrás de él. Si hubiera sido él quien dio el manotazo -dijeron- los vidrios habrían caído del otro lado de la mesa de billar, donde estaban Flores y Zúñiga.

El asunto quedó sin aclarar. Nadie vio al que pegó el manotazo a la lámpara, porque estaban todos inclinados sobre los dados. Y si alguien lo vio, no dijo nada. Yo, que podía haberlo visto, en aquel momento agaché la cabeza para encender un cigarrillo, que no llegué a encender. No se encontraron huellas en el revólver, ni se pudo averiguar quién era el dueño. Cualquiera de los que estaban alrededor de la mesa -y eran ocho o nueve- pudo pegarle el tiro a Zúñiga.

Yo no sé quién habrá sido el que lo mató. Quien más quien menos tenía alguna cuenta que cobrarle. Pero si yo quisiera jugarle sucio a alguien en una mesa de pase inglés, me sentaría a su izquierda, y al perder yo, cambiaría los dados legítimos por un par de aquellos que encontré en el suelo, los metería en el cubilete y se los pasaría al candidato. El hombre ganaría una vez y se pondría contento. Ganaría dos veces, tres veces... y seguiría ganando. Por difícil que fuera el número que sacara de entrada, lo repetiría siempre antes de que saliera el 7. Si lo dejaran, ganaría toda la noche, porque con esos dados no se puede perder.

Claro que yo no esperaría a ver el resultado. Me iría a dormir, y al día siguiente me enteraría por los diarios. ¡Vaya usted a echar diez o quince pases en semejante compañía! Es bueno tener un poco de suerte; tener demasiada no conviene, y ayudar a la suerte es peligroso...

Sí, yo creo que fue Flores no más el que lo mató a Zúñiga. Y en cierto modo lo mató en defensa propia. Lo mató para que Pereyra o cualquiera de los otros no lo mataran a él. Zúñiga -por algún antiguo rencor, tal vez- le había puesto los dados falsos en el cubilete, lo había condenado a ganar toda la noche, a hacer trampa sin saberlo, lo había condenado a que lo mataran, o a dar una explicación humillante en la que nadie creería.

Flores tardó en darse cuenta; al principio creyó que era pura suerte; después se intranquilizó; y cuando comprendió la treta de Zúñiga, cuando vio que Pereyra se paraba y no le quitaba la vista de las manos, para ver si volvía a cambiar los dados, comprendió que no le quedaba más que un camino. Para sacarse a Jiménez de encima, le pidió que le trajera un café. Esperó el momento. El momento era cuando volviera a salir el 4, como fatalmente tenía que salir, y cuando todos se inclinaron instintivamente sobre los dados.

Entonces rompió la bombita eléctrica con un golpe del cubilete, sacó el revólver con aquel pañuelo a cuadros y le pegó el tiro a Zúñiga. Dejó el revólver en la mesa, recobró los "chivos" y los tiró al suelo. No había tiempo para más. No le convenía que se comprobara que había estado haciendo trampa, aunque fuera sin saberlo. Después metió la mano en el bolsillo de Zúñiga, le buscó los dados legítimos, que el otro había sacado del cubilete, y cuando ya empezaban a parpadear los tubos fluorescentes, los tiró sobre la mesa.

Y esta vez sí echó clavada, un 7 grande como una casa, que es el número más salidor...

Zugzwang

[Cuento - Texto completo.]

Rodolfo Walsh

Pobre comisario Laurenzi. Las cosas que me ha tenido que aguantar... ¿Cuánto tiempo, por ejemplo, hace que vengo explotando sus recuerdos? El sólo habla, yo escribo. “No hay bicho más peligroso que el hombre que escribe”, suele decir mirándome de reojo. “Explota a los amigos, se explota a sí mismo, explota hasta las piedras. ¿Hay algo sagrado para él? ¿Hay algo intocable para él? ¿Conoce la piedad? ¿Conoce la simple decencia? No. Y todo por ver su nombre en alguna parte. Gente rara...”.

Cuando el comisario Laurenzi se pone así, yo me limito a sonreír.

Siempre he sostenido que cada hombre lleva adentro un demonio, y a veces más.

En el bar Rivadavia, donde nos encontramos casi todas las noches, se juega a muchas cosas. El comisario prefiere el casín. Yo prefiero el ajedrez. De esta irreducible diferencia ha salido de todo: desde el patético mate Pastor hasta el más feroz desparramo de bochas y palitos.

Ante el tablero, el comisario practica un juego solapado y simple. Quiero decir que cultiva la agachada y el garrotazo por la espalda. Serio, impávido, paquidérmico, hasta que lo calza a uno. Entonces le brillan los ojitos, se vuelve sentencioso y sobrador, menciona a una misteriosa tía Euclida que le enseñó a jugar lo poco que sabe...

A esa altura de las cosas, aún se puede abandonar la partida con dignidad. Si uno engrana, las carcajadas del comisario atronarán el café, los dichos encenderán la sonrisa de mozos, acudirán los eternos mirones, comentarán lo perdido que está uno, ensayarán presuntas jugadas salvadoras.

-¡No joroben, por favor! -grita entonces uno- ¡Los de afuera son de palo!

Y mueve. Y pierde. Con sutil satisfacción de equivocarse solo.

-¡Je, afeitado y sin visita!-comenta entonces el comisario, sonriendo modestamente, y mira a su alrededor como invitando a que todos miren. Si lo dejan, en esos momentos de euforia, hasta es capaz de pagar un café. Claro que este no es el desarrollo normal de los acontecimientos. Las estadísticas demuestran que me gana una vez de cada cinco que jugamos.

Anoche, por ejemplo, lo maté en pocas.

-¡Mueva algo!-le dije con fina ironía.

-No puedo-se quejó-. Cualquier cosa que mueva, pierdo.

-Está en posición de zugzwang-le advertí.

-Claro, en zaguán... Supiera lo cansado que me siento esta noche-aclaró bostezando ostentosamente y barriendo con un delicado movimiento de la mano izquierda sus derrotadas piezas-. Me ha ganado una buena partida.

-Le he dado una buena paliza-dije sin misericordia.

-No crea... Hum... No crea que no.

-La vida tiene situaciones curiosas-dijo Laurenzi, después de consolarse con una grappa doble-. Posiciones de zaguán, como usted dice.

-¡Zugzwang, comisario!

-Eso mismo –respondió sin inmutarse-. Porque, vamos a ver usted que es leído, ¿qué es una posición de zaguán?

Siempre era así: una roca. Preferí llevarle la corriente.

-La posición de zugzwang –expliqué- es en ajedrez aquella que se pierde por estar obligado a jugar. Se pierde, porque cualquier movida que uno haga es mala. Se pierde, no por lo que hizo el contrario, sino por lo que uno está obligado a hacer. Se pierde porque uno no puede, como en el póquer, decir “paso” y dejar que juegue el otro. Se pierde porque...

-Basta, m'hijo, si yo entiendo. ¿No acabo de verlo? Yo le pedí una definición, y usted me da seis o siete, pero una es bonita.

Se pierde porque cualquier cosa que uno haga está mal. En la vida también.

-Salute, comisario. ¿Y eso?

-Vea, es muy simple. Suponga que ante una situación cualquiera hay dos modos opuestos de obrar, A y B. Normalmente, si A es bueno, B es malo y viceversa. Es claro como el agua. Pero, a veces, A es malo y B también es malo.

-¿Y qué es bueno comisario?

-Nada –dijo tristemente-. Nada.-Es una historia larga y absurda –murmuró Laurenzi, acariciándose el bigote-. Pero tiene algo que ver con esa partida que usted me acaba de ganar, y por eso se la cuento.

“Yo vengo aquí desde que usted era un chico. Hace veinte años ya se jugaba al ajedrez en estas mesas. Ese lenguaje que usted oye, esas frases hechas que no escucharía en ninguna otra parte, esos chistes que nadie de afuera entendería, se han ido formando con el tiempo. Una costumbre, una comodidad, un vínculo borroso pero fuerte...”

-Una tradición –interrumpí.

-Ríase si quiere. Ese era el esquema. El contenido es un cúmulo de cosas que trascienden el juego. Aquí han venido hombres tristes, hombres preocupados, hombres que iban a tomar una tremenda decisión. ¿Los hubiera descubierto usted, con una sola mirada?

-Es imposible –admití-. Nadie nos reconoce con una sola mirada. Hacen falta tantas miradas, y tantas palabras, y tanta superfluidad de gestos, y...

-Entonces no me interrumpa –dijo con hostilidad que no acerté a explicar.-Era –prosiguió sin transición- un hombre canoso, delgado, que conversaba muy poco. Por esa época, y le hablo de quince años atrás, tendría alrededor de sesenta. Siempre lo vi con el mismo traje, pero impecablemente limpio y planchado. También usaba bastón, un viejo bastón de madera bruñida y lisa, de punta ferrada. Le menciono el detalle porque eventualmente supe que era un arma mucho más peligrosa de lo que parecía. Lo usaba, dijo, para defenderse de los muchachos, de las patotas... quién sabe.

“Al ajedrez no jugaba nunca, pero daba la impresión de entender, porque recorría todas las mesas con cara de inteligente, y si le preguntaban, respondía con una jugada exacta.

“Me parece estarlo viendo, apoyado en su bastón, con la cabeza imperceptiblemente ladeada, en desorden el cabello acerado, los ojos claros y luminosos y el aspecto de una sonrisa en los labios.

“Llegaba a una hora fija, saludaba, caminaba entre las mesas, miraba las partidas, saludaba, se iba. No se daba con nadie. Los demás lo tenían por un excéntrico. Pero a mí, usted sabe, siempre me han interesado los viejitos raros.

“Tardé tres meses en pasar del saludo a una conversación sobre el tiempo. Tardé seis meses en averiguar su nombre –se llamaba Aguirre- y algo de su vida. Por esa época, me dedicaba treinta segundos al entrar, antes de ir a ver los juegos. Fue una felicidad para mí el día que pude sentarlo a tomar un café. Yo acababa de retirarme de la policía –explicó con una mueca-, y ya sentía ese tedio, ese fastidio que me impulsa a hablar de cualquier cosa, con cualquiera.

“Una de las primeras cosas que le pregunté era por qué no jugaba al ajedrez. Enrojeció. Entonces comprendí que lo que yo había tomado por orgullo era una exagerada timidez.

“-Juego por correspondencia –me dijo.

“-¿Cómo es eso?

-Muy simple. Hay una federación internacional de ajedrez por correspondencia. Usted pide que le designen un rival de su misma fuerza. Ellos le dan la dirección de ese rival, que puede estar en Nicaragua, o en Australia, o en Bélgica; y usted le escribe indicándole cuál es su primera jugada. El contesta, y de ese modo se entabla la partida, que puede durar meses o años, según el tiempo que tarden en llegar las cartas. La más larga que yo jugué duró cuatro años y medio. Con un pescador de Hong-Kong.

“-Y en esa correspondencia –pregunté- ¿no hacen más que anotar las jugadas? ¿O hablan también de otras cosas?”

-Por lo general hablamos de otras cosas, si tenemos un idioma común, además de la notación ajedrecística que es prácticamente universal. En este momento, por ejemplo, puedo decirle con más exactitud que los diarios cuál es la situación en Asia, merced al pescador de Hong-Kong. Algún día le mostraré mis partidas.

El comisario Laurenzi hizo una pausa, pidió otro café y encendió un cigarrillo negro.

-Entre la promesa y el cumplimiento de la promesa –prosiguió luego-, pasaron varios meses. Un día me invitó a su casa. Su casa era una simple habitación amueblada en una especie de hotel. Había un orden de allí, pero un orden producto de la voluntad y no del entusiasmo. No sé si usted me entiende. Un cuarto refleja de algún modo el carácter de quién lo ocupa. Y aquí, para darle un ejemplo, los libros estaban escrupulosamente alineados en sus estantes, pero debajo del ropero se adivinaban unas sombras verdosas que, lamento decirlo eran botellas vacías. Y un almanaque, en un rincón, eternizaba el mes de noviembre de 1907. Pequeñas cosas, por supuesto, pero yo tengo el hábito profesional de observarlas... Y luego, ese rostro de mujer. Era lo primero que uno descubría al entrar. Estaba puesto de tal manera sobre el escritorio, la luz de la ventana lo iluminaba con tal delicada precisión, que usted no podía dejar de ver, y padecer, en el acto, ese rostro, que era el de una vieja fotografía, que era el fantasma de un tiempo muerto y amarillo, sueño del polvo retornado al polvo, pero conmovedoramente joven y hermosa todavía...

-Comisario –le recordé-. Las ordenanzas de la Policía Federal le prohíben hablar de ese modo.

-Era, había sido su mujer –prosiguió sin hacerme caso-. María Isabel... Usted sabe lo feas que son en general las viejas fotos. Pero ésta no, porque había sido sacada al aire libre, en una hamaca al pie de un árbol, y la muchacha no tenía uno de esos atroces sombreros de antaño, y el árbol estaba florecido y una extraña luminosidad iluminaba el ambiente.

-Se enamoró de ella –provoqué.

-¿Qué queda de los muertos? –dijo-. Porque ella estaba muerta, y su lugar exacto en el tiempo sólo por una piadosa ficción podía mi amigo abstraerlo de aquel mes de noviembre de 1907 en que ella se tiró bajo un tren. Mi amigo quedó solo, y entonces supe cual era ese resorte que yo instintivamente sospechaba en él, y que venía buscando con esta tenacidad de perro de presa que a veces me avergüenza.

-¿Por qué se mató?

-Por una de esas historias fútiles y antiguas. Un hombre la conquistó, la abandonó, y luego se fue. Ella no encontró otra salida.

-¿Y el seductor?

-Era un extranjero. Volvió a su país. Ella no dijo su nombre a nadie. Pero todo o casi todo se supo después, por una de esas fabulosas casualidades. Aquella tarde en que Aguirre me invitó a su casa para mostrarme una partida por correspondencia que había iniciado poco antes, y que lo tenía muy preocupado.

-No sé cómo me he metido en esto –dijo-. Conozco la posición como la palma de mi mano, y sé que estoy perdido. Es más, esta partida se ha jugado antes. Puedo señalarle la página exacta del Griffiths en que figura, con una o dos transposiciones, y decirle quiénes la jugaron y que año. A primera vista, usted no observa gran cosa: es una lucha equilibrada. Pero dentro de ocho movidas, no tendré qué jugar, habré llegado a una

típica posición de zugzwang. Y sin haber cambiado una sola pieza. Es para morirse de risa.

“-Pero si usted conocía la partida –inquirí, extrañado-, ¿por qué entró en esa variante?

“-Ahí está, ahí está –dijo agriamente-. Eso es lo que me subleva. Usted ve la trampa, y puede escapar, pero más que la fuga le interesa el mecanismo de la trampa, le fascina la cerrada perfección de la trampa, aunque usted sea la víctima, y arriesga un pie, y luego el otro, y luego es tarde...

“-Pero –insistí-, ¿cómo sabe que su rival verá todas las jugadas justas?

“-Las verá, estoy seguro –contestó sonriendo sin alegría-. Es un lince. Es un diablo. Y además el también conoce la partida.

“-Muéstreme las cartas –dije en un súbito impulso

“Titubeó. Pero luego me trajo una carpeta con toda la correspondencia: las cartas de su enemigo y copias en carbónico de las suyas. Me gustaría que usted, Hernández, hubiera visto esa carpeta. Las primeras comunicaciones eran formales, lacónicas. Apenas una presentación, y luego: Mi primera jugada es P4R. O bien: Acuso recibo de su 1.P4R. Contesto: 1.P4AD. Pero luego esa mínima relación se iba ampliando, desarrollando. Por debajo del frío esquema del juego aparecían los rasgos individuales, las personas. Un día era mi amigo que se excusaba por una demora en responder y mencionaba una breve enfermedad. Luego era el Otro, que se interesaba por su salud y hablaba del clima de su país, de su ciudad. Lentamente surgían recuerdos, preferencias, opiniones.

“De ese modo, yo también pude conocer al Otro. Era un escocés de Glasgow, con un nombre teatral: Finn Redwolf. Se retrataba con gracia. Ahora, decía, era un viejo achacoso y reumático, pero en su juventud había sido irresistible para las mujeres y temible para los hombres. Había estado en casi todo el mundo: el Congo, Egipto, Birmania... ¿Argentina? Sure, fine country. I have been there too.

“Recuerdo que esta admisión de haber estado aquí no aparecía hasta el final de la octava carta de Redwolf. En la décima, daba algunos detalles: estuvo trabajando como ingeniero en los ferrocarriles ingleses, entre 1905 y 1907. Se divirtió muchísimo –agregaba en la decimosexta-, a pesar de algunos contratiempos. Había una muchacha, por ejemplo... Alfil-Cuatro-Alfil. Jaque.

“Durante seis meses, mi amigo no apareció por el café. Entonces fui a verlo. Llamé a su puerta y no me contestó. Entré lo mismo. Lo vi sentado ante un tablero, absorto. Sobre la mesa había cuatro cartas más, escritas con la prolija letra de Redwolf.

“A esa altura de las cosas, la partida se había transformado en una lenta crucifixión. Ya no era un juego: era algo que daba escalofríos. Y Redwolf parecía gozar desmesuradamente. Su jugada es la mejor, pero no sirve, repetía en cada carta, como un estribillo. Una jactancia sin límites se desprendía de sus comentarios y de sus análisis. Lo tenía todo previsto, todo. Sin darme cuenta, yo también empecé a odiarlo. ¿Cómo sería, cómo habría sido en su juventud aquel anciano reumático que en una brumosa isla, a miles de kilómetros de distancia, sonreía ahora maliciosamente? Lo

imaginé alto, lo imaginé atlético, tal vez pelirrojo, con rostro flaco y alargado y duro y hermoso, con pequeños ojos verdes y crueles...

“Pero había algo peor, algo indefinible y siniestro, algo que se parecía -diría yo-a una segunda partida simétrica e igualmente predestinada. El otro plano ¿comprende? El plano personal, desenvuelto en lucha. Al principio me resistí a creerlo, porque era tan absurdo, pero luego tuve que rendirme a la evidencia. Había animosidad allí, había un rencor instintivo de ambos lados. Y ese conflicto tenía misteriosas correspondencias con la partida de ajedrez, tenía su mismo crescendo, idénticos augurios de catástrofe y aplastamiento. Era como si Redwolf, llevado por una de esas manías de los viejos y los solitarios, no se conformara con ganar sobre el tablero; como si le quedara otra instancia superior que dirimir y adjudicarse. Era un tempestuoso. Era, y usted sabe las reservas con que yo uso esta palabra, tan malvado. En cada una de sus frases latía un sarcasmo. Pero había que desmenuzar la frase para encontrar el sarcasmo, y eso lo hacía doblemente doloroso. ¡Ah, si mi amigo no hubiera sido tan inteligente! Pero Redwolf desplegaba su vida como una bandera, y desafiaba. ¿Qué no había hecho él? Hablaba de los tigres que cazó en Asia, de las negras que violó en Kenya, de los indios que mató a tiros en la Guayana. A veces parecía inventar, aunque sus referencias eran siempre muy exactas. Y de tanto en tanto, como un leit-motiv, surgía el recuerdo de sus dos años en la Argentina, a comienzos de siglo. También aquí (decía) lo habían querido las mujeres. Una sobre todo. Pero tuve que dejarla, usted comprende. Fue un lío. Lizbeth, I called her. Or Lizzie. La llamaba Lizbeth, a veces Lizzie.

“Aguirre se defendía del mejor modo posible. Escatimaba detalles de su pasado. Pero el otro volvía a la carga. ‘Cuénteme algo de usted. Su país habrá progresado mucho. Dejamos buenos ferrocarriles allí. A propósito, ¿por qué no abandona la partida? You are lost, you know. Está perdido.

“Luego recaía en la crónica de sus amores. Lizzie tenía ojos muy hermosos, indolentes y serios. Sus ojos se arrepentían de sus labios. Y no sólo de sus labios. Redwolf, impávido, degradaba con sutiles indecencias el viejo tiempo muerto. Componía abominables juegos de palabras (Lazy Lizzie), retruécanos, jactancias. Era toda una técnica la suya. El plano personal había pasado a primer término. Empezaba por arrasarlo todo en ese plano, y luego, en la última línea, pasaba al otro, a la partida de ajedrez, y atestaba un nuevo golpe. Caballo-Seis-Torre, creck. ¡Jaque!

“-Aguirre, yo también creo que usted está perdido –le dije.

“-Sin duda –contestó en voz muy baja-. Pero se me ha ocurrido una idea, una última idea.

“Pasaron aún dos meses antes que volviera a encontrarme con mi amigo. Había recibido carta con la jugada decisiva de Redwolf. Se encontraba en la clásica posición de zugzwang que él había previsto. No tenía salida.

“Sin embargo, no parecía tan desesperado como otras veces. Estaba casi tranquilo. Le pedí la carta de Redwolf.

“Presumo que la partida termina aquí –decía el remoto, inverosímil anciano-. No creo que usted quiera jugar otra. Por eso apresurarme a contarle el final de la historia. Lizzie

se mató, y creo que fue por mí. Se tiró al paso de un tren. Tratando de evitar el accidente, el maquinista arruinó los frenos. Me tocó repararlos, por una de esas coincidencias. Yo tenía particular aprecio por aquella locomotora. También por Lizzie, pero la pobre no era rival para nuestros constructores de Birmingham. Sin embargo, debo decirle que cuando supe lo que había hecho Liz, comprendí que su país entraba en la civilización. En el Congo no me hubiera ocurrido nada semejante. Pobre Liz-Lizzie-Lizbeth. Me ha quedado una foto suya. Estaba muy hermosa, en una hamaca al pie de un árbol... Ya no recuerdo si fue en octubre o en noviembre de 1907”.

“Hernández, usted dirá que soy un estúpido, pero sólo en ese momento quise comprender. Sólo en ese momento identifiqué aquellos nombres, aquellos diminutivos, como una sencilla progresión aritmética: Liz-Lizzie, Lizbeth, Isabel, María Isabel.

“Aguirre estaba muy pálido ahora, y clavaba los ojos en el tablero, en la posición irremediable.

-¿Qué piensa hacer? –le dije-. Cualquier cosa que haga, pierde.

Se volvió hacia mí con un brillo extraño en los ojos.-Cualquier cosa, no –repuso sordamente.”

Eran las cuatro de la madrugada. Sólo el comisario y yo quedábamos en el café.

-¿La partida terminó ahí? –pregunté-. ¿La historia termina ahí?

-Ya le dije una vez que nada termina del todo, nunca. Pero, si se empeña, puedo darle un provisional epílogo. Mi amigo desapareció durante un tiempo, bastante largo. Cuando volvió, me dijo que había estado en el extranjero, y no quiso agregar más.

“Pero yo soy muy curioso. ¿Recuerda aquel bastón con que andaba siempre? Lo desarmé en su presencia, la saqué la punta y apareció la aguda hoja del estoque. Aún tenía una mancha de color ladrillo, un hilo de sangre coagulada. El me miró sin rencor. Había recobrado el aspecto dulce y tímido de un niño.

“-Redwolf, red blood –dijo mansamente-. Yo también sé hacer juegos de palabras.

“Los diarios ingleses comentaron durante algún tiempo el asesinato de Finn Redwolf, en su residencia de Escocia, sin ahorrarse los detalles truculentos.”

-¿Sabía su amigo, cuando empezó la partida, que Redwolf era el culpable de la muerte de María Isabel?

-No lo creo. A lo sumo sabía que era extranjero. Tal vez logró averiguar que le gustaba el ajedrez. Esa pudo ser la fuente secreta que lo impulsaba a jugar por correspondencia, en busca de su misterioso enemigo.

-No es un mal argumento. Sin embargo, para que su historia tuviese auténtico suspenso, final sorpresivo y todo lo demás, el seductor castigado debió ser otro.

-¿Usted, Hernández? –Preguntó con desdén-.

-El pescador de Hong-Kong –dije suavemente-. Pero, ¿qué hizo usted, comisario?

-Yo, ¿qué podía hacer? Estaba jubilado, y el crimen ocurrió fuera de mi jurisdicción. Y después de todo, ¿fue un crimen?

“Que el azar no le depare a usted estos dilemas. Si no denunciaba a mi amigo, hacía mal, porque mi deber, etcétera. Y si lo denunciaba y lo arrestaban, también hacía mal, porque con todo mi corazón yo lo había justificado. Sólo puedo decirle que Aguirre murió dos años después, y no en la cárcel, sino en su cuarto, de vejez y cansancio y de desgracia. Pero en todo ese tiempo me sentí incómodo, me sentí en una de esas típicas posiciones... bueno usted sabe.

Nos echamos a reír al mismo tiempo y salimos a la calle. Amanecía. Un mozo soñoliento cerró la cortina del bar “Rivadavia”, como quien baja un telón.

El lápiz

[Cuento - Texto completo.]

Raymond Chandler

NOTA INTRODUCTORIA

Este es mi primer relato de Marlowe desde hace veinte años y lo he escrito específicamente para Inglaterra. Me he negado a escribir relatos cortos por sistema porque considero que mi elemento natural son los libros, pero me convencieron de que escribiera este porque me dio la impresión de que algunas personas a las que tengo en una alta consideración querían que lo hiciera y siempre quise escribir una historia sobre la técnica de los asesinos del Sindicato.

RAYMOND CHANDLER, 1959

1

Era un hombre ligeramente gordo con una sonrisa poco honrada que le estiraba las comisuras de la boca un centímetro y dejaba los labios gruesos en tensión y los ojos entristecidos. Para ser un hombre tirando a gordo caminaba despacio. La mayoría de los gordos son de pies ágiles y ligeros. Llevaba un traje de espiguilla gris y una corbata pintada a mano en la que se veía un trozo de chica tirándose al agua. Llevaba la camisa limpia, cosa que me tranquilizó, y los mocasines marrones, que combinaban con el traje tan mal como la corbata, brillaban con un lustrado reciente.

Se escurrió a mi lado mientras sujetaba la puerta entre la sala de espera y mi salón de filosofar. Una vez dentro, echó una rápida mirada alrededor. Si me lo preguntan, lo habría catalogado de gánster en segundo grado. Y por una vez tendría razón. Si llevaba pistola, la tenía dentro del pantalón. La chaqueta era demasiado estrecha para ocultar el bulto de una sobaquera.

Se sentó con cuidado y yo me senté enfrente y nos miramos. Tenía una especie de impaciencia zorruna en la cara. Sudaba un poco. La expresión de mi cara pretendía ser interesada pero no obsequiosa. Busqué una pipa y el humidificador de cuero en el que guardaba el tabaco Pearce. Empujé unos cigarrillos hacia él.

—No fumo. —Tenía una voz oxidada. No me gustó más de lo que me gustaban su ropa o su cara. Mientras cargaba la pipa metió la mano dentro de la chaqueta, rebuscó en un bolsillo, salió con un billete, lo miró y lo soltó encima de la mesa de despacho delante de mí. Era un bonito billete limpio y nuevo. De mil dólares.

—¿Alguna vez ha salvado la vida de un tipo?

—Puede que de vez en cuando.

—Entonces salve la mía.

—¿Cuál es el tema?

—Tengo entendido que sabe ponerse a la altura de sus clientes, Marlowe.

—Por eso sigo siendo pobre.

—Yo todavía tengo dos amigos. Usted será el tercero y saldrá de los números rojos. Hay cinco de los grandes para usted si me libra del problema.

—¿Qué problema?

—Esta mañana está muy charlatán. ¿No se huele quién soy?

—Pues no.

—No ha estado nunca en el Este, ¿eh?

—He estado..., pero no jugaba en su equipo.

—¿Y de qué equipo se trata?

Ya me estaba cansando del tema. Dije:

—Déjese ya de tanta salida graciosa o coja su billete y desaparezca.

—Soy Ikky Rosenstein. Habré desaparecido de hecho si a usted no se le ocurre cómo salir. Suponga.

—Yo ya he supuesto. Ahora dígamelo usted y dígamelo deprisita. No tengo todo el día para ver cómo me va alimentando con cuentagotas.

—Dejé tirada a la Organización. Y los de arriba no están por esa labor. Para ellos eso significa que si sabes algo que te figuras que puedes colocar, o si tienes ideas independientes, te quedas sin refresco. Yo me quedé sin refresco. Estaba hasta aquí. — Se tocó la nuez con el dedo índice de la mano estirada—. He hecho cosas malas. He asustado y hecho daño a varios tipos. Pero nunca maté a nadie. Eso para la Organización no es nada. Me he quedado fuera de su línea. Así que entonces van y cogen el lápiz y te tachan con una línea. Entendí el mensaje. Sus operarios están de camino. Cometí una grave equivocación. Intenté esconderme en Las Vegas. Me figuré que nunca se esperarían que me ocultara en su propio terreno. Pero fueron más listos. Lo que yo hice ya se ha hecho antes, pero no lo sabía. Cuando cogí el avión de Los Ángeles debía de haber alguien ya dentro. Saben dónde vivo.

—Múdese.

—Ahora ya no sirve. Estoy vigilado.

Sabía que tenía razón.

—¿Cómo es que no se han ocupado ya de usted? —le pregunté.

—No hacen las cosas así. Siempre con especialistas. ¿No sabe usted cómo funciona?

—Más o menos. Un tipo con una bonita ferretería en Búfalo. Un tipo con una granja lechera pequeña en Kansas City. Siempre una buena tapadera. Y luego informan a Nueva York o a donde sea. Cuando se suben al avión hacia el Oeste o a donde vayan, llevan armas en los maletines. Son gente callada y bien vestida y no se sientan juntos. Podrían ser un par de abogados especialistas en pasteos fiscales... cualquier cosa que exija buenas maneras y aspecto discreto. Los maletines los lleva toda clase de gente. Mujeres incluidas.

—Correcto como el demonio —dijo—. Y cuando aterrizan ya saben cómo ir a por mí, pero no desde el campo de aviación. Tienen sus sistemas. Y si voy a la poli, alguien ya sabrá quién soy. Por lo que yo sé, pueden muy bien tener un par de muchachos de la Mafia en el mismo consejo municipal. Ya lo han hecho antes. La bofia me daría veinticuatro horas para marcharme de la ciudad. Así que para qué. ¿México? Peor que aquí. ¿Canadá? Mejor, pero sigue sin ser bueno. Allí también tienen conexiones.

—¿Australia?

—No puedo tener pasaporte. Llevo aquí veinticinco años de ilegal. Pero no pueden deportarme si no me pueden demostrar un delito. Los de la Organización se ocuparán de que no lo hagan. Suponga que me meten en el refrigerador. En veinticuatro horas me sacan con una orden judicial. Y mis queridos amigos tendrán un coche esperando para llevarme a casa..., solo que no exactamente a casa.

Ya tenía la pipa encendida y en perfecta marcha. Fruncí el ceño al mirar el billete de mil. Yo podría darle un uso estupendo. Mi cuenta del banco podía besar la acera sin agacharse.

—Tratemos de no marear la perdiz —dije—. Suponga, solo suponga, que se me ocurre una salida para usted. ¿Cuál sería su próximo movimiento?

—Sé de un sitio... siempre que pudiera llegar allí sin que me sigan. Dejaría mi coche aquí y cogería uno de alquiler. Lo devolvería justo al borde de la frontera del condado y me compraría uno de segunda mano. A medio camino de donde me dirijo lo cambiaría por un último modelo nuevo, un saldo. Ahora es el mejor momento del año. Buenos descuentos, con los modelos nuevos a punto de salir. No es por ahorrar dinero..., es para que se note menos. Adonde iré es un lugar de buen tamaño, pero todavía muy limpio.

—Ajá —dije—. Wichita, el último que oí. Pero puede haber cambiado.

Me miró ceñudo.

—Sea usted inteligente, Marlowe, pero no se me pase de listo —dijo.

—Me pasaré de listo tanto como quiera. No intente ponerme reglas. Si acepto este caso, no hay reglas. Lo acepto a cambio de ese grande, y lo demás, lo decido yo. No me cabree. Igual filtro información. Si me quitan del medio, usted límitese a poner una sola rosa roja en mi tumba. No me gustan las flores cortadas. Me gusta verlas crecer. Pero puedo aceptar una, porque usted es un personaje encantador. ¿Cuándo llega el avión?

—Hoy, no sé a qué hora. Son nueve horas desde Nueva York. Probablemente llegue sobre las cinco y media de la tarde.

—Podrían venir por San Diego y transbordar o por San Francisco y transbordar. Hay un montón de aviones desde Dago y Frisco. Necesito un ayudante.

—Maldita sea, Marlowe...

—Tranquilo. Conozco a una chica. Hija de un jefe de policía que se arruinó por ser honrado. No soltará prenda si la torturan.

—No tiene usted derecho a hacerla arriesgarse —dijo Ikky, irritado.

Me quedé tan atónito que la mandíbula me colgaba hasta medio camino de la cintura. La cerré lentamente y tragué saliva.

—¡Dios santo, este hombre tiene corazón!

—Las mujeres no están hechas para el trabajo de riesgo —rezongó.

Cogí el billete de mil dólares y me lo embolsé.

—Lo siento. No hay recibo —dije—. No puedo permitir que lleve mi nombre en su bolsillo. Y no habrá ningún trabajo de riesgo si tengo suerte. Ahí me darían un repaso. Solo hay una forma de hacer el trabajo. Ahora deme su dirección y todo el material que se le ocurra, nombres, descripciones de cualquier operario que haya visto en carne y hueso...

Eso hizo. Era un observador de primera. El problema era que la Organización sabría lo que el hombre había visto. Los operarios serían desconocidos para él.

Se puso de pie en silencio y me tendió la mano. Tuve que estrechársela, pero lo que había dicho de las mujeres lo hizo más fácil. Tenía la mano húmeda. En su situación, también la mía lo hubiera estado. Hizo un saludo con la cabeza y se marchó en silencio.

2

Era una calle tranquila de Bay City, si es que en esta generación beatnik quedan calles tranquilas en las que puedas dar cuenta de una comida sin que algún estómago de cantante macho o hembra te eructe lo del amor ese que está tan pasado de moda como un miriñaque, o un órgano Hammond meta sus síncoas hasta en la sopa de los clientes.

La casita de una planta era tan pulcra como un delantal recién lavado. El césped de delante estaba segado con primor y muy verde. El camino de entrada, de suave pavimento, estaba limpio de puntos de grasa de coches estacionados, y el seto que lo rodeaba como si cada día recibiera la visita del barbero. La puerta blanca tenía una aldaba con una cabeza de tigre, y una ventanita emplomada con una mirilla que permitía

que cualquiera de dentro pudiese hablar con alguien de fuera sin tener siquiera que abrir la ventanita.

Yo hubiera hipotecado la pierna izquierda por vivir en una casa como aquella. Pero no creía que nunca llegara a tener la ocasión de hacerlo.

El timbre resonó en el interior y al cabo de un ratito abrió la puerta una mujer con una camisa deportiva azul claro y pantalones blancos cortos, lo bastante cortos para resultar amigables. Tenía los ojos de un color azul grisáceo, pelo rojo oscuro y huesos delicados en la cara. Solía ostentar un rastro de amargura en la mirada. No podía olvidar que a su padre le había destrozado la vida una banda que manejaba un casino flotante con todo su poder corrupto, y que su madre también había muerto. Había conseguido liquidar la amargura cuando se dedicó a escribir tonterías sobre amores juveniles en las revistas de papel cuché. Pero esa no era su vida. La verdad es que no tenía verdadera vida. Tenía una existencia sin demasiado dolor y suficiente dinero petrolero para que fuera segura. Pero si la apretaban era tan fría y con tantos recursos como un buen policía. Se llamaba Anne Riordan.

Se hizo a un lado y pasé muy pegado a ella. Pero yo también tengo mis normas. Cerró la puerta, se instaló en un sofá y puso en marcha la rutina del cigarrillo, y allí teníamos a una muñequita con fuerza suficiente para encender su propio cigarrillo.

Yo me quedé de pie, mirando en torno. Había algunos cambios, no demasiados.

—Necesito que me ayudes —dije.

—Esas son las únicas veces que te veo.

—Tengo un cliente que es un exmafioso; antes hacía de apagafuegos para la Organización, la gran banda, el sindicato del crimen, el nombre que quieras utilizar. Sabes condenadamente bien que eso existe y que son tan ricos como Rockefeller. Y que no puedes acabar con ellos porque no hay suficientes personas que quieran hacerlo, y especialmente todos esos abogados de un millón al año que trabajan para ellos, y los colegios de abogados que parecen más preocupados por proteger a sus asociados que a su país.

—Dios mío, ¿es que te presentas a unas elecciones? Nunca te había oído predicar tanta pureza.

Cambió de lado las piernas, no de un modo provocativo, porque no era su estilo, pero de todas maneras me ponía difícil seguir pensando con claridad.

—Deja de mover tanto las piernas —le dije—. O si no ponte unos pantalones.

—Al diablo contigo, Marlowe. ¿No puedes pensar en otra cosa?

—Lo intentaré. Me gusta pensar que sé que por lo menos hay una chica guapa y encantadora que no tiene los talones redondos. —Tragué saliva y continué—. Mi hombre se llama Ikky Rosenstein. No es guapo ni tiene nada de lo que a mí me gusta... excepto una cosa. Se enfadó cuando le dije que necesitaba una ayudante femenina. Dijo que las mujeres no estaban hechas para trabajos de riesgo. Por eso acepté el trabajo.

Para un gánster de verdad, una mujer significa lo mismo que un saco de harina. Utilizan a las mujeres del modo normal, pero si es aconsejable librarse de ellas, lo hacen sin pensárselo dos veces.

—Hasta ahora todo lo que me has contado no es más que un montón de nada. Igual necesitas un café o una copa.

—Eres encantadora, pero no tomo por las mañanas... excepto alguna vez y esta no es una de ellas. Café más tarde. A Ikky le han puesto la marca de lápiz.

—¿Y eso qué es?

—Tienes una lista. Trazas una línea de lápiz encima de un nombre. Y este tipo puede darse por muerto. La Organización tiene sus razones. Ya no hacen las cosas solo por placer. Ahora no sacan placer. Para ellos es contabilidad.

—¿Y qué diantre puedo hacer yo? Incluso podría decir, ¿qué puedes hacer tú?

—Intentarlo. Y lo que tú puedes hacer es ayudarme a identificar su avión y ver a dónde van luego... los operarios que tienen asignado el trabajo.

—Sí, pero ¿qué puedes hacer tú?

—He dicho que puedo intentarlo. Si tomaron un avión nocturno ya andan por aquí. Si tomaron uno por la mañana estarán aquí antes de las cinco o por ahí. Tiempo suficiente para organizarse. Ya sabes qué aspecto tienen.

—Oh, ya lo creo. Trato asesinos todos los días. Los invito a tomarse whisky sour y caviar con pan tostado —sonrió. Mientras sonreía di cuatro zancadas largas sobre la alfombra estampada de color canela y la levanté y le coloqué un beso en la boca. No me lo impidió, pero tampoco se me puso temblorosa. Volví a mi sitio y me senté.

—Tienen el aspecto de cualquiera que ande en una profesión u oficio tranquilo y confortable. Llevan ropa discreta y son educados cuando quieren serlo. En los maletines llevarán unas armas que han cambiado tantas veces de mano que es imposible seguirles la pista. Cuando realicen el trabajo, si lo realizan, se desharán de las armas. Probablemente utilicen revólveres, pero pueden usar automáticas. No usan silenciadores porque los silenciadores pueden encasquillar el arma y el peso hace más difícil afinar la puntería. No se sentarán juntos en el avión, pero en cuanto se bajen pueden hacer ver que se conocen y que simplemente no se habían visto durante el vuelo. Tal vez se estrechen la mano con sonrisas adecuadas y echen a andar juntos y se suban al mismo taxi. Creo que primero se irán a un hotel. Pero enseguida se cambiarán a algún lugar desde donde puedan vigilar los movimientos de Ikky y establecer sus rutinas. No tendrán ninguna prisa a no ser que Ikky inicie algún movimiento. Eso les alertaría de que Ikky ha sido alertado. Dice que todavía le quedan un par de amigos.

—¿Y le dispararán desde esa habitación o apartamento al otro lado de la calle, suponiendo que lo haya?

—No. Le dispararán a un metro de distancia. Irán andando por detrás de él y le dirán: «Hola, Ikky». Y él o se quedará helado o se volverá. Lo llenarán de plomo, tirarán las

pistolas y se irán corriendo en el coche que tenían esperando. Luego se irán detrás del coche guía para abandonar la escena del crimen.

—¿Y quién conduce ese coche guía?

—Algún ciudadano de aquí bien instalado y fuera de sospecha, que no esté fichado. Y será su propio coche. Les despejará el camino, incluso aunque circunstancialmente tenga que chocar adrede contra alguien, incluso un coche de la policía. Y se mostrará tan terriblemente compungido que correrán las lágrimas por la camisa con iniciales abajo. Y los asesinos ya estarán lejos.

—Cielo santo —dijo Anne—. ¿Cómo puedes soportar vivir así? Si tú se lo resuelves, los otros te mandarán los operarios a ti.

—No lo creo. No matan a los legales. Las culpas se las cargarán los operarios. Recuerda que esos gánsteres de la cúpula son gente de negocios. Lo que quieren son montones y montones de dinero. Y solo se ponen duros de verdad cuando deciden que tienen que librarse de alguien y eso es lo que menos desean. Siempre es posible una metedura de pata. No muy posible. Nunca se ha resuelto un asesinato de gánsteres ni aquí ni en ninguna otra parte excepto dos o tres veces. Frieron a Lepke Buchalter. ¿Te acuerdas de Anastasia? Era muy grande y muy duro. Demasiado grande y demasiado duro. Lápiz.

—Creo que yo sí que necesito una copa —dijo con un pequeño estremecimiento.

Le sonreí.

—Estás en el ambiente adecuado, cariño. Yo aflojo.

Vino con un par de vasos altos de whisky escocés. Mientras los bebíamos dije:

—Si los descubres o si crees que los has descubierto, síguelos a donde vayan, si puedes hacerlo sin riesgo. Si es a un hotel, y pongo diez a uno que lo será, coge una habitación y no dejes de llamarme hasta que me encuentres.

Conocía el número de mi despacho y que seguía en la avenida Yucca. Eso también lo sabía.

—Eres un tipo de lo más puñetero —dijo ella—. Las mujeres hacen todo lo que tú quieres. ¿Cómo es que sigo siendo virgen a los veintiocho?

—Necesitamos unas cuantas como tú. ¿Por qué no te casas?

—¿Con quién? ¿Con algún casanova cínico al que no le queda más que técnica? No conozco a ningún hombre realmente agradable... excepto tú. Y no ando en busca de dientes blancos y sonrisas relucientes.

Fui junto a ella y la puse de pie. Le dí un beso largo y apretado.

—Yo soy sincero —casi le susurré—. Eso ya es algo. Pero estoy demasiado baqueteado para una chica como tú. He pensado en ti, te he deseado, pero esa mirada clara y dulce de tus ojos me dice que me aparte.

—Tómame —dijo en voz baja—. Yo también tengo sueños.

—No podría. No es la primera vez que me sucede. He tenido demasiadas mujeres para merecerme una como tú. Ahora tenemos que salvar la vida de un hombre. Me voy.

Me miró marchar, allí de pie, con cara seria.

Las mujeres que consigues y las mujeres que no consigues... viven en mundos distintos. No desdeño ninguno de esos mundos. Vivo en ambos.

Rhadamanthos

[Cuento - Texto completo.]

Silvina Ocampo

La envidiaba por sus pecados con una envidia que la carcomía, una envidia que no la dejaba descansar, y ahora, ahí estaba, muerta. Nada en el mundo podría resucitarla. Ahí estaba, muerta como una piedra preciosa, que no sufre, con todos los honores, con todas las ceremonias. ¡Ni siquiera desfigurada! Y si lo hubiera estado, alguien se hubiera encargado de ver en ella un encanto nuevo, el encanto de sus imperfecciones. Joven, nada le quitaría la juventud; tranquila, nada le quitaría la tranquilidad; impura, nada le quitaría su aparente pureza. Las iniciales, sobre el paño negro del coche fúnebre, brillaban, y sus retratos ya se repartían entre los amigos de la casa. No había modo de contener las lágrimas que vertían por ella un hijo de ocho años, un marido de treinta y esa corte ridícula de amigos que la admiraban, aún más que antes. En los armarios, aquellos vestidos que olían a perfume, serían sus delegados. Con ellos el recuerdo maquinaría costumbres, ritos en su memoria. Las santas tienen altares, pero ella, que se había suicidado, tendría en cada corazón alguien que suspiraba secretamente por su memoria.

Injusticias de la suerte, pensaba Virginia, mientras subía las escaleras. *Yo que he sufrido tanto, yo que soy pura, yo que tengo a veces cara de muerta, yo que no tengo miedo a nadie, yo no me he suicidado. Nadie llora por mí.*

Entró en el cuarto donde la velaban. Flores, las flores que le agradaban tanto, la cubrían. En la luz trémula de los cirios brillaban la frente, los pómulos, las mejillas, el cuello y los labios, como si estuviese viva. Ninguno de sus defectos se veía, ni los dedos de los pies, que eran tan insólitos, ni las piernas demasiado fuertes. Se había arreglado, peinado, pintado, para torturarla.

Para no verle la cara se arrodilló; para no pensar en ella rezó. Un zumbido de voces le llenó los oídos. La gente hablaba, ¿de qué? Sólo de ella. Era pura, decían, como la luz. Se puso de pie. Por suerte nadie advierte en las miradas los íntimos sentimientos de un ser.

Virginia se dirigió al dormitorio de la muerta. Buscó el peine, para peinarse, buscó el lápiz de los labios, para pintarse, buscó el perfume, para perfumarse, y se miró en el espejo. Salió de la casa apresuradamente; entró en una tienda donde compró papel de cartas (el papel que tenía en su casa era un papel ordinario). Caminó por la calle mirando la punta de sus zapatos de bruja; subió por un ascensor interminable, abrió una puerta y entró en su cuarto. Se puso a escribir maravillosas cartas de amor dirigidas a la muerta, revelando en ellas, con toda suerte de subterfugios, la vida monstruosa, impura, que le atribuía. Al pie de las cartas firmaba con el nombre del supuesto amante. En una noche, mientras velaban a la muerta, escribió veinte cartas, cuyas fechas abarcaban toda una vida de amor.

A la mañana siguiente, al alba, hizo un paquete con las cartas, las ató con la cinta rosada de uno de sus camisones, las llevó a la casa mortuoria y las depositó en el armario de la muerta.

El crimen perfecto

[Cuento - Texto completo.]

Silvina Ocampo

Gilberta Pax quería vivir tranquila. Cuando me enamoré de ella, yo creía lo contrario y le ofrecí todo lo que un hombre de mi posición puede ofrecer a una mujer para que se viniera a vivir conmigo, ya que no podíamos casarnos. Durante uno o dos años nos vimos en lugares incómodos y caros. Primero en automóviles, después en cafés, después en cines de mala reputación, después en hoteles un poco sucios. Cuando no le rogué sino exigí que viviera conmigo, me respondió:

– ¡No puedo!– ¿Por qué? –interrogué–. ¿Por tu marido?

–Por el cocinero –susurró, y salió corriendo.

Con ira, al día siguiente, le pedí una explicación. Me la dio.

–No conoces mi casa, parece un hotel –me dijo–. Cinco personas viven en ella; a más de mi marido, mi tío, una de sus hermanas y sus dos hijos. Todo lo quieren perfecto, especialmente la comida; pero Tomás Mangorsino, el cocinero–desde hace ocho años está en la casa– se burlaba de nosotros. Aunque la presentación de cada plato fuera muy decorativa, cada día cocinaba peor. Con el pelo oliendo a grasa, porque me olvidaba de cubrirlo con un pañuelo, yo pasaba la mañana pidiéndole que cocinara como en sus buenos tiempos. Mangorsino me miraba con cierta compasión, pero jamás me obedecía. Una mañana que lo visité con una salida de baño rosada y con una gorra de material plástico verde, de esas con las cuales uno podría ir a un baile, me miró con tanta insistencia, que le pregunté:

– ¿Qué le sucede, Mangorsino?

– ¿Qué me sucede? Que la señora está tan linda esta mañana que no se reconoce.

Fue entonces cuando me vino la idea de sacrificarme por mi deber de ama de casa, y seducirlo. Como si él lo hubiera adivinado, cambió de conducta, pero sólo para mí. Mandaba postres de merengue, con formas alusivas a su amor, en porciones para una sola persona. Cuando me hablaba, en la entonación de su voz yo adivinaba la reprimida ternura.

–Va a hacer unos tallarines con una masa liviana.

–La voy a amasar muy bien –me decía, mirándome en los ojos.

O si no:

– ¿Y la empanada que me gusta?

–La doraré. Sé que le agrada.

–Y para el té ¿qué hará?

–Besitos de Venus.

Todo lo decía comiéndome con sus ojos de lobo. Accedí a sus requerimientos, pero las cosas no cambiaron mucho. Me mandaba un plato para mí, con la prohibición de comer lo que rellenaba la fuente, la parte de los otros, más barata y menos fresca. La sirvienta me susurraba, al colocar el plato sobre la mesa, frente a mi asiento:

–Esto es para la señora, que está un poco delicada del estómago.

La situación se prolongó angustiosamente. Mientras el resto de la familia se retorció de dolor de barriga, yo comía manjares succulentos, que si no hubieran puesto en peligro mi esbeltez, me hubieran deleitado.

–Mi marido quiere comer hongos (yo los odio, no los como ni por un pastel) y pavita, mis hijos –le dije un día. Casi me estrangula.

–Son muy caros –respondió.

Simultáneamente los malentendidos comenzaron a traer disturbios en nuestra relación. Mientras afila los cuchillos mira mi cuello con insistencia. Yo le tengo miedo ¿por qué negarlo? Cuando retuerce un trapo de rejilla, sé que esta retorciendo mi cuello; cuando corta la carne, corta la mía. De noche no duermo. Soy esclava de sus caprichos.

–No te aflijas –dije a Gilberta–. ¿Dónde compra la carne y las verduras?–Tengo la dirección en mi libreta –me dijo–. Junín 1000. ¿Piensas matarlo?

–Algo mejor –le respondí.

Era pleno invierno y fui al campo a juntar hongos. Los traje en una bolsa. Pedí a Gilberta una fotografía de Tomás Mangorsino.

–¿Para que la quieres? –preguntó.

–Yo también tengo caprichos –respondí, y me la traje. Para llevar a cabo mi plan, tenía que saber cómo era Mangorsino. Después de averiguar a qué horas iba al mercado, me aposté en la esquina donde sabía que pasaba a las siete de la mañana. Un hombre pasó con un impecable traje gris y una bufanda marrón. Consulté la fotografía: era Mangorsino.

–Hongos regalados –grité, con voz de mercachifle–, fresquitos.

Mangorsino se detuvo, miró mis guantes. No quiero dejar mis impresiones digitales, por precaución.

–¿Cuánto valen?–Cinco pesos –dije con pronunciación extranjera.

–Démelos –dijo, sacando plata de un bolsillo interminable.

Al día siguiente, en el diario de la tarde, leí la noticia. Murió una familia entera, envenenada por hongos comprados en la calle por el cocinero Mangorsino. La única sobreviviente es la señora Gilberta Pax. Acudí a la casa, donde Gilberta me esperaba. Nada le dije de lo que yo había hecho. Un crimen tan complicado y sutil no se confía al ser que uno más ama en el mundo, ni a la almohada. Me contó que la familia indignada

y moribunda no perdió la cabeza: al sentir los primeros síntomas de envenenamiento había corrido con tenedores a la cocina para obligar por la fuerza a Mangorsino a comer los hongos venenosos, por lo que el pobre también murió. Mi crimen fue pasional y lo que es más raro, perfecto.

Cavar un foso

[Cuento - Texto completo.]

Adolfo Bioy Casares

Raúl Arévalo cerró las ventanas y las persianas, ajustó los pasadores, uno por uno, cerró las dos hojas de la puerta de entrada, ajustó el pasador, giró la llave, colocó la pesada tranca de hierro.

Su mujer, acodada al mostrador, sin levantar la voz dijo:

—¡Qué silencio! Ya no oímos el mar.

El hombre observó:

—Nunca cerramos, Julia. Si viene un cliente, la hostería cerrada le llamará la atención.

—¿Otro cliente, y a media noche? —protestó Julia—. ¿Estás loco? Si vinieran tantos clientes no estaríamos en este apuro. Apaga la araña del centro.

Obedeció el hombre; el salón quedó en tinieblas, apenas iluminado por una lámpara, sobre el mostrador.

—Como quieras —dijo Arévalo, dejándose caer en una silla, junto a una de las mesas con mantel a cuadros—, pero no sé por qué no habrá otra salida.

Eran bien parecidos, tan jóvenes que nadie los hubiera tomado por los dueños. Julia, una muchacha rubia, de pelo corto, se deslizó hasta la mesa, apoyó las manos en ella y, mirándolo de frente, de arriba, le contestó en voz baja, pero firme:

—No hay.

—No sé —protestó Arévalo—. Fuimos felices, aunque no ganamos plata.

—No grites —ordenó Julia.

Extendió una mano y miró hacia la escalera, escuchando.

—Todavía anda por el cuarto —exclamó—. Tarda en acostarse. No se dormirá nunca.

—Me pregunto —continuó Arévalo— si cuando tengamos eso en la conciencia podremos de nuevo ser felices.

Dos años antes, en una pensión de Necochea, donde veraneaban —ella con sus padres, él solo—, se habían conocido. Desearon casarse, no volver a la rutina de escritorios de Buenos Aires y soñaron con ser los dueños de una hostería, en algún paraje apartado, sobre los acantilados, frente al mar. Empezando por el casamiento, nada era posible, pues no tenían dinero. Una tarde que paseaban en ómnibus por los acantilados vieron una solitaria casa de ladrillos rojos y techo de pizarra, a un lado del camino, rodeada de pinos, frente al mar, con un letrero casi oculto entre los ligustros: ideal para hostería. se vende. Dijeron que aquello parecía un sueño y, realmente, como si hubieran entrado en un sueño, desde ese momento las dificultades desaparecieron. Esa misma noche, en uno

de los dos bancos de la vereda, a la puerta de la pensión, conocieron a un benévolo señor a quien refirieron sus descabellados proyectos. El señor conocía a otro señor, dispuesto a prestar dinero en hipoteca, si los muchachos le reconocían parte de las ganancias. En resumen, se casaron, abrieron la hostería, luego, eso sí, de borrar de la insignia las palabras «El Candil» y de escribir el nombre nuevo: «La Soñada».

Hay quienes pretenden que tales cambios de nombre traen mala suerte, pero la verdad es que el lugar quedaba a trasmano, estaba quizá mejor elegido para una hostería de novela —como la imaginada por estos muchachos— que para recibir parroquianos. Julia y Arévalo advirtieron por fin que nunca juntarían dinero para pagar, además de los impuestos, la deuda al prestamista, que los intereses vertiginosamente aumentaban. Con la espléndida vehemencia de la juventud rechazaban la idea de perder La Soñada y de volver a Buenos Aires, cada uno al brete de su oficina. Porque todo había salido bien, que ahora saliera mal les parecía un ensañamiento del destino. Día a día estaban más pobres, más enamorados, más contentos de vivir en aquel lugar, más temerosos de perderlo, hasta que llegó, como un ángel disfrazado, mandado por el cielo para probarlos, o como un médico prodigioso, con la panacea infalible en la maleta, la señora que en el piso alto se desvestía, junto a la vaporosa bañadera donde caía a borbotones el agua caliente.

Un rato antes, en el solitario salón, cara a cara, en una de las mesitas que en vano esperaban a los parroquianos, examinaron los libros y se hundieron en una conversación desalentadora.

—Por más que demos vuelta los papeles —había dicho Arévalo, que se cansaba pronto— no vamos a encontrar plata. La fecha de pago se viene encima.

—No hay que darse por vencido —había replicado Julia.

—No es cuestión de darse por vencido, pero tampoco de imaginar que hablando haremos milagros. ¿Qué solución queda? ¿Carlitas de propaganda a Necochea y a Miramar? Las últimas nos costaron sus buenos pesos. ¿Con qué resultado? El grupo de señoras que vino una tarde a tomar el té y nos discutió la adición.

—¿Tu solución es darse por vencido y volver a Buenos Aires?

—En cualquier parte seremos felices.

Julia le dijo que «las frases la enfermaban»; que en Buenos Aires ninguna tarde, salvo en los fines de semana, estarían juntos; que en tales condiciones no sabía por qué serían felices, y que además, en la oficina donde él trabajaría, seguramente habría mujeres.

—A la larga te gustará la menos fea —concluyó.

—Qué falta de confianza —dijo él.

—¿Falta de confianza? Todo lo contrario. Un hombre y una mujer que pasan los días bajo el mismo techo, acaban en la misma cama. Cerrando con fastidio un cuaderno negro, Arévalo respondió:

—Yo no quiero volver, ¿qué más quiero que vivir aquí?, pero si no aparece un ángel con una valija llena de plata...

—¿Qué es eso? —preguntó Julia.

Dos luces amarillas y paralelas vertiginosamente cruzaron el salón. Luego se oyó el motor de un automóvil y muy pronto apareció una señora, que llevaba el chambergo desbordado por mechones grises, la capa de viaje algo ladeada y, bien empuñada en la mano derecha, una valija. Los miró, sonrió, como si los conociera.

—¿Tienen un cuarto? —inquirió—. ¿Pueden alquilarme un cuarto? Por la noche, nomás. Comer no quiero, pero un cuarto para dormir y si fuera posible un baño bien calentito...

Porque le dijeron que sí, la señora, embelesada, repetía:

—Gracias, gracias.

Por último emprendió una explicación, con palabra fácil, con nerviosidad, con ese tono un poco irreal que adoptan las señoras ricas en las reuniones mundanas.

—A la salida de no sé qué pueblo —dijo— me desorienté. Doblé a la izquierda, estoy segura, cuando tenía que doblar a la derecha, estoy segura. Aquí me tienen ahora, cerca de Miramar ¿no es verdad?, cuando me esperan en el hotel de Necochea. Pero ¿quieren que les diga una cosa? Estoy contenta, porque los veo tan jóvenes y tan lindos (sí, tan lindos, puedo decirlo, porque soy una vieja) que me inspiran confianza. Para tranquilizarme del todo quiero contarles cuanto antes un secreto: tuve miedo, porque era de noche y yo andaba perdida, con un montón de plata en la valija, y hoy en día la matan a uno de lo más barato. Mañana a la hora del almuerzo quiero estar en Necochea. ¿Ustedes creen que llego a tiempo? Porque a las tres de la tarde sacan a remate una casa, la casa que quiero comprar, desde que la vi, sobre el camino de la costa, en lo alto, con vista al mar, un sueño, el sueño de mi vida.

—Yo acompaño arriba a la señora, a su cuarto —dijo Julia—. Tú cargas la caldera.

Pocos minutos después, cuando se encontraron en el salón, de nuevo solos, Arévalo comentó:

—Ojalá que mañana compre la casa. Pobre vieja, tiene los mismos gustos que nosotros.

—Te prevengo que no voy a enternecerme —contestó Julia, y echó a reír—. Cuando llega la gran oportunidad, no hay que perderla.

—¿Qué oportunidad llegó? —preguntó Arévalo, fingiendo no entender.

—El ángel de la valija —dijo Julia. Como si de pronto no se conocieran, se miraron gravemente, en silencio. Arriba crujieron los tablones del piso: la señora andaba por el cuarto. Julia prosiguió—: La señora iba a Necochea, se perdió, en este momento podría estar en cualquier parte. Sólo tú y yo sabemos que está aquí.

—También sabemos que trae una valija llena de plata —convino Arévalo—. Lo dijo ella. ¿Por qué va a engañarnos?

—Empiezas a entender —murmuró casi tristemente Julia.

—¿No me pedirás que la mate?

—Lo mismo dijiste el día que te mandé matar el primer pollo. ¿Cuántos has degollado?

—Clavar el cuchillo y que mane la sangre de la vieja...

—Dudo de que distingas la sangre de la vieja de la sangre de un pollo; pero no te preocupes: no habrá sangre. Cuando duerma, con un palo.

—¿Golpearle la cabeza con un palo? No puedo.

—¿Cómo no puedo? Que sea en una mesa o en una cabeza, golpear con un palo es golpear con un palo. ¿Dónde, qué te importa? O la señora o nosotros. O la señora sale con la suya...

—Lo sé, pero no te reconozco. Tanta ferocidad... Sonriendo inopinadamente, Julia sentenció:

—Una mujer debe defender su hogar.

—Hoy tienes una ferocidad de loba.

—Si es necesario lo defenderé como una loba. ¿Entre tus amigos había matrimonios felices? Entre los míos, no. ¿Te digo la verdad? Las circunstancias cuentan. En una ciudad como Buenos Aires, la gente vive irritada, hay tentaciones. La falta de plata empeora las cosas. Aquí tú y yo no corremos peligro, Raúl, porque nunca nos aburríamos de estar juntos. ¿Te explico el plan?

Bramó el motor de un automóvil por el camino. Arriba trajinaba la señora.

—No —dijo Arévalo—. No quiero imaginar nada. Si no, tengo lástima y no puedo... Tú das órdenes, yo las cumplo.

—Bueno. Cierra todo, la puerta, las ventanas, las persianas.

Raúl Arévalo cerró las ventanas y las persianas, ajustó los pasadores, uno por uno, cerró las dos hojas de la puerta de entrada, ajustó el pasador, giró la llave, colocó la pesada tranca de hierro.

Hablaron del silencio que de repente hubo en la casa, del riesgo de que llegara un parroquiano, de si tenía otra salida la situación, de si podrían ser felices con un crimen en la conciencia.

—¿Dónde está el rastrillo? —preguntó Julia.

—En el sótano, con las herramientas.

—Vamos al sótano. Damos tiempo a la señora para que se duerma y tú ejerces tu habilidad de carpintero. A ver, fabrica un mango de rastrillo, aunque no sea tan largo como el otro.

Como un artesano aplicado, Arévalo obedeció. Preguntó al rato:

—Y esto ¿para qué es?

—No preguntes nada, si no quieres imaginar nada. Ahora clavas en la punta una madera transversal, más ancha que la parte de fierro del rastrillo.

Mientras Raúl Arévalo trabajaba, Julia revolvía entre la leña y alimentaba la caldera.

—La señora ya se bañó —dijo Arévalo.

Empuñando un trozo de leña como una maza, Julia contestó:

—No importa. No seas avaro. Ahora somos ricos. Quiero tener agua caliente. — Después de una pausa, anunció—: Por un minuto nomás te dejo. Voy a mi cuarto y vuelvo. No te escapes.

Diríase que Arévalo se aplicó a la obra con más afán aún. Su mujer volvió con un par de guantes de cuero y con un frasco de alcohol.

—¿Por qué nunca te compraste guantes? —preguntó distraídamente; dejó la botella a la entrada de la leñera, se puso los guantes y, sin esperar respuesta, continuó—: Un par de guantes, créeme, siempre es útil. ¿Ya está el rastrillo nuevo? Vamos arriba, tú llevas uno y yo el otro. Ah, me olvidaba de este pedazo de leña.

Alzó el leño que parecía una maza. Volvieron al salón. Dejaron los rastrillos contra la puerta. Detrás del mostrador, Julia recogió una bandeja de metal, una copa y una jarra. Llenó la jarra con agua.

—Por si despierta, porque a su edad tienen el sueño muy liviano (si no lo tienen pesado, como los niños), yo voy delante, con la bandeja. Cubierto por mí, tú me sigues, con esto.

Indicó el leño, sobre una mesa. Como el hombre vacilara, Julia tomó el leño y se lo dio en la mano.

—¿No valgo un esfuerzo? —preguntó sonriendo.

Lo besó en la mejilla. Arévalo aventuró:

—¿Por qué no bebemos algo?

—Yo quiero tener la cabeza despejada y tú me tienes a mí para animarte.

—Acabemos cuanto antes —pidió Arévalo.

—Hay tiempo —respondió Julia. Empezaron a subir la escalera.

—No haces crujir los escalones —dijo Arévalo—. Yo sí. ¿Por qué soy tan torpe?

—Mejor que no crujan —afirmó Julia—. Encontrarla despierta sería desagradable.

—Otro automóvil en el camino. ¿Por qué habrá tantos automóviles esta noche?

—Siempre pasa algún automóvil.

—Con tal de que pase. ¿No estará ahí?

—No, ya se fue —aseguró Julia.

—¿Y ese ruido? —preguntó Arévalo.

—Un caño.

En el pasillo de arriba Julia encendió la luz. Llegaron a la puerta del cuarto. Con extrema delicadeza Julia movió el picaporte y abrió la puerta. Arévalo tenía los ojos fijos en la nuca de su mujer, nada más que en la nuca de su mujer; de pronto ladeó la cabeza y miró el cuarto. Por la puerta así entornada la parte visible correspondía al cuarto vacío, al cuarto de siempre: las cortinas, de cretona, de la ventana, el borde, con molduras, del respaldo de los pies de la cama, el sillón provenzal. Con ademán suave y firme Julia abrió la puerta totalmente. Los ruidos, que hasta ese momento, de manera tan variada se prodigaban, al parecer habían cesado. El silencio era anómalo: se oía un reloj, pero diríase que la pobre mujer de la cama ya no respiraba. Quizá los aguardaba, los veía, contenía la respiración. De espaldas, acostada, era sorprendentemente voluminosa; una mole oscura, curva; más allá, en la penumbra, se adivinaba la cabeza y la almohada. La mujer roncó. Temiendo acaso que Arévalo se apiadara, Julia le apretó un brazo y susurró:

—Ahora.

El hombre avanzó entre la cama y la pared, el leño en alto. Con fuerza lo bajó. El golpe arrancó de la señora un quejido sordo, un desgarrado mugido de vaca. Arévalo golpeó de nuevo.

—Basta —ordenó Julia—. Voy a ver si está muerta. Encendió el velador. Arrodillada, examinó la herida, luego reclinó la cabeza contra el pecho de la señora. Se incorporó.

—Te portaste —dijo.

Apoyando las palmas en los hombros de su marido, lo miró de frente, lo atrajo a sí, apenas lo besó. Arévalo inició y reprimió un movimiento de repulsión.

—Raulito —murmuró aprobativamente Julia. Le quitó de la mano el leño.

—No tiene astillas —comentó mientras deslizaba por la corteza el dedo enguantado—. Quiero estar segura de que no quedaron astillas en la herida.

Dejó el leño en la mesa y volvió junto a la señora. Como pensando en voz alta, agregó:

—Esta herida se va a lavar.

Con un vago ademán indicó la ropa interior, doblada sobre una silla, el traje colgado de la percha.

—Dame —dijo.

Mientras vestía a la muerta, en tono indiferente indicó:

—Si te desagrada, no mires.

De un bolsillo sacó un llavero. Después la tomó debajo de los brazos y la arrastró fuera de la cama. Arévalo se adelantó para ayudar.

—Déjame a mí —lo contuvo Julia—. No la toques. No tienes guantes. No creo mucho en el cuento de las impresiones digitales, pero no quiero disgustos.

—Eres muy fuerte —dijo Arévalo.

—Pesa —contestó Julia.

En realidad, bajo el peso del cadáver los nervios de ellos dos por fin se aflojaron. Como Julia no permitió que la ayudaran, el descenso por la escalera tuvo peripecias de pantomima. Repetidamente retumbaban en los escalones los talones de la muerta.

—Parece un tambor —dijo Arévalo.

—Un tambor de circo, anunciando el salto mortal.

Julia se recostaba contra la baranda, para descansar y reír.

—Estás muy linda —dijo Arévalo.

—Un poco de seriedad —pidió ella; se cubrió la cara con las manos—. No sea que nos interrumpen.

Los ruidos reaparecieron; particularmente el del caño.

Dejaron el cadáver al pie de la escalera, en el suelo, y subieron. Tras de probar varias llaves, Julia abrió la valija. Puso las dos manos adentro, y las mostró después, cada una agarrando un sobre repleto. Los dio al marido, para que los guardara. Recogió el chambergo de la señora, la valija, el leño.

—Hay que pensar dónde esconderemos la plata —dijo—. Por un tiempo estará escondida.

Bajaron. Con ademán burlesco, Julia hundió el chambergo hasta las orejas a la muerta. Corrió al sótano, empapó el leño en alcohol, lo echó al fuego. Volvió al salón.

—Abre la puerta y asómate afuera —pidió.

Obedeció Arévalo.

—No hay nadie —dijo en un susurro.

De la mano, salieron. Era noche de luna, hacía fresco, se oía el mar. Julia entró de nuevo en la casa; volvió a salir con la valija de la señora; abrió la puerta del automóvil, un cabriolet Packard, anticuado y enorme; echó la valija adentro. Murmuró:

—Vamos a buscar a la muerta. —En seguida levantó la voz—. Ayúdame. Estoy harta de cargar con ese fardo. Al diablo con las impresiones digitales.

Apagaron todas las luces de la hostería, cargaron con la señora, la sentaron entre ellos, en el coche, que Julia condujo. Sin encender los faros llegaron a un paraje donde el camino coincidía con el borde a pique de los acantilados, a unos doscientos metros de La Soñada. Cuando Julia detuvo el Packard, la rueda delantera izquierda pendía sobre el vacío. Abrió la portezuela a su marido y ordenó:

—Bájate.

—No creas que hay mucho lugar —protestó Arévalo, escurriéndose entre el coche y el abismo.

Ella bajó a su vez y empujó el cadáver detrás del volante. Pareció que el automóvil se deslizaba.

—¡Cuidado! —gritó Arévalo.

Cerró Julia la portezuela, se asomó al vacío, golpeó con el pie en el suelo, vio caer un terrón. En sinuosos dibujos de espuma y sombra el mar, abajo, se movía vertiginosamente.

—Todavía sube la marea —aseguró—. ¡Un empujón y estamos libres!

Se prepararon.

—Cuando diga ahora, empujamos con toda la furia —ordenó ella—. ¡Ahora!

El Packard se desbarrancó espectacularmente, con algo humano y triste en la caída, y los muchachos quedaron en el suelo, en el pasto, al borde del acantilado, uno en brazos del otro, Julia llorando como si nada fuera a consolarla, sonriendo cuando Arévalo le besaba la cara mojada. Al rato se incorporaron, se asomaron al borde.

—Ahí está —dijo Arévalo.

—Sería mejor que el mar se lo llevara, pero si no se lo lleva, no importa.

Volvieron camino. Con los rastrillos borraron las huellas del automóvil entre el patio de tierra y el pavimento. Antes de que hubieran destruido todos los rastros y puesto en perfecto orden la casa, el nuevo día los sorprendió. Arévalo dijo:

—Vamos a ver cuánta plata tenemos.

Sacaron de los sobres los billetes y los contaron.

—Doscientos siete mil pesos —anunció Julia.

Comentaron que si la mujer llevaba más de doscientos mil pesos para la seña, estaba dispuesta a pagar más de dos millones por la casa; que en los últimos años el dinero había perdido mucho valor; que esa pérdida los favorecía, porque la suma de la seña les alcanzaba a ellos para pagar la hostería y los intereses del prestamista.

Con el mejor ánimo, Julia dijo:

—Por suerte hay agua caliente. Nos bañaremos juntos y tomaremos un buen desayuno.

La verdad es que por un tiempo no estuvieron tranquilos. Julia predicaba la calma, decía que un día pasado era un día ganado. Ignoraban si el mar había arrastrado el automóvil o si lo había dejado en la playa.

—¿Quieres que vaya a ver? —preguntó Julia.

—Ni soñar —contestó Arévalo—. ¿Te das cuenta si nos ven mirando?

Con impaciencia Arévalo esperaba el paso del ómnibus que dejaba todas las tardes el diario. Al principio ni los diarios ni la radio daban noticias de la desaparición de la señora. Parecía que el episodio hubiera sido un sueño de ellos dos, los asesinos.

Una noche Arévalo preguntó a su mujer:

—¿Crees que puedo rezar? Yo quisiera rezar, pedir a un poder sobrenatural que el mar se lleve el automóvil. Estaríamos tan tranquilos. Nadie nos vincularía con esa vieja del demonio.

—No tengas miedo —contestó Julia—. Lo peor que puede pasarnos es que nos interroguen. No es terrible: toda nuestra vida feliz por un rato en la comisaría. ¿Somos tan flojos que no podemos afrontarlo? No tienen pruebas contra nosotros. ¿Cómo van a achacarnos lo que le pasó a la pobre señora?

Arévalo pensó en voz alta:

—Esa noche nos acostamos tarde. No podemos negarlo. Cualquiera que pasó, vio luz.

—Nos acostamos tarde, pero no oímos la caída del automóvil.

—No. No oímos nada. Pero ¿qué hicimos?

—Oímos la radio.

—Ni siquiera sabemos qué programas transmitieron esa noche.

—Estuvimos conversando.

—¿De qué? Si decimos la verdad, les damos el móvil. Estábamos arruinados y nos cae del cielo una vieja cargada de plata.

—Si todos los que no tienen plata salieran a matar como locos...

—Ahora no podemos pagar la deuda —dijo Arévalo.

—Y para no despertar sospechas —continuó sarcásticamente Julia— perdemos la hostería y nos vamos a Buenos Aires, a vivir en la miseria. Por nada del mundo. Si quieres, no pagamos un peso, pero yo me voy a hablar con el prestamista. De algún modo lo convengo. Le prometo que si nos da un respiro, las cosas van a mejorar y él cobrará todo su dinero. Como sé que tengo el dinero, hablo con seguridad y lo convengo.

La radio una mañana, y después los diarios, se ocuparon de la señora desaparecida.

—«A raíz de una conversación con el comisario Gariboto» —leyó Arévalo— «este corresponsal tiene la impresión de que obran en poder de la policía elementos de juicio que impiden descartar la posibilidad de un hecho delictuoso». ¿Ves? Empiezan con el hecho delictuoso.

—Es un accidente —afirmó Julia—. A la larga se convencerán. Ahora mismo la policía no descarta la posibilidad de que la señora esté sana y buena, extraviada quién sabe

dónde. Por eso no hablan de la plata, para que a nadie se le ocurra darle un palo en la cabeza.

Era un luminoso día de mayo. Hablaban junto a la ventana, tomando sol.

—¿Qué serán los elementos de juicio? —interrogó Arévalo.

—La plata —aseguró Julia—. Nada más que la plata. Alguno habrá ido con el cuento de que la señora viajaba con una enormidad de plata en la valija.

De pronto Arévalo preguntó:

—¿Qué hay allá?

Un numeroso grupo de personas se movía en la parte del camino donde se precipitó el automóvil. Arévalo dijo:

—Lo descubrieron.

—Vamos a ver —opinó Julia—. Sería sospechoso que no tuviéramos curiosidad.

—Yo no voy —respondió Arévalo.

No pudieron ir. Todo el día en la hostería hubo clientes. Alentado, quizá, por la circunstancia. Arévalo se mostraba interesado, conversador, inquiría sobre lo ocurrido, juzgaba que en algunos puntos el camino se arribaba demasiado al borde de los acantilados, pero reconocía que la imprudencia era, por desgracia, un mal endémico de los automovilistas. Un poco alarmada, Julia lo observaba con admiración.

A los bordes del camino se amontonaron automóviles. Luego, Arévalo y Julia creyeron ver en medio del grupo de automóviles y de gente una suerte de animal erguido, un desmesurado insecto. Era una grúa. Alguien dijo que la grúa no trabajaría hasta la mañana, porque ya no había luz. Otro intervino:

—Adentro del vehículo, un regio Packard del tiempo de la colonia, localizaron hasta dos cadáveres.

—Como dos tórtolas en el nido, irían a los besos, y de pronto ¡patapún! el Packard se propasa del borde, cae al agua.

—Lo siento —terció una voz aflautada—, pero el automóvil es Cadillac.

Un oficial de Policía, acompañado de un señor canoso, de orión encasquetado y gabardina verde, entró en La Soñada. El señor se descubrió para saludar a Julia. Mirándola como a un cómplice, comentó:

—Trabajan ¿eh?

—La gente siempre imagina que uno gana mucho —contestó Julia—. No crea que todos los días son como hoy.

—Pero no se queja ¿no?

—No, no me quejo.

Dirigiéndose al oficial de uniforme, el señor dijo:

—Si en vez de sacrificarnos por la repartición, montáramos un barcito como éste, a nosotros también otro gallo nos cantara. Paciencia, Matorras. —Más tarde, el señor preguntó a Julia—: ¿Oyeron algo la noche del suceso?

—¿Cuándo fue el accidente? —preguntó ella.

—Ha de haber sido el viernes a la noche —dijo el policía de uniforme.

—¿El viernes a la noche? —repitió Arévalo—. Me parece que no oí nada. No recuerdo.

—Yo tampoco —añadió Julia.

En tono de excusa, el señor de gabardina, anunció:

—Dentro de unos días tal vez los molestemos, para una declaración en la oficina de Miramar.

—Mientras tanto ¿nos manda un vigilante para atender el mostrador? —preguntó Julia. El señor sonrió.

—Sería una verdadera imprudencia —dijo—. Con el sueldo que paga la repartición nadie para la olla.

Esa noche Arévalo y Julia durmieron mal. En cama conversaron de la visita de los policías; de la conducta a seguir en el interrogatorio, si los llamaban; del automóvil con el cadáver, que aún estaba al pie del acantilado. A la madrugada Arévalo habló de un vendaval y tormenta que ya no oían, de las olas que arrastraron el automóvil mar adentro. Antes de acabar la frase comprendió que había dormido y soñado. Ambos rieron.

La grúa, a la mañana, levantó el automóvil con la muerta. Un parroquiano que pidió anís del Mono, anunció:

—La van a traer aquí.

Todo el tiempo la esperaron, hasta que supieron que la habían llevado a Miramar en una ambulancia.

—Con los modernos gabinetes de investigación —opinó Arévalo— averiguarán que los golpes de la vieja no fueron contra los fierros del automóvil.

—¿Crees en esas cosas? —preguntó Julia—. El moderno gabinete ha de ser un cuartucho, con un calentador Primus, donde un empleado toma mate. Vamos a ver qué averiguan cuando les presenten la vieja con su buen sancocho en agua de mar.

Transcurrió una semana, de bastante animación en la hostería. Algunos de los que acudieron la tarde en que se descubrió el automóvil, volvieron en familia, con niños, o de a dos, en parejas. Julia observó:

—¿Ves que yo tenía razón? La Soñada es un lugar extraordinario. Era una injusticia que nadie viniera. Ahora la conocen y vuelven. Nos va a llegar toda la suerte junta.

Llegó la citación de la Brigada de Investigaciones.

—Que me vengán a buscar con los milicos —Arévalo protestó.

El día fijado se presentaron puntualmente. Primero Julia pasó a declarar. Cuando le tocó su turno, Arévalo estaba un poco nervioso. Detrás de un escritorio lo esperaba el señor de las canas y la gabardina, que los visitó en La Soñada; ahora no tenía gabardina y sonreía con afabilidad. En dos o tres ocasiones Arévalo llevó el pañuelo a los ojos, porque le lloraban. Hacia el final del interrogatorio, se encontró cómodo y seguro, como en una reunión de amigos, pensó (aunque después lo negara) que el señor de la gabardina era todo un caballero. El señor dijo por fin:

—Muchas gracias. Puede retirarse. Lo felicito —y tras una pausa, agregó en tono probablemente desdeñoso— por la señora.

De vuelta en la hostería, mientras Julia cocinaba, Arévalo ponía la mesa.

—Qué compadres inmundos —comentó él—. Disponen de toda la fuerza del gobierno y sueltos de cuerpo lo apabullan al que tiene el infortunio de comparecer. Uno aguanta los insultos con tal de respirar el aire de afuera, no vaya a dar pie a que le apliquen la picana, lo hagan cantar y lo dejen que se pudra adentro. Palabra que si me garanten la impunidad, despacho al de la gabardina.

—Hablas como un tigre cebado —dijo riendo Julia—. Ya pasó.

—Ya pasó el mal momento. Quién sabe cuántos parecidos o peores nos reserva el futuro.

—No creo. Antes de lo que supones, el asunto quedará olvidado.

—Ojalá que pronto quede olvidado. A veces me pregunto si no tendrán razón los que dicen que todo se paga.

—¿Todo se paga? Qué tontería. Si no cavilas, todo se arreglará —aseguró Julia.

Hubo otra citación, otro diálogo con el señor de la gabardina, cumplido sin dificultad y seguido de alivio. Pasaron meses. Arévalo no podía creerlo, tenía razón Julia, el crimen de la señora parecía olvidado. Prudentemente, pidiendo plazos y nuevos plazos, como si estuvieran cortos de dinero, pagaron la deuda. En primavera compraron un viejo sedan Pierce-Arrow. Aunque el carromato gastaba mucha nafta —por eso lo pagaron con pocos pesos— tomaron la costumbre de ir casi diariamente a Miramar, a buscar las provisiones o con otro pretexto. Durante la temporada de verano, partían a eso de las nueve de la mañana y a las diez ya estaban de vuelta, pero en abril, cansados de esperar clientes, también salían a la tarde. Les agradaba el paseo por el camino de la costa.

Una tarde, en el trayecto de vuelta, vieron por primera vez al hombrecito. Hablando del mar y de la fascinación de mirarlo, iban alegres, abstraídos, como dos enamorados, y de improvisto vieron en otro automóvil al hombrecito que los seguía. Porque reclamaba atención —con un designio oscuro— el intruso los molestó. Arévalo, en el espejo, lo había descubierto: con la expresión un poco impávida, con la cara de hombrecito formal, que pronto aborrecería demasiado; con los paragolpes de su Opel casi tocando el Pierce-Arrow. Al principio lo creyó uno de esos imprudentes que nunca aprenden a manejar. Para evitar que en la primera frenada se le viniera encima, sacó la mano, con

repetidos ademanes dio paso, aminoró la marcha; pero también el hombrecito aminoró la marcha y se mantuvo atrás. Arévalo procuró alejarse. Trémulo, el Pierce-Arrow alcanzó una velocidad de cien kilómetros por hora; como el perseguidor disponía de un automovilito moderno, a cien kilómetros por hora siguió igualmente cerca. Arévalo exclamó furioso:

—¿Qué quiere el degenerado? ¿Por qué no nos deja tranquilos? ¿Me bajo y le rompo el alma?

—Nosotros —indicó Julia— no queremos trifulcas que acaben en la comisaría.

Tan olvidado estaba el episodio de la señora, que por poco Arévalo no dice ¿por qué?

En un momento en que hubo más automóviles en la ruta, hábilmente manejado el Pierce-Arrow se abrió paso y se perdió del inexplicable seguidor. Cuando llegaron a La Soñada habían recuperado el buen ánimo: Julia ponderaba la destreza de Arévalo, éste el poder del viejo automóvil.

El encuentro del camino fue recordado, en cama, a la noche; Arévalo preguntó qué se propondría el hombrecito.

—A lo mejor —explicó Julia— a nosotros nos pareció que nos perseguía, pero era un buen señor distraído, paseando en el mejor de los mundos.

—No —replicó Arévalo—. Era de la policía o era un degenerado. O algo peor.

—Espero —dijo Julia— que no te pongas a pensar ahora que todo se paga, que ese hombrecito ridículo es una fatalidad, un demonio que nos persigue por lo que hicimos.

Arévalo miraba inexpresivamente y no contestaba. Su mujer comentó:

—¡Cómo te conozco!

Él siguió callado, hasta que dijo en tono de ruego:

—Tenemos que irnos, Julia, ¿no comprendes? Aquí van a atraparnos. No nos quedemos hasta que nos atrapen —la miró ansiosamente—. Hoy es el hombrecito, mañana surgirá algún otro. ¿No comprendes? Habrá siempre un perseguidor, hasta que perdamos la cabeza, hasta que nos entreguemos. Huyamos. A lo mejor todavía hay tiempo.

Julia, dijo:

—Cuánta estupidez.

Le dio la espalda, apagó el velador, se echó a dormir.

La tarde siguiente, cuando salieron en automóvil, no encontraron al hombrecito; pero la otra tarde, sí. Al emprender el camino de vuelta, por el espejo lo vio Arévalo. Quiso dejarlo atrás, lanzó a toda velocidad el Pierce-Arrow; con mortificación advirtió que el hombrecito no perdía distancia, se mantenía ahí cerca, invariablemente cerca. Arévalo disminuyó la marcha, casi la detuvo, agitó un brazo, mientras gritaba:

—¡Pase, pase!

El hombrecito no tuvo más remedio que obedecer. En uno de los parajes donde el camino se arrima al borde del acantilado, los pasó. Lo miraron: era calvo, llevaba graves anteojos de carey, tenía las orejas en abanico y un bigotito correcto. Los faros del Pierce-Arrow le iluminaron la calva, las orejas.

—¿No le darías un palo en la cabeza? —preguntó Julia, riendo.

—¿Puedes ver el espejo de su coche? —preguntó Arévalo—. Sin disimulo nos espía el cretino.

Empezó entonces una persecución al revés. El perseguidor iba adelante, aceleraba o disminuía la marcha, según ellos aceleraran o disminuyeran la del Pierce-Arrow.

—¿Qué se propone? —con desesperación mal contenida preguntó Arévalo.

—Paremos —contestó Julia—. Tendrá que irse. Arévalo gritó:

—No faltaría más. ¿Por qué vamos a parar?

—Para librarnos de él.

—Así no vamos a librarnos de él.

—Paremos —insistió Julia.

Arévalo detuvo el automóvil. Pocos metros delante, el hombrecito detuvo el suyo. Con la voz quebrada, gritó Arévalo:

—Voy a romperle el alma.

—No bajas —pidió Julia.

Él bajó y corrió, pero el perseguidor puso en marcha su automóvil, se alejó sin prisa, desapareció tras un codo del camino.

—Ahora hay que darle tiempo para que se vaya —dijo Julia.

—No se va a ir —dijo Arévalo, subiendo al coche.

—Escapemos por el otro lado.

—¿Escaparnos? De ninguna manera.

—Por favor —pidió Julia— esperemos diez minutos. Él mostró el reloj. No hablaron. No habían pasado cinco minutos cuando dijo Arévalo:

—Basta. Te juro que nos está esperando al otro lado del recodo.

Tenía razón: al doblar el recodo divisaron el coche detenido. Arévalo aceleró furiosamente.

—No seas loco —murmuró Julia.

Como si del miedo de Julia arrancara orgullo y coraje aceleró más. Por velozmente que partiera el Opel no tardarían en alcanzarlo. La ventaja que le llevaban era grande: corrían a más de cien kilómetros. Con exaltación gritó Arévalo:

—Ahora nosotros perseguimos.

Lo alcanzaron en otro de los parajes donde el camino se arrima al borde del acantilado: justamente donde ellos mismos habían desbarrancado, pocos meses antes, el coche con la señora. Arévalo, en vez de pasar por la izquierda, se acercó al Opel por la derecha; el hombrecito desvió hacia la izquierda, hacia el lado del mar; Arévalo siguió persiguiendo por la derecha, empujando casi el otro coche fuera del camino. Al principio pareció que aquella lucha de voluntades podría ser larga, pero pronto el hombrecito se asustó, cedió, desvió más y Julia y Arévalo vieron el Opel saltar el borde del acantilado y caer al vacío.

—No pares —ordenó Julia—. No deben sorprendernos aquí.

—¿Y no averiguar si murió? ¿Preguntarme toda la noche si no vendrá mañana a acusarnos?

—Lo eliminaste —contestó Julia—. Te diste el gusto. Ahora no pienses más. No tengas miedo. Si aparece, ya veremos. Caramba, finalmente sabremos perder.

—No voy a pensar más —dijo Arévalo.

El primer asesinato —porque mataron por lucro, o porque la muerta confió en ellos, o porque los llamó la policía, o porque era el primero— los dejó atribulados. Ahora tenían uno nuevo para olvidar el anterior, y ahora hubo provocación inexplicable, un odioso perseguidor que ponía en peligro la dicha todavía no plenamente recuperada... Después de este segundo asesinato vivieron felices.

Unos días vivieron felices, hasta el lunes en que apareció, a la hora de la siesta, el parroquiano gordo. Era extraordinariamente voluminoso, de una gordura floja, que amenazaba con derramarse y caerse; tenía los ojos difusos, la tez pálida, la papada descomunal. La silla, la mesa, el cafecito y la caña quemada que pidió, parecían minúsculos. Arévalo comentó:

—Yo lo he visto en alguna parte. No sé dónde.

—Si lo hubieras visto, sabrías dónde. De un hombre así nada se olvida —contestó Julia.

—No se va más —dijo Arévalo.

—Que no se vaya. Si paga, que se quede el día entero. Se quedó el día entero. Al otro día volvió. Ocupó la misma mesa, pidió caña quemada y café.

—¿Ves? —preguntó Arévalo.

—¿Qué? —preguntó Julia.

—Es el nuevo hombrecito.

—Con la diferencia... —contestó Julia, y rió.

—No sé cómo ríes —dijo Arévalo—. Yo no aguanto. Si es policía, mejor saberlo. Si dejamos que venga todas las tardes y que se pase las horas ahí, callado, mirándonos, vamos a acabar con los nervios rotos, y no va a tener más que abrir la trampa y caeremos adentro. Yo no quiero noches en vela, preguntándome qué se propone este nuevo individuo. Yo te dije: siempre habrá uno...

—A lo mejor no se propone nada. Es un gordo triste... —opinó Julia—. Yo creo que lo mejor es dejar que se pudra en su propia salsa. Ganarle en su propio juego. Si quiere venir todos los días, que venga, pague y listo.

—Será lo mejor —replicó Arévalo—, pero en ese juego gana el de más aguante, y yo no doy más.

Llegó la noche. El gordo no se iba. Julia trajo la comida, para ella y para Arévalo. Comieron en el mostrador.

—¿El señor no va a comer? —con la boca llena, Julia preguntó al gordo.

Éste respondió:

—No, gracias.

—Si por lo menos te fueras —mirándolo, Arévalo suspiró.

—¿Le hablo? —inquirió Julia—. ¿Le tiro la lengua?

—Lo malo —repuso Arévalo— es que tal vez no te da conversación, te contesta sí, sí, no, no.

Dio conversación. Habló del tiempo, demasiado seco para el campo, y de la gente y de sus gustos inexplicables.

—¿Cómo no han descubierto esta hostería? Es el lugar más lindo de la costa —dijo.

—Bueno —respondió Arévalo, que desde el mostrador estaba oyendo—, si le gusta la hostería es un amigo. Pida lo que quiera el señor: paga la casa.

—Ya que insisten —dijo el gordo— tomaré otra caña quemada.

Después pidió otra. Hacía lo que ellos querían. Jugaban al gato y al ratón. Como si la caña dulce le soltara la lengua, el gordo habló:

—Un lugar tan lindo y las cosas feas que pasan. Una picardía. Mirando a Julia, Arévalo se encogió de hombros resignadamente.

—¿Cosas feas? —Julia preguntó enojada.

—Aquí no digo —reconoció el gordo— pero cerca. En los acantilados. Primero un automóvil, después otro, en el mismo punto, caen al mar, vean ustedes. Por entera casualidad nos enteramos.

—¿De qué? —preguntó Julia.

—¿Quiénes? —preguntó Arévalo.

—Nosotros —dijo el gordo—. Veán ustedes, el señor ese del Opel que se desbarrancó, Trejo de nombre, tuvo una desgracia, años atrás. Una hija suya, una señorita, se ahogó cuando se bañaba en una de las playas de por aquí. Se la llevó el mar y no la devolvió nunca. El hombre era viudo; sin la hija se encontró solo en el mundo. Vino a vivir junto al mar, cerca del paraje donde perdió a la hija, porque le pareció —medio trastornado quedaría, lo entiendo perfectamente— que así estaba más cerca de ella. Este señor Trejo —quizás ustedes lo hayan visto: un señor de baja estatura, delgado, calvo, con bigotito bien recortado y anteojos— era un pan de Dios, pero vivía retraído en su desgracia, no veía a nadie, salvo al doctor Laborde, su vecino, que en alguna ocasión lo atendió y desde entonces lo visitaba todas las noches, después de comer. Los amigos bebían el café, hablaban un rato y disputaban una partida de ajedrez. Noche a noche igual. Ustedes, con todo para ser felices, me dirán qué programa. Las costumbres de los otros parecen una desolación, pero, vean ustedes, ayudan a la gente a llevar su vidita. Pues bien, una noche, últimamente, el señor Trejo, el del Opel, jugó muy mal su partida de ajedrez.

El gordo calló, como si hubiera comunicado un hecho interesante y significativo. Después preguntó:

—¿Saben por qué? Julia contestó con rabia:

—No soy adivina.

—Porque a la tarde, en el camino de la costa, el señor Trejo vio a su hija. Tal vez porque nunca la vio muerta, pudo creer entonces que estaba viva y que era ella. Por lo menos, tuvo la ilusión de verla. Una ilusión que no lo engañaba del todo, pero que ejercía en él una auténtica fascinación. Mientras creía ver a su hija, sabía que era mejor no acercarse a hablarle. No quería, el pobre señor Trejo, que la ilusión se desvaneciera. Su amigo, el doctor Laborde, lo retó esa noche. Le dijo que parecía mentira, que él, Trejo, un hombre culto, se hubiera portado como un niño, hubiera jugado con sentimientos profundos y sagrados, lo que estaba mal y era peligroso. Trejo dio la razón a su amigo, pero arguyó que si al principio él había jugado, quien después jugó era algo que estaba por encima de él, algo más grande y de otra naturaleza, probablemente el destino. Pues ocurrió un hecho increíble: la muchacha que él tomó por su hija —vean ustedes, iba en un viejo automóvil, manejado por un joven— trató de huir. «Esos jóvenes», dijo el señor Trejo, «reaccionaron de un modo injustificable si eran simples desconocidos. En cuanto me vieron, huyeron, como si ella fuera mi hija y por un motivo misterioso quisiera ocultarse de mí. Sentí como si de pronto se abriera el piso a mis pies, como si este mundo natural se volviera sobrenatural, y repetí mentalmente: No puede ser, no puede ser». Entendiendo que no obraba bien, procuró alcanzarlos. Los muchachos de nuevo huyeron.

El gordo, sin pestañear, los miró con sus ojos lacrimosos. Después de una pausa continuó:

—El doctor Laborde le dijo que no podía molestar a desconocidos. «Espero», le repitió, «que si encuentras a los muchachos otra vez, te abstendrás de seguirlos y molestarlos». El señor Trejo no contestó.

—No era malo el consejo de Laborde —declaró Julia—. No hay que molestar a la gente. ¿Por qué usted nos cuenta todo esto?

—La pregunta es oportuna —afirmó el gordo—: atañe el fondo de nuestra cuestión. Porque dentro de cada cual el pensamiento trabaja en secreto, no sabemos quién es la persona que está a nuestro lado. En cuanto a nosotros mismos, nos imaginamos transparentes; no lo somos. Lo que sabe de nosotros el prójimo, lo sabe por una interpretación de signos; procede como los augures que estudiaban las entrañas de animales muertos o el vuelo de los pájaros. El sistema es imperfecto y trae toda clase de equivocaciones. Por ejemplo, el señor Trejo supuso que los muchachos huían de él, porque ella era su hija; ellos tendrían quién sabe qué culpa y le atribuirían al pobre señor Trejo quién sabe qué propósitos. Para mí, hubo corridas en la ruta, cuando se produjo el accidente en que murió Trejo. Meses antes, en el mismo lugar, en un accidente parecido, perdió la vida una señora. Ahora nos visitó Laborde y nos contó la historia de su amigo. A mí se me ocurrió vincular un accidente, digamos un hecho, con otro. Señor: a usted lo vi en la Brigada de Investigaciones, la otra vez, cuando lo llamamos a declarar; pero usted entonces también estaba nervioso y quizá no recuerde. Como apreciarán, pongo las cartas sobre la mesa.

Miró el reloj y puso las manos sobre la mesa.

—Aunque debo irme, el tiempo me sobra, de modo que volveré mañana. —Señalando la copa y la taza, agregó—: ¿Cuánto es esto?

El gordo se incorporó, saludó gravemente y se fue. Arévalo habló como para sí:

—¿Qué te parece?

—Que no tiene pruebas —respondió Julia—. Si tuviera pruebas, por más que le sobre tiempo, nos hubiera arrestado.

—No te apures, nos va a arrestar —dijo Arévalo cansadamente—. El gordo trabaja sobre seguro: en cuanto investigue nuestra situación de dinero, antes y después de la muerte de la vieja, tiene la clave.

—Pero no pruebas —insistió Julia.

—¿Qué importan las pruebas? Estaremos nosotros, con nuestra culpa. ¿Por qué no ves las cosas de frente, Julita? Nos acorralaron.

—Escapemos —pidió Julia.

—Ya es tarde. Nos perseguirán, nos alcanzarán.

—Peclaremos juntos.

—Separados, Julia; cada uno en su calabozo. No hay salida, a menos que nos matemos.

—¿Que nos matemos?

—Hay que saber perder: tú lo dijiste. Juntos, sin toda esa pesadilla y ese cansancio.

—Mañana hablaremos. Ahora tienes que descansar.

—Los dos tenemos que descansar.

—Vamos.

—Sube. Yo voy dentro de un rato.

Julia obedeció.

Raúl Arévalo cerró las ventanas y las persianas, ajustó los pasadores, uno por uno, cerró las dos hojas de la puerta de entrada, ajustó el pasador, giró la llave, colocó la pesada tranca de hierro.

La loca y el relato del crimen

[Cuento - Texto completo.]

Ricardo Piglia

I

Gordo, difuso, melancólico, el traje de filafil verde nilo flotándole en el cuerpo, Almada salió ensayando un aire de secreta euforia para tratar de borrar su abatimiento. Las calles se aquietaban ya; oscuras y lustrosas bajaban con un suave declive y lo hacían avanzar plácidamente, sosteniendo el ala del sombrero cuando el viento del río le tocaba la cara. En ese momento las coperas entraban en el primer turno. A cualquier hora hay hombres buscando una mujer, andan por la ciudad bajo el sol pálido, cruzan furtivamente hacia los dancings que en el atardecer dejan caer sobre la ciudad una música dulce. Almada se sentía perdido, lleno de miedo y de desprecio. Con el desaliento regresaba el recuerdo de Larry: el cuerpo distante de la mujer, blando sobre la banqueta de cuero, las rodillas abiertas, el pelo rojo contra las lámparas celestes del New Deal. Verla de lejos, a pleno día, la piel gastada, las ojeras, vacilando contra la luz malva que bajaba del cielo: altiva, borracha, indiferente, como si él fuera una planta o un bicho. “Poder humillarla una vez”, pensó.

“Quebrarla en dos para hacerla gemir y entregarse.”

En la esquina, el local del New Deal era una mancha ocre, corroída, más perversa aun bajo la neblina de las seis de la tarde. Parado enfrente, retacón, ensimismado, Almada encendió un cigarrillo y levantó la cara como buscando en el aire el perfume maligno de Larry. Se sentía fuerte ahora, capaz de todo, capaz de entrar al cabaret y sacarla de un brazo y cachetearla hasta que obedeciera. “Años que quiero levantar vuelo”, pensó de pronto. “Ponerme por mi cuenta en Panamá, Quito, Ecuador.” En un costado, tendida en un zaguán, vio el bulto sucio de una mujer que dormía envuelta en trapos. Almada la empujó con un pie.

—Che, vos —dijo.

La mujer se sentó tanteando el aire y levantó la cara como enceguecida.

—¿Cómo te llamas? —dijo él.

—¿Quién?

—Vos. ¿O no me oís?

—Echevarne Angélica Inés —dijo ella, rígida—. Echevarne Angélica Inés, que me dicen Anahí.

—¿Y qué hacés acá?

—Nada —dijo ella—. ¿Me das plata?

—Ahá, ¿querés plata?

—La mujer se apretaba contra el cuerpo un viejo sobretodo de varón que la envolvía como una túnica.

—Bueno —dijo él—. Si te arrodillás y me besás los pies te doy mil pesos.

—¿Eh?

—¿Ves? Mirá —dijo Almada agitando el billete entre sus deditos mochos—. Te arrodillás y te lo doy.

—Yo soy ella, soy Anahí. La pecadora, la gitana.

—¿Escuchaste? —dijo Almada—. ¿O estás borracha?

—La macarena, ay macarena, llena de tules —cantó la mujer y empezó a arrodillarse contra los trapos que le cubrían la piel hasta hundir su cara entre las piernas de Almada. Él la miró desde lo alto, majestuoso, un brillo húmedo en sus ojitos de gato.

—Ahí tenés. Yo soy Almada —dijo y le alcanzó el billete—. Comprate perfume.

—La pecadora. Reina y madre —dijo ella—. No hubo nunca en todo este país un hombre más hermoso que Juan Bautista Bairoletto, el jinete.

Por el tragaluz del dancing se oía sonar un piano débilmente, indeciso. Almada cerró las manos en los bolsillos y enfiló hacia la música, hacia los cortinados color sangre de la entrada.

—La macarena, ay macarena —cantaba la loca—. Llena de tules y sedas, la macarena, ay, llena de tules —cantó la loca.

Antúnez entró en el pasillo amarillento de la pensión de Viamonte y Reconquista, sosegado, manso ya, agradecido a esa sutil combinación de los hechos de la vida que él llamaba su destino. Hacía una semana que vivía con Larry. Antes se encontraban cada vez que él se demoraba en el New Deal sin elegir o querer admitir que iba por ella; después, en la cama, los dos se usaban con frialdad y eficacia, lentos, perversamente.

Antúnez se despertaba pasado el mediodía y bajaba a la calle, olvidado ya del resplandor agrio de la luz en las persianas entornadas. Hasta que al fin una mañana, sin nada que lo hiciera prever, ella se paró desnuda en medio del cuarto y como si hablara sola le pidió que no se fuera.

Antúnez se largó a reír: “¿Para qué?”, dijo. “¿Quedarme?”, dijo él, un hombre pesado, envejecido. “¿Para qué?”, le había dicho, pero ya estaba decidido, porque en ese momento empezaba a ser consciente de su inexorable decadencia, de los signos de ese fracaso que él había elegido llamar su destino. Entonces se dejó estar en esa pieza, sin nada que hacer salvo asomarse al balconcito de fierro para mirar la bajada de Viamonte y verla venir, lerda, envuelta en la neblina del amanecer. Se acostumbró al modo que tenía ella de entrar trayendo el cansancio de los hombres que le habían pagado copas y arrimarse, como encandilada, para dejar la plata sobre la mesa de luz. Se acostumbró también al pacto, a la secreta y querida decisión de no hablar del dinero, como si los dos supieran que la mujer pagaba de esa forma el modo que tenía él de protegerla de los miedos que de golpe le daban de morir o de volverse loca.

“Nos queda poco de juego, a ella y a mí”, pensó llegando al recodo del pasillo, y en ese momento, antes de abrir la puerta de la pieza supo que la mujer se le había ido y que todo empezaba a perderse. Lo que no pudo imaginar fue que del otro lado encontraría la desdicha y la lástima, los signos de la muerte en los cajones abiertos y los muebles vacíos, en los frascos, perfumes y polvos de Larry tirados por el suelo; la despedida o el adiós escrito con rouge en el espejo del ropero, como un anuncio que hubiera querido dejarle la mujer antes de irse.

Vino él vino Almada vino a llevarme sabe todo lo nuestro vino al cabaret y es como un bicho una basura oh dios mío andate por favor te lo pido salvate vos Juan vino a buscarme esta tarde es una rata olvidame te lo pido olvidame como si nunca hubiera estado en tu vida yo Larry por lo que más quieras no me busques porque él te va a matar.

Antúnez leyó las letras temblorosas, dibujadas como una red en su cara reflejada en la luna del espejo.

II

A Emilio Renzi le interesaba la lingüística pero se ganaba la vida haciendo bibliográficas en el diario El Mundo.: haber pasado cinco años en la Facultad especializándose en la fonología de Trubetzkoi y terminar escribiendo reseñas de media página sobre el desolado panorama literario nacional era sin duda la causa de su melancolía, de ese aspecto concentrado y un poco metafísico que lo acercaba a los personajes de Roberto Arlt.

El tipo que hacía policiales estaba enfermo la tarde en que la noticia del asesinato de Larry llegó al diario. El viejo Luna decidió mandar a Renzi a cubrir la información porque pensó que obligarlo a mezclarse en esa historia de putas baratas y cafishios le iba a hacer bien. Habían encontrado a la mujer cosida a puñaladas a la vuelta del New Deal; el único testigo del crimen era una pordiosera medio loca que decía llamarse Angélica Echevarne. Cuando la encontraron acunaba el cadáver como si fuera una

muñeca y repetía una historia incomprensible. La policía detuvo esa misma mañana a Juan Antúnez, el tipo que vivía con la copera, y el asunto parecía resuelto.

—Trató de ver si podés inventar algo que sirva —le dijo el viejo Luna—. Andate hasta el Departamento que a las seis dejan entrar al periodismo.

En el Departamento de policía Renzi encontró a un solo periodista, un tal Rinaldi, que hacía crímenes en el diario La prensa. El tipo era alto y tenía la piel esponjosa, como si recién hubiera salido del agua. Los hicieron pasar a una salita pintada de celeste que parecía un cine: cuatro lámparas alumbraban con una luz violenta una especie de escenario de madera. Por allí sacaron a un hombre altivo que se tapaba la cara con las manos esposadas: enseguida el lugar se llenó de fotógrafos que le tomaron instantáneas desde todos los ángulos. El tipo parecía flotar en una niebla y cuando bajó las manos miró a Renzi con ojos suaves.

—Yo no he sido —dijo—. Ha sido el gordo Almada, pero a ése lo protegen de arriba.

Incómodo, Renzi sintió que el hombre le hablaba sólo a él y le exigía ayuda.

—Seguro fue éste —dijo Rinaldi cuando se lo llevaron—.

Soy capaz de olfatear un criminal a cien metros: todos tienen la misma cara de gato meado, todos dicen que no fueron y hablan como si estuvieran soñando.

—Me pareció que decía la verdad.

—Siempre parecen decir la verdad. Ahí está la loca. La vieja entró mirando la luz y se movió por la tarima con un leve balanceo, como si caminara atada. En cuanto empezó a oírla.

Renzi encendió su grabador.

—Yo he visto todo he visto como si me viera el cuerpo todo por dentro los ganglios las entrañas el corazón que pertenece que perteneció y va a pertenecer a Juan Bautista Bairoletto el jinete por ese hombre le estoy diciendo váyase de aquí enemigo mala entraña o no ve que quiere sacarme la piel a lonjas y hacer visos encajes ropa de tul trenzando el pelo de la Anahí gitana la macarena, ay macarena una arrastrada sos no tenés alma y el brillo en esa mano un pedernal tomo ácido te juro si te acercás tomo ácido pecadora loca de envidia porque estoy limpia yo de todo mal soy una santa Echevarne Angélica Inés que me dicen Anahí tenía razón Hitler cuando dijo hay que matar a todos los entrerrianos soy bruja y soy gitana y soy la reina que teje un tul hay que tapar el brillo de esa mano un pedernal, el brillo que la hizo morir por qué te sacas el antifaz mascarita que me vio o no me vio y le habló de ese dinero Madre María Madre María en el zaguán Anahí fue gitana y fue reina y fue amiga de Evita Perón y dónde está el purgatorio si no estuviera en Lanús donde llevaron a la virgen con careta en esa máquina con un moño de tul para tapparle la cara que la he tenido blanca por la inocencia.

—Parece una parodia de Macbeth —susurró, erudito, Rinaldi—. Se acuerda ¿no? El cuento contado por un loco que nada significa.

—Por un idiota, no por un loco —rectificó Renzi—. Por un idiota. ¿Y quién le dijo que no significa nada?

La mujer seguía hablando de cara a la luz.

—Por qué me dicen traidora sabe por qué le voy a decir porque a mí me amaba el hombre más hermoso en esta tierra Juan Bautista Bairoletto jinete de poncho inflado en el aire es un globo un globo gordo que flota bajo la luz amarilla no te acerqués si te acercás te digo no me toqués con la espada porque en la luz es donde yo he visto todo he visto como si me viera el cuerpo todo por dentro los ganglios las entrañas el corazón que perteneció que pertenece y que va a pertenecer.

—Vuelve a empezar —dijo Rinaldi.

—Tal vez está tratando de hacerse entender. —¿Quién?

¿Esa? Pero no ve lo rayada que está —dijo mientras se levantaba de la butaca—.

¿Viene?

—No. Me quedo.

—Oiga viejo. ¿No se dio cuenta que repite siempre lo mismo desde que la encontraron?

—Por eso —dijo Renzi controlando la cinta del grabador—.

Por eso quiero escuchar: porque repite siempre lo mismo.

Tres horas más tarde Emilio Renzi desplegabá sobre el sorprendido escritorio del viejo Luna una transcripción literal del monólogo de la loca, subrayado con lápices de distintos colores y cruzado de marcas y de números.

—Tengo la prueba de que Antúnez no mató a la mujer. Fue otro, un tipo que él nombró, un tal Almada, el gordo Almada.

—¿Qué me contás? —dijo Luna, sarcástico—. Así que Antúnez dice que fue Almada y vos le creés.

—No. Es la loca que lo dice; la loca que hace diez horas repite siempre lo mismo sin decir nada. Pero precisamente porque repite lo mismo se la puede entender. Hay una serie de reglas en lingüística, un código que se usa para analizar el lenguaje psicótico.

—Decime pibe —dijo Luna lentamente—. ¿Me estás cargando?

—Espere, déjeme hablar un minuto. En un delirio el loco repite, o mejor, está obligado a repetir ciertas estructuras verbales que son fijas, como un molde ¿se da cuenta? un molde que va llenando con palabras. Para analizar esa estructura hay 36 categorías verbales que se llaman operadores lógicos. Son como un mapa, usted los pone sobre lo que dicen y se da cuenta que el delirio está ordenado, que repite esas fórmulas. Lo que no entra en ese orden, lo que no se puede clasificar, lo que sobra, el desperdicio, es lo nuevo: es lo que el loco trata de decir a pesar de la compulsión repetitiva. Yo analicé con ese método el delirio de esa mujer. Si usted mira va a ver que ella repite una cantidad de fórmulas, pero hay una serie de frases, de palabras que no se pueden clasificar, que quedan fuera de esa estructura. Yo hice eso y separé esas palabras y ¿qué quedó? —dijo Renzi levantando la cara para mirar al viejo Luna—. ¿Sabe qué queda? Esta frase: El hombre gordo la esperaba en el zaguán y no me vio y le habló de dinero y brilló esa mano que la hizo morir. ¿Se da cuenta? —remató Renzi, triunfal—. El asesino es el gordo Almada.

El viejo Luna lo miró impresionado y se inclinó sobre el papel.

—¿Ve? —insistió Renzi—. Fíjese que ella va diciendo esas palabras, las subrayadas en rojo, las va diciendo entre los agujeros que se puede hacer en medio de lo que está obligada a repetir, la historia de Bairoletto, la virgen y todo el delirio. Si se fija en las diferentes versiones va a ver que las únicas palabras que cambian de lugar son esas con las que ella trata de contar lo que vio.

—Che, pero qué bárbaro. ¿Eso lo aprendiste en la Facultad?

—No me joda.

—No te jodo, en serio te digo. ¿Y ahora qué vas a hacer con todos estos papeles? ¿La tesis?

—¿Cómo qué voy a hacer? Lo vamos a publicar en el diario.

El viejo Luna sonrió como si le doliera algo.

—Tranquilizate pibe. ¿O te pensás que este diario se dedica a la lingüística?

—Hay que publicarlo ¿no se da cuenta? Así lo pueden usar los abogados de Antúnez. ¿No ve que ese tipo es inocente?

—Oíme, el tipo ese está cocinado, no tiene abogados, es un cafishio, la mató porque a la larga siempre terminan así las locas esas. Me parece fenómeno el jueguito de palabras, pero paramos acá. Hacé una nota de cincuenta líneas contando que a la mina la mataron a puñaladas.

—Escuche, señor Luna —lo cortó Renzi—. Ese tipo se va a pasar lo que le queda de vida metido en cana.

—Ya sé. Pero yo hace treinta años que estoy metido en este negocio y sé una cosa: no hay que buscarse problemas con la policía. Si ellos te dicen que lo mató la Virgen María, vos escribís que lo mató la Virgen María.

—Está bien —dijo Renzi juntando los papeles—. En ese caso voy a mandar los papeles al juez.

—Decíme ¿vos te querés arruinar la vida? ¿Una loca de testigo para salvar a un cafishio? ¿Por qué te querés mezclar?

—En la cara le brillaban un dulce sosiego, una calma que nunca le había visto—. Mirá, tomate el día franco, andá al cine, hacé lo que quieras, pero no armés lío. Si te enredás con la policía te echo del diario.

Renzi se sentó frente a la máquina y puso un papel en blanco. Iba a redactar su renuncia; iba a escribir una carta al juez. Por las ventanas, las luces de la ciudad parecían grietas en la oscuridad. Prendió un cigarrillo y estuvo quieto, pensando en Almada, en Larry, oyendo a la loca que hablaba de Bairoletto. Después bajo la cara y se largó a escribir casi sin pensar, como si alguien le dictara:

Gordo, difuso, melancólico, el traje de filafil verde nilo flotándole en el cuerpo — empezó a escribir Renzi—, Almada salió ensayando un aire de secreta euforia para tratar de borrar su abatimiento.

Marcado

[Cuento - Texto completo.]

Haroldo Conti

A Einion Jones, que un día volverá del mar.

Fue en el 58, un poco antes de la Gran Creciente.

El *Clara Donadel* bajaba de los Pozos del Barca Grande y entonces lo vieron en medio del río amarrado a una de las boyas del Canal de las Palmas. A esa misma altura, en el 24, se habían hundido el *Maca* y el 7 *Hermanos*.

El río es memoria.

El Gallo Britos, que es mucho más viejo de lo que aparenta, aunque en realidad no aparenta ninguna edad de hombre y puede ser tan viejo como el mundo, recordaba el día o por lo menos el tiempo. Mayo del 58. La Creciente fue en julio. El 28 de julio, exactamente. La fecha y la marca están en mitad del mostrador del almacén del vasco Ibarгойen, en el Pantanoso, donde todavía queda el surtidor de Energina, medio tumbado, que de lejos parece el propio vasco haciendo señas a la lancha almacenera.

Lo vieron ahí de golpe, como si hubiese brotado del agua, despegándose en un zas del borde neblinoso de la costa que estaba todavía a otro tanto de camino. Porque se encontraban muy cerca cuando verdaderamente repararon en él, blanco y leve, meciéndose sobre el río atardecido como un pájaro contra cielo plumizo de Buenos Aires.

—No conozco ese barco —dijo el viejo Caligari al cabo de un rato, frotándose aquellos grasientos bigotes que le cruzaban la cara como la cruceta de un palo Marconi—. ¿Y vos, Britos?

El Gallo se encogió de hombros. Si no lo conocía el viejo no lo conocía nadie.

El viejo tenía un modo de hablar fuerte y pausado, como si tratara de disipar aquella ancha soledad con esos sonidos tan espaciados que resumían unas cuantas ideas. Eso era cada frase del viejo, un resumen definitivo de algo que había pensado un buen rato en la timonera. Al Gallo le gustaba escucharlo porque era como escuchar al río, sobre todo cuando se sobaba el bigote y hacía buchecitos de ginebra en el bar Los Gallegos, al lado del Puerto de Frutas y el tiempo se confundía con el viejo.

Ahora estaba observando al hombre desde la tapa del tambucho mientras volvía a sobarse los bigotes.

El tipo, de pie en la proa con un cabo guía en la mano, tenía un rostro redondo y enrojecido, salpicado por una barba de dos o tres días. Calzaba una boina negra y una faja de lana y un par de botas de goma, de manera que más bien parecía un lechero.

—No es textual —dijo el viejo, que a veces largaba frases de letrado, un poco incomprensibles.

El Gallo se encogió de hombros. Tampoco lo conocía.

Seguramente hacía un buen rato que los estaba viendo, desde que viraron del Canal Principal y, un poco antes de la boya ciega entraron a los Pozos del Barca. Primero la figura vacilante del *Clara* que asoma como una cresta y se empina en el horizonte a los empujoncitos. Y después los golpes del motor que rebotan en la distancia, un poco delante o un poco detrás de la figura.

Ahora los seguía mirando sin mover un dedo, recostado contra el palo como un compadrito, con una pierna atravesada delante de la otra mientras el *Clara Donadei* se le aproximaba por la proa y el viejo entraba y sacaba el cambio a las patadas sin quitarle los ojos de encima .

—¿Qué te parece, Britos?

—No me parece nada.

El *Clara* se puso a la par y entonces el hombre se animó de pronto.

— ¡Ahí va ese cabo! —gritó.

Y lo vieron saltar igual que un gato, a pesar de sus cien kilos, por lo menos, y lanzar el cabo guía con un movimiento oscilatorio de abajo hacia arriba, que es como se debe hacer, no revoleándolo alrededor de la cabeza como un lazo, de manera que vino a caer justamente a los pies del viejo que había dejado la timonera, según su costumbre.

Por unos segundos, menos todavía, ellos vieron la "pina" que perforaba el aire, negra y precisa, siguiendo al parecer un trazo perfectamente concebido, hasta que cayó a los pies del viejo con un golpecito amortiguado. Ninguno de los dos se movió hasta entonces, absortos en ese breve espectáculo, y recién cuando la "pina" golpeó en la cubierta y estuvo a punto de caer al agua, el viejo le puso un pie encima.

—Este hombre sabe lo que hace —dijo el viejo examinando la "pina" como si se tratara de la mano del Polo y sin preocuparse por afirmar el cabo, ni siquiera por recogerlo—. Es una "pina" hecha con un nudo "puño de mono"... un nudo inmemorial.

—¿Agarran o no? —gritó entonces el Polo con una voz áspera, un poco de falsete.

Parecía una orden. El viejo y el Gallo se miraron. El viejo se frotó los bigotes.

—Es como para mandarlo a la mierda —dijo a su manera pausada.

El Gallo se encogió de hombros. El viejo recogió el cabo y lo afirmó a la bita. El barquito se mantuvo unos instantes a la par del *Clara Donadei* y después se escurrió hacia la popa con un cabeceo de resistencia, hundiendo un poco la trompa y afirmándose en el agua como si fuera a despegar.

—¿Qué le pasa? —preguntó el viejo desde lo alto con la cabeza del hombre a la altura de sus pies cuando pasó exactamente frente a ellos y lo tuvieron más cerca que nunca.

—¡El magneto!

—¿Quiere una mano?

—No. No quiero nada. Como no sea que me remolquen — gritó la voz ahora un poco más atrás.

—¿A dónde va?

—Me da lo mismo... A donde vayan ustedes.

El viejo iba a añadir algo pero el hombre desapareció de la cubierta con un movimiento rápido y silencioso, deslizándose a través del tambucho que se abrió y lo tragó como la trampa de un escenario.

—Es mejor que lo tire —dijo el viejo a pesar de todo—. Cuando un magneto empieza así es mejor que lo tire.

Se frotó los bigotes y pateó el cambio.

—¿Te acordás del *Benito*!

El Gallo se encogió de hombros cuando en realidad debió sacudir la cabeza.

—La buceta aquella de Paco Avendaño con una mayor cangreja. ¿Te acordás?

—Me arrecuerdo.

—Es lo que le dije al Paco... ¿Te acordás del Paco?... Tíralo antes de que te arruine la vida, le dije... No es la plata, dijo él, es que me da rabia... Pero entonces, dije yo, mucho peor... cualquiera sabe que no es la plata, dijo él, como si no me entendiera. El *Benito* vale cincuenta de estos putos magnetos, y eso y todo que es un magneto con disparador... Aunque valiera mucho menos, dije yo, tratando de volver al tema... Cómo menos, gritó entonces hecho una furia, cómo va a valer menos que cincuenta de estos mierdas?... Y en eso me di cuenta de que había perdido la cabeza. Dos días después lo roció con nafta, al *Benito*, y le prendió fuego... Cualquiera pudo pensar que el barco no valía ni siquiera un magneto. ¿No te parece?

El Gallo esta vez sacudió la cabeza.

—Hay esa clase de locos por estos lados.

Por la noche entraron al puerto de San Fernando.

A la mañana, cuando se asomaron por la popa, el barquito había desaparecido.

—Me pareció que traían un remolque —dijo el marinero a la otra noche.

—Eso me pareció —dijo el viejo.

Apenas era una sombra, acurrucada en la popa junto a la cocina económica que despedía un resplandor anaranjado.

—¿Estuvo aquí el marinero de día?

—Sí, por la mañana.

—No lo había visto antes —dijo el marinero.

—Yo tampoco —dijo el viejo.

Por el momento no le dieron importancia. Pero un tiempo después, cuando empezaron a correr aquellas historias, ellos pensaron que aquel había sido un día para recordar.

El Polo reapareció al año siguiente, justamente un poco antes de la otra gran creciente, es decir, en abril del 59, y con aquel otro tipo de tenebrosa memoria, el Faca Sacomano, bajando del Norte, dicen que de la isla Juncal donde mora y gobierna la vieja Julia Lafranconi. Algunos lo habían dado por muerto en el tiroteo del Confitero. Pero reapareció con el Faca ese abril que dejó otra muesca en el mostrador del vasco Ibarгойen con una fecha al lado escrita con pintura de casco, 15-4-59. Verdaderamente, ahí comienza la historia por lo que le toca al Polo, aquí en la costa.

Anduvieron sobre el río tres años desde entonces, unidos al parecer por alguna circunstancia inexplicable. Porque ellos estaban allí, sobre aquel barco de aspecto vagabundo, como dos extraños en la plataforma de una estación, cada uno esperando por su destino. No se habían propuesto nada en particular y a veces se miraban a la cara un poco desconcertados por lo que resultaba a pesar de eso. Les sorprendía sobre todo esa especie de tácito acuerdo y esa unanimidad de fondo con respecto a las cuestiones de verdadero interés.

El barco, que se llamó *Lucía*, no era barco de estas aguas. Tenía arboladura de yawl, esto es, un palo macho de abeto noruego con mastelero, lo cual le daba una vieja prestancia, y un piolo en el tercio de popa, vale decir un mesana, con un fuerte cazaescotas que le alargaban la figura. Buen barco, pero no de estas aguas.

Primero fue el asunto del *Donovan*, que había varado en la boca del Diablo. El Polo conocía al *Donovan*, un cúter construido en Inglaterra en el 92. Ahora estaba ahí, "ese barquito como a mí me gusta", recostado sobre la banda de estribor, manso y resignado como un gran pez que boquea en la playa.

Pasaron frente a él, no muy cerca de la costa, y el Polo dijo:

—Me cago si no es el *Donovan*.

—Es la tercera vez en dos años... Sí, es el *Donovan*.

El Polo saltó sobre la carroza con sus ciento diez kilos a cuestas como si tal cosa y ahora estaba observando al *Donovan* a través de aquel viejo Carlzeiss Dodekar con el cual, un tiempo después, le partió la cabeza al negro Medina.

—Ahora mismo estoy viendo los dos mil kilos de plomo que tiene en la quilla —dijo al cabo de un rato con una voz muy lenta.

—Mil ochocientos.

Y los dos se miraron con un ligero asomo de sorpresa, casi a su pesar, aunque estaban pensado en la misma cosa.

Ese fue el primer trabajo, la quilla del *Donovan*.

Compraban y vendían, en el mejor de los casos, porque más a menudo robaban y vendían. Claro está que el Polo no lo entendía así ya que el riesgo le parecía un costo razonable.

Primero desmantelaron los barcos varados, hundidos o abandonados.

Después cualquier barco. Algunos los llamaban "madrecitas" y otros, con más precisión, "peste del agua". En cualquier caso, ninguno dejaba de reconocer que era la única forma de conseguir ciertas cosas.

—Quiero unos ojos de buey como los del *Magnolia* —decía alguno, por ejemplo.

Y dos o tres días después volvía y decía:

—No pueden ser más iguales.

Así anduvieron, aquí en la costa, esos tres años. La historia del Polo arrastraba por entonces la historia del Faca, que después arrancó sola y creció en desmesura hasta que terminó con gran final en el Brazo de la Tinta. Y una estrella negra parecía presidir esa historia.

No siempre las cosas resultaban bien. Por el contrario, a veces resultaban bastante mal. Es lo que sucedió con el *Compadrito*. Alguien dijo que estaba varado en una punta del Canal Este.

—No creo esa historia —dijo el Polo.

Pero de todas maneras recorrieron el canal y encontraron el *Compadrito* varado efectivamente en uno de los extremos.

El Polo se rascó la cabeza y aunque no dijo nada, era evidente que seguía sin creerlo.

Pasaron frente al *Compadrito* con el motor reducido y el Polo lo observó desde la cabina a través del viejo Carlzeiss.

No se veía a nadie.

Sin embargo, cuando al otro día decidieron acercarse comprobó que estaba en lo cierto. Pero entonces era demasiado tarde.

Ellos alcanzaron a ver aquellos dos caños negros y relucientes que de improvisto asomaron por una ventana del *Compadrito* y los enfocaron como dos ojos de muerto. Y casi al mismo tiempo, pero con el suficiente para apreciar cada cosa

por separado, escucharon ese rabioso zumbido que pareció brotar del aire, muy cerca de ellos.

—¡Yo lo dije! —rugía el Polo disparando sin pausa el Mannlicher 1895 que tronaba como un cañón y hacía saltar puñaditos de astillas de la carroza del *Compadrito*.

Y el otro, entretanto, queriendo arrancar el motor. Y, por encima de todo ese estrépito la voz enardecida del Negro Medina que les gritaba:

—¡Esperen, hijos de puta!...

El Polo sangraba del brazo izquierdo y tenía otra herida en una pierna pero siguió disparando hasta que lo perdieron de vista.

Ya habían escapado tres veces a la Prefectura. La última embicaron en una zanja, entre el Correntoso y el Lima, y estuvieron toda la noche oyendo los bramidos de la lancha patrullera. Saltaron a tierra y, acurrucados en la maleza, veían los ojos resplandecientes de los reflectores que se revolvían inquietos en la oscuridad. Y el Polo aferraba el Mannlicher con ese aire de fría resolución que le endurecía el rostro, mientras el otro le murmuraba al oído, sin esperanza:

—Es lo peor que podemos hacer.

Un día dijo, también sin esperanza.

—Podríamos dedicarnos a otra cosa. Una verdadera cosa.

El Polo lo miró de esa manera tan especial, ausente o vacía o triste, y no dijo nada. Parecía darse cuenta de que, tarde o temprano, el otro lo iba a abandonar. Y eso más bien lo entristecía, no lo exasperaba.

En cuanto al otro, el Faca, tenía su tristeza también. Pero marchaba detrás de su propia estrella, como el Polo, y no se podía hacer nada para desviarlo.

De manera que un buen día dijo, hablando de varias cosas a la vez, un poco sin sentido porque no venía del todo al caso:

—Creo que esto ya no da para más...

Y el Polo lo miró con esa mirada suya.

—Quiero decir...

—Eso pregunto, ¿qué querés decir?

—Que hemos ido demasiado lejos.

—No me parece... o no te entiendo.

—Yo creo que sí.

—¿Qué cosa?

—Que se entiende.

Y no hablaron más porque estaba todo dicho. El resto del día el Facó trató de evitarlo. Hasta que entró la noche y bajó a tierra y no volvió más.

Todos saben cómo terminó el Polo.

En algún momento reemplazó el viejo Rugby de 4 cilindros, que antes había pertenecido al *Brutietto Latini*, por un Penta marino que tiraba como el diablo. Pero de cualquier forma estaba visto que iban a terminar con él. Un día le salieron al paso en la boca falsa de la Barquita, con el agua alta. Él se irritó ligeramente porque volvía del Barca Grande, donde había estado pescando a la altura del Correntino, de manera que no traía nada. Salvo aquella sorpresa que les tenía reservada para un casa así. Los vio venir desde el río abierto, bordeando los bancos que tenía a cada lado, así que no le quedaba otra alternativa que echarse por el medio. Entonces redujo el motor y se quedó esperándolos con ese gesto de fría resolución que sobrecogía al otro. Ellos, naturalmente, no alcanzaron a ver ese gesto. Y cuando los tuvo cerca y le dieron la voz de alto apenas dijo, rascándose la cabeza:

—Bueno, la verdad es que estoy parado. —Te vamos a remolcar, hijo de una gran puta —dijeron ellos a su vez apuntándole a la cabeza. —Como ustedes quieran.

Y se agachó y recogió un cabo guía con una de esas hermosas pinas "puño de mono". La retuvo un momento entre las manos y luego la balanceó y la arrojó limpiamente dentro del cockpit de la patrullera, la que se acercó por el sudeste.

Los milicos vieron venir la pina y detrás el cabo, y cuando la pina golpeó contra el piso algo dentro de ella estalló en mil pedazos. Y tal vez en una fracción de segundo sus ojos miraron con desmesura cuando ya estaban volando sus cuerpos desgarrados, y el Polo les gritaba por si acaso:

—¡ Agarren eso, hijos de mil putas!...

Y aceleró el motor y pasó por el lado que había quedado despejado.

Estuvieron en eso todo un día. Hasta que él, por fin, decidió esperarlos en medio del río, a la altura del *Teresa Rosa* que se hundió en él. Ellos lo vieron ahí, completamente quieto contra el cielo plomizo del Este. Un barco de aspecto vagabundo, blanco y leve como un pájaro, cabeceando en la marejada. Y todavía estuvieron otro medio día disparando sobre él desde cierta distancia, sofocados por el calor y por el intenso olor a nafta, hasta que el Polo emergió de la cabina enceguecido por la sangre y el barco se les vino encima con el Penta que bramaba como si fuese a estallar.

Los tomó de través y volaron en pedazos, porque el *Lucía* tenía preparado algo sobre el tanque mismo y el Polo se cuidó de presentarles la proa mientras le estuvieron tirando. El ruido se oyó desde la costa y se vio el fuego hasta bien entrada la noche. El viejo Caligari estaba sobre la cubierta del *Clara Donadei*, en medio del río, y lo vio todavía desde más cerca.

Así terminó el Polo, que en paz descansa. Ni siquiera hay una boya verde que lo recuerde.

Kincón

[Cuento - Texto completo.]

Miguel Briante

Primero fue como si despertara de un sueño vacío, sin imágenes. Luego, la sensación de ser una figura vacía, apenas un pensamiento gestándose en algún lugar, lentamente. Después, comencé a dar pasos vacilantes, a ser el protagonista de escenas, de acontecimientos que, casi con certeza, creía haber vivido antes. No era una similitud, no. De pronto, siempre confuso, yo estaba en cualquier lugar, haciendo cualquier cosa. Entonces recordaba haber hecho algo parecido, antes, pero no exactamente lo mismo: y era necesario que venciera imposiciones, que me moviera por mi cuenta, corrigiendo los errores hasta ajustarlo todo: en seguida la escena recomenzaba y era más perfecta, gradualmente iba asemejándose a ese modelo visible en que se convertía el pasado. Esto no duró mucho tiempo: progresivamente, en ese mundo difuso, me fui concretando. Mi cuerpo fue cada vez más preciso, mis rasgos más definidos. Mis actos ya coincidían en todo con el invariable (y casi explicable) recuerdo, y no tenían nada de balbucientes, y eran erróneos en la misma medida en que fueron erróneos los otros, los que pertenecen a esa vida anterior al sueño del que he despertado.

Ahora, que relato esto, sé dos verdades: sé que esta voz, estas palabras, estos gestos que son simples y perfectas repeticiones (esta explicación de mi voz, de mis palabras, de mis repeticiones), me han sido impuestos y es, de alguna manera, como si me hubieran sido prestadas. Prestadas para que cuente mi historia, mientras camino, mientras comprendo que se tiene que cumplir, dentro de unos instantes, el eslabón que falta para que la cadena que una vez constituyó mi vida quede completa (también) en este mundo espantable en el que estoy a punto de volver a la nada. Sé, también, que todo este lenguaje es exterior a mí, que este acto de narrar mi vida —todo eso que estoy diciendo, justificando— es el único que no puede ser una repetición, el único que no recuerdo. Nunca tuve lenguaje suficiente, me faltaron las palabras para todo y si hubiera debido contar mi historia por mi cuenta lo habría hecho como me expresé siempre, como me obligaron a expresarme siempre: a los insultos, a las trompadas. Hay, en estos recuerdos que estoy obligado a contar, pensamientos o preguntas que nunca hubiera formulado, que nunca hubiera dejado escapar de mis labios.

Decían que mi origen era el Brasil: eso era cierto. De ese país siempre tuve (en vida, en los recuerdos posteriores al sueño) una confusión nada geométrica de caminos, de ramas, de cielo entre follajes. No sé si recuerdo un barco o un tren: sé que era chico, muy chico, cuando llegué a la Argentina.

Tampoco recuerdo rostro ni nombre de padres: sólo una blanda caricia, unos dedos largos que un día no vi más, que una vez, cuando fui más grande, me dejaron solo. Estaba en algún lugar del campo y tuve que salir a buscar la vida, a ganármela. Tal vez tenía quince años. Lentamente fui adquiriendo costumbres, mañas, retruques y un lenguaje inseguro mezcla de portugués (nunca, en vida, supe que ésa era mi lengua natal), dialecto de estancias, repeticiones de pequeños pueblos bonaerenses, palabras

para sacar el cuchillo. Un día —intuyo que siempre se dice así cuando no hay fechas, cuando se quiere señalar cualquier día— un carro me dejó en General Belgrano, cerca de la estación. Acostumbrado al campo abierto, a los pueblos vistos en un sueño, a los caminos retorcidos que conducen a las cosechas, creo que comprendí el borroso significado de la palabra simetría: atraído por las calles rectas, amplias, me quedé.

No es que el recuerdo se confunda, pero me queda poco tiempo. Me están imponiendo palabras, me están obligando a contar mi historia, pero también me obligan a andar por otro sendero, el mismo que atravesé el último día de la vida anterior al sueño, otro sendero donde todo tiene que acabarse, donde quizá voy a quedar hasta que alguien empiece a jugar otra vez con mi sombra, a tejer esquemáticas escenas repetidas. Debo, por lo tanto, adelantar los acontecimientos, apurarme.

De los primeros días enumero sensaciones confusas, miradas torvas, extrañadas. Luego, alguna amistad. Nunca pude explicarme por qué todo comenzó ahí, por qué todo no comenzó antes. Mirando a la distancia parece improbable que no me hubiera dado cuenta, ya, al llegar al pueblo. La palabra "negro" era parte de mi origen y no me llamaba la atención, mayormente. Pero fue ahí, en General Belgrano, donde me enteré de que mis manos parecían zarpas, de que mi cuerpo era la exacta reproducción de un mono gigante. Kincón es el sonido a que quedó simplificado ese gorila que apareció una vez, en el cartelón del cinematógrafo, dibujado con una mujer entre las manos enormes, destrozándola. Kincón fue desde ese día mi nombre. La revelación de que era distinto, muy distinto. La palabra que eligieron para señalar que yo era uno más para el pequeño mundo de los solitarios: Banegas, changador, habitante de los bancos ferroviarios; Rodríguez, especie de susto nocturno, reducido a su casilla de madera, siempre a punto de ser desalojado junto con su mujer y sus hijos; otro pibe del que no recuerdo el nombre (Cantinflas, le decían), con su bolsa, sus veintisiete años desfigurados, su rebenque y su baba; hablando entre dientes y cediendo a las burlas, improvisando discursos o cantando para que todos se rieran y, alguna vez, le tiraran monedas.

Una vez alguien me provocó, alcé una silla, hice brotar sangre. De la celda, en la comisaría, pasé, inexplicablemente, a formar parte del personal de vigilancia. El comisario necesitaba gente fuerte, me dijeron. Agente Kincón: hasta a mí me daba risa. El hecho es que empecé a pelear contra los malandrines, a ganar un sueldo fijo. Creo que por eso la Juana vino a mi rancho. Ella no era fea del todo, tampoco era negra: por supuesto, la plata. Trajo a sus dos hijos. Después tuvo uno mío y se nos murió, al poco tiempo. Yo me había constituido en el padre legal de sus chicos. Hasta los reprendía yo, hasta alguna vez se me colgaron de los brazos, me dijeron Kincón ellos también, pero muy bajo, como si me estuvieran acariciando, como si fueran, sus voces, esos dedos largos y blancos que me acariciaban cuando era chico. Pero se hicieron grandes y cambiaron: se daban cuenta de la forma de mi rostro y me despreciaban. Querían comer mejor; ocultaban a la Juana cuando se metía otro hombre en mi rancho, o me lo contaban después, defendiéndola descaradamente. Comencé a pegarles, a los tres. Siempre los gritos de la Juana eran más fuertes, más persistentes; me perseguían durante muchas horas. Evitaba, entonces, volver al rancho. Comprendía que ninguna mujer podía besarme, con esta cara, y me quedaba atado a la Juana.

Camino. La curva gira (alguien me impone estas palabras y digo la curva gira). Sigo recordando todo cuanto viví dos veces, todo cuanto me ocurrió por duplicado, por triplicado quizá en escenas informes. No sé si esto que me hacen decir es cierto; sé que es lindo, que me justifica: solo, atormentado, desdeñado por esas palabras que me decían Kincón, sos fiero eh, me fui dejando llevar (o inventé que me estaba dejando llevar) por algún recuerdo primitivo, por alguna figura de ramas, de olor a follaje. Cada vez eran más frecuentes mis conversaciones con ellos, en los bancos de la estación, en la calle del centro a las tres de la mañana. También experimentaba una extraña felicidad cuando alguna noche nos topábamos con ladrones y yo cruzaba el campo, a caballo y al galope, apretando la culata del rifle, o cuando entraba sin miedo a los chumbazos en las peleas de los boliches. Sé que eran ellos (sé que era mi rostro, mi sobrenombre) los que me impulsaban a herir a alguien, a defenderlos. Odiaba. Ahora odiaba a la gente. Los pibes del pueblo, que habían sido mis amigos, estaban creciendo: ya hacían repetir sus discursos a Cantinflas, ya se habían dado cuenta de que me disgustaba verlos hacerme la venia, oírlos decirme buenos días, agente Kincón. Por eso, para vengar a los otros (ahora sé que para vengarme de mi soledad), hice aquello: jugaban y me habían visto. La pelota saltaba en el empedrado y fui hacia ellos. Me miraron, descubrieron que no debían decirme nada, creyeron que yo iba a pasar de largo, que me iba a olvidar de que ya sabían por qué me llamaban Kincón. Por eso, desde ese día, rompí la pelota con el sable: me acuerdo, siempre, del ruido a goma rota, a aire en libertad. Me acuerdo de muchos ojos, odiándome.

Todas estas palabras —debo insistir, creo— están lejos de representar mi soledad. Además, la palabra soledad no habla, no puede hablar, del odio que fui dejando crecer dentro de mí, del placer elemental que me llenaba al enfrentar el espejo, cuando veía que la Juana y los chicos esbozaban sonrisas al verme ante la superficie brillante. Alguna vez, en voz alta y delante de ellos, pude repetir mi sobrenombre. Kincón, Kincón. En sus ojos, en su interior estaban esas palabras: las mías eran sólo un eco. (Es extraño pero me parece que sí, que ahora hablo yo, que ya no me imponen las palabras y que domino casi todo el significado de cosas, de lugares, de símbolos que nunca hubiera conocido antes. Lo único irremisible es esta marcha, este camino hacia el último acto.) La palabra soledad no puede explicar de ninguna manera mi silencio, mis ganas, a veces, de insultarlos a todos, mi rabia (que era la rabia que le tenía a la gente) cuando les pegaba a los hijos de la Juana, o a ella misma, y después debía faltar por dos o tres noches, porque sus gritos me perseguían. No podía ser todo ese odio que me llevaba a caminar por la noche, en el pueblo, vigilando los zaguanes, apareciendo de vez en cuando para ver el susto de la gente cuando se encontraba con mi cara de Kincón en la ventana.

Después vino lo otro: lo del día que trajeron a Banegas a la comisaría y le hicieron limpiar los pisos, diciendo que estaba acusado de vagancia. Yo, yo mismo le dije que se fuera. Entonces fue la pelea con el comisario: el sable y la chaqueta tirados por el suelo: el calabozo. Cuando salí, la Juana se había ido. Se había llevado (tal vez por compasión, para hacerme una afrenta, o para dejarme más solo todavía) el espejo. Los pibes, ya de doce y trece años, estaban pero no parecían esperarme. Me pidieron comida y les pegué. Les dije que tenían que trabajar, insultándolos, hablándoles de la gente, de la soledad, de los pisos de la comisaría, del comisario. Se fueron.

Al rato llegaron dos policías y me llevaron otra vez al calabozo. Por el camino los crucé: traían comida, pude adivinar que me habían denunciado. Después, todo transcurrió entre el calabozo y los boliches. A veces iba y les pegaba: ellos, mañosos, inventaban que yo seguía hablando mal de las autoridades y volvían a encerrarme. (El odio parecía dormido. En realidad, había algo más, dormido: algo que se encierra en una palabra cuyo significado recién comprendo, una palabra que también me están dictando pero que no puedo aceptar, porque seguramente no me pertenece, aunque tal vez defina lo que no sentí nunca, salvo aquella vez, en ese momento que volveré a sufrir ahora, para completar la cadena.)

Camino, anoche vine borracho y uno de los pibes estaba en mi cama: lo eché. Protestaron, me dijeron que los dueños del rancho eran ellos, que pronto iba a venir la Juana con otro tipo. Les pegué. Contra un rincón, donde había estado el espejo (donde los había visto disimular la risa), les pegué como si estuviera pegándoles a todos ellos, a todos los que me decían Kincón, a los dedos blancos que una vez me abandonaron.

Ahora es la mañana y ellos acaban de irse. Dentro de un rato vendrán a buscarme, por eso he salido a encontrarlos. Ya llegan. Los pibes no disimulan más delante mío: conducen a los policías, simplemente. Los agentes vienen con el sable, que una vez tuve en la cintura, y el mismo uniforme con el que yo aparecía de noche, por los zaguanes, o tiraba trompadas volteando ladrones. Pero hay algo distinto a siempre: ahora sé que ya no siento ni cansancio ni odio, sino todo eso junto: las ofensas, la certeza de estar solo, de sentirme nombrar desdeñosamente, de saber que siempre fui una basura, alguien que no sirve nada más que para ponerlo a la cabeza del pelotón cuando se entra a un boliche donde hay tiros, mientras se lo compara con la figura de un gorila, pensando, risueñamente, que su origen es el Brasil.

Vienen (como hace mucho tiempo, antes del sueño). Son tres y llevan sable. Camino y estoy desarmado. Corro y les grito que no, no van a llevarme, son todos una porquería y si quieren vengan y peleen y corran como corren ahora hacia mí, hacia mi cuerpo, mientras parece que los chicos se ríen, hasta que se quedan un poco asustados de mi rostro (que a lo mejor ya no causa risa, ni repulsión) y miran cómo arremeto contra los sables, cómo me aferró a la tierra y esquivo los amagues, el aire que cortan los filos, cómo me siguen cortando y mi cuerpo, mi cuerpo distinto de Kincón, se debate y los ojos de los policías que una vez fueron a pelear detrás de ese cuerpo continúan sorprendidos y las manos se obligan a subir, a bajar, a hundir las hojas largas en su carne, muchas, muchas veces, mientras antes de caer el monstruo sigue, como la primera vez, lleno de sangre y en pie, bramando, esquivando los sables, bailoteando.

Cinegética

[Cuento - Texto completo.]

Haroldo Conti

Apartó la chapa con cuidado y metió la cabeza a través de la abertura.

Al principio vio solamente la claridad mugrienta de la ventana que flotaba a una distancia imprecisa pero después de un rato comenzaron a brillar los agujeritos de las chapas. Había un millón por lo menos y parecían llenos de vida. No tenía por qué compararlo con nada, pero en todo caso sentía la misma impresión que si metiera la cabeza en medio de la noche. Cuando era chico se paraba a veces en el baldío lleno de sombras, de espaldas a la casilla, y miraba todo el montón de estrellas que tenía por encima hasta que empezaban a saltar de un lado a otro del cielo y le entraba miedo.

Los agujeritos temblaban o cambiaban de posición a cada movimiento de su cabeza. Entretanto, el olor a humedad y a orina se le iba metiendo hasta los sesos.

Sacó la cabeza y tragó aire.

El auto había quedado detrás de la última joroba de tierra. Era una tierra de color de cartón, dura y pelada. Entre el auto y el galpón, es decir, entre el galpón y la calle había una punta de aquellas jorobas que brotaban en medio de las latas vacías, las cubiertas podridas y los recortes de hojalata de la fábrica de menaje que emergía a la izquierda. A la derecha estaba el pozo que habían abierto durante la guerra para sacar la greda con la que hacían los caños de desagüe en lugar de cemento. Tenía las paredes cubiertas de yuyos y el fondo de agua y en verano se llenaba de pibes que corrían de un lado a otro con el culito al aire.

A veces se sentaba en una de las jorobas y mientras fumaba un cigarrillo echaba un vistazo a todo aquello. En otra forma, se entiende, como si estuviera al principio de las cosas. Entonces el tiempo se volvía lento y perezoso y le parecía oír a la vieja que lo llamaba a los gritos mientras él estaba echado en el fondo del pozo con el barro seco sobre la piel chupando un pucho, tres pitadas por vez, con el Beto y el Gordo y el Andresito, al que lo reventó un 403 cuando cruzaba la calle precisamente por hacerle caso a la vieja.

Maldonado le hizo una seña desde el coche y él movió la cabeza con fastidio. Después la volvió a meter por el boquete y llamó por lo bajo, apuntando la voz hacia el rincón de la izquierda.

—¡Pichón!

La voz se alargó en el galpón y se perdió un poco por encima de su cabeza.

—Pichón, ¿estás ahí? Soy yo, Rivera.

Esperó un rato y aunque sólo alcanzaba a oír los crujidos y reventones de las chapas sintió que el tipo estaba ahí.

Entonces apartó la chapa del todo y pasó el resto del cuerpo.

Avanzó a tientas hasta el medio del galpón con los agujeritos que subían y bajaban a cada paso suyo. La luz de la ventana, en cambio, seguía inmóvil y si uno la miraba con demasiada fijeza parecía nada más que un brillo en el aire.

Dio una vuelta sobre sí mismo en la oscuridad y los agujeritos giraron todos a un mismo tiempo. El olor lo cubría de pies a cabeza y el rumor de las chapas semejaba el de un fuego invisible o el de un gran mecanismo que rodaba lenta y delicadamente.

El tipo estaba en algún rincón de aquella oscuridad. Podía sentirlo. Sentía la forma agazapada de su cuerpo y el olor ácido de su miedo. Tenía un olfato especial para esas cosas.

—Pichón... soy yo, Rivera. No tengas miedo.

Maldonado no servía para eso. Todos los malditos ascensos no servían para nada. Se ponía nervioso y echaba a perder las cosas. Maldonado también tenía un olor especial en estos casos. Le comenzaba a temblar la nariz, se ponía duro y entonces olía de esa forma.

Dejó de pensar en Maldonado porque su cara de negro colgada del aire le hacía perder la noción de las cosas. Dio otra vuelta sobre sí mismo y en mitad de la vuelta supo exactamente dónde estaba el tipo.

Se acercó unos pasos sin forzar la vista, dejándose llevar nada más que por la piel.

Ahora lo tenía justo delante.

Sacó la cajita de fósforos y la sacudió. Entonces oyó la voz de Pichón que venía desde abajo.

—¡No prendas, por favor!

—No tengas miedo. No hay nadie.

Encendió un fósforo. Los agujeritos desaparecieron de golpe.

Cuando reventó el chispazo alcanzó a ver las chapas de la pared. Después el círculo amarillento se redujo.

El tipo estaba recostado contra un cajón de embalar con el pelo revuelto y la cara desencajada. Apuntaba el fósforo con la Browning 9 mm con cachas de nogal francés segriñadas. Maldonado le iba a poner los ojos encima. Era un negro codicioso y en eso justamente mostraba su alma de grasa.

El fósforo boqueó, pero antes de tirarlo levantó un pedazo de vela y alcanzó a encenderlo.

—¿Cómo estás?

—¿Qué te parece?

Sacó de debajo de la campera un pañuelo empapado en sangre. El sudor le brotaba a chorros como si tuviera fiebre.

Bajó la Browning, cerró los ojos y pareció a punto de desmayarse.

—No van a tardar —dijo casi en un sollozo.

—No te apures.

Pichón abrió los ojos y trató de mirarlo a través del resplandor de la vela. Las pupilas se le hincharon silenciosamente y un vórtice de estrías amarillas apuntaron hacia él. Tenía la cabeza metida en el miedo de manera que necesitaba hacer un verdadero esfuerzo para ver otra cosa. Apretó la frente y se quedó pensando en algo.

Él conocía todo eso. Había tenido oportunidad de observarlos una punta de veces, sin pasión y con calma, que es como se aprende. Primero el miedo que les hincha las venas y les corta el aire. Después la desesperación. Por último un frío abandono. Entonces no hay más que tomarlos de los pelos y descargar el golpe.

—¿Cómo estás aquí? —preguntó al fin, sin cambiar de expresión.

—Salté del camión y corrí todo lo que pude.

El rostro se le animó un poco.

—¿Se salvó algún otro?

—Vera. Escapó, por lo menos.

Efectivamente, Vera había saltado detrás de él pero corrió unos pasos y lo reventaron.

Cerró los ojos y volvió a desinflarse.

—¿Te das cuenta que estamos listos? —gimoteó por lo bajo.

—No te apures. ¿Te duele?

—Claro que sí.

—Déjame ver.

—¿De qué sirve?

Sacó el pañuelo y lo miró estúpidamente, sin comprender.

—Parecía otra cosa... ¿Qué fue lo que pasó?

—Algún tira —dijo él con naturalidad.

—¿Quién se te ocurre?

—No sé, pero hay que contar con eso.

Al tipo no le entraba. Quería pensar pero no le entraba.

Crujió una chapa y se encogió entero.

Él no dijo nada, adrede. Se lo quedó mirando.

Casi daba lástima. Casi le había tomado aprecio o por lo menos se había acostumbrado a él en todos esos meses que estuvieron preparando el golpe. Maldonado o cualquiera de los otros negros no tenía nada que hacer al lado del tipo.

Pero ése era el peligro, encariñarse con los tipos. Por dentro eran distintos. No era la apariencia lo que contaba sino las ideas podridas que tenían. En ningún momento había que perder de vista la figura interior, por así decir, esa especie de forma oscura y escamosa que ocultaban debajo de la piel. Maldonado con todo lo hijo de puta que resultaba cuando se lo proponía, y a veces aunque no se lo propusiera, era de su misma madera. Tenía esa forma aceitosa de hablar y todos esos prolijos ademanes de negro encumbrado, pero en el fondo funcionaba igual que él. Sucedió lo mismo que con el Gordo o el Andresito que cuando pensaban demasiado fuerte en una cosa se les torcían los ojos. Pero eran de la misma madera.

—Son las chapas —alargó la mano y lo palmeó—. Las chapas, no te asustes.

El contacto de la mano pareció devolverle la vida.

—Rivera... ¿te parece que podemos salir de ésta?

—Claro que sí.

—¿Estás seguro?

Iba a desarmarse otra vez pero volvió a tocarlo con la mano.

—¿Querés fumar?

Le pasó un cigarrillo que agarró con avidez y casi rompió entre los dedos.

—Vamos a salir, por supuesto —dijo arrimándole la vela, nada más que por decir.

—No se puede con ellos.

—Es grupo.

—Una vez que te marcan no se puede.

Había un boquetito más grande que los otros justo sobre su cabeza. Se movió apenas dos dedos y desapareció.

—Termino el cigarrillo y me voy.

Pichón volvió a encogerse. Abrió muy grandes los ojos y tragó saliva.

—¿No es mejor que te quedes?

El cigarrillo colgaba delante de su cara sostenido por una mano blanca y afilada que temblaba ligeramente.

—Tengo que moverme si quiero sacarte de aquí.

Se corrió y reapareció el boquetito.

—No te pongas nervioso, no se gana nada.

Maldonado se estaría preguntando qué pasaba ahí adentro. Era un grasa, no hay caso. No tenía estilo.

—Apago la vela.

Alargó la mano y antes de apagarla lo miró fijamente. Estaba a punto.

Apagó.

Terminó el cigarrillo en la oscuridad.

—¿Estás mejor?

—Sí...

Era curioso ver cómo la brasa se hinchaba a cada chupada y después empalidecía suavemente. Igual que las pupilas de Pichón.

Aplastó el cigarrillo contra la tierra y se alejó unos pasos.

—Pichón...

—No tardes.

Caminó hacia la abertura entre el bailoteo de los agujeritos. Antes de salir se volvió y miró hacia la oscuridad. Allí debía estar con los ojos bien abiertos y la Browning apretada a la altura del pecho.

Se agachó y salió.

La luz lo encegueció por un momento. Luego aparecieron las jorobas de tierra, las latas y las cubiertas.

Los negros esperaban al lado del coche revolviéndose dentro de los uniformes. El sudor les brotaba a chorros por debajo de la gorra. Maldonado agitó un brazo con impaciencia.

Pasó junto al pozo y volvió a acordarse del Gordo y del Andresito y hasta le pareció que los veía echados en el fondo con la panza al sol.

La porra de Maldonado brillaba como si fuera de lata. Después de todo resultaba un tipo gracioso.

—¿Por qué tardaste?

Le temblaba la nariz y había comenzado a echar aquel olor.

—¿Qué apuro hay?

Maldonado estiró el pescuezo y se acomodó la corbata, cosa bien de grasa.

—Bueno, ¿qué pasa?

—Está ahí adentro.

Maldonado hizo sonar los dedos y los negros echaron a andar hacia el galpón. Luego con un movimiento rápido calzó la primera bala en la recámara y los siguió a los saltitos.

El naufrago de las sombras

[Cuento - Texto completo.]

Carlos Damaso Martínez

*Existen tantas clases de naufragios
como hombres hay.*
Joseph Conrad

¿El crimen perfecto existe? Yo digo que ha existido, existe y puede existir. ¿Es un hecho comprobable? Esa es otra cuestión. Una vez más la historia me ha revelado una sorpresa. Estoy lleno de sorpresas. Por eso ya no me asombro de nada.

El crimen perfecto es un mito dentro de la "ficción", es una "realidad" en la realidad. La novela policial es un atentado contra el crimen perfecto. Su moral lo combate. Lo desnuda al final de la investigación.

El crimen perfecto existe, y éste es uno de sus documentos.

I

El clarín había sonado lúgubramente después de la carga de fusilería. Nunca me han gustado las ceremonias fúnebres, aunque en ese momento tendría que haberme sentido reconfortado porque mi delicada misión concluía...

Escribo cartas. Y un diario desde hace mucho tiempo. Escribir, informar, investigar, relacionar es parte de mi oficio. Hoy figuro como un acaudalado hombre de negocios; puedo ser, dentro de unos meses, un viejo marino retirado, un distinguido viajero o, en cualquier momento, un funcionario en el territorio del Nuevo Mundo. Hablo con perfección el español, el portugués de mi segunda patria y converso fluidamente el inglés, ese idioma de la austeridad y el poder. Quizá sea éste un asunto más, pero no deja de consternarme. ¿Quién puede confiar que lo que digo en tales circunstancias sea tan genuino como el suave cuero de mis guantes? Me subvierte mi propia estupidez. (...)

He seguido todos sus pasos, he logrado apoderarme de sus documentos más personales y comprometedores, conozco sus rasgos de carácter, sus virtudes y debilidades como si fuera él mismo. Quién diría que yo, Andrés Álvaro de Sevilla,

llegaría a sentir, en plena travesía del Atlántico y en medio de este temporal impío, de tal manera, tan perplejo, los acontecimientos que he tenido por experiencia durante estos últimos meses a orillas del Plata. El destino fatídico de mi segunda patria me ha arrastrado hacia esas costas ignotas para servirlo y ponerme bajo sus órdenes, vuestra excelencia. ¿A quién sino a usted, Don Rodrigo de Souza Coutinho, debo todo lo que he aprendido, lo que soy? Sin vuestra confianza y tutela no se me habrían abierto las puertas que he atravesado, no llevaría esta vida fastuosa que a cada instante valoro con hondo fervor. Claro está, yo he sido útil, muy útil, a los altos intereses de nuestro reino.

Ahora que miro desde mi camarote el mar tumultuoso y aferro estos papeles para que no se desparramen por el incesante balanceo, pienso en que cada palabra que escribo está destinada al silencio. Es parte de un secreto de mi Real Gobierno y morirá conmigo. No uso en estos momentos las claves de rigor, no es preciso, estoy muy seguro de mi obrar. Nadie podría sorprenderme cometiendo un desliz, un mínimo error, estoy preparado para sobreponerme a cualquier peligro.

Escribo apresurado. ¿Temo quizás que esta tormenta se convierta en un tifón que acabe con todos nosotros? Qué ironías tiene la fortuna. Su padre, hacia el año de 1767, navegando en una fragata más antigua que ésta, se salvó milagrosamente de sucumbir en las aguas heladas del Sur, allá cerca del Cabo de Hornos; y él, tras su ominosa derrota, venir a caer en medio de las olas del trópico, en estas aguas tan cálidas, pero tan cercanas al peligro de huracanes y naufragios. ¿Es que acaso no he aventado aún el temor de perecer en alta mar? Puedo reír, reírme del destino de los otros, de sus debilidades y oscuras agonías sólo después de beber dos o tres copas de ese excelente brandy que me ha obsequiado el capitán Cranley.

II

El clarín había sonado lúgubrementemente después de la carga de fusilería. Todo concluía en medio de la breve calma de la tormenta. La ceremonia fue rápida, austera y sin discursos ni rezos. Sólo la bandera de Su Majestad Británica a media asta. La llovizna había cesado pero la bruma era penetrante y espesa. Estaba el capitán Cranley con su uniforme oscuro y la gorra entre las manos, mirando distraídamente hacia el cuerpo y bien sabía yo que su respiración había cambiado de ritmo cuando tuvo la certeza de que todo había concluido. Él había protagonizado un incidente, que yo debía tener en cuenta por su actitud inconsulta y extraña. El mar parecía haber detenido su ímpetu y el oleaje a esa hora de la tarde sorprendentemente se había calmado.

Su hermano Manuel traslucía en su rostro la angustia de los últimos tres días. Él, como yo, podrá contar lo sucedido. Durante toda la travesía sé que ha escrito innúmeras cartas, y sus anotaciones en ese cuaderno de tapas de cuero que lleva siempre consigo no le van en zaga. Pero quién de nosotros no escribe cartas, y más aún con este tiempo infernal. El capitán Cranley, además de su diario de bitácora, escribe siempre a sus padres. Al parecer nunca le han estimado mucho y él hace todo lo posible para que sus noticias lleguen desde cualquier puerto del mundo a Liverpool.

Al otro rioplatense, joven también y Guido de apellido, todo este tiempo lo he visto rondar como una sombra por los camarotes. Y estaba allí, vestido de gris, mirando sin mirar —como Manuel— en dirección al cuerpo yacente. Quizás no querían ver las rayas rojas de la bandera imperial que envolvía al cadáver desde el momento mismo en que se lo depositó en cubierta. Era, sin duda, ofensivo terminar envuelto en esa insignia que apenas unos años atrás ellos habían doblegado a "puro coraje nomás". Sin embargo estaban navegando bajo esa bandera y era lo usual. ¡No tenía por qué ser tan susceptible pues! El capitán Cranley, nuestro capitán de la Fama, les había comunicado personalmente que no debía usarse otro paño o lienzo encima de la mortaja. Claro está, existía ese incidente del capitán que ellos conocían como yo y la desconfianza reinaba en el ambiente. Manuel, con los ojos cargados de rabia y dolor, le "contestó con un seco All right, captain. Y él salió del camarote saludando militarmente. Así fue como lo escuché de sus labios poco después. Mi informe sobre usted, oficial de la Real Marina Británica (y acaso oscuro miembro del Foreign Office), no será tan excelente como pensaba. En cambio, será muy honroso el del teniente Ramsay, cuya escolta con la Mistletoe nos ha sido tan imprescindible en momentos tan difíciles como fue navegar en las proximidades de Montevideo.

Después de los sonos del clarín comenzó a soplar nuevamente el viento. La bandera británica que envolvía el cadáver parecía inflarse y por momentos temí que se desatara y echara a volar. Bajo sus pliegues titilantes flameaban las formas de su cuerpo. Entonces no pude dejar de imaginar ese rostro aniñado, las leves picaduras de viruela en sus mejillas, el aliento de su respiración en medio del camarote, allí tirado en el suelo durante su agonía.

El segundo oficial y un guardiamarina se encargaron de echarlo al mar. No quise verlo caer entre las olas, pero sentí el ruido de su cuerpo al chocar con ellas. Imaginé, mientras su hermano y el otro se retiraban silenciosamente a sus camarotes, el agua turbulenta, la bandera y sus ropas mojadas adhiriéndose a su piel, su cuerpo flotando entre la espuma de la marejada azul de la tarde, sin querer hundirse, como esperando que la noche no cayera con su manto de sombras y renaciera a la madrugada el sol refulgente y amplio sobre el horizonte.

Pero a pesar del incidente del capitán Cranley, había concluido con mi misión y ese cuerpo naufragaba entre las fuerzas secretas del mar.

III

"No sé qué cosa funesta se anuncia en mi viaje." Me ha contado el teniente Ramsay que él dijo durante el trasbordo de la Mistletoe a la Varna. Y luego, cuando comenzó el primer temporal, lo repitió en mi presencia y ante su hermano y el joven Guido. Su temor no era para menos, ¿quién de nosotros no sintió el naufragio tan próximo? Fueron ocho días terribles: después de esa relativa calma durante varias jornadas y ahora nuevamente en medio de otra tormenta. Su extraña enfermedad, sin duda, se fue acentuando con el furor del mar. No podía dar un paso y vomitaba todo lo que llegaba a su estómago. Aunque su salud y su fogoso espíritu ya estaban quebrados de antes. Cuenta el teniente Ramsay que "los designios de Buenos Aires lo habían

vencido finalmente". Bien sabemos que esos designios son Saavedra y los de la Junta Grande: ellos, efectivamente, habían podido derrocarlo. El que subió el 25 por la tarde era ya un cadáver. Nos ha tocado, simplemente, compartir su agonía. Eso es todo. Piense vuestra excelencia que sus ideas y planes eran hartamente inconvenientes para los altos intereses que guían a nuestra infanta en estas regiones australes del Nuevo Mundo. Y todo, sí, naturalmente todo, ha contribuido para que el viaje haya tomado finalmente este cariz. El teniente Ramsay me ha informado también que en Buenos Aires, pocas horas antes de partir, supo, por los canales de sus agentes habituales, que doña Guadalupe Cuenca (la esposa de este joven tribuno, como le dirán con los años sus partidarios) recibiría como obsequio anónimo un par de mitones negros, un abanico de luto y un velo del mismo tono. ¡Qué preuncio tan sugestivo!

Por mi parte, yo he leído algunas de las cartas que él durante su leve mejoría escribió a doña María Guadalupe. "Querida María, mi querida María", reiteraba su pluma y la preocupación por su enfermedad le hacía temer por el futuro de su hijo. "Es débil, tan delgado como yo lo he sido, pero será tan fuerte como su padre y más..." ¿Fuerte? Sí. No lo dudo. Pero su tendencia enfermiza no es sólo física, me decía a mí mismo, refunfuñando, mientras leía esas cuartillas que él había entintado.

Por esas cartas estoy seguro de que su fiebre nunca cesó: no escribía, deliraba todo el tiempo. Recordaba "sus primeros días de amor", cuando ella tenía sólo catorce años. El secreto de esa relación celosamente guardada ante su familia. Las patrañas que tuvieron que urdir y la manera directa, firme, que él había decidido asumir para decírselo a sus padres. Hablaba de sí en tercera persona. Decía: "¿el joven estudiante de Derecho en Chuquisaca, no dejó de deslumbrarte todavía?" Recordaba la muerte de su padre a los pocos días de su regreso a Buenos Aires en la primavera de 1805. Insistía en que la tristeza había acabado con su vida. Una tristeza que él asumía confusamente como propia. Podía llegar a conmover con algunos párrafos, pero yo alejaba de mí todo sentimiento novelesco y tomaba distancia, observaba, leía secretamente sus propios secretos.

Escribió también durante ese tiempo un borrador. Escribía y leía. Estoy informado de que tenía varios ejemplares de la *British Review*. A veces no llegaba a salir de su camarote en todo el día. Sólo en pocas ocasiones lo vi en la mesa grande, pero él me rehuía la mirada y apenas probaba bocado. Su semblante parecía más añorado y su voz no era audible. Contestaba con monosílabos. En cambio, su hermano parecía hablar por él. Tuve también algunas páginas de ese borrador. Pude copiarlo y restituirlo al cofre donde guardaba sus escritos, durante el período de su leve mejoría. Después todo se hizo más difícil y la enfermedad lo tuvo postrado en su litera. Pero no parecía un hombre decidido a entregarse a la muerte. Sobre esa impresión conversamos largamente con el capitán Cranley en el puente de mando.

El borrador eran unos apuntes difusos, ideas en proyecto sobre su actuación política, y un análisis de la situación actual en Buenos Aires. Nada que no conociéramos. Algunas observaciones sobre el plan secreto y las dificultades de su aplicación. También una semblanza muy crítica de Saavedra y de los acontecimientos que precipitaron su caída. ¿Pensaba publicar un artículo en Londres? Probablemente.

Este documento o borrador de varias cuartillas y los antecedentes sobre su temperamento coadyuvaron a que el capitán Cranley tomara por su cuenta la decisión que finalmente adoptó. De todos modos, ya no vamos a tener que escuchar a este doctorcito cosas como que nosotros queremos "un puntito en el Río de la Plata" y "que no nos van a ceder ni un palmo". IV (...) el mar es un infierno terrible. Casi no puedo escribir. Después de que su cuerpo fuera arrojado a las aguas cayó la noche y con ella este gran temporal que no cesa y que por primera vez me ha hecho sentir miedo de no llegar a destino. Es imposible probar algún bocado y sólo este buen brandy me mantiene en pie.

Navegamos en plena alta mar. Ya estamos a muchas millas del Cabo de Buena Esperanza.

V

No he dicho todavía que desde el comienzo del viaje estuvo empeñado en traducir del inglés un libro cuya versión original es francesa como su autor. Una traducción de otra traducción. A un intelectual español o portugués nunca se le habría ocurrido algo tan complicado. Se trata del célebre Viaje del joven Anacharsis, algo típico de fin de siglo, enciclopedista y neoclásico. El mundo de los griegos en pleno océano a través de Juan Jacobo Barthelemy. ¿Por qué tanto empeño en traducir este libro? Me resulta más coherente su traducción del otro Juan Jacobo, versión que circula en Buenos Aires y en Río de Janeiro y que misteriosamente él no ha asumido aún.

Transcribo algunos párrafos que su pluma ha querido destacar en el original traducido con una prolija llave en el margen izquierdo.

"El autor de esta obra es Anacharsis, escita de nación e hijo de Forsaris: pretende con ella dirigir a sus amigos, y empezar por exponerles los motivos que lo impulsaron a viajar."

¿Se identificaba con él?

Otro pasaje:

"Leucón llegó por fin a cerciorarse de esta falsía así que a uno que se aventuró a hacerle una nueva delación le dijo:

"—Infeliz, yo te daría morir, si los malvados como tú no fuesen necesarios a los déspotas."

Podría transcribir otros párrafos: pero no es necesario, pues poseo copias de este original y un ejemplar de Barthelemy con el cual podría cotejar su exactitud. Aunque hay una frase igualmente destacada que no deja de intrigarme:

"Últimamente, mi sorpresa debilitándose más y más, iba gradualmente haciendo desvanecer los placeres que me originaba, en fin, he visto con dolor que llegamos a perder en sensaciones cuanto ganamos en experiencia."

Intuía que era ésta su última experiencia. ¿Prenunciaba su fin remarcando con su pluma estas palabras? No puedo dejar de pensar en ello.

VI

Manuel hablaba despacio. Su voz sonaba con ese tono inconfundible de los rioplatenses, en medio de la Sala de Navegación. Era algo parecido a su hermano, más joven quizás, y sus ojos brillaban bajo la luz tenue de una pequeña lámpara.

—Es una situación difícil —dije por decir algo, mientras veía cómo el capitán Cranley encendía su pipa y ensayaba una sonrisa afable. Manuel bajó su cabeza y sin mirarnos me respondió, pero como si hablara solo.

—Siempre nos ha sido difícil, ya lo sabíamos. Sin embargo ésta ha sido la hora de nuestro destino y los sucesos se precipitaron. Es como un tifón en medio del mar, después viene la calma. Ya han visto ustedes. Embarcamos y se desató una terrible tormenta, ahora la tranquilidad está con nosotros. ¿Pero quién nos asegura que mañana o pasado no cambien los vientos y volvamos a sumergirnos en las tinieblas?

—Ya lo creo, ya lo creo —dije.

Y luego pregunté:

—¿Así que su hermano nunca ha gozado de buena salud?

—Sí, sí —dijo casi interrumpiéndome—; la salud de Mariano nunca ha sido muy buena. Le voy a referir algunos hechos que lo pintan de cuerpo entero. Cuando tenía ocho años fue atacado violentamente de viruela. En aquel tiempo esta enfermedad era un azote entre niños y jóvenes. Él se salvó milagrosamente, pero quedaron en su semblante los vestigios del mal. Desde entonces su constitución física no le ha sido muy favorable. Hacia 1779 emprendió viaje a Chuquisaca. Iba a prepararse para ser sacerdote, pues ése era el deseo más ferviente de mi padre. Sin embargo, las circunstancias hicieron de él un hombre de leyes...

—Y un político —dije.

—Un patriota, dirá usted.

Hubo un silencio cortante entre nosotros que duró apenas unos segundos. Después de mirarnos fijamente, Manuel continuó su relato.

—Era un viaje muy largo y cansador. El estado de los caminos desde Buenos Aires al Perú aún sigue siendo lamentable. La cuestión es que en Tucumán, casi a la mitad de la travesía, lo afectó un cruel reumatismo que lo dejó postrado más de quince días en cama.

—¿Casi como ahora? —dije.

—Sí —dijo secamente él.

El capitán Cranley, que nos miraba con su pipa entre los dientes, sólo atinó a decir:

—Certainly, sir.

—¿Pero esa vez salió adelante? —pregunté.

—En efecto —contestó Manuel y retomó su historia—. Fíjese que se curó de una manera original. Fue por exceso, y nadie —que yo sepa— se cura por exceso. Resulta que en ese estado apenas si podía tomar agua. Le mojaban los labios con un paño húmedo, y, de tanto en tanto, le dejaban tomar unos sorbitos. Y uno de esos días, ya extenuado por la situación, se incorporó de su lecho de enfermo con el objeto de mojar el paño en una jarra llena de agua que tenía al lado de su catre, pero resulta que al levantarla, por la debilidad que tenía, se la tiró encima. Y según sus propias palabras, después de mojarse íntegro, tembló, tiritó de frío, y por momentos creyó estar cerca, muy cerca de la muerte; empero, al cabo de un par de horas se sintió tan bien de salud, como si nunca hubiera tenido nada.

—Tendríamos que probar ahora con algo similar —dije.

Y todos reímos, el capitán Cranley con un sonido ronco, Manuel Moreno con un dejo algo nervioso.

—Después —dijo enseguida y refiriéndose a su hermano— fue en Chuquisaca, en la casa del canónigo Terrazas. Mariano era muy joven y como a todo joven le gustaban las fiestas y banquetes. Resulta que él llevaba enfermo cerca de un mes, cuando no sé exactamente por qué motivo se hizo una gran comida con muchos invitados en lo del canónigo, que era su maestro y protector, y él no podía asistir porque tenía una dieta muy estricta y estaba —como les decía— muy enfermo. Empezaba la fiesta, se ve que los olores de los manjares y los ruidos lo despertaron en su habitación. Entonces no pudo resistir la tentación de visitar la cocina, ya que públicamente no podía presentarse. Y bueno, allí probó de todo, comió por lo que no había comido en un mes. Después de hacerlo, se sintió tan recuperado que el mismo médico, al revisarlo más tarde, creyó que se había producido un milagro. Ya ven, pareciera que con los excesos le ha ido hasta ahora muy bien.

Y por un momento, todos volvimos a reír.

VII

No había estrellas, no había claridades en el cielo. El temporal había comenzado con una marejada tolerable y poco a poco se fue convirtiendo en un verdadero infierno. Tuvimos que refugiarnos en nuestros camarotes y tirarnos en las literas. Era imposible estar parado o sentado. La Fama se sacudía en las profundas convulsiones del Atlántico. Una bruma espectral nos rodeaba y estaba prohibido salir a cubierta. El capitán Cranley

me había dicho poco antes que la tripulación estaba muy intranquila y que su experiencia de viejo lobo de mar le hacía temer lo peor. Yo seguía manteniéndome de buen talante con la ayuda del brandy, como lo hago ahora que escribo y anoto sueltamente los acontecimientos más importantes de este viaje.

El maldito temporal continúa y va a seguir, va a seguir. Ayer, cuando su cuerpo estuvo en cubierta, fue un día de calma, en el cielo parecían abrirse las nubes como un indicio de que todo iba a mejorar. Empero, el oleaje está de nuevo agitado y a lo lejos resalta la espuma blanca en medio de un mar tan gris como el cielo. La Fama avanza dificultosamente y las cubiertas han vuelto a anegarse. Todos temíamos morir, no llegar finalmente a buen puerto, como se dice. El había empezado a vomitar como al principio del viaje. Su hermano Manuel parecía cada vez más preocupado. Mis colaboradores me habían informado que él era una verdadera piltrafa: ya no podía hacer nada y había dejado su cucheta para acostarse en el suelo del camarote. Allí permanecía dando vueltas y devolviendo de tanto en tanto un líquido fétido como si cada arcada arrojara partes de sus propias entrañas. Como a bordo no hay médico y muy pocas medicinas, de su administración se encarga personalmente el capitán Cranley. Es por eso que en todo momento ha estado en contacto con él. Lo que yo sé y anoto lo conozco por el mismo capitán y por mis colaboradores de la tripulación. También he tenido el testimonio directo de su hermano Manuel. Sus cartas y escritos yacen ahora guardados en su cofre personal, un cofre de madera con esquineros de bronce que ha cerrado con un fuerte candado. Como es de suponer — y creo haberlo señalado ya—, ello no ha sido impedimento para que durante la travesía yo pudiera tener copia de todo lo que allí guardaba. Y usted bien lo sabe, no han existido secretos para mí en Buenos Aires. Todo tipo de documento y plan estrictamente confidencial de la Junta ha llegado en prolijas copias a vuestro despacho. Uno puede atravesar paredes, violar las intimidades más recónditas si se trata de proteger los altos intereses de nuestro reino. No obstante, no deja de intrigarme la actitud final del capitán Cranley: he comenzado a ver en él, detrás de su aparente ingenuidad, a un tigre agazapado. No puedo ya confiar en nadie. Reviso cada gesto suyo, y doblo los pagos de mis confidentes. Sospecho de mi propia sombra, pese a que el desenlace no ha sido imprevisible. Estaba prevista la posibilidad de un "accidente", y de mí dependía el momento y las circunstancias, pero no fue así.

Por las dudas he cambiado el brandy por un fuerte ron. Me siento mejor y trato de hilvanar los acontecimientos que precipitaron el fin del "ilustre" rioplatense.

Decía que en los últimos dos días yacía en el piso de su camarote. Me han descrito su semblante lívido, sus labios hinchados y los rasgos de dolor en su rostro demacrado. Era una piltrafa, sí, y se revolvía con sangre en las venas todavía, con sangre "jacobina" dirían sus partidarios en Buenos Aires. Podía vencer su enfermedad, y sospecho que en el fondo de su voluntad quebrada, anidaba esa llama de fuerza y esperanza. Era un luchador terrible y no cesaba su combate. Se sabía aún importante en su destierro y creía que podría ganar su batalla todavía. Presentía el peligro a bordo y en las últimas horas sus debilitadas fuerzas se concentraron en apartar el rumbo de la Fama. Sé que directamente en su balbuceo enfermizo le pidió al capitán Cranley que regresaran al puerto del Río de Janeiro. El capitán se negó terminantemente aludiendo a las condiciones temporales. Más tarde Manuel, por súplicas a instancias de su hermano, enfrentó a Cranley en la sala de navegación. De esa situación fui testigo presencial.

Manuel insistió en que si no se podía llegar al Río de Janeiro, la nave debía enfilar hacia el Cabo de Buena Esperanza. Cranley —bah, el capitán Cranley—, mordiendo su pipa, le respondió de una manera dilatoria. Dijo que lo consultaría con su primer oficial y que pronto le contestaría. La respuesta tardó unas dos horas o más. Y lo sé por el mismo Cranley: era imposible, realmente, torcer el rumbo de la Fama. Manuel insistió esa vez y llegó a amenazar a Cranley con la responsabilidad que tendría si su hermano llegaba a morir durante el viaje. Hasta ese momento, la conducta de Cranley me pareció coherente. Todo iba bien. No había interferencias. Mis órdenes eran las órdenes.

Después, no sólo yo, todos supieron que el capitán Cranley le suministró subrepticamente, sin el consentimiento de su hermano Manuel y pasando sobre mí, una dosis de un emético tártaro. Esta sustancia es un preparado de potasa y antimonio, cuyo efecto "medicinal" produce fuertes vómitos. Es pueril creer que a un hombre que se ha pasado todo el tiempo vomitando podría curarlo un vomitivo de esta especie. El capitán Cranley parecía haber recordado muy bien las inverosímiles historias de sus enfermedades que nos contara Manuel en la sala de navegación. Era pueril, pero así se había producido su fin. Y a mí, claro está, no me preocupa su desaparición. Me preocupa, y sigue preocupándome, la forma en que se dieron los hechos.

No asistí a los últimos momentos de su agonía. No lo supe, ni pude preverla como se desprende de estos escritos. Pero confieso que he imaginado, es decir, he reconstruido esos instantes con el aporte de los testimonios recogidos.

Después de haber ingerido el emético, su cuerpo enjuto comenzó a tiritar y retorcerse en el piso del camarote. Sus convulsiones iban acompañadas de fuertes arcadas y vómitos. Esa agonía tormentosa ocurría allí, dentro del pequeño recinto del camarote, mientras afuera las ráfagas del viento estallaban con las olas a babor y estribor. Estuvo a pesar de ello más de dos días en ese estado: con leves mejorías por momentos, donde llegaba a hablar. En pleno delirio, insistió en dictarle instrucciones a su hermano sobre distintos asuntos de Estado, pero toda su preocupación estaba centrada en su mujer, María Guadalupe, y en el futuro de su hijo. Yo he visto muchos moribundos a lo largo de mi vida, pero esta muerte, que al fin y al cabo es un asunto resuelto, no ha dejado de impresionarme. Hay una obsesión que me visita y quizá tenga que ver con la misteriosa actitud del capitán Cranley. Las dudas y la desconfianza me invaden. Ya no sé, de aquí en adelante, cómo ha de ser mi vida. Estoy a la defensiva, hurraño, buscando con calma desentrañar los detalles más oscuros de esta misión.

Sé también que antes de expirar lo visitó uno de esos momentos de lucidez y aparente normalidad. Se diría que tuvo "la mejoría de la muerte". El caso es que su cuerpo dejó de tener convulsiones, y, yaciendo en el suelo del camarote boca arriba, dijo ante su hermano, el joven Guido y el capitán Cranley sus últimas palabras. El "ilustre" rioplatense, en la madrugada del cuarto día de este mes, volvió a pedir la protección de su familia, a reiterar a su hermano los objetivos de su causa y luego su discurso se hizo ininteligible. De esos instantes finales tengo dos versiones. El capitán Cranley dice que el moribundo dijo, con un balbuceante ronquido: "Este es un verdadero infierno, un infierno sin fuego". Su hermano, Manuel Moreno, se empeña en decir que él dijo: "Viva la patria aunque yo perezca". Ambas versiones carecen de importancia, su cuerpo está ahora en las aguas profundas, batiéndose en la ferocidad de este tifón que nos azota.

Lamentablemente todo sucedió a pesar de mí. La actuación final del capitán Cranley no deja de preocuparme. Y estoy listo para afrontar cualquier otra sorpresa. Mi misión ha concluido, es cierto, aunque no de acuerdo con las órdenes recibidas. Pareciera que las sabias palabras de nuestra infanta Carlota se cumplen a pesar de sus fieles servidores: "Es preciso palo y a los cabezas, cabeza afuera".

Si esta nave llega a buen puerto como todos lo deseamos, y yo con mi cabeza bien puesta, tendrá vuestra excelencia un informe completo de lo sucedido. Cuando regrese al Río de Janeiro, podré facilitarle honrosamente los aspectos más confidenciales en su propio despacho.

Alta mar, 5 al 10 de marzo de 1811.

La fragata inglesa Fama arribó finalmente a Londres. Se sabe con certeza que después hizo varios viajes a Río de Janeiro y Buenos Aires, pero sin su antiguo capitán, de quien no se conoce su verdadero nombre y jamás se tuvo noticia alguna. Si él fue el ejecutor del crimen de Mariano Moreno ya no importa. Lo que cuenta es que fue un crimen perfecto. Uno de los tantos en nuestra historia.

El manuscrito (copia de otra copia quizá) que he transcrito, me fue enviado, desde su destierro involuntario en el Brasil, por un estimado y reconocido colega.

M. Morales *Historiador cordobés recientemente desaparecido. La autenticidad del supuesto manuscrito que dice transcribir aún no ha sido comprobada. (Nota del editor.)*

Estaba escrito

[Cuento - Texto completo.]

Vicente Battista

Me matarán en la niebla. Lo sintió con la fuerza de una cachetada e instintivamente dejó un paso atrás. Sonrió por el gesto, eran muchos años de profesión, no tenía derecho a tener miedo, y menos en un asunto como ese, de principiante: ir detrás de los pasos de un tal Thrusby, recuperar a la chica que había seducido y hacerla regresar junto a sus padres. Un caso de rutina, como todos: rescatar a muchachas díscolas o seguir a esposas infieles. Pensó en Iva y sonrió nuevamente. Ese no era trabajo para Sam, y mucho menos para él. Se imaginó siguiendo a su esposa: ¿detective privado o marido cornudo? Sonrió por última vez.

Esa tarde había llegado a la oficina con pasos lentos y aire aburrido. “Sam está con un cliente”, le informó Effie e hizo un gesto para describirlo. Cuando entró en el despacho descubrió que Effie había sido egoísta para el elogio e intuyó, oscuramente, que ese era su momento, la oportunidad de poner en práctica lo que había decidido mucho tiempo antes. El cliente era una mujer alta, de pelo oscuro y de labios rojo fuerte, Sam los presentó y él supo que se trataba de Miss Wonderley.

-Su hermana —explicó Sam— se ha escapado de casa, en Nueva York, con un sujeto llamado Floyd Thursby. Están aquí. Miss Wonderley ha visto a Thursby y tiene una cita con él, esta noche, en el hotel. Tendremos un hombre allí.

Miss Wonderley hizo un ademán de súplica y pidió que ese hombre fuese el propio Sam o él. Abrió un bolso y puso dos billetes de cien sobre la mesa. Un par de razones contundentes. Él había dicho:

-Yo me encargaré del asunto.

Y ahora, en la oscuridad de la calles Bush y Stockton, a metros del Barrio Chino y confundido entre la niebla de San Francisco, sutil, pegajosa y penetrante, él finalmente comprendía que estaba allí por razones más profundas que un par de billetes. Era su momento. Me matarán en la niebla, pensó. Una manera elegante de terminar con esa farsa: algo más de cuarenta años sobre sus espaldas, un montón de fracasos y una esposa que se empeñaba en ser amante de su socio. Razones contundentes. Al perro sabueso lo matarían como si fuese un principiante. Había elegido su profesión y ahora elegiría su muerte. Iva y Sam tendrían el camino libre de piedras. Verificó que su revólver continuase en la funda, abrochó hasta el último botón de su sobretodo y avanzó con arrogancia, casi con insolencia, hacia el Webley-Fosbery, automático, calibre 38, que terminaría con él. Pero no con la historia.

El balazo fue certero, al corazón. Quiso componer una sonrisa de triunfo, pero la destruyó de inmediato: en ese mínimo instante que va de la vida a la muerte comprendió, por fin, que eso ya estaba escrito y que él no tendría posibilidades de corregirlo: Sam no se iba a quedar con Iva, apenas modificaría el cartel de la puerta, el “Spade y Archer” de ayer pronto se convertiría en “Sam Spade” y él, Miles Archer, debería limitarse a entretener apenas los capítulos uno y dos de una vertiginosa novela

de veinte. Sintió que su cuerpo rompía la valla y comenzó a rodar, muerto, como un muñeco grande y ridículo.

La fuente de Lerna

[Cuento - Texto completo.]

Angélica Gorodischer

—Un lío del que parecía que no íbamos a salir nunca —dijo Pereyra peleando con la hebilla del cinturón—.

La gran flauta, mañana le llevás esto al tipo que te arregla los zapatos. Decíle que lo cosa, que está todo suelto y se engancha.

—Bueno —dijo ella—, ponélo ahí, no, ahí no que no lo veo y me voy a olvidar, en el respaldo, eso.

—Pero aflojó casi enseguida y cantó todo.

—Quién.

—El tano ése, Finchetti, Pinetti, qué sé yo, ya me olvidé.

—Ah.

A ella demasiado no le interesaba. Le interesaban otras cosas. Le interesaba sobre todo el dinero. Y le interesaba la mujer de Pereyra. Las dos cosas venían si bien se mira, a ser una sola, porque si la mujer de Pereyra se moría, él se iba a casar con ella, seguro, y ella iba a poder dejar de hacer arreglos para las estúpidas del barrio porque un comisario gana bien y no solamente porque el sueldo sea bueno.

La mujer de Pereyra se llamaba Eduarda, hágame el favor, y no estaba enferma ni loca ni tuberculosa ni nada.

—Contáme —dijo ella, no porque le interesara sino porque siempre le pedía que le contara y lo escuchaba atentamente y él después le agradecía eso, le decía sos bárbara vos sí que sabés escuchar ¿eh? sabés que uno siempre quiere que lo escuchen ¿eh?

—El tipo éste —dijo Pereyra—, Pinetti o algo así, va y ¿qué hace?, lo mata al otro y no se le ocurre otra cosa que decir que fue un accidente, que estaban medio tomados y que él le mostró el revólver y que el otro se lo quiso quitar y qué sé yo, lo que dicen todos, y que se disparó pero te das cuenta qué flor de boludo.

—¿Y no era cierto?

—Pero m'hijita, ¿vos te creés que a mí se me puede engañar así de fácil? ¿A mí? Con, a ver contá, con cinco, diez, quince diecisiete años en la policía, ¿te parece?

—No, claro que no —dijo ella y retiró las cobijas de su lado.

—Vení —dijo él—, vení más cerquita.

—Bueno, pero ¿vos cómo sabías que no era cierto?

—Psicología, m'hija, psicología, hay que ser modernos, estar al día, eso es lo que yo digo siempre. Ya no estamos en el mil ochocientos, esto es el siglo veinte, no vamos a andar meta garrote cuando si vos te fijás en los adelantos que hay, los aviones que hasta cruzan el mar, los autos que van a toda velocidad, el dirigible, la radio, el telégrafo, se puede usar otros métodos que dicen que dan más resultados.

No cuesta nada probar. ¿Una marimba de palos? Seguro, nunca viene mal, agarrás a un atorrante de ésos o a uno que ya estuvo adentro, y te dice todo lo que querés saber. Pero esto era distinto, otra cosa, no sé si me entendés.

—A ver, explicáme.

—Buena gente, eso es lo que te digo. En fin, buena gente hasta por ahí nomás porque decíme vos, un tipo que mata a otro en su propia casa, su invitado para más datos, muy buena gente no es. Pero te quiero decir que no eran crotos de la quema. Tampoco eran demasiado finolis. El Frinchetti es contador. Trabaja, no es estanciero. Un tano como tantos, vamos.

Ella puso la cabeza en el hueco del hombro de él y Pereyra la abrazó:

—Te pusiste perfume, qué será lo que andás queriendo vos.

—Salí, salí —se rió ella.

—Vamos, no te hagás la estrecha, vení.

—Esperá, che, contáme primero lo que hiciste con la psicología.

—A la mierda la psicología —dijo Pereyra.

Cuando el despertador sonó a las cinco y media de la mañana, Pereyra ya estaba en la ducha. Lo primero que ella vio al abrir los ojos fue el cinturón con la hebilla medio suelta, en el respaldo de la silla del lado de él. Se levantó. Ojalá se apure, pensó. Tenía que terminar la pollera de la gorda de la panadería que cómo no va a pesar noventa kilos si se la pasa comiendo facturas y para colmo quiere un frunce acá un volado allá para que la ropa la haga más flaca ésa no parece más flaca ni en la radiografía.

—Me tomo unos mates y me voy —dijo él.

Le iba a cobrar dos pesos, a la gorda. ¿Y si le cobraba cuatro? No, cuatro no, iba a decir que era mucho. Tres. Le iba a cobrar tres. La gorda seguro que va a protestar pero los va a pagar. Le digo que le disimula los rollos. Terminó la pollera, le llevo el cinturón a don Sánchez, la pollera a la gorda, cobro, vengo.

—Todavía va a estar lloriqueando, para colmo.

—¿Quién? —preguntó ella.

—El tano, quién va a ser, te estaba contando anoche, ¿te acordás, eh? ¿te acordás de anoche?, ¿te gustó, eh?

Ella se rió:

—¿Lloraba el tano?

—Como un marrano. Que había sido sin querer, decía. Y ahí fue donde yo me acordé de la psicología. Este llora por otra cosa, pensé. No por el que mató, que a la final hacía años que no lo veía, ni por él que va a salir enseguida si fue en defensa propia, no señor, llora por otra cosa. Y pensé claro, no lo mató por accidente. Y empecé con el interrogatorio y al ratito nomás contaba todo, qué me decís.

—Vos tendrías que ser jefe de policía, no comisario.

—Ni loco, atrás de un escritorio todo el día, ni loco, a mí dame la calle, la ciudad, la noche, eso dame. Un tipo que mata a otro y uno tiene que averiguar si es cierto o no, eso dame. Mirá, pensá en el cuadro que a mí se me ocurrió: están el tano y su mujer por comer, tocan el timbre, abren, y es un compañero de la colimba que vivía en Bahía Blanca y pasaba por Rosario y se acuerda de él y lo busca en la guía y se va a la casa. Un garronero si querés mi opinión. Si al otro día se iba, bien podía haber parado en un hotel, haber comido en un restaurante y después haber ido a visitar al viejo compañero de colimba, ¿no? Bueno, no, va y le toca el timbre.

Qué sorpresa, quedáte a comer y todo eso. Toman vino, se emborrachan, así dice el tano, muestra el revólver, dámelo, que no te lo doy, se dispara, pum pum, lo mata, va a la comisaría, dice lo que pasó, allá vamos, lo llevamos, cuenta todo y yo digo no puede ser.

—Cómo te diste cuenta.

—Primero por pum pum.

—¿Eh?

—¿Se le disparó dos veces? ¿Por accidente dos veces? ¿Las dos balas en la sesera del otro por accidente? Ya sé ya sé, no me digás, podía ser. Podía ser pero era difícil. Se dispara una vez por accidente, bueno. Con el tiro, la sorpresa de alguien que no está acostumbrado a manejar armas, el revólver se hubiera desviado y el segundo tiro seguro que da en el techo. No, otra vez en la sesera del viejo compañero. Segundo, una sola botella de vino. Le pregunté a la mujer. Ella dijo: una. Tercero, la psicología, ¿por qué iba a andar mostrando revólver un contador, a un tipo que es viajante? Ninguno de los dos tiene relación con las armas, no es como si fueran cazadores o policías o matones de un político o cafiolos o qué sé yo, no. Contador. Viajante. Viajante, viajante, eso me molestaba: si era viajante, ¿cómo era que nunca antes había pasado por lo del tano? Tiene que haber venido a Rosario un montón de veces, no me digás que no. ¿Y recién anoche vino a verlo?

¿De qué hablaban?, le pregunto a la mujer. Y, yo no sé, de cuando hacían la conscripción, de un sargento, del rancho, esas cosas, me dice. Es una idiota, ahí estaba, parada en la puerta de la cocina, con los ojos abiertos como el dos de oros, un delantal, muy pintada, cara de puta vieja, jugando con unos abalorios que tenía colgando del cuello llenos de piedras y brillos y en las orejas también, cargaba tanta lata que no sé cómo no se caía de narices al suelo, pero eso sí, ni siquiera sabía de qué hablaban esos dos. No era ninguna ayuda, te lo puedo asegurar. Entonces en la seccional lo aprieto al tano y le digo que yo sé que las cosas no fueron así como él las cuenta y que sé cómo fueron y que más vale que largue todo y él que no y que no y yo que meta insistir y hacer las mismas preguntas siempre hasta que va y afloja. No, si a mí no me van a dar gato por liebre tan fácil.

—Qué fantástico —dijo ella—, ¿y qué era lo que había pasado?

—Los muchachos con la boca abierta te digo. Paniagua va y me pregunta ¿cómo se dio cuenta, comisario? Psicología, muchacho, psicología, le digo. Y el tano va y cuenta de viejos rencores. Ahí tenés, por eso el tipo no había venido antes.

Parece que le había querido robar la novia al tano. La novia que viene a ser el palo vestido y lleno de chafalonías que es la mujer ahora, que vos te pintás así y te ponés todo eso en el cuello y en los dedos y en las orejas y te fajo, te juro que te fajo, y parece que esta vez empezó de nuevo y la tocó por debajo de la mesa, hay que tener anchete, a semejante loro disfrazado de princesa, y ella disimuló para no hacer escándalo hasta que el tipo le metió la mano bajo la pollera y entonces se armó.

Gracias, no me des más, me voy.

¿Qué le irá a decir esta vez a la Eduarda?, pensó. Y a ella qué le importaba. Que le dijera cualquier cosa, que había tenido que trabajarlo al tano hasta la madrugada, a ella qué. La pollera, la pollera de la gorda. Tiró la yerba, lavó el mate y la bombilla, secó y puso todo en su lugar y después se fue al dormitorio a tender la cama. Cuando se casara con Pereyra le iba a tener la casa hecha una tacita de plata como esas que salen en las revistas. La gorda y la flaca. La gorda que quiere pollera que la haga más flaca y la flaca que quiere vaya a saber qué quiere toda pintada y llena de cachivaches. Parece que la Eduarda es medio dejada, también con ese nombre tan feo y además era fea eso decía Pereyra por lo menos. Ella se llamaba Iris que es un nombre precioso y ella era preciosa eso decía Pereyra por lo menos. Tres pesos. Con tres pesos se podía comprar unas chafalonías como las de la flaca pero claro que ya Pereyra le había dicho te fajo y no era que alguna vez le hubiera levantado la mano, eso sí que no. El ruedo y después plancharla y se iba a ir a la panadería. Y además a ella las chafalonías no le gustaban. Joyas de verdad, eso sí que le hubiera gustado, ¿ve? La gorda iba a pagar tres pesos, claro que sí, eso también era psicología, si ella le decía que la hacía más flaca, le pagaba. Pero por bueno que sea lo que saca un comisario, para tanto como joyas no alcanza.

¿Joyas?

¿Qué pasa, che, con las joyas? Como lo del viajante. Viajante, viajante, algo le molestaba a Pereyra ahí. A ella también. Te las roban, a menos que las metas en la caja de un Banco que entonces es como si no las tuvieras. ¿Viajante de qué? ¿Qué vendía? Porque si vendía revólveres a lo mejor lo que decía el tano era verdad. Yo si tuviera joyas las tendría todas bien escondidas y que nadie se enterara. No, los revólveres se venden en las armerías, no los llevan los viajeros en la valija, a quién se le ocurre. Claro que si una tiene collares de rubíes y anillos de brillantes, cómo no le va a gustar mostrarlos y que se pongan verdes las envidiosas. Pero si no vendía revólveres el único revólver que había era el del tano y tenía que estar lejos y él tenía que ir a buscarlo. El cuadro que se le ocurría a ella era uno en el que la mujer grita y se levanta de la mesa y el tano ¿qué pasa, qué pasa? y ella que le dice que el otro la tocó y discuten y se acuerdan de cuando el otro le quiso robar la novia llena de cachivaches brillantes colgando de todas partes y el tano va y busca el revólver, ¿dónde lo tenía?, probablemente en el ropero debajo de los calzoncillos,

Pereyra siempre dejaba un revólver en el segundo cajón de la cómoda debajo de los calzoncillos, qué trabajo ir a buscarlo hasta el dormitorio, volver, pegarle dos tiros, mejor era darle unas piñas o echarlo a patadas de la casa y no tomarse todo ese trabajo, el trabajo que le va a dar planchar esa pollera, si ella tuviera joyas va y las vende y se hace rica o a lo mejor no, con los frunces que tiene que ella le dijo a la gorda de la panadería, a lo mejor le hubiera gustado mirarlas a toda hora aunque nadie se enterara de que las tenía y además así podía darle de vez en cuando una esmeralda a Pereyra para que se diera sus gustos, que mejor le iban a quedar unas tablas cosidas pero la gorda que no y que no, el tipo debe haber dicho que no y que no, no me mates, total por tan poca cosa. Y era poca cosa nomás. La pollera no, la tela para la pollera le tiene que haber costado sus buenos pesos a la gorda, pero si no estaba borracho, ¿matarlo al tipo porque le metió los dedos a la mujer? Pero vamos. Lo mató por otra cosa y seguro que la flaca había estado ahí gritando matálo matálo. Porque si no lo mataban los iba a desangrar y ella qué iba a poder mirar y acariciar si no tenía nada. El diario. Pensó que iba a pasar por el puesto de los diarios antes de ir a lo de don Sánchez, la escena del crimen, en el diario tenía que estar.

—Metéte para adentro —dijo Iris apretando el caño del revólver de Pereyra contra la barriga de la otra.

Un palo vestido le había dicho Pereyra y era cierto:

—¿Qué, qué? —decía y no atinaba a nada más.

—Las manos detrás de la cabeza —dijo Iris y de una patada cerró la cancel— y callada. Podía ser que hubiera alguien más en la casa pero lo dudaba. Si las cosas eran como ella creía que eran, no habría nadie.

—¿Dónde están?

—Qué, qué, qué —decía la mujer.

Iris se acordó de Pereyra:

—No tratés de engañarme porque yo sé todo —dijo—. Vos me decís dónde están, yo me las llevo, no le digo nada a nadie y todos salimos ganando, hasta tu marido sale ganando porque si le creen el cuento ese de que te defendió, lo largan en poco tiempo y puede empezar de nuevo a afanar para comprarte otras.

—él nunca robó nada, nunca.

—Ah, sí, me la vas a hacer creer a mí. Yo sé psicología, a mí no me engañás, un contador sí que tiene tentaciones y oportunidades m'hijita, y el tuyo parece que las supo aprovechar y bastante bien porque por lo visto nunca lo descubrieron.

¿Dónde están? Porque hoy no las llevás puestas, claro, y lo bien que hacés, no sea que alguien se dé cuenta.

La otra se iba recuperando:

—No sé de qué me habla y si no se va voy a llamar a la policía.

—No me hagás reír con la policía, yo me encamo con la policía, vamos a dónde están, bien guardaditas para que nadie las vea, para que nadie sepa. Él se dio cuenta, ¿no? Se dio cuenta porque era viajante y en el muestrario no llevaba peines peinetas sino aros, anillos, gargantillas. Muy finas no deben haber sido pero seguro que el tipo conocía y supo que las tuyas sí eran finas. ¿Qué le contaron? ¿Que te las habías sacado en una rifa? ¿Que eran la herencia de tu tía soltera? No les creyó. ¿Y entonces? ¿Les pidió la mitad? ¿Los amenazó? Por eso vos fuiste a buscar el revólver y lo mataste. ¿O lo mató él? Bueno, no importa. Vos me las das y hasta te hago un favor, mirá, créeme, si no las tenés más, no hay motivo y el motivo es importante, así dice Pereyra y él de eso sabe mucho, y a tu marido le van a seguir creyendo que lo mató porque te ofendió. Andando, vamos al dormitorio que por ahí deben estar.

Estaban y la otra lloraba. Si era por eso el tano también lloraba, así decía Pereyra, decía que lloraba como un marrano. Y bueno, no era para menos. Ahora eran de ella y de repente la Eduarda había dejado de importarle y Pereyra también aunque no, Pereyra no porque sí que se acordaba de anoche y sí que le había gustado pero ya encontraría otro,

si una es rica encuentra otro enseguida porque se corre la voz y hacen cola para que una les lleve el apunte. Nunca más polleras para las gordas.

—Acá —dijo—, ponélas acá. Todas.

Era más de lo que ella había supuesto. Debía haber como un millón de pesos ahí, en piedras y en oro. Un millón de pesos más tres pesos, contando lo que le había pagado la gorda. Es que a veces la psicología se queda corta. Cerró el bolso.

—Sentáte en la cama —dijo—. Así, mirando para acá. Cerrá los ojos.

La otra le hizo caso. Iris pensó que hasta le daba un poco de lástima, pero qué se le iba a hacer.

Apuntó con cuidado y disparó.

Un error de Ludueña

[Cuento - Texto completo.]

Elvio Gandolfo

I

Ludueña vive en la piecita que está al fondo del patio, encaramada a una estrecha escalera de metal.

Si se mira al espejo ve un rostro delgado y oscuro, cercano a los cuarenta años, una boca delgada, tres arrugas profundas en la frente si levanta las cejas, el pelo muy negro y bien peinado hacia atrás, ojos como botones de vidrio negro.

La dueña es pequeña, de pelo blanco. Vive adelante, en la casa propiamente dicha. Nunca le preguntó a Ludueña en qué trabaja, ni intentó averiguar sobre la vida anterior o externa a la pensión. Ludueña le agradece con una cortesía cercana a la amistad.

Aunque está perfectamente peinado, Ludueña se pasa un peine por el pelo, lo guarda en un bolsillo del saco, se aparta del espejo y se escruta con cuidado, inmóvil. Luego toma un pequeño fajo de billetes que hay sobre la cómoda, cruza el patio, mira distraídamente el limonero al pasar, atraviesa el corto pasillo que da a la calle y saluda a la dueña, sentada en un sillón de mimbre junto a la puerta. Ella contesta mostrándole por un instante la dentadura blanca, perfecta.

Mira la hora en la torre de la iglesia cercana. Tiene tiempo, decide ir caminando.

Mientras se acerca al centro el tráfico se espesa, desaparecen las sillas o la gente parada junto a la puerta, se oscurece el tono de las paredes, crece el ruido.

Llega al bar de Malabia y Bunsen con cinco minutos de adelanto. Por las dudas pasea la mirada sobre las mesas, sabiendo de antemano que Gonçalves no está. La mesa de siempre la ocupa una pareja joven. Elige otra junto a la ventana. Mientras esquiva con lentitud las mesas y las sillas alza una mano y el mozo, accionando palancas en la máquina express, envuelto en una nube de vapor, levanta las cejas y sonrío un instante.

Gonçalves entra a las seis en punto. Ludueña no puede evitar mirarlo con simpatía. Es un hombrecito perfectamente proporcionado en su pequeñez, con un bigote finísimo sobre la boca delgada y estirada hacia atrás en las puntas, como haciendo una mueca escéptica. A Ludueña le es imposible imaginarlo sin el impecable gabán a cuadros y el portafolios bajo el brazo derecho. Los ojitos de Gonçalves lo enfocan aun antes de entrar, y la mueca escéptica se acentúa un poco, tratando de convertirse en sonrisa, mientras va hacia la mesa con una decisión muy distinta al calmoso balanceo de Ludueña.

Gonçalves se sienta con tres movimientos secos. Saca un par de anteojos del bolsillo, se los coloca y los ojitos se agrandan, aumentando la sensación de nitidez del rostro.

—Lo llamé por un trabajo.

—Bueno, ya vemos —Ludueña hace un gesto al mozo y pide dos cafés y una medialuna. En esos pocos instantes recuerda la extraña urgencia de Gonçalves, el llamado a las dos de la tarde, en plena siesta, la voz delgada de la dueña gritando su nombre desde el patio. Mientras apoya la espalda contra la silla y estira un poco los pies bajo la mesa, hace un rápido cálculo mental.

—Hace dos meses que no me muevo— dice como para sí mismo.

—Y pico —agrega Gonçalves—. Lo último fue lo de Brugueras en Brasil.

Quedan en silencio, esperando los cafés, mirando la calle, moviendo de vez en cuando la cabeza para alargar la imagen de alguna mujer.

Cuando llega el mozo Ludueña parte la medialuna en varios trozos y hunde dos o tres en el pocillo. Revuelve un poco y los alza con la cucharita. Así como él no puede evitar la simpatía cuando ve a Gonçalves, Gonçalves no puede evitar el disgusto ante lo que una vez llamó la "maldita manía" de Ludueña. Aguarda con un leve temblor del bigote, se saca los anteojos, como si estuviera viendo un espectáculo indecente, y para disimular se frota los ojos, como si los tuviera cansados. Se vuelve a calzar los anteojos.

—¿Terminó? —pregunta.

Ludueña asiente, revolviendo lo que queda del café. Gonçalves echa dos terrones de azúcar en el suyo y comienza.

—Es un trabajo grande. Dentro del país. Bien pago —se detiene en seco y mira fijamente a Ludueña, moviendo mecánicamente la mano que revuelve el café. Espera.

Ludueña mira hacia la calle.

—¿Cuántos intervienen? —pregunta sin apartar los ojos de la ventana.

—En el trabajo, quince. No sé cuántos en el grupo que paga.

—¿Tiene algo que ver con lo que hice anteriormente?

Gonçalves inmoviliza la mano que revuelve, sin soltar la cucharita, sin sacarla del líquido, que forma un remolino microscópico a su alrededor.

—El trabajo propiamente dicho sí, el grupo que lo contrata no.

—¿Es nuevo?

—Regular. Unos dos años. Más que nada es distinto.

Vuelven a quedar en silencio. Gonçalves deja la cucharita a un lado y vacía el pocillo con dos sorbos rápidos. Lo deposita sobre el plato y espera.

Ludueña enciende con lentitud un cigarrillo. Hace doce años que trabaja, esporádicamente, con Gonçalves. "El chiquito me conoce los gustos", piensa, "así que el trabajo no debe ser inaceptable. Pero es la primera vez que lo noto nervioso." Deja

escapar el humo por la nariz. "Debe ser algo nuevo. Aunque parece querer que lo acepte."

—¿Qué hay que hacer?

Gonçalves parece despertar. Se adelanta un poco, con los ojos enormes tras los cristales.

—Manejar un coche. Rápido, bien y en condiciones difíciles.

Ludueña sonríe. Esperaba otra cosa.

—¿Como en Paso de los Libres? —pregunta sonriendo.

—No. Un poco más pesado.

Deja de sonreír. Levanta un trocito de medialuna del plato y lo mordisquea. Con la otra mano apaga el cigarrillo en el cenicero.

—¿Tengo que decidirme ahora?

—No —dice Gonçalves, aliviado. Abre el portafolios y saca una tarjeta, con una dirección y una fecha anotadas con su letra pulcra y precisa.

—La memoriza y la tira.

—De acuerdo —dice Ludueña, y la guarda en el bolsillo del pantalón, junto al fajo de billetes. Luego llama al mozo.

—Lo invito a comer —le dice a Gonçalves, que se ha sacado los anteojos, y tiene un aspecto más humano, más cansado.

—No puedo hoy. Tal vez el sábado.

—¿En el Santa Rosa?

—Sí.

—A las doce y media.

—Perfecto.

Gonçalves aparta la silla, toma el portafolios y parte. Abre la puerta y su pequeña estatura desaparece de pronto en la corriente que desfila afuera. Ludueña espera un momento, paga y se levanta. Vuelve a balancearse entre las mesas. No han pasado más de quince minutos. Decide regresar caminando.

II

Se descuelga del ómnibus tres cuadras antes, por las dudas. Mientras camina por la ancha calle arbolada mira dos o tres veces hacia atrás. No lo siguen. Al menos no ve a nadie sobre la vereda desperejada, destruida por las raíces. Sonríe. Ya está trabajando, cuidando algunos detalles. "A lo mejor ya acepté."

Es un bar viejísimo. Los vidrios tienen mugre de años y apenas dejan ver el interior. La puerta se abre chirriando dolorosamente sobre un local angosto y largo. Hay un mostrador con escaño de bronce a la derecha, unas pocas botellas sobre los estantes. El piso de madera está astillado, destrozado en algunos sitios. Hay dos mesitas desaparejas y chuecas y cuatro sillas de distinto tamaño y color. El hombre acodado sobre el mostrador, con una barba de tres días, la calva sucia y los dientes amarillos de nicotina, no se mueve un milímetro. Se limita a medir la camisa de Ludueña, la peinada impecable, el balanceo que lo acerca.

—Vengo de parte de Gonçalves —dice Ludueña con seriedad, sin tratar de ganar su simpatía.

Tarda casi medio minuto en moverse. Murmura "Ah, sí, espere un momento". Luego arrastra los pies hacia el fondo.

Ludueña distingue ahora un patio con ropa colgada e innumerables macetas con plantas de hojas anchas, suculentas, que filtran la luz en tonos verdosos hasta transformar el aire en una masa semejante a la del bar. Los movimientos lentos del hombre no tardan en desaparecer en esa selva doméstica. Al rato las hojas vuelven a moverse y durante un segundo Ludueña puede ver con claridad a un hombre joven, de piel blanca y espeso bigote, que es tragado por la oscuridad del bar, transformado en silueta por la luz del patio hasta que está a medio metro de él y le tiende la mano.

Lo invita a sentarse en las sillas tambaleantes e incómodas. Le pregunta qué quiere tomar. Ludueña prefiere una caña y aprovecha la pausa para estudiar al muchacho. Aunque tiene puesta una camisa gastada y calza chancletas, de alguna manera desentona aun más que él dentro del bar. "Un refugio pasajero", piensa, "nada más que para el contacto y este trabajo." Deja la idea flotando, sin confirmar: es tan posible eso como que haga años que el muchacho vive allí.

Los dos beben en silencio. Al fin el muchacho pregunta si Gonçalves le explicó.

—Algunos datos —dice Ludueña, y los cita, como si los tendiera sobre la mesa—. Me gustaría saber exactamente cuál es el trabajo.

El muchacho duda, le mira el rostro delgado, las manos. "Me estudia", piensa Ludueña. "Es como si estuviéramos jugando a los naipes."

—Está bien —dice el muchacho, y amplía, sin citar fechas, nombres ni lugares, los datos de Gonçalves. Donde él dijo que tiene que manejar un auto rápido y bien en condiciones difíciles, el muchacho explica las velocidades, el recorrido posible, las exactas condiciones difíciles. Y por último el precio. Una buena suma, no exagerada: como para vivir un año tranquilo. El muchacho la pronuncia con claridad, explica el pago en tres partes. Se detiene como una rueda, lentamente, y espera.

"El clásico momento clave", piensa Ludueña. "La aceptación o la negación."

—¿Cuándo será el primer pago? —pregunta para ganar tiempo.

—Ahora.

—¿En el auto iría solo?

—No. Con un acompañante armado.

—Me gusta trabajar solo —dice Ludueña con pereza. El muchacho se pone imperceptiblemente nervioso.

—No hay elección. Tiene que ir un acompañante.

"Ahora parece que estuviéramos jugando al ping-pong", piensa Ludueña, satisfecho de la firmeza del muchacho. Y dice la última frase.

—¿Cómo saben que sirvo? ¿Que no voy a fallar?

Es un tiro al aire, para ver cuánto saben. La respuesta lo sorprende. El muchacho habla mecánicamente, con voz neutra (una fecha, un nombre, un lugar geográfico, un tipo específico de mercadería). Ludueña ve desfilar todos y cada uno de sus trabajos anteriores. Lo interrumpe dos años antes del trabajo anterior.

—Está bien, está bien.

Quedan otra vez en silencio. Ludueña se estira con el índice y el pulgar en el labio inferior, se rasca con una uña el pelo aplastado y negro. Apoya las manos sobre la mesa y mira al muchacho.

—Acepto.

III

El sábado Ludueña se levanta temprano, evita cuidadosamente a la dueña y va a desayunarse al café de la esquina. Mientras revuelve el líquido marrón, pierde la mirada en la calle vacía y piensa en el trabajo.

Deberá seguir con la rutina hasta el miércoles, quieto en la pieza, mirando el limonero del patio, o bajando a este mismo bar, a jugar un casín para matar el tiempo, sobre las mesas de paño verde del fondo, ahora envueltas en sombra. Y el miércoles comenzará lo que el muchacho llama "entrenamiento". "Entrenarse a los cuarenta", piensa, sin sonreír. "En fin."

Más tarde va hasta el centro. Compra un diario. Elige un banco en una plaza y lee distraído la página de deportes. Deja el diario sobre el banco y sigue.

Llega al Santa Rosa a las doce y treinta y cinco. Desde las mesas surge el bracito de Gonçalves haciéndole señas. Camina entre las sillas, y al fin se sienta ante los anteojos y la mueca del hombrecito.

—Qué tal. Me atreví a pedir un antipasto —saluda señalando un plato con rodajas de fiambre y ensalada rusa.

—Perfecto. Me parece muy bien —dice Ludueña mientras se afloja el pantalón y estira las piernas bajo la mesa. Mastica algunos trozos de jamón y mira la calle.

—Calor —dice.

Siguen así unos minutos, intercambiando informaciones o datos monosilábicos. Luego discuten sin pasión el plato a pedir. Cuando llega, mastican en silencio, haciendo breves comentarios sobre la calidad de la carne o el aceite.

En determinado momento Gonçalves deja los cubiertos en el aire, inmóviles. Vacila, abre los labios, vuelve a cerrarlos. Apoya los cubiertos en el borde del plato, se saca los anteojos, los limpia metódicamente con la servilleta y al fin, con los ojos pequeños mirando la calle, dice:

—Anoche estuve con Marga.

Ludueña aprovecha la escasa visión del hombrecito para sonreír. Desde que se conocen, cada vez que almuerzan o toman un café sin propósitos definidos, Gonçalves habla de alguna mujer. Primero detalla, como ahora lo está haciendo, los distintos movimientos, las palabras, hasta las muecas que integraron el encuentro. Luego se detiene y le pregunta a Ludueña algo sobre la mujer, su opinión general o una elección entre dos opciones. Hace mucho tiempo, y una sola vez, Ludueña le explicó que había conocido pocas mujeres, no más de doce, casi siempre en algún trabajo, siempre de manera fugaz, aunque a veces intensa. Sólo una de ellas, en una lejana capital del norte, había permanecido con él durante casi un año. Pero se habían separado. "Cuando uno de los dos tiene ganas de matar al otro, hay que largar", le había dicho. Pero era como si Gonçalves hubiera borrado esa conversación del recuerdo: no la tenía en cuenta. Se encontraban, contaba su encuentro con una mujer, casi siempre distinta, le pedía consejo a Ludueña, que contestaba generalidades que no venían al caso, y pasaban a otra cosa.

Al fin pidieron los postres, y café. Caminaron hasta la calle, se resguardaron del sol bajo el toldo de un kiosco. Ludueña volvería caminando. El hombrecito daba dos pasos hasta la calle, bajaba el cordón y trataba de ver el número de su ómnibus entre los destellos y los movimientos de los demás coches.

Cuando al fin lo distingue, a una cuadra y media de distancia, vuelve al reparo del toldo, le tiende la mano a Ludueña y habla.

—El tipo se llama Rodolfo. El miércoles a las ocho pasará a buscarlo a dos cuadras de la pensión, sobre la avenida. Creo que el trabajo termina en veinte días. Nos vemos después. Yo lo llamo.

IV

El hombre rubio y alto baja la mano. Ludueña aprieta el acelerador y mueve con rapidez la palanca de cambios. Una mirada por el retrovisor le muestra sólo la enorme nube de polvo blanco que levanta el coche. Un vistazo al acelerador. "Cien kilómetros en un minuto. Pasable", piensa. Se concentra en el poste indicador. Frena treinta metros antes, aumentando la presión del pie a medida que el poste se acerca. Gira a su alrededor sobre dos ruedas y vuelve en sentido contrario. Soltó el pedal del freno en mitad de la curva y ahora aprieta con fuerza el acelerador. No deja de hacerlo cuando esquivá tres señales pintadas sobre el suelo. Llega al punto de partida. El rubio está en

cuclillas, bajo la sombra de la casilla. Frena gradualmente, sin permitir que el auto dé sacudones. Detiene el coche en el punto exacto de partida. "Exhibicionismo", piensa.

Rodolfo se acerca corriendo. Se apoya en la ventanilla y palmea el hombro de Ludueña.

—Casi perfecto —jadea un poco—. Habría que mejorar la acelerada inicial. Cien en menos de un minuto. Es el momento clave.

Ludueña le sonríe y hace un gesto al bajar. El muchacho se aparta. Caminan hacia la casilla y entran. Afuera han subido otros dos al coche. Uno es el acompañante de Ludueña. Cuando entran a la oscuridad del cuarto oyen el rugir del motor. Rodolfo destapa una botella de agua mineral y sirve dos vasos. Ludueña le agrega limón. Se sientan en dos sillas de paja. Afuera suenan varios disparos. Sintiendo el frío del vidrio húmedo contra la mano, Ludueña cierra los ojos, imagina los blancos móviles saltando en pedazos y, dentro del automóvil, al uruguayo tratando de concentrarse en las siluetas instantáneas, breves, que debe derribar mientras las cápsulas servidas saltan en el aire, golpean el techo, alguna cae fuera del automóvil. Abre los ojos.

—¿No es demasiado ruido?

—No. Estamos perfectamente aislados.

"Así será", piensa. Hace una semana que están en ese campo pelado, acelerando sobre la tierra seca y blanca, disparando innumerables balas, arrojándose por un terraplén construido con tablones y fardos de pasto, cambiando velozmente de un auto en marcha a otro. A Ludueña le dan una pistola negra, pesada, calibre 45. No ha manejado una en su vida. "Prefiero la 38", dice. "¿Para qué tanto aparato?" Le explican que hace falta efectividad: la bala tiene que golpear con fuerza. "Una simple fuga", se dice Ludueña. Le molesta la excesiva precisión del entrenamiento, tan distinta a las mil imprecisiones que habrá luego en el terreno real; le molestan los intentos fallidos de hacer amistad con el grupo. Sólo logra entenderse con el futuro acompañante. Es bajo y gordo, de piel tostada, casi totalmente calvo. Recuerda haberlo visto años atrás. Dos o tres segundos en una frontera, haberle dejado caer un paquete en la mano y luego separarse. Le quedó grabada la sonrisa, casi idéntica ahora, un poco más gastada. Tiene su misma edad, quizás eso los acerca y los separa del resto. El nombre es difícil de pronunciar. Ludueña le dice y lo recuerda como el uruguayo. Cuando descansan intercambian algunas frases, se saludan hasta el otro día o dicen salud, irónicamente, mientras levantan dos vasos de la obligatoria agua mineral.

—Es como estar en la colimba, uruguayo.

—Peor. Es como el Ejército de Salvación. Ni una cantina para mandarse un vino.

Rodolfo entra y le dice al uruguayo que el auto está listo.

—A la orden, mi sargento —bromea cansado, y sale a la luz perezosamente. Rodolfo se sienta. Queda en silencio junto a Ludueña.

Quizá por ser el primer contacto, el muchacho es quien más habla con Ludueña. Pero a la segunda o tercera conversación, algo artificial se interpone entre los dos. Ludueña tarda en definirlo. Al fin cae en la cuenta de que el muchacho trata de convencerlo para que se una definitivamente al grupo. Un día le pide que hable claro y Rodolfo lo hace.

—No, no, no —dice al fin Ludueña, sonriendo, moviendo la cabeza—. Esto es un trabajo, nada más. Usted necesita un tipo de confianza que maneje un auto sin perder la cabeza y yo necesito el dinero. Siempre me gustó trabajar solo y ahora voy a entrar en un engranaje de quince tipos. Eso es suficiente concesión. Ocúpese de las dos cuotas que faltan, cuando llegue el momento, y tan amigos.

Dos días más tarde discuten. El muchacho trata de hacerle ver los trabajos anteriores como equivocaciones, "golpes en el vacío", dice. Le explica que sus habilidades encontrarían un destino más lógico dentro del grupo, dentro de un plan general de acción. Mientras lo oye, ya calmado luego de intentar la discusión, mientras lo ve mover los labios frente a él, Ludueña advierte que el muchacho no se ve a sí mismo como muchacho. "Y está bien", piensa. Luego vuelve a escucharlo. Se ha irritado, nombra palabras que Ludueña no conoce demasiado —lumpen, mercenario— pero que adivina insultantes, quizá despreciativas. Alza la mano y levanta la voz.

—Acábela, Rodolfo, no sea pelotudo.

Ahora, días después, el muchacho está en silencio a su lado. Afuera se oyen los disparos del uruguayo.

—¿Qué le parece ese tipo? —pregunta Rodolfo en voz baja.

—Va; a hacer bien lo que tiene que hacer —contesta Ludueña.

Cuatro días antes de la fuga, vuelven a la ciudad. Es de noche. Trepan nuevamente a la caja cerrada del camión y se van ubicando en los bancos. El uruguayo busca con la mirada a Ludueña, se deja caer a su lado y sonrío. El último es Rodolfo. Pasea la mirada sobre los bancos. "Nos está contando", sonrío Ludueña. "No vaya a ser que se le quede algún alumno." Al fin arrancan. Durante media hora siente los barquinazos de un camino de tierra. Luego la marcha suave y pareja del pavimento. "Una ruta." Al fin, gradualmente, los sonidos de la ciudad rodeándolos. Baján de a uno. Cuando le toca al uruguayo le da un golpecito en el hombro a Ludueña.

—Hasta el viernes, compañero. A ver cómo maneja.

Ludueña es el último. "Un tipo del centro", piensa. Cuando Rodolfo le hace la seña se levanta maquinalmente. Se detiene junto al muchacho.

—La segunda cuota.

—El jueves. A las nueve y media, en el Odeón.

Dos cuadras más allá abre la puerta y baja. Está a cuatro cuadras de la pensión. Con lentitud comienza a andar. Compra un atado de negros en un kiosco. Enciende uno.

Siente el peso y el contacto frío de la 45 metida en la cintura, atrás. Se siente de pronto molesto, casi ridículo.

V

Los tres días de espera le resultan vacíos y, por eso mismo, inquietantes. Juega interminables partidas de casín en el bar de la esquina. Extraña la figura pequeña y nítida de Gonçalves, sus anécdotas sexuales. Para distraerse imagina el lugar donde practicaron, los autos inmóviles cubriéndose de tierra blanca, el polvo entrando a la pequeña casilla y ensuciando la botella de agua mineral y el vaso, cubriendo el resto de líquido con una delgada película de grumitos negros. Trata de adivinar en cual de las tres cárceles se hará la fuga, y las posibilidades de acción en cada una. Recuerda la conversación con Rodolfo. Lamenta haberlo insultado, aunque fuera para cortarlo. "Usted puede tener razón, pero ya estoy viejo, podría haberle dicho", piensa. Inventa otras fórmulas, todas más suaves y comprensivas que el insulto. Imagina con claridad la pesada 45 descansando en el fondo de un cajón de la cómoda. Y él mismo descansa.

A las nueve se sienta, sacude un poco la cabeza y alcanza la camisa de sobre la silla. Antes de bajar a lavarse se apoya un momento en el borde de la ventana y contempla la forma borrosa del árbol en el patio, con los limones manchando apenas de amarillo la forma oscura. Cierra la hoja de madera y tantea hasta la puerta.

En el Odeón, Rodolfo le pasa el sobre con la segunda cuota por encima de la mesita. Están rodeados de gente, encajonados entre espaldas y mozos que tratan de vadear las sillas y las mesas con bandejas oscilantes. Le dice también en qué cárcel será. Ludueña imagina rápidamente una salida, que incluye dos cuadras a contramano por una calle angosta, con seguridad sin tráfico a esa hora, y una picada fuerte por la avenida, también cómoda al amanecer, salvo imprevistos. Rodolfo, sonriendo, como si estuviera contando una película o una anécdota, le marca con frases cortas el lugar del parque donde harán el trasbordo, la esquina final donde un 600 esperará a Ludueña y el uruguayo para que abandonen el Ford y puedan perderse. Es en un barrio lejano, con calles de tierra. Después de las instrucciones Ludueña apoya la espalda en la silla, tranquilo, y le dice que está todo claro. Rodolfo le pide que repita. Lo hace con calma, y pregunta si alguien recorrió la zona durante el día.

—Sí, todo en orden, y volveremos a recorrerla esta noche.

Ya no hablan. Ludueña aprovecha para contemplar la gente de las mesas cercanas, las muchachas de larga cabellera y perfiles suaves moviéndose hacia atrás y adelante, sacándose el pelo de la cara, mascando, moviendo los labios para beber o asombrarse de algo, riendo y mostrando los dientes. Viene poco al Odeón. Cayó de casualidad cuando llegó a la ciudad, hace tantos años, con la valija de cartón y el viejo traje del padre. Recuerda con precisión, para siempre, cómo el precio de un sandwich y una gaseosa lo había dejado rígido, casi mudo, incrédulo. Quizá le había quedado esa primera impresión. O le molestaba el ruido excesivo, el movimiento sin fin de jóvenes levantándose y sentándose en las mesas. No puede imaginar a Gonçalves en ese

ambiente. "Gonçalves", piensa. "Qué será de su vida." Rodolfo busca con la mirada al mozo. Ludueña le dice que deje, que corre por su cuenta. El muchacho sonríe.

—Me voy entonces —hace una pausa breve—. La tercera cuota mañana, a la noche, despu es del trabajo. Ac a, en esta mesa. Con eso terminamos.

— Y si está ocupada? —pregunta Ludueña, por puro gusto.

—En otra —contesta el muchacho. Y se aparta, abre la puerta encristalada, desaparece.

VI

"Aflojarse", se dice, y relaja los músculos de la espalda y las manos aferradas al volante. En la luz incierta del amanecer espía al uruguayo, sentado y fumando en el asiento trasero, con la derecha colgando floja entre las piernas. Se pregunta si estará más tranquilo que él o si la postura es su forma de estar nervioso. Mueve la muñeca y mira el reloj. "Incre ible, no pasaron dos minutos." Mira otra vez hacia adelante, la callecita vacía. Sólo puede ver un ángulo diminuto de la cárcel, sombr a y almenada, pintada de amarillo, a dos cuadras de distancia.

El reloj otra vez. "Tres minutos y medio." Se pregunta si Rodolfo será uno de los quince del trabajo. Decide que no. En ese momento, tras el ángulo de la esquina, oye pasos corriendo, acercándose. Le alegra empezar; se pone tenso y ve que el uruguayo también: ha bajado la manija de la puerta y la mantiene entreabierta, lista. El tipo, vestido con una especie de pijama gris, desemboca en la esquina patinando, ve el coche y se abalanza sobre la puerta equivocada. Sin perder un segundo el uruguayo cruza y la abre. Ludueña pone en marcha el motor, sin respirar. Hasta ese momento los movimientos históricos de los tres parecen ridículos en la tranquilidad de la calle. Entonces comienza a sonar una sirena cada vez más intensa, que los alcanza y los justifica. El tipo se tira por la puerta y Ludueña pone la primera y pica, sin esperar que la cierre. Lo hace el uruguayo, que sostiene en la mano su 45. La de Ludueña descansa en la guantera abierta, cerca de la mano derecha, que gira el volante con fuerza para tomar por la calle sin tráfico, las dos cuadras en contramano. Esquiva por milímetros un cam on verde, cargado de verduras, estacionado sobre la izquierda, y acelera. Cuando faltan cincuenta metros hasta la avenida aminora la marcha. No quiere llamar demasiado la atención, desembocar como un loco ante testigos. Está tan concentrado que prácticamente no oye la sirena. Las dos paredes que encajonan la calle se abren de pronto al espacio amplio de la avenida. Aún no han apagado las luces de mercurio y las dos bandas de cemento liso y gris parecen irreales. Casi no hay coches y una rápida mirada le confirma que tampoco gente en las veredas, algún trasnochador perdido que lo haya visto salir de contramano y memorice el coche. Ahora conduce con calma, como quien quiere llegar pronto, no huir o matarse. Ve el semáforo en rojo y disminuye apenas la velocidad. Llega cuando pasa al verde, toma a la izquierda y se sumerge en las calles curvas y verdes del parque.

Por curiosidad observa al tipo por el retrovisor. Ya se ha cambiado el pantalón y la camisa. El uruguayo lo ayuda a ponerse el saco, le acomoda el cuello con la mano

izquierda, siempre con la 45 en la derecha. "Es una madre", piensa Ludueña divertido. Al fin el tipo se deja caer de espaldas y en voz baja pregunta si tienen cigarrillos. El uruguayo le prende uno, Ludueña vuelve a concentrarse en el camino. Es como si despertara. Oye lejana la sirena. Luego el sonido se acerca. Instintivamente aprieta el acelerador. Trata de ver entre los árboles que los rodean por los cuatro costados, de ubicar el sonido en medio de las curvas grises.

—Por la avenida —confirma el uruguayo en el mismo instante en que él lo piensa.

Los dos tratan de distinguir algo entre los árboles que los separan de la avenida, cada vez más lejana a medida que el camino se aparta, hundiéndose en el parque, hacia el bulevar. Alcanzan a ver, justo antes de que la masa del estadio se interponga definitivamente, cuatro o cinco jeeps con luces rojas titilando sobre el techo, denunciándolos.

Corren en silencio hacia el bulevar, esperando, oyendo el zumbar monótono del motor y las ruedas. Cuando penetran en él, los tres se vuelven instintivamente a la izquierda. El bulevar, amplio, tranquilo, gris, está vacío, salvo dos o tres coches. Ríen a un mismo tiempo, intercambian frases jocosas, imaginan por qué remoto lugar andarán ahora los jeeps, con las luces rojas en el techo, titilando.

VII

Camina tranquilo, despreocupado. A su lado pasan mujeres cargadas con paquetes, hombres apurados. Sonríe. Es como si tuviera todo el tiempo del mundo. Unas horas atrás cruzaba el parque a toda velocidad, se detenía para que el tipo saltara a un Citroen chico, conducía intranquilo hasta una pésima calle de las afueras, se bajaba con el uruguayo y subían a un 600, cruzaban la ciudad en sentido inverso y bajaban en una esquina, limpios, sin las armas. Se daban la mano y prometían verse en poco tiempo.

Ahora hace tiempo mirando vidrieras, leyendo el diario en una plaza. Llega al Odeón a las nueve y cuarto.

Está repleto. Curiosamente, en el momento en que abre la puerta se desocupa la mesa del día anterior. Antes de sentarse mira las otras, pero no ve a Rodolfo. Le extraña un poco: llegó quince minutos tarde para estar seguro de encontrarlo, cobrar y alejarse. Tarda en ubicar un mozo y cuando éste se acerca, lo hace jadeante, con la cara roja, sacudiendo la bandeja, como si estuviera corriendo una maratón.

—Un café y una medialuna —pide.

—Medialuna no hay —grita el mozo, y comienza a alejarse.

—El café solo entonces —dice Ludueña en voz alta, para alcanzarlo.

Tarda en advertir que no pasan coches ni gente en la calle. Hace veinte minutos que está sentado en la mesa. Vuelve a concentrarse en el pocillo, trata de imaginar alguna salida en medio del ruido. "Si saben que veníamos, también nos deben saber las

caras." Imagina a Rodolfo llegando a unas cuadras del bar, viendo de lejos los jeeps que cortan el tráfico, retrocediendo y perdiéndose en la noche. Levanta la cabeza y mira a través de los enormes ventanales, que dan a la calle como una doble pantalla panorámica. Como si faltara alguna confirmación, un muchacho entra visiblemente nervioso, ubica una cara en la multitud y empuja para acercarse, aparta con violencia algunas sillas y al fin se inclina y dice algo. Todos los de la mesa (cuatro o cinco, Ludueña no tiene ganas de contarlos) se levantan y el último llama al mozo agitando una mano con billetes.

La entrada del muchacho, la partida de los otros, las palabras que el último reparte en otras dos mesas, son como una onda expansiva. El bar es ganado por una actividad aún más intensa y ruidosa que momentos antes.

Ludueña sabe que ahora es el momento con más probabilidades a su favor, pero son ínfimas, y casi no justifican la fuga. Imagina el tiroteo afuera, posibles heridos, la casi seguridad de ser herido o muerto él mismo.

Tiene el viejo 38 en una funda, sobre el pecho, a la izquierda. No sabe por qué en el par de horas que pasó en la pensión lo sacó del cajón de la cómoda, lo aceitó un poco, lo cargó. "Quizá para posar de pistolero", sonríe con una mueca. "Fue un error."

Un matrimonio de cierta edad, sentado en un rincón, resistiendo ante dos capuchinos y un plato de medialunas, observa con ojos asombrados la deserción masiva.

Está a punto de pensar en cómo pudieron saber que vendrían a encontrarse en el bar, pero se detiene. Prefiere concentrarse en el presente, en la forma de escapar.

No hay ninguna. Las cadenas de ideas, la reconstrucción mental del interior y el exterior del bar, terminan siempre en un vacío gris, o en una posibilidad humorística, irrealizable. "Dejo caer el revólver, lo tapo un poco con los papeles sucios que hay bajo la mesa, me levanto, un mozo me lo alcanza y le digo que no es mío, salgo y me pierdo entre la muchedumbre", imagina viendo las veredas vacías a través de los ventanales. Un desprevenido llega a la mitad del vidrio y se detiene, hace gestos, asiente, retrocede y desaparece. "Le están haciendo señas desde la esquina", reconoce Ludueña.

El matrimonio maduro se pone de pie. El hombre ayuda a la mujer a colocarse el tapado, le alcanza la cartera, llama al único mozo, que se acerca veloz, cobra y desaparece por la puerta del baño, como todos los anteriores. Ludueña los imagina en la cocina, sentados en el suelo, junto a los hornos, esperando. Está solo. Trata de ver el bar desde afuera: "Una caja amarilla, rodeada de oscuridad y calles, con un solo parroquiano ante un pocillo de café frío."

No pensó en entregarse ni en el primer momento. Ya es suficiente haber venido al bar en la noche, y recoger el 38 al salir, para complicar las cosas. "Seis balas y ningún cargador de repuesto."

Había imaginado esta situación mil veces, mirando el techo de la pieza. Él, solo, en un sitio cerrado y expuesto, rodeado de innumerables policías. Pero en su imaginación era una escena de colores brillantes, móvil, donde el enemigo atacaba y él se arrojaba en el aire desenfundando la pistola, y comenzaba a ver como caían cuerpos a

unos metros y como las balas lo clavaban contra la pared heroicamente, en una rapsodia de sangre, calor y sonido.

"Con música de ópera", piensa, rodeado ahora por esos innumerables policías pero en una situación silenciosa, frustrada, inmóvil.

Sabe que falta poco. Quiere detener los pensamientos desordenados y una última corriente, una especie de despedida, lo inunda: la cara de una mujer que conoció hace mucho en el norte, Gonçalves sonriendo escépticamente, la silueta de Rodolfo recibiendo de pronto la luz del sol en la puerta de la cabañita del campo, y la sensación cálida, segura de la mano del uruguayo despidiéndose.

Por fin ve nada más que las mesas vacías, imagina la forma en que rodean la manzana, recuerda la disposición del baño de caballeros, en un patio apretadísimo, casi un tubo.

"Si fuera ellos, empezaría con gases lacrimógenos."

Saca un pañuelo del bolsillo del pantalón.

Ubica un corredor libre entre tres mesas hasta el mostrador.

Se arrojará allí, se atará el pañuelo sobre la nariz y la boca, tratará de arrastrarse hasta el baño y trepar por las paredes del patio microscópico, hasta los techos. La manzana está rodeada y lo van a alcanzar de cualquier modo: quizá contra el mostrador, quizá en el salto, quizá en la mesa, antes de saltar, o a mitad del ascenso en el patio.

Cuando la granada describe un arco perfecto y entra por la puerta abierta, echando gas por los cuatro costados, deja de pensar y salta.

La marca del ganado

[Cuento - Texto completo.]

Pablo de Santis

El primer animal apareció en el campo de los Dosen y a nadie le hubiera llamado la atención de no haber estado tan cerca del camino y con la cabeza colgando. Fue a fines del 82 o principios del 83, me acuerdo porque hacía pocos meses que había terminado la guerra y todos hablábamos del hijo de Vidal, el veterinario, que había desaparecido en el mar. Para escapar del dolor, de esa ausencia tan absoluta que ni tumba había, Vidal se entregó al trabajo, y como no eran suficientes los animales enfermos para llenar sus horas, investigó cada una de las reses mutiladas que empezaron a aparecer desde entonces. En realidad nunca supimos con certeza si el de los Dosen fue el primer caso, porque sólo desde entonces nos preocuparon las señales: aquí nunca llamó la atención una vaca muerta.

Al principio los Dosen le echaron la culpa al Loco Spica, un viejo inofensivo que andaba cazando nutrias y gritando goles por el campo, con una radio portátil que había dejado de funcionar hacía un cuarto de siglo. A todos nos pareció una injusticia que los Dosen le echaran la culpa, porque el viejo podía matar algo para comer, pero nunca hubiera hecho algo así: la cabeza casi seccionada, tiras de cuero arrancadas en distintos puntos de una manera caótica y precisa a la vez, como si el animal se hubiera convertido en objeto de una investigación o de un ritual. Y quedó claro que el Loco Spica no había tenido nada que ver, porque en marzo del 83, durante la inundación, apareció flotando en el río diez kilómetros al sur, y las mutilaciones –esa fue la palabra que usó Vidal, el veterinario, la primera vez y que todos nosotros usamos desde entonces– continuaron.

No me acuerdo si siguió después aquel novillo en el campo de la viuda Sabella o el ternero que apareció atado al molino derrumbado, con la cabeza de otro en lugar de la suya. En cada caso nuestro comisario, Baus, fue a buscar al veterinario para que estudiara las marcas y tratara de encontrar alguna pista. El comisario parecía desconcertado: nunca en su vida había investigado nada, ya que en el campo, a diferencia de la ciudad, las cosas son o bien demasiado evidentes o completamente invisibles, y tanto en un caso como en otro la investigación es inútil.

A partir de entonces, el bar que heredé de mi padre y que apenas me permite sobrevivir, se convirtió en una especie de foro sobre las mutilaciones. A nadie le importaba una vaca de más o de menos, porque acá cuestan poco y nada, pero asustaba imaginar al culpable, solo, en la noche, derribando al animal con un golpe en la cabeza, inventando formas distintas para cortarlo, a veces vivo todavía (así lo aseguraba el veterinario). Yañéz, el mecánico, decía que era una secta, y que sabía de casos parecidos en las afueras de Trenque Lauquen. Soria, el jefe de estación, hablaba de ovnis, él siempre estaba viendo luces en el cielo, sacaba fotografías, paseaba solo por el campo en espera del encuentro. Las mutilaciones eran para él experimentos; los extraterrestres analizaban las muestras de tejido. Como le dije que eso podría explicar los cortes pero no otras aberraciones (las cabezas trocadas, las langostas encerradas en las heridas, las

flores emergiendo de las órbitas oscuras) Soria se defendía: era un experimento, sí, pero sobre nosotros: estudiaban nuestras reacciones ante lo malvado y lo desconocido. Baus, el comisario, si tenía alguna teoría, la callaba. Investigó a los crotos que siempre andan por aquí y a fuerza de tantos interrogatorios terminó espantándolos, y hasta el día de hoy casi no ha vuelto a aparecer ninguno. Una noche, cuando le pregunté si realmente creía que eran ellos, me respondió tranquilo: es uno de nosotros.

¿Pero quién? Porque aquellas mutilaciones no traían ningún beneficio ni seguían un plan reconocible. Podían caer en el campo de cualquiera, y tampoco dentro de su locura seguían un sistema determinado. Vidal anotaba todo en una libreta de tapas azules, pero salvo cierta abundancia de marcas en la cabeza, no había otra constante. Iba a todos lados con su libreta, y cuando a veces cenaba en mi establecimiento, siempre solo, leía en voz baja aquella lista monótona, como si se tratara de un rezo. Los animales muertos le servían de excusa para estar siempre en movimiento, en busca de nuevos ejemplares, día y noche, para huir de su casa desierta y de los portarretratos con las fotos de su hijo.

A la tarde, frente a los vasos de ginebra o de fernet, todos hablaban con una autoridad infinita en la materia, mientras jugaban al dominó y esperaban con ansiedad que el próximo parroquiano irrumpiera con alguna nueva noticia. Ya no veíamos los animales muertos como pertenecientes a uno u otro dueño, sino como reses marcadas a través de las mutilaciones para señalar su pertenencia a un mismo rebaño fantasmal, que no cesaba de crecer.

Hubo casos más espectaculares que otros, y de una ejecución más arriesgada, como el ternero que apareció colgado en la finca de los Dorey, muy cerca de la casa. Los Dorey no oyeron nada, los perros apenas ladraron y se callaron enseguida y el matrimonio siguió durmiendo, que los perros ladran por cualquier cosa. A la mañana se encontraron con el ternero colgado, la rama casi quebrada por el peso; seguramente habían usado un coche o una camioneta para izarlo, pero las lluvias habían borrado las huellas.

Vinieron algunos periodistas, de la capital incluso. Estuvieron unos días en el hotel Lavardén, y se los veía a la hora de la siesta de aquí para allá, por las calles vacías, sin saber qué hacer, esperando la hora del regreso. También vinieron policías enviados por la jefatura de la provincia, y el comisario se sintió un poco relegado. Interrogaron a todo el mundo, sacaron fotografías y recogieron muestras para el laboratorio, pero se fueron también al poco tiempo sin respuestas y sin demasiado interés por las respuestas que no habían encontrado.

Durante todo ese tiempo, aun mientras los otros policías invadían su lugar, el comisario siguió investigando. Nos interrogó a todos; ponía un viejo grabador encima de la mesa y nos hacía hablar, nos preguntaba por los vecinos, por las rarezas que podía tener alguno. Hasta al cura interrogó, convencido de que el culpable había ido a confesarse y que el padre Germán lo protegía debido al secreto de confesión. Las mutilaciones se convirtieron en una obsesión para él, fue su primera investigación y también la última. A veces lo veía, por las noches, en la comisaría, bajo los tubos fluorescentes, los mapas del campo extendidos en la mesa, con los sitios donde habían aparecido los animales encerrados en círculos rojos. Trataba de encontrar en esas

marcas dispersas una figura, intentaba adivinar el próximo caso. Hasta las cuatro o las cinco de la mañana se quedaba ahí, oyendo las cintas que había grabado, las conversaciones triviales, todos los secretos del pueblo, y esas voces, que nada sabían de las mutilaciones, parecían cautivarlo.

Ahí empezó a tener problemas con su esposa, porque iba poco para su casa, y cuando no estaba en la comisaría atravesaba los campos en su camioneta, con un faro buscahuellas, como un alucinado, hasta que se quedaba dormido en algún camino o, si le quedaban fuerzas, volvía para escuchar las cintas con las voces de todos. Nuestras voces lo atraparon y lo enloquecieron. Buscaba contradicciones y las encontraba una y otra vez, porque aquí nadie presta atención a nada y quien dice una cosa puede decir otra. El comisario parecía creer que todos sabían lo que pasaba, y que él era el único al que esa verdad le estaba vedada. Hasta tal punto llegó su desconfianza que cuando entraba en el bar todos callábamos y cambiábamos de tema, y pasábamos tímidamente al fútbol, a las inundaciones o a algún chisme local. El comisario se acostumbró a esa bienvenida que se le brindaba, hecha de silencio incómodo y lugares comunes.

El comisario sufría y se alejaba de todo, y por eso yo tuve la tentación de entrar de noche en la comisaría para apartar los mapas y las grabaciones y decirle la verdad. No hubiera servido de nada, porque él ya había hecho algo tan grande con aquellas vacas muertas, había construido con paciencia un misterio insondable que no encerraba sólo al culpable sino a todos, que nada lo hubiera dejado contento. La verdad le hubiera parecido insuficiente; y si yo hubiera hablado, pero no hablé, lo habría considerado un engaño, algo destinado a hacerlo caer en una trampa, a relevarlo de su insomnio y su desconfianza para dejarle libre el terreno al mal.

De todos en el pueblo quizás yo era el único que no tenía pero ninguna teoría. Todas me parecían verosímiles, incluso la de los extraterrestres, y a la vez imposibles; si me hubieran hablado de una enfermedad inexplicable que golpeaba a las vacas con esos síntomas atroces lo hubiera creído también. Me parecía que la explicación estaba más cerca de una fuerza ciega, impersonal, que de un culpable minucioso y obstinado. Podían ser los hijos de Conde, que nacieron malvados; Greis, un cuidador de caballos que dormía abrazado a su escopeta; o la viuda de Sabella, o el veterinario Vidal o el mismo comisario.

Nunca hice ninguna conjetura firme, nunca investigué nada, y si llegué a la verdad y fui el primero, fue por casualidad. Volvía, un poco entonado, de la casa de unos primos, a cuarenta y cinco kilómetros del pueblo. Se festejaba un cumpleaños y cuando se terminó la última botella me invitaron a dormir. No soporto camas ajenas y a pesar del sueño decidí volver. La noche estaba clara y desde lejos la vieja Ford de Vidal, detenida a un costado del camino, con los faros apagados. Pensé que se le había quedado el motor: Vidal iba seguido a verlo al mecánico por una cosa o por otra. Detuve el rastrojero y me bajé dispuesto a ayudarlo. Dije «Buenas noches, doctor», pero Vidal no me respondió.

Cuando me acerqué, vi con claridad al veterinario que, inclinado sobre la res abatida, practicaba los cortes con pulso firme. Yo estaba cansado y había tomado de más, pero al instante se me borraron las huellas del sueño y del alcohol. Vidal sacó de su maletín un frasco de vidrio lleno de insectos muertos, muchas mariposas sobre todo,

también escarabajos, que esperaban a ser sepultados en la herida. Empuñaba con firmeza el viejo bisturí alemán con sus iniciales en el mango, sin preocuparse por el testigo que seguía el procedimiento. Era tal su indiferencia que yo me sentí culpable por estar allí, por invadir la ceremonia privada que nunca llegaría a comprender. Durante algunos segundos fui yo el culpable, y él un juez inalcanzable, tan remoto en su dignidad e investidura que ni siquiera llegaba a saber de la existencia del imputado.

No dormí esa noche, y abrí el bar más tarde de lo habitual, y cuando ya a las cuatro, cuando empezaban a llegar los muchachos, quise decirles la verdad, me di cuenta de que no había llegado el momento oportuno. Esperé que hablaran, que expusieran sus teorías, sus ovnis, sus sospechas; cuando el último terminara de hablar, yo, callado hasta ese entonces, diría la verdad y ellos me oirían en silencio. En un instante, en un nombre, entraba todo: después de esa revelación, nada, perdería el poder del secreto. Decidí dejarlo para el día siguiente.

Pero entonces tampoco me pareció que era el momento oportuno. Me gustaba escucharlos hablar, confrontar en silencio sus torpes deducciones con el secreto; y a causa de esa satisfacción, fui más amable que nunca, y serví medidas más generosas y la casa invitaba con cualquier excusa, con tal de que aquellas voces no callaran nunca. Mi secreto no me distanció, al contrario, me sentí más cerca de ellos, ahora que los veía inocentes, ingenuos, moviéndose a ciegas en un mundo cuyos mecanismos ignoraban por completo.

Pasaron tres semanas desde la noche en que vi la Ford de Vidal junto al camino hasta la mañana en que el veterinario entró a mi establecimiento para pedir una grappa. Después de tomarla de un trago me preguntó por qué no había hablado. Le dije que no era asunto de mi incumbencia y pareció aceptar mi respuesta como algo razonable; era evidente que él también pensaba que el asunto no era de la incumbencia de nadie más. Me costaba hablar con él, me daba cierto pudor, como si fuéramos cómplices de alguna situación no solo espantosa, sino también ridícula, pero al fin pregunté por qué, dije sólo por qué, incapaz de terminar la pregunta. No esperaba respuesta, porque me parecía que todo lo que se podía decir estaba escrito ahí, en el idioma hecho de reses muertas y combinaciones abominables. Pero el veterinario dejó dos monedas en la mesa y respondió. Dijo que siempre había sido un buen veterinario, que había llegado a entender a los animales a través de señales invisibles para otros. Estudiaba el pelaje, pero también sus huellas, las marcas en el pasto, los árboles cercanos. Sentía que con cada animal enfermaba un pedazo del mundo, y que a él le tocaba la tarea de restaurar la armonía. Así lo había hecho por años y por eso los ganaderos de la zona confiaban en él. Después las cosas cambiaron. A su hijo le tocó primero la marina, luego una base naval en el sur, y finalmente la guerra. Él lo esperó sin optimismo y sin miedo hasta que una mañana un Falcon blanco de la marina con una banderita en la antena se detuvo frente a su casa. Él lo vio llegar desde la ventana. Del auto bajó un joven oficial que caminó con lentitud hacia la puerta, como esperando que en el camino le ocurriera algún incidente que lo hiciera desistir de su misión. Se notaba que nunca había hecho lo que ahora le tocaba hacer, y después de pronunciar un vago saludo le tendió con torpeza una carta con los colores patrios en una esquina, cruzados por una cinta negra. La mano del joven oficial temblaba al sostener la carta donde decía que el hijo del doctor Vidal había sido tragado por el mar, por el mar que nunca antes había visto.

Entonces el doctor Vidal descubrió algo que hasta ese entonces se le había ocultado: el mundo era maligno, y no podía pasar este hecho por alto. No podía seguir curando animales, ni creer que trabajaba para alguna armonía que los otros hombres eran incapaces de ver. No existía ninguna armonía ni ninguna verdadera curación posible. Sintió que la cura era una falta a la verdad.

Siguió sanando a los animales, porque era su trabajo y no sabía hacer otra cosa, pero decidió dejar en la noche y en los campos una marca, la señal que decía con claridad que él no había sido engañado, que a todos podían mentir, pero no a él, que sabía de qué se trataba la cosa. Entonces se dedicó a curar pero también a matar y a mutilar, a dejar en la noche las letras sangrientas de su mensaje. No dijo destinado a quién o qué.

Yo lo había escuchado en silencio, sin interrumpirlo ni hacerle ninguna otra pregunta, y no lo saludé ni me saludó cuando se fue. No sé si la explicación tuvo algo que ver, pero a partir de allí hubo menos casos, uno cada tres semanas, no más. Otras noticias nos distrajeron un poco y alargaron las partidas de dominó hasta que empezaba la noche. Beatriz, la esposa de Baus, el comisario, cansada de las ausencias, los ataques de ira y el misterio, lo dejó sin avisarle nada. Hizo las valijas y desapareció, y cuando el comisario llegó casi al amanecer a su casa, después de una expedición nocturna, se encontró con una grabación, hecha en la misma grabadora del comisario, donde la mujer decía que no soportaba más, que las cosas no podían seguir así, etcétera. La mujer había hecho una grabación porque decía que lo único que escuchaba su esposo eran aquellas cintas, y que si dejaba un papel escrito probablemente no le prestaría atención.

Diez días después, Baus miró por última vez los planos, las vacas de juguete en las que practicaba las incisiones, y salió para meterse en el terreno de Greis, aunque sabía que estaba loco, que dormía abrazado a la escopeta y disparaba a cualquier cosa que se moviera en la noche.

La muerte convirtió a Baus en un héroe para los muchachos del bar, que desde entonces contaron como hazañas algunos episodios menores de su actuación policial. Del capítulo final echaban la culpa a la esposa, y comentaban sin énfasis que el primo de un amigo de un conocido la había visto en un bar de La Plata, que se había cambiado de nombre y se hacía pagar las copas. De vez en cuando yo intentaba, desde la sombra, llevar el tema hacia los animales mutilados, pero no lograba interesarlos, y más de uno a esa altura me respondía: a quién le importa. Nunca estuve tan cerca de decir la verdad, pero la había llevado tanto tiempo conmigo que ya no sabía cómo decirla.

Después vino la sequía, y la avioneta que cayó en el campo de los Ruiz y otras distracciones, y ya nadie volvió a hablar de las vacas muertas. Vidal casi nunca venía al establecimiento, y no me animaba a ir a buscarlo para preguntarle por qué había terminado, si acaso creía que el mundo se había curado o que su mensaje había dejado de tener importancia. Una noche, cerca de fin de año 8 días después de que el nuevo comisario, un hombre joven, de apellido Lema, llegara al pueblo, Vidal se sentó junto a la ventana y se quedó ahí, mudo, con el vasito de grappa en la mano, hasta que no quedó nadie más. Actué sin pensar, como si hubiera tomado la decisión mucho tiempo antes, en espera del momento oportuno. Cuando el veterinario se levantó para ir al baño abrí

su maletín y saqué el bisturí alemán. Después seguí acomodando las sillas boca abajo sobre las mesas.

Esa misma noche caminé y caminé sin rumbo, armado con una llave inglesa, y el bisturí en el bolsillo izquierdo de mi camisa, el filo envuelto en papel dediarario. Cuando la vaca ya estaba caída y marcada, como una ofrenda a un dios malvado y hambriento, dejé caer el bisturí en la herida. Ese era mi mensaje para quien lo supiera entender.

El nuevo comisario, Lema, lo supo entender, y a los dos días se presentó en la casa del veterinario. No fue necesario que preguntara nada, porque Vidal confesó todo, incluso la última mutilación, y se dejó arrastrar por salas de espera de juzgados y hospitales y calabozos de comisaría. No dio explicaciones ni mostró ninguna forma de arrepentimiento. Cuando salió en libertad a las dos semanas, malvendió la casa y se asentó un poco más al sur, del otro lado del río, donde nadie lo conocía.

En el bar se volvió a hablar de las mutilaciones y cada uno barajaba los distintos motivos que podía haber tenido el veterinario. Pero todos hablaban con una rara cautela, como si supieran que el misterio, antes tan ajeno, ahora formaba parte de algo que nos involucraba. Hablaban con frases sin terminar. Yo volví a mi silencio: había vuelto a tener mi secreto. Nada supimos de Vidal durante cinco años hasta que llegó la noticia de su muerte en un accidente automovilístico. Fue en la ruta, una noche clara después de una tormenta. El día anterior el viento había tirado el alambrado y quedó ganado suelto en el camino. Los animales se avistaban a lo lejos, pero el veterinario, en lugar de frenar la marcha, aceleró contra las formas lentas y oscuras que lo esperaban. Acaso pensó que el mensaje, fuera cual fuera su destinatario, no había sido lo bastante claro, y que hacía falta un último sacrificio para hacerlo legible.

Todo movimiento es cacería

[Cuento - Texto completo.]

María Teresa Andruetto

a Inés Vásquez

*el universo es un oscuro claro
andante bosque/ donde todo
movimiento es cacería.
Amelia Biagioni.*

Diana había redactado el aviso cuatro noches atrás, mientras Galia decoraba la casa y Verena diseñaba los detalles del menú. Desde el comienzo fue así: Verena se ocupaba de los asuntos de cocina y de la maceración de las carnes con adobos y pesadumbres que había aprendido a preparar en las Misiones Africanas. También Galia colaboraba a veces en la preparación de los platos, aunque no del plato fuerte; con ése sólo se animaba Verena, que había estado en Boca do Acre y a orillas del río Das Mortes y llegó una vez hasta Niamey para aprender entre salvajes -casi muerta bajo el sol- a condimentar carnes de caza.

Galia había vivido algunas temporadas en Matadi, Katanga y Port Etienne. Diana, en cambio, sólo había realizado en una ocasión un crucero por Molucas y -ya embarcada en el proyecto- recorrió Tricomalee y Calamianes con el propósito de perfeccionarse en modos de acceso a la presa; pero ninguna aprendió a cocinar como Verena. Eso, la habilidad que Verena desplegaba en la cocina, llevó a Diana a ocuparse de las relaciones públicas y las cuestiones de la caza - intensa, febril- e hizo que Galia, que tenía un gusto refinado y estaba emparentada con lo más granado de Buenos Aires, se encargara de la decoración de las salas, así como de la atención personalizada a las clientas, que era el sello distintivo del club.

Las tres habían anhelado ser otras. Lo habían deseado intensamente pero, como en el poema que Diana más amaba, el laberinto múltiple de pasos que sus días tejieron desde un día de la niñez, acabó por llevarlas a esa decisión. Siempre habían sido mujeres enérgicas, ávidas de conocer tradiciones insólitas, costumbres que alguna vez acabarían por serles de provecho; pero fue Galia la de la idea, la que convocó a sus amigas de la niñez, a comienzos de los ochenta, para fundar el club. Antes de eso, las tres habían militado en movimientos de mujeres y era esto, más que ninguna otra cosa, lo que dotaba de sustento al proyecto.

Juntas decidieron, desde los inicios, enmascarar las actividades bajo la forma de un servicio de acompañantes gordas, y ese encuadre, lo comprobaron enseguida, resultó inmejorable; pero no era un servicio de acompañantes, en realidad se trataba de un club, con socias, pago riguroso de cuotas, ritos de iniciación y ceremonias de pasaje, que tenía, entre otras comodidades, sauna, salón de belleza, sala de masajes y, como razón de ser, un restaurante exclusivo. Si alguien llamaba buscando una gorda o si, aunque más no fuera solapadamente, dejaba traslucir su deseo de encontrarla, ellas

ponían en acción la maquinaria. Así funcionaron durante meses, de un modo privado, secreto, para satisfacer la demanda de amigas o conocidas, hasta que la materia prima resultó insuficiente y se vieron obligadas a publicar avisos.

El aviso decía: Acompañantes gordas.

Gordas dispuestas a todo. A Diana le pareció que sonaba bien y que muchos se iban a interesar en la oferta. Las tres habían descubierto mucho tiempo atrás la existencia de hombres a los que les gustan las mujeres gordas y que se colocan frente a esto a medio camino entre un fetichista y un voyeur. Pero al cumplir cuarenta, descubrieron las delicias de la vida sibarítica e hicieron un plan riguroso de comidas donde no faltaban las macadamias ni los cocos, ni las castañas de cajú, ni las salsas espesadas con crema, con el propósito de engordar en un año no menos de sesenta kilos. Subir de peso, subir tal cantidad, no fue -como lo creyeron en un comienzo- tarea fácil. Cada una a su manera se había pasado veinte años haciendo dieta, a la pesca de amores perdurables; hasta que les nació la conciencia y decidieron dar un vuelco en sus vidas, mudar todo eso por las almendras, los chocolates, los licuados de banana con leche y los especiales de jamón crudo con manteca. Una vez libradas del rigor de la balanza, abiertas las compuertas para engordar sin límites, subieron rápidamente entre veinte y treinta kilos y se estancaron ahí, sin encontrar el modo de subir las cuentas a sesenta, setenta kilos, que era lo que necesitaban para ponerse en forma, iniciar el servicio de acompañantes y abrir el club a la clientela.

Probaron con pasta de avellanas y miel durante el desayuno. Se acostumbraron a interrumpir la noche con entremeses. Ponían los despertadores a las tres, a las cinco y a las siete, y manoteaban a oscuras los bombones de licor, las trufas, el chocolate en rama que habían dejado sobre las mesitas de noche. Devoraban en las mañanas aceitunas negras, provolone, panes untados con pasta de anchoas, con paté, con roquefort, con manteca, y se atiborraban de chicharrón que la mucama les traía del campo.

Se habían propuesto subir no menos de tres kilos por semana para que los preparativos de apertura no se demoraran, de modo que en meses -a lo sumo un año- estuvieran en condiciones de abrir un comedor que se convirtiera en el atractivo fundamental, el non plus ultra del club. Pero lo que en un comienzo pareció de extrema facilidad, terminó siendo una empresa que les llevaba mucho más tiempo y esfuerzo de lo previsto.

Sólo cuando decidieron comer aquellas carnes de caza, engordaron lo necesario, obtuvieron el peso que indicaban los manuales y alcanzaron un grado extraño de belleza -de tersura en la piel y en los ojos- y esa mirada salvaje que promueven los avisos publicitarios y que se convirtió en el atractivo más conspicuo del club.

Acordaron en llamar al plato el manjar prohibido, aunque en la carta figuraba como Carnes rojas de caza a las finas hierbas. Verena lo había probado por primera vez en el Congo Belga y más tarde conoció otras versiones en Guinea Konacry y en Niger; desde entonces hizo infinitas combinaciones de ingredientes y condimentos hasta dar con el sabor que lo caracterizaba, un sabor contundente pero a la vez delicado que las socias sabrían apreciar. Consiguieron cierta tarde una pieza de carne, ensayaron una

versión con canela y decidieron enseguida que ese ingrediente solo no quedaba bien, pero que el plato necesitaba una pizca, y que el limón no debía ser demasiado porque su acidez opacaba el elemento base. Cada ingrediente -se tratara de salvia, estragón o marsala- necesitaba sucesivas degustaciones que fueron llevándolas, casi sin que ellas se dieran cuenta, al peso necesario. El estragón, lo supieron enseguida, no era condimento para un plato como éste: se trataba de una hierba para preparados suaves, verduras, pescados tal vez, nunca le iría bien a una comida fuerte como la que estaban buscando. La primera en advertirlo fue Galia, quien descubrió que el romero era la aromática adecuada

porque su sabor definido competía bien con la carne, y que la páprika y el jengibre le aportaban una nota exótica y, por sobre todo, exaltaban y volvían inconfundibles los elementos. Fue también Galia quien advirtió que los acompañamientos mejores eran los chutneys -en especial el de peras- y la salsa de ciruelas, que tanto le iba bien a esta carne como al cerdo; y ella la primera en descubrir que degustando las numerosas pruebas de cocina habían engordado más que con los bombones, el chocolate en rama y la nuttela que hacían traer en cantidades desde Milán.

Estaban dispuestas a tomarse todo el tiempo que hiciera falta antes de abrir ese restaurante exclusivo, para mujeres cuidadosamente seleccionadas, pero luego de aquel descubrimiento, no fue necesario esperar demasiado porque los hechos se deslizaron con absoluta naturalidad. Al cabo de meses, cada una engordó más de ochenta kilos y entonces, alcanzados los requisitos que fijaba el reglamento, trataron de favorecer, poco a poco, una costumbre, un modo de encauzar los impulsos, de llevar a los hombres hacia ellas que estaban ávidas y querían comenzar a darse algunos gustos.

Esa mañana hubo desde temprano algunos llamados -casi todos de proveedores- que nada tenían que ver con el asunto, hasta que la secretaria dijo que hablaban por el aviso y le pasó el teléfono a Diana. Cuando alguien pedía una gorda, o ellas sospechaban que tras una conversación cualquiera había algún interés de ese tipo, comenzaba a tejerse la urdimbre. Se trataba siempre de un procedimiento minucioso, porque había que pasar el cedazo, acometer un proceso delicado de selección hasta depurar la demanda y quedarse sólo con los hombres de necesidades más ancestrales. Lo primero era una larga conversación telefónica para aclarar dudas y averiguar de qué naturaleza era el deseo, porque si de algo se jactaban era de satisfacer plenamente a la clientela. Una vez hechos los arreglos tele- fónicos, venía una primera aproximación, que a veces era la definitiva, con un cuestionario que incluía ciertos tópicos, recaudos como averiguar si estaban casados o si tenían viva a la madre (ésa era la pregunta más viscosa); averiguaciones que parecían sin sentido y que sin embargo eran de una importancia medular. Después todo derivaba en una especie de calentamiento y, si el cliente respondía bien, si tenía -como ellas esperaban- un deseo fuera de control, entonces Diana acordaba un encuentro íntimo. Había mucho de gratuidad en esos hechos (aunque un poco de dinero siempre fue necesario para la recuperación de lo invertido) y las cosas funcionaban entre ellas como en una cofradía, con una convicción similar a la de los poetas más extravagantes o a la de los miembros de una comunidad religiosa. Para decirlo de otro modo, ellas comprendieron pronto que la belleza es

siempre horrorosa. No por casualidad, el lema del club era un apotegma de Nietzsche escrito en letras góticas sobre la puerta de ingreso al restaurante: Que todo te acontezca, lo bello y lo terrible. Ellas habían llevado el respeto por esa frase hasta lo absoluto, se la habían hecho sentir vivamente a cada uno de los ejemplares seducidos. Que no pensaban aceptar peleles, que buscaban hombres hechos y derechos, fue algo que acordaron desde el primer momento; los débiles, los pusilánimes, no eran destinatarios dignos de sus esfuerzos. La misión que llevaban a cabo -lo pensaron alguna vez- se asemejaba más bien a un deporte, a la pesca de la trucha por ejemplo, donde la habilidad de la presa, su resistencia, acrecienta el placer del pescador. Y por paradójico que parezca, era eso lo que los hacía caer en la red: nadie deseaba ser menos, todos se vanagloriaban de la cantidad de mujeres que habían tenido, algunos llegaron a decir que en la colección sólo les faltaba una gorda, y se regodeaban con detalles de mal gusto sobre el estado en que habían quedado las mujeres seducidas, o contaban mentiras que a ellas las sacaban de quicio, como eso de que nadie los comprendía y menos aun las madres de sus hijos.

El servicio de acompañantes estaba compuesto, en principio, sólo por las dueñas, aunque en algunas ocasiones -si era necesario- se agregaban las socias del club, mujeres de gordura incipiente o ya considerablemente gordas, destinatarias genuinas del proyecto reclutadas desde hacía tiempo para la causa.

El hombre le dijo a Diana que quería contratar a una gorda. Cuando ella preguntó medidas que le interesaban, modos de acceso carnal preferidos, datos de su historia con gordas, experiencias previas con bulímicas, anoréxicas y mujeres con otras alteraciones de la conducta alimentaria, él trastabilló, dijo que nunca había pensado que tendría que dar tantas explicaciones.

Ella le aclaró que todas las preguntas se formulaban con el propósito de ofrecer un servicio mejor, lo más ajustado posible a las necesidades de cada cliente, y entonces él se despachó con la primera confesión: está casado con una mujer que come sólo pomelo y queso senda y hace seis horas diarias de bicicleta fija. Después carraspeó nerviosamente y dijo que siempre había querido ver cómo come una gorda; dijo también otras cosas, las que dicen todos, ella ya está acostumbrada.

Diana percibió enseguida que ese hombre era un puerco, como casi todos los que llamaban buscando gordas. Él pronunció frases que ella registró cuidadosamente en su memoria, aunque después no tuvo ganas de reproducirlas ante sus socias; dijo también que estaba buscando esto desde hacía meses y finalmente le preguntó cuánto cobraban por el servicio; entonces ella supo que él había caído en la red. No le extraña que le pregunte cuánto pesa, porque él no conoce los contratos, pero el cumplimiento de las reglas es estricto: ella jamás, de ninguna manera, dirá los kilos; sabe muy bien que esa negativa estimula el deseo. Él hizo un silencio extremo del otro lado de la línea, hasta que ella mencionó las ofertas especiales para hombres vinculados con anoréxicas, y fue eso lo que lo decidió.

Diana lo citó en la Confitería del Molino; dijo que iba a estar allí a las siete y que pediría un té. Cuando él cuelga, ella va a su dormitorio y busca la ropa interior hecha a medida, de calidad especial, con encaje de trama abierta. Se fija si están bien los breteles del corpiño, si son lo suficientemente fuertes, porque algunos hacen gala de

torpeza. Elige con cuidado lo que va a ponerse; se prueba el bahiano malva, el palazzo y el spolverino color lila, pero se decide por el solero turquesa porque sabe que a esos hombres les gustan las emociones fuertes, los colores subidos, los escotes sobre la carne blanca.

Hay tres mesas ocupadas a esa hora de la tarde, en la Confitería del Molino; desde una de ellas un hombre delgado, insignificante, la mira. El hombre le manda a Diana, con el mozo, un papelito; el papelito dice que pida algo, lo que quiera. A Diana le encantan las tartas, sobre todo la de castañas, y pide una porción. La come voluptuosamente. El hombre escribe que coma más, que siga comiendo. A ella le gustan las tortas que hay en la vitrina: una isla flotante, una de crema moka, una selva negra, una tarta de coco. El mozo sugiere la de coco, le recuerda que es la especialidad de la casa; pero Diana contesta que la de coco no, una mil hojas será mejor, porque puede lamerle el dulce de leche.

Ella sabe que debe continuar con ese juego hasta el final, que tiene que seguir excitándolo,

introducir en él la falta de ella hasta el extremo de llevárselo al club. Él le pide que coma con las manos y se chupe los dedos, y que cuando se chupe los dedos lo mire a él. Ella dice que para chuparse los dedos es otro precio, que eso tiene una sobretasa; pero hace sin embargo lo que él le pide, lo deja ganar.

Más tarde el hombre ordena que vaya al baño y se suelte la faja, porque a él no le gustan las gordas atadas. Ella va al baño, se quita la faja y respira con libertad: no está mal que alguien la quiera así. Por un momento algo la cruza, un muchacho que conoció cuando iba a segundo año del bachiller; pero se sacude pronto ese sentimiento, nada debe sacarla de la causa que abrazó, de los propósitos que se han trazado en el club. Se mira en el espejo y se pasa la lengua por los labios; luego se apoya contra la pared, baja lentamente la mano por las carnes sueltas, y sigue hacia abajo, hasta la raja húmeda -es roja como una flor de carne- pensando en aquel muchacho que se llamaba Pablo y en la tarde en que le hizo el amor, tras un tejido donde trepaban esas flores blancas que se llaman Damas de la Noche. Sabe que allá afuera, sentado en el salón, está el hombre que la contrató y le paga para que ella llegue a esto y se lo diga. Es lo que hace, sale del baño, va hasta la mesa y se sienta, anota en un papel lo que ha hecho, escribe que lo hizo por él, pensando en él, y que por favor la lleve a algún sitio donde puedan estar solos.

Él se acerca a la mesa, se sienta frente a ella, y dice sonriendo que ha pagado para mirarla comer -eso es lo convenido- pero que aceptaría ver cómo se desviste, cómo queda en ropa interior. Ella entiende rápidamente que las cosas están llegando al punto buscado, un punto sin retorno. Por el camino él intenta tocarla, pero ella no se deja; después el hombre pregunta cosas, lo que preguntan todos. A Diana, la gente de esa calaña, con sus averiguaciones y zalamerías, la agota; no siempre contesta, pero esta vez dice algo parecido a la verdad: las dueñas del negocio son tres, las demás son socias y se trata de un sitio exclusivo para mujeres. Lo dijo porque el hombre le inspiraba cierta confianza; después, como al pasar, agregó que incursionaban en formas de placer poco usadas, algunas -creía ella- exclusivas de la casa, ya que no figuraban ni en el Kama Sutra.

Diana lo vio acomodarse en el asiento, acaso satisfecho; luego él le tomó la mano y empezó a babeársela. Quedaba tan ridículo, ahí, hundido casi contra su costado, como si se tratara de un muñeco. Se lo imaginó encima: un monigote sobre su cuerpo enorme, intentando satisfacerla. Después él empezó a hablar, no paró de decir que su mujer estaba internada, que siempre había sido selectiva con la comida, que cocinaba sin aceite en sartenes de teflón y que cuando se salía de la dieta se castigaba con cien flexiones para compensar, pero que hasta el día en que la llevaron de urgencia al hospital, ni él ni nadie se habían dado cuenta de que hacía seis horas de bicicleta diaria y estaba terminada de flaca. Dijo también que no sospechaba siquiera cómo iban a acabar las cosas, pero que se le dieron las reverendas ganas de acostarse con una gorda bien gorda porque se merecía una revancha, y eufórico descargó una mano sobre la pierna de Diana. Ella corrió delicadamente la mano hasta el muslo de él y ahí la dejó, entonces contestó que también para ella iba a ser un gusto.

El salón era un lugar aséptico que recordaba vagamente a un hospital; tenía un gran sofá blanco, una chaise longue, algunos almohadones en el suelo y grandes ventanales que daban a patios interiores y estaban cubiertos por gruesas cortinas también blancas. Sólo una alfombra de ratán y algunas artesanías orientales daban cuenta de los viajes y de la rica experiencia de sus dueñas.

Diana empujó delicadamente al hombre hacia el sofá, le sirvió una copa y puso música. El amor brujo era lo apropiado. Tenían infinitas grabaciones, pero esta vez puso un trío de mujeres, una versión poco ortodoxa que tenía por fondo un delicioso diálogo de flautas. Se desabrochó el solero y lo puso sobre la chaise longue; después se quitó el corpiño y asomaron, libres al fin, las tetas, los pezones claros de las que nunca dieron de mamar, y la bombacha de encaje rojo hundida bajo una sobrefalda de carnes lechosas. Entonces bailó para él y dejó que la mirara: se supo hermosa, como una modelo de Botero. Había aprendido a bailar en los carnavales de Río, cuando pasaba el verano en las playas en busca de pique, porque en aquel tiempo le interesaba la pesca, no como ahora que se dedica a la caza.

Cuando se acercó más de la cuenta, Diana percibió el paso del miedo por los ojos de él, pero anuló toda resistencia mirándolo con intensidad y pidiéndole que tuviera coraje porque lo que venía era, realmente, el plato fuerte. Él intentó sobreponerse al contacto de una lengua extrañamente dulce sobre su sexo, aunque se podía ver a todas luces el esfuerzo que hacía para mantener la dignidad, hasta que ella avanzó tanto que él no pudo más que entregarse.

Diana le sacó lo que le quedaba de ropa -una camisa a rayas- y se le subió encima. Él apenas pudo balbucear que le hacía daño. Poco después, sofocado, se animó a decir que le faltaba el aire; y apenas más tarde, le rogó, con la voz entrecortada, que se bajara porque lo asfixiaba, pero ella siguió sobre él, cada vez más fuerte y, cuando estaba a punto de gozar, le tapó la boca para no oír los gemidos. Así fue como los dos coincidieron en sus estremecimientos.

Sólo cuando supo que el hombre estaba inerte, ella se bajó e hizo sonar el timbre. Galia abrió tímidamente la puerta y preguntó con su vocecita de niña, apenas audible: ¿Ya está?

Todavía desnuda, extenuada, Diana dijo que sí con la cabeza y entonces Galia le dejó paso a Verena.

Con los ojos vidriosos, Verena caminó hacia el sofá donde estaba el cuerpo caliente del hombre. Se arrodilló a sus pies y abrió el maletín de badana gris. Desenvainó los cuchillos de acero damasquino comprados en Toledo y los limpió minuciosamente, uno por uno, con una gasa. Después, comenzó el trabajo. No había tiempo que perder, porque estaban sin mercadería desde la semana anterior. Era necesario faenar pronto, dejar orear el cuerpo al sereno durante toda la noche, y preparar la comida para la cena del sábado, que es siempre la de mayor demanda.

La pieza ausente

de Pablo de Santis

Comencé a coleccionar rompecabezas cuando tenía quince años. Hoy no hay nadie en esta ciudad -dicen- más hábil que yo para armar esos juegos que exigen paciencia y obsesión.

Cuando leí en el diario que habían asesinado a Nicolás Fabbri, adiviné que pronto sería llamado a declarar. Fabbri era Director del Museo del Rompecabezas. Tuve razón: a las doce de la noche la llamada de un policía me citó al amanecer en las puertas del museo.

Me recibió un detective alto, que me tendió la mano distraídamente mientras decía su nombre en voz baja -Lainez- como si pronunciara una mala palabra. Le pregunté por la causa de la muerte: «Veneno» dijo entre dientes.

Me llevó hasta la sala central del Museo, donde está el rompecabezas que representa el plano de la ciudad, con dibujos de edificios y monumentos. Mil veces había visto ese rompecabezas: nunca dejaba de maravillarme. Era tan complicado que parecía siempre nuevo, como si, a medida que la ciudad cambiaba, manos secretas alteraran sus innumerables fragmentos. Noté que faltaba una pieza.

La pieza ausente-Lainez buscó en su bolsillo. Sacó un pañuelo, un cortaplumas, un dado, y al final apareció la pieza. «Aquí la tiene. Encontramos a Fabbri muerto sobre el rompecabezas. Antes de morir arrancó esta pieza. Pensamos que quiso dejarnos una señal.

Miré la pieza. En ella se dibujaba el edificio de una biblioteca, sobre una calle angosta. Se leía, en letras diminutas, Pasaje La Piedad.

-Sabemos que Fabbri tenía enemigos -dijo Lainez-. Coleccionistas resentidos, como Santandrea, varios contrabandistas de rompecabezas, hasta un ingeniero loco, constructor de juguetes, con el que se peleó una vez.

-Troyes -dije-. Lo recuerdo bien.

-También está Montaldo, el vicedirector del Museo, que quería ascender a toda costa.

¿Relaciona a alguno de ellos con esa pieza? -Dije que no.

-¿Ve la B mayúscula, de Biblioteca? Detuvimos a Benveniste, el anticuario, pero tenía una buena coartada. También combinamos las letras de La Piedad buscando anagramas. Fue inútil. Por eso pensé en usted.

Miré el tablero: muchas veces había sentido vértigo ante lo minucioso de esa pasión, pero por primera vez sentí el peso de todas las horas inútiles. El gigantesco rompecabezas era un monstruoso espejo en el que ahora me obligaban a reflejarme. Sólo los hombres incompletos podíamos entregarnos a aquella locura. Encontré (sin buscarla, sin interesarme) la solución.

-Llega un momento en el que los coleccionistas ya no vemos las piezas. Jugamos en realidad con huecos, con espacios vacíos. No se preocupe por las inscripciones en la pieza que Fabbri arrancó: mire mejor la forma del hueco.

Láinez miró el punto vacío en la ciudad parcelada: leyó entonces la forma de una M.

Montaldo fue arrestado de inmediato. Desde entonces, cada mes me envía por correo un pequeño rompecabezas que fabrica en la prisión con madera y cartones. Siempre descubro, al terminar de armarlos, la forma de una pieza ausente, y leo en el hueco la inicial de mi nombre.

Tres portugueses bajo un paraguas

Rodolfo Walsh



1

El primero portugués era alto y flaco.
El segundo portugués era bajo y gordo.
El tercer portugués era mediano.
El cuarto portugués estaba muerto.

2

- ¿Quién fue?- preguntó el comisario Jiménez.
- Yo no - dijo el primer portugués.
- Yo tampoco - dijo el segundo portugués.
- Yo menos - dijo el tercer portugués.

3

Daniel Hernández puso los cuatro sombreros sobre el escritorio.
El sombrero del primer portugués estaba mojado adelante.
El sombrero del segundo portugués estaba seco en el medio.
El sombrero del tercer portugués estaba mojado adelante.
El sombrero del cuarto portugués estaba todo mojado.

4

- ¿Qué hacían en esa esquina? - preguntó el comisario Jiménez.
- Esperábamos un taxi - dijo el primer portugués.
- Llovía muchísimo - dijo el segundo portugués.
- ¡Cómo llovía! - dijo el tercer portugués.
El cuarto portugués dormía la muerte dentro de su grueso sobretodo.

5

- ¿Quién vio lo que pasó? - preguntó Daniel Hernández.
- Yo miraba hacia el norte - dijo el primer portugués.
- Yo miraba hacia el este - dijo el segundo portugués.
- Yo miraba hacia el sur - dijo el tercer portugués.
El cuarto portugués estaba muerto. Murió mirando hacia el oeste.

6

- ¿Quién tenía el paraguas? - preguntó el comisario Jiménez.

- Yo tampoco - dijo el primer portugués.
 - Yo soy bajo y gordo - dijo el segundo portugués.
 - El paraguas era chico - dijo el tercer portugués.
- El cuarto portugués no dijo nada. Tenía una bala en la nuca.

7

- ¿Quién oyó el tiro? - preguntó Daniel Hernández.
 - Yo soy corto de vista - dijo el primer portugués.
 - La noche era oscura - dijo el segundo portugués.
 - Tronaba y tronaba - dijo el tercer portugués.
- El cuarto portugués estaba borracho de muerte.

8

- ¿Cuándo vieron al muerto? - preguntó el comisario Jiménez.
 - Cuando acabó de llover - dijo el primer portugués.
 - Cuando acabó de tronar - dijo el segundo portugués.
 - Cuando acabó de morir - dijo el tercer portugués.
- Cuando acabó de morir.

9

- ¿Qué hicieron entonces? - preguntó Daniel Hernández.
 - Yo me saqué el sombrero - dijo el primer portugués.
 - Yo me descubrí - dijo el segundo portugués.
 - Mis homenajes al muerto - dijo el tercer portugués.
- Los cuatro sombreros sobre la mesa.

10

- Entonces, ¿qué hicieron? - preguntó el comisario Jiménez.
 - Uno maldijo la suerte - dijo el primer portugués.
 - Uno cerró el paraguas - dijo el segundo portugués.
 - Uno nos trajo corriendo - dijo el tercer portugués.
- El muerto estaba muerto.

11

- Usted lo mató - dijo Daniel Hernández.
- ¿Yo, señor? - preguntó el primer portugués.
- No, señor - dijo Daniel Hernández.
- ¿Yo, señor? - preguntó el segundo portugués.
- Sí, señor - dijo Daniel Hernández.

12

- Uno mató, uno murió, los otros dos no vieron nada - dijo Daniel Hernández. - Uno miraba al norte, otro al este, otro al sur, el muerto al oeste. Habían convenido en vigilar cada uno una bocacalle distinta, para tener más posibilidades de descubrir un taxímetro en una noche tormentosa.

"El paraguas era chico y ustedes eran cuatro. Mientras esperaban, la lluvia les mojó la parte delantera del sombrero.

"El que miraba al norte y el que miraba al sur no tenían que darse vuelta para matar al que miraba al oeste. Les bastaba mover el brazo izquierdo o derecho a un costado. El que miraba al este, en cambio, tenía que darse vuelta del todo, porque estaba de espaldas a

la víctima. Pero al darse vuelta se le mojó la parte de atrás del sombrero. Su sombrero está seco en el medio; es decir, mojado adelante y atrás. Los otros dos sombreros se mojaron solamente adelante, porque cuando sus dueños se dieron vuelta para mirar el cadáver, había dejado de llover. Y el sombrero del muerto se mojó por completo por el pavimento húmedo.

"El asesino utilizó un arma de muy reducido calibre, un matagatos de esos con que juegan los chicos o que llevan algunas mujeres en sus carteras. La detonación se confundió con los truenos (esta noche hubo tormenta eléctrica particularmente intensa). Pero el segundo portugués tuvo que localizar en la oscuridad el único punto realmente vulnerable a un arma tan pequeña: la nuca de su víctima, entre el grueso sobretodo y el engañoso sombrero. En esos pocos segundos, el fuerte chaparrón le empapó la parte posterior del sombrero. El suyo es el único que presenta esa particularidad. Por lo tanto es el culpable."

El primero portugués se fue a su casa. Al segundo no lo dejaron. El tercero se llevó el paraguas. El cuarto portugués estaba muerto. Muerto.

Rodolfo Walsh nació en 1927 en Choele-Choel, provincia de Río Negro. Su obra es fundamental para entender la historia del género policial en nuestro país. En 1953 publica *Diez cuentos policiales argentinos*, primera colección de este tipo de relatos y en el mismo año *Variaciones en rojo*, también de narraciones policiales. Otros de sus libros son *Los oficios terrestres* (1965) y *Un kilo de oro* (1967). Walsh tuvo además una intensa carrera como periodista. *Operación masacre* (1957) es una investigación que denuncia el fusilamiento de civiles llevado a cabo por el gobierno de facto en 1956. Otras investigaciones periodísticas suyas son *¿Quién mató a Rosendo?* (1969) y *El caso Satanowsky* (1973).

Desarrolló también una comprometida militancia política. Fue asesinado en 25 de marzo de 1977 por la dictadura militar instaurada en Argentina un año antes. Su cuerpo aún permanece desaparecido.